

ESTADAL
CCIÓN

SEGUR.
OPUSCULOS

BX2157

S43

V.1

C.1

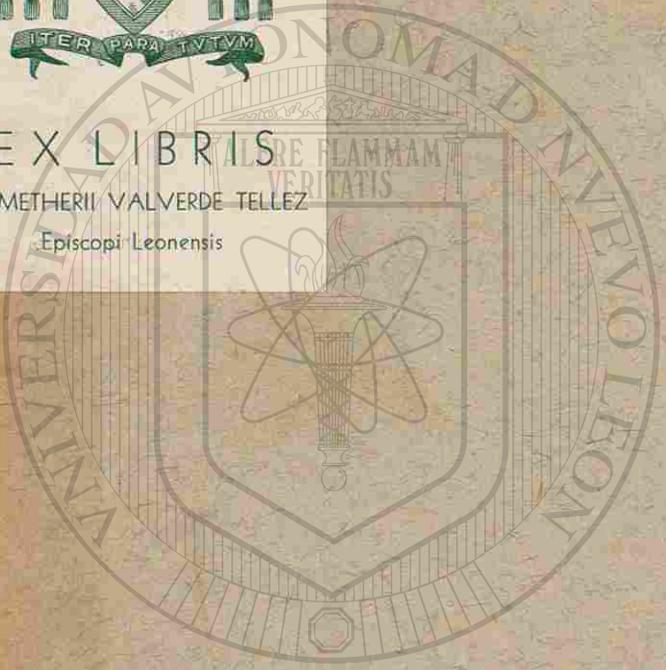
009012



1080021186

Lu
1.50

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

MODERNA LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO, S. EN C.
SAN JOSE EL REAL NO. 1.
MEXICO.



OPÚSCULOS ESCOGIDOS

DE

MONSEÑOR DE SEGUR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonsina [®]
Biblioteca Universitaria

45589

GOBIERNO ECLESIASTICO
DE LA
DIOCESIS DE YUCATAN

Mérida, Yucatán, Mayo 26 de 1888.

Con particular agrado hemos visto las publicaciones del Señor Manuel Galindo y Bezares, de México, y no podemos menos que recomendar ahora de una manera especial al Venerable Clero y fieles de esta Diócesis de Yucatán las obras intituladas: "La Virgen María, considerada en sus figuras, símbolos, etc." y los Opúsculos de Monseñor de Segur que ha comenzado á editar. Y para estímulo de la piedad y de la verdadera ilustración, concedemos á todos nuestros diocesanos la gracia de cuarenta días de indulgencias por cada fracción de lectura que hicieren en las indicadas obras y Opúsculos, procurándose suscribir á ellas como un acto de religiosidad y de verdadero patriotismo. Lo decretó y firmó Su Señoría Illma. el Dignísimo Prelado Diocesano, Doctor Don Crescencio Carrillo y Ancona, ante mí.

✠ Crescencio,
Obispo de Yucatán.

De mand. de S. S. I. y Rma.,

José María Pérez,
Oficial mayor.

00001



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

42283

EL SAGRADO CORAZON,
DE JESUS,

FOR

MONSEÑOR DE SEGUR

Traducido libremente

POR UN DEVOTO DEL MISMO

CON APROBACION ECLESIASTICA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

CASA EDITORIAL DE MANUEL GALINDO Y BEZARES

Calle de la Puerta Falsa de Santo Domingo núm. 12.

1888

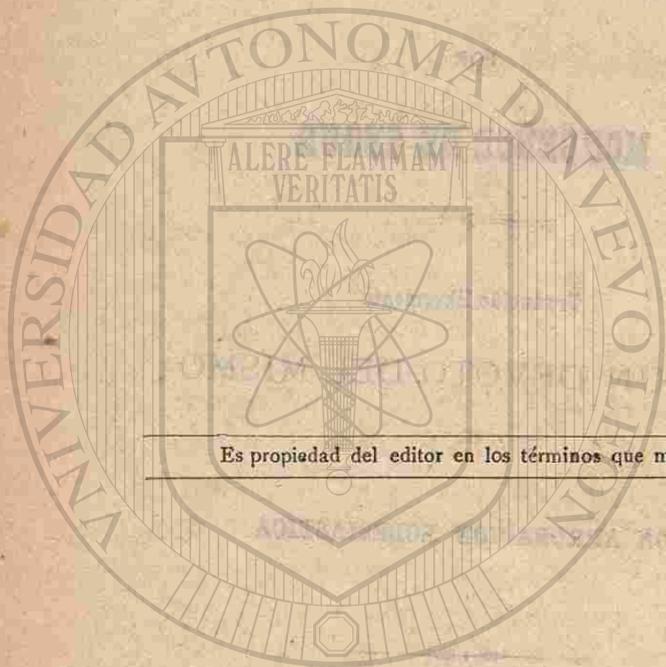
FONDA EMETERIO
VALVERDE Y TELLES

Bx2157

543

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE LEÓN



Es propiedad del editor en los términos que marca la ley.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

5881

INTRODUCCION

Esta obrita tiene por objeto popularizar el conocimiento, y por consiguiente el amor y el culto del adorabilísimo y sacratísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. No se me oculta lo difícil que es poner al alcance de todos las verdades del orden místico, ó en otros términos, la dificultad de iniciar á los entendimientos sencillos y á los niños en lo más íntimo de nuestros sacrosantos misterios; pero es tan conveniente conseguirlo, que no vacilo en emprender esta obra en lo que respecta al sagrado Corazón de Jesús, confiado en el auxilio de la santísima Virgen, que tan predilectamente ama á los humildes y sencillos de corazón.

Si me cabe la dicha de lograr mi objeto, este librito podrá servir en gran manera á tantos y tantos sacerdotes, celosos misioneros, fervientes Religiosas, buenas y piadosas madres de familia que procuran por todos los medios hacer conocer, servir y amar de veras en torno suyo al Dios de su corazón y al Corazón de su Dios.

Vivimos en tiempos en que la piedad necesita más que nunca ser ilustrada y robustecida, y en que la doctrina es necesaria para sostener el amor. Habien-

do Nuestro Señor presentado su divino Corazón para que en él encuentren un refugio las almas en las pruebas de estos últimos tiempos, me parece que este librito entra en sus misericordiosos designios, y sólo con este título me atrevo á contar con la bendición de Aquél por cuyo amor lo emprendo.

Varios de sus capítulos me han sido inspirados por una excelente obra del gran siervo de Dios, el venerable P. Eudes, uno de los sacerdotes de mayor celo apostólico en el siglo XVII. Abrasado de amor á los sagrados Corazones de Jesús y María, dice de ellos cosas maravillosas en su tratado del *Corazón admirable de la Madre de Dios*. A él tendrás que agradecerse, lector amigo, si estas breves páginas te producen algún bien, como deseo.

MODO DE SANTIFICAR EL MES

DEL

SAGRADO CORAZÓN

Laudable costumbre, que quisiéramos ver extendida y religiosamente practicada, es la de consagrar un mes entero á alguna de las principales devociones aprobadas por la Iglesia, pues de los medios de honrar cualquier misterio, sea de nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen ó de algún Santo, es este indudablemente el más sencillo, más práctico y al alcance de todos. Ese corto ejercicio repetido todos los días durante un mes, esa piadosa lectura que nos presenta la misma verdad bajo todos sus aspectos, impregna poco á poco al alma de la gracia de Dios hasta llegar á sus profundidades; es como una lluvia suave y no interrumpida que penetra la tierra mejor que los fuertes aguaceros de una tempestad, abundantes, pero pasajeros.

Vemos, por ejemplo, que la admirable institución del mes de María ha contribuido eficazmente á pagar por todo el mundo el culto y amor á la santísima Virgen; y no faltan parroquias y familias que

do Nuestro Señor presentado su divino Corazón para que en él encuentren un refugio las almas en las pruebas de estos últimos tiempos, me parece que este librito entra en sus misericordiosos designios, y sólo con este título me atrevo á contar con la bendición de Aquél por cuyo amor lo emprendo.

Varios de sus capítulos me han sido inspirados por una excelente obra del gran siervo de Dios, el venerable P. Eudes, uno de los sacerdotes de mayor celo apostólico en el siglo XVII. Abrasado de amor á los sagrados Corazones de Jesús y María, dice de ellos cosas maravillosas en su tratado del *Corazón admirable de la Madre de Dios*. A él tendrás que agradecerse, lector amigo, si estas breves páginas te producen algún bien, como deseo.

MODO DE SANTIFICAR EL MES

DEL

SAGRADO CORAZÓN

Laudable costumbre, que quisiéramos ver extendida y religiosamente practicada, es la de consagrar un mes entero á alguna de las principales devociones aprobadas por la Iglesia, pues de los medios de honrar cualquier misterio, sea de nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen ó de algún Santo, es este indudablemente el más sencillo, más práctico y al alcance de todos. Ese corto ejercicio repetido todos los días durante un mes, esa piadosa lectura que nos presenta la misma verdad bajo todos sus aspectos, impregna poco á poco al alma de la gracia de Dios hasta llegar á sus profundidades; es como una lluvia suave y no interrumpida que penetra la tierra mejor que los fuertes aguaceros de una tempestad, abundantes, pero pasajeros.

Vemos, por ejemplo, que la admirable institución del mes de María ha contribuido eficazmente á pagar por todo el mundo el culto y amor á la santísima Virgen; y no faltan parroquias y familias que

deben á tan santa y poética devoción su renovación completa.

Además del mes de Mayo, la piedad ha consagrado Enero á honrar los misterios de la santa Infancia de Jesús; Marzo á honrar de un modo especial á San José; Julio á venerar los misterios de la preciosa Sangre; Noviembre á ejercer la caridad con las benditas almas del purgatorio; Junio, en fin, á honrar al adorabilísimo Corazón de Jesús.

Así, pues, te recomiendo encarecidamente, piadoso lector, que no dejes de celebrar todos los años el mes del sagrado Corazón con la misma exactitud y devoción que el hermoso mes de María. La gracia del divino Corazón de Jesús es tan santificante, que de ella reportarás frutos copiosos de salvación. Si no puedes asistir á la Iglesia, celébralo en casa con tu familia; y si tampoco pudieres ésto, celébralo solo en particular. Pero, por poco que puedas, procura celebrarlo en común; pues la oración así hecha tiene mayor eficacia, obliga más, proporciona mútua edificación, y hace que se recoja el fruto de la promesa que Jesucristo hizo á sus Discípulos: «Donde quiera que dos ó tres estén reunidos en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos.»¹

Para celebrar dignamente en casa el mes del sagrado Corazón, será bueno arregles un altarcito acomodo-

¹ Matth. XVIII, 20.

dando en él un crucifijo, ó mejor una imagen del sagrado Corazón, y adornándolo con flores y luces. No desdeñes estos pequeños detalles, pues influyen poderosamente en la piedad, que necesita por lo común auxilios exteriores para dedicarse á las cosas de Dios. Deja, si puedes, encendida todo el mes una lamparilla delante la santa imagen, y no omitas un solo día el ejercicio acostumbrado, para cuya práctica puedes valerte de este librito.

Puesto de rodillas, y después de recogerte por algunos momentos, pensando que Dios te ve, haz la señal de la cruz, y reza la letanía del sagrado Corazón de Jesús que encontrarás al fin. Luego lee el capítulo correspondiente á cada día,¹ y dedica algunos minutos á penetrarte bien de lo que hayas leído, á excitar en tu corazón sentimientos de adoración, de amor, de arrepentimiento, y á tomar algún buen propósito. Para terminar este ejercicio podrás rezar la hermosa letanía del inmaculado Corazón de María, el Acto de desagravios y el de consagración, que hallarás también al final.

Además de esto, harías muy bien en comulgar durante este mes con más frecuencia que de costumbre y con todo el fervor posible. No olvides que el vier-

¹ Damos al mes del sagrado Corazón "treinta y tres días" en honra de los treinta y tres años que vivió en la tierra nuestro Salvador. La Santa Sede ha bendecido este pensamiento, concediendo indulgencias á los que lo practiquen en dicha forma.

nes es un día especialmente consagrado al culto de tan amoroso Corazón, según el encargo expreso del mismo Jesucristo á su gran sierva Margarita María Alacoque. Acércate, pues, á la sagrada Mesa todos los viernes del mes para honrar especialmente al sagrado Corazón de Jesús y los misterios de su amor.

Haciéndolo así, satisfacerás los deseos de nuestro amado Pontífice Pio IX, que tanta gloria ha dado al divino Corazón, y que no ha mucho, escribiendo á un obispo, le decía: «Nada deseamos tanto como ver á los fieles honrar, bajo el símbolo de su santísimo Corazón, la caridad de Jesucristo en su Pasión y en la institución de la Eucaristía; deleitarse continuamente en tan gratos recuerdos, y renovar continuamente su memoria.»

A ese amorosísimo Corazón acudamos con confianza; Corazón siempre inflamado de amor por nosotros, aunque tan mal correspondido; Corazón que encierra todos los tesoros de la misericordia divina; que encuentra sus mayores delicias en estar entre los hijos de los hombres; el más poderoso de todos los corazones, de los cuales dispone á su gusto, y cuyos más secretos resortes mueve; altar en el cual se ofrece el único sacrificio de los cristianos, en el cual deben nacer y vivificarse nuestros votos si queremos que lleguen hasta Dios, y á cuyas plantas aprenderemos la ciencia de las ciencias, la única necesaria, la ciencia del verdadero amor, de la verdadera felicidad.

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

I

Como Nuestro Señor Jesucristo reveló milagrosamente el misterio de su sagrado Corazón por medio de la beata Margarita María Alacoque.

Esta santa Religiosa, que vivió en el siglo XVII, fué objeto de frecuentes y extraordinarias manifestaciones del adorabilísimo Corazón de Jesús. Pertenecía á una honrada familia de la magistratura, de Borgoña. Después de una juventud inocentísima y probada por todo género de trabajos, entró en 1671 en el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial á la edad de veintitres años, y en él murió santamente en 1690.

Cuatro siglos antes Santa Gertrudis, abadesa benedictina de Heldelfs en Alemania, nos anunciaba la devoción al sagrado Corazón de Jesús como el gran remedio opuesto por Nuestro Señor á la decrepitud del mundo; pero Dios al parecer tenía predestinada á la beata Margarita María para ser el apóstol del culto al sagrado Corazón, y á ella efectivamente se debió, de un modo especial, con la aprobación de la Santa Sede, su propagación en la Iglesia. «A Mar-

garita María (dice en efecto Pío IX en el decreto de beatificación) se dignó elegir el Señor para establecer y difundir entre los hombres un culto tan piadoso, saludable y legítimo.» Y la eligió por medio de admirables y milagrosas revelaciones que la Iglesia ha aprobado y que respiran el más puro amor de Dios.

Corría el año 1673. Hacía solamente dos que Margarita había abrazado el estado religioso, y era ya de una santidad consumada, brillando por su humildad, su caridad y toda suerte de virtudes. Un día, orando delante del Santísimo Sacramento, gozosa porque sus muchos quehaceres le permitían dedicar más tiempo que de costumbre á tan santa ocupación, se sintió tan poderosamente poseída de la presencia de Dios, que perdió el sentimiento de sí misma y de todo lo que la rodeaba. «Me abandoné, dice, á ese divino Espíritu, entregando mi corazón á la fuerza de su amor.

«Mi soberano dueño me hizo reposar largo tiempo sobre su divino pecho, donde me descubrió las maravillas de su amor y los secretos inefables de su sagrado Corazón. Me abrió por primera vez aquel divino Corazón de una manera tan real y sensible, que no me dejó lugar á ninguna duda tocante á la verdad de esta gracia.

« Jesús me dijo: —«Mi divino Corazón está tan lleno de amor á los hombres, y á tí en particular, hija mía, que no pudiendo ya contener las llamas de su ardiente caridad, es preciso que las derrame por tu medio y que se manifieste á ellos para enrique-

«cerlos con los tesoros que encierra. Te descubro el precio de estos tesoros, que contienen las gracias de santificación y salvación necesarias para sacar al mundo del abismo de la perdición. A pesar de tu indignidad é ignorancia, te he escogido para el cumplimiento de este gran designio, para que sea más manifiesto que soy yo quien lo hago todo.»

«Dicho esto, el Señor me pidió mi corazón. Yo le supliqué que lo tomara, y así lo hizo; y, poniéndolo junto á su Corazón adorable, me lo mostró como un átomo que se consumía en aquel horno encendido. Luego retirándolo de allí, como una ardiente llama en forma de corazón, volvió á ponerlo en su primer sitio, diciéndome: —«Hé aquí, amada mía, una preciosa prenda de mi amor; he encerrado en tu costado una centellica de las más vivas llamas de este amor, para que te sirva de corazón y te consuma hasta el último momento de tu vida. Sus ardores no se extinguirían jamás. Y para dejarte una señal de que la gracia que acabo de hacerte no es una ilusión, y que debe ser el fundamento de las demás que seguirán, aunque haya cerrado la llaga de tu costado, sin embargo siempre sentirás allí dolor. «Hasta hoy sólo te has llamado sierva mía; desde ahora te doy el nombre de Discípula muy amada de mi sagrado Corazón!»

«Tan señalado favor, añade la beata Margarita, duró muchísimo tiempo. Yo no sabía si estaba en el cielo ó en la tierra. Durante muchos días permanecí

como embriagada, y de tal manera encendida y tan fuera de mí, que no podía pronunciar una sola palabra. No podía dormir, porque esta llaga, cuyo dolor me es precioso, me causaba tan vivos ardores que me consumía y me hacía arder viva. Sentíame tan llena de Dios, que no podía expresarlo á mi Superior como hubiera querido, á pesar de la pena y confusión que siento en decir semejantes favores.

«Desde aquel día, cada primer viernes de mes, el sagrado Corazón de mi Jesús se me representaba como un sol brillante cuyos ardorosos rayos caían á plomo sobre mi corazón; y entonces me sentía abrasada de un fuego tan vivo que me parecía iba á reducirme á cenizas.

«En aquellos momentos particularmente era cuando mi divino Maestro me instruía y descubría los secretos de su adorable Corazón.»

¡También nosotros, Jesús, Señor y Salvador nuestro, á pesar de nuestra indignidad y de nuestras miserias, ó más bien á causa de las mismas, queremos estar expuestos á los benéficos rayos de vuestro Santísimo Corazón; queremos que esas llamas divinas consuman nuestra tibieza, y que nos purifiquen de todos nuestros pecados!

¡Oh Jesús, rocío del cielo, llama de amor y manantial de la gracia! abrasad, purificad y poseed todo mi corazón! ¡Oh divino Amor! creced y reinad en mí; multiplicaos y reinad en toda la tierra como en el Paraíso de los Bienaventurados!

II

Segunda revelación del sagrado Corazón á la beata
Margarita María

«Un día, escribe esta santa Religiosa, estando expuesto el Santísimo Sacramento, me sentí retirada á mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias. Jesús, mi dulce Dueño, vino á mí resplandeciente de gloria con sus cinco llagas que brillaban como soles. De aquella santa humanidad irradiaban llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno, y que, abierto á mis miradas, me descubrió su amabilísimo Corazón, que era la fuente viva de aquellas llamas.

«Dióme á conocer al mismo tiempo las maravillas inefables de su puro amor, y hasta qué exceso había llevado este amor hacia los hombres. Lamentó su ingratitud, y me dijo que de todos los sufrimientos de su Pasión este le había sido el más sensible. — «Si me correspondiesen, añadió, cuanto hice por ellos sería «poco á mi amor. Pero no tienen para mí más que «frialdad, y á mis amorosas ansias responden sólo «con el desdén. Dame tú al menos, mi hija amada, «el consuelo de suplir á su ingratitud cuanto te sea «posible.»

«Y como yo le manifestase mi insuficiencia, me

como embriagada, y de tal manera encendida y tan fuera de mí, que no podía pronunciar una sola palabra. No podía dormir, porque esta llaga, cuyo dolor me es precioso, me causaba tan vivos ardores que me consumía y me hacía arder viva. Sentíame tan llena de Dios, que no podía expresarlo á mi Superior como hubiera querido, á pesar de la pena y confusión que siento en decir semejantes favores.

«Desde aquel día, cada primer viernes de mes, el sagrado Corazón de mi Jesús se me representaba como un sol brillante cuyos ardorosos rayos caían á plomo sobre mi corazón; y entonces me sentía abrasada de un fuego tan vivo que me parecía iba á reducirme á cenizas.

«En aquellos momentos particularmente era cuando mi divino Maestro me instruía y descubría los secretos de su adorable Corazón.»

¡También nosotros, Jesús, Señor y Salvador nuestro, á pesar de nuestra indignidad y de nuestras miserias, ó más bien á causa de las mismas, queremos estar expuestos á los benéficos rayos de vuestro Santísimo Corazón; queremos que esas llamas divinas consuman nuestra tibieza, y que nos purifiquen de todos nuestros pecados!

¡Oh Jesús, rocío del cielo, llama de amor y manantial de la gracia! abrasad, purificad y poseed todo mi corazón! ¡Oh divino Amor! creced y reinad en mí; multiplicaos y reinad en toda la tierra como en el Paraíso de los Bienaventurados!

II

Segunda revelación del sagrado Corazón á la beata
Margarita María

«Un día, escribe esta santa Religiosa, estando expuesto el Santísimo Sacramento, me sentí retirada á mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias. Jesús, mi dulce Dueño, vino á mí resplandeciente de gloria con sus cinco llagas que brillaban como soles. De aquella santa humanidad irradiaban llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno, y que, abierto á mis miradas, me descubrió su amabilísimo Corazón, que era la fuente viva de aquellas llamas.

«Dióme á conocer al mismo tiempo las maravillas inefables de su puro amor, y hasta qué exceso había llevado este amor hacia los hombres. Lamentó su ingratitud, y me dijo que de todos los sufrimientos de su Pasión este le había sido el más sensible. —« Si me correspondiesen, añadió, cuanto hice por ellos sería « poco á mi amor. Pero no tienen para mí más que « frialdad, y á mis amorosas ansias responden sólo « con el desdén. Dame tú al menos, mi hija amada, « el consuelo de suplir á su ingratitud cuanto te sea « posible.»

«Y como yo le manifestase mi insuficiencia, me

contestó: —«Toma, ahí tienes con que suplir á todo lo que te falta.»—Y al mismo tiempo, abriéndose su divino Corazón, salió de él tan ardiente llama, que pensé iba á consumirme: penetróme toda, y no pudiéndola ya sufrir, le pedí que se apiadase de mi debilidad. —«Yo seré tu fuerza, me dijo entonces bondadosamente; nada temas. Pero presta atención á mi voz, y disponte á cumplir mis designios.

«Primeramente, me recibirás en la santa Comunión cuantas veces te lo permita la obediencia, no obstante cualquiera mortificación y humillación que de esto te proviniere: estas son prendas de mi amor.

«En segundo lugar, comulgarás además todos los primeros viernes de cada mes.

«En tercer lugar, todas las noches del jueves al viernes te haré participante de aquella tristeza mortal que sentí en el jardín de las Olivas; y esta participación de mi tristeza te reducirá á una especie de agonía más insoportable que la muerte. Me acompañarás en la humilde oración que presenté entonces á mi Padre en medio de todas mis angustias; y para esto te levantarás entre once y doce de la noche, y permanecerás postrada conmigo durante una hora con el rostro en tierra, tanto para apaciguar la cólera divina pidiendo misericordia por los pecadores, como para honrar y endulzar en algún modo la amargura que sentí por el abandono de mis Apóstoles, lo que me obligó á reconvenirles

« porque no habían podido velar conmigo una hora. « Durante esta hora harás lo que te enseñaré.»

«Y Jesús añadió: —«Mas escucha, hija mía, no creas ligeramente á todo espíritu, ni te fies de él. Satanás, furioso contra tí, busca cómo engañarte. Por esto no hagas nada sin la aprobación de tus superiores, á fin de que, encontrándote apoyada en la obediencia, no te pueda dañar, pues no tiene poder sobre los obedientes.»

«Mientras duró esta celeste visión no sabía dónde me encontraba. Cuando hubo terminado, estaba toda fuera de mí, encendida y temblorosa; no podía sostenerme ni hablar.»

Después de esta sagrada aparición, era tan vivo el dolor que continuamente sentía la beata Margarita, tan violento el fuego del amor que la abrasaba, que no pudiendo soportarlo, cayó enferma, y estuvo á punto de morir. «El fuego que me devoraba, dice, me produjo una calentura fuerte y tenaz; pero en el exceso de mi alegría en sufrir, no podía quejarme, y nada de esto manifesté hasta que me faltaron las fuerzas. La calentura duró más de dos meses. Jamás sentí tanto consuelo, porque todo mi cuerpo sufría extremos dolores, y esto aliviaba un poco la ardiente sed que tenía de sufrir, no alimentándose este fuego divino más que del madero de la cruz, es decir, de toda clase de sufrimientos, desprecios, humillaciones y dolores. Todos creían próximo el fin de mi vida.»

En vez de morir, la beata Margarita sanó súbita y sobrenaturalmente, habiéndole pedido sus superiores esta señal de la realidad de la visión, que había tenido que participarles en virtud de santa obediencia. Nuestro Señor le devolvió así milagrosamente la salud ó más bien la vida por medio de la Santísima Virgen. La Madre de Dios se dignó aparecérselle; la bendijo, la consoló largamente, y apenas concluyó la visión, sor Margarita María pudo levantarse, salir de la enfermería y volver á los ejercicios de religiosa. Toda la Comunidad vió, llena de estupor, andar libremente á la que pocas horas antes parecía no quedarle un soplo de vida. Así la revelación del misterio del sagrado Corazón recibió desde su origen el sello divino de la certeza, el sello del milagro.

¡Con qué fe tan profunda y con qué amor debemos, pues, honrar, invocar y adorar al divino Corazón de Jesús!

¡Oh dulce Jesús mio! encended en mi corazón ese ardiente fuego en que se consume el vuestro; que un celo ilustrado lo abrase, y que el espíritu que dirigió vuestras obras, dirija también las mías. Que mi alma, oculta en el retiro de vuestro Corazón, viva muriendo á sí misma, y que olvidando las locas alegrías del mundo, se una para siempre á Vos.

III

Tercera revelación del Corazón de Jesús

Una nueva gracia, más importante aún que las precedentes, recibió la beata Margarita del sagrado Corazón. Era durante la octava de Corpus, y estaba en adoración en la capilla del monasterio. Sentíase movida extraordinariamente á devolver á su Salvador amor por amor. Arrebatada y fuera de sí, vió á Jesús que le descubría su divino Corazón, y le decía: «Mira este Corazón, que tanto ha amado á los hombres, hasta el extremo de anonadarse y consumirse para testificarles su amor. En pago de este sacrificio sólo recibo de la mayor parte de ellos ingratitudes, á causa de los desprecios, las irreverencias, los sacrilegios y la frialdad con que me tratan en este Sacramento de amor.

«Pero lo que me es aún más sensible, es que me traten así corazones que me están consagrados.

«Por esto te pido que el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, se consagre á celebrar una fiesta particular para honrar mi Corazón, desagraviándole públicamente, comulgando en dicho día para reparar los indignos tratamientos que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias

de su divino amor sobre los que le tributen este honor y trabajaren para que del mismo modo le honren los demás.

—«Pero dulce Señor mío, le replicó Margarita toda confusa, ¿á quién os dirigís? ¿á una criatura tan ruin, á una pecadora tan miserable, que su indignidad será capaz de impedir el cumplimiento de vuestros designios?»

—«¡Y qué! le respondió el divino Maestro, ¿no sabes que me sirvo de los débiles para confundir á los fuertes, y que ordinariamente hago brillar mi poder con más esplendor sobre los pequeños y pobres de espíritu, para que nada se atribuyan á sí propios?»

—«Pues entonces, dijo la beata Margarita, dadme como pueda hacer lo que me mandais.» Y Jesús añadió: «Dirigete á mi siervo (era éste el P. de la Colombière, director de sor Margarita María, y religioso muy ejemplar de la Compañía de Jesús), y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción y dar esta alegría á mi Corazón.»

Instruido de esta orden del divino Maestro, el santo religioso obedeció con fervor. El viernes después de la octava de Corpus (21 de Junio de 1675), se consagró enteramente como víctima de adoración y de reparación al Corazón adorable de Jesús. Persuadió á varias personas piadosas á hacer otro tanto, y á practicar fielmente las reglas trazadas por Nuestro Señor á sor Margarita María tocante á la frecuente Comunión, y especialmente la Comunión reparado-

ra del primer viernes de cada mes, como también la del primer viernes que sigue á la octava de Corpus. Los efectos de esta santa práctica fueron maravillosos.

Séanlo también en adelante para nosotros y en nosotros. Si, es preciso que para entrar en los misericordiosos designios de nuestro Salvador, sigamos también humilde y amorosamente los consejos que Él mismo se dignó dar á su bienaventurada Sierva.

Ante todo reanimemos nuestra fe y nuestro celo respecto á la divina Eucaristía, y pongamos mucho cuidado en evitar esas negligencias é irreverencias de que se queja Nuestro Señor. Permanezcamos en su presencia con profundísimo respeto siempre que esté expuesto en los altares, cuando oigamos la santa Misa ó entremos en cualquier iglesia donde Él resida; adorémosle con amor humilde, y postrados á sus piés démosle, de lo íntimo de nuestro corazón, pública satisfacción de nuestras culpas, como expresamente lo tiene pedido.

Además de esto, comulguemos en adelante con más frecuencia y con mejores disposiciones que hasta aquí. «Me recibirás en la santa Comunión cuantas veces te lo permita la obediencia.» A nosotros, no menos que á la beata Margarita, van dirigidas estas palabras de Jesús. Su sacratísimo Corazón nos llama á todos á la sagrada Mesa. ¡Oh! ¿cuándo llegará el día en que todos escuchen esta voz y acudan á es-

te llamamiento? En los designios de Jesús, como dice el Concilio de Trento repitiendo las palabras de Santo Tomás, San Agustín y San Ambrosio, «el Pan eucarístico es nuestro pan cotidiano; se le recibe todos los días como remedio de la enfermedad de cada día. Recibámosle, pues, todos los días, á fin de que todos los días nos aproveche. Pero vivamos de suerte que merezcamos recibirle diariamente.» Esta es la gran regla práctica de la Comunión; este el deseo de la Iglesia; este el clamor del Corazón de Jesús. Mostremos á nuestro Padre espiritual un alma tan francamente buena, tan sinceramente animada de buenos deseos y de celo por el servicio de Jesucristo, que pueda decirnos estas consoladoras palabras: «Vé, hijo mío, vé con toda confianza, y recibe, si es posible, cada día al Dios de tu corazón.» ¡Cuánto cambiaría la faz del mundo si muchas almas entrasen resueltamente en este camino de bendición, de amor, de fervor, de salud!

Finalmente, según el precepto de nuestro dulce Dueño, consagrémonos de una manera especial á la adoración reparadora el primer viernes de cada mes, y hagamos en él con espíritu de penitencia y humildad la Comunión que Jesús pide á todos los «discípulos de su sagrado Corazón.»

Si, Jesús dulcísimo, celador de las almas, que encontráis vuestras delicias en estar entre los hijos de los hombres; verdadero Pan de vida, nuestras almas esperan saciarse con Vos. No las despedáis ham-

brientas, porque caerán desfallecidas en mitad de su camino. Venid á nuestro espíritu, y alumbradlo con vuestros resplandores; penetrad en nuestro corazón, y abrasadlo en el fuego de vuestro santo amor.

IV

De otras dos bellas visiones del sagrado Corazón que tuvo la beata Margarita María Alacoque

Estaba un día sor Margarita arrodillada en un patio del monasterio, próximo á la capilla del Santísimo Sacramento, ocupada en la labor que le habían encomendado, junto á un avellano que todavía se enseña hoy en Paray-le-Monial.

«Sentime del todo recogida interior y exteriormente (dice ella misma en la memoria en que por obediencia iba notando los favores sobrenaturales que recibía), y vi el Corazón de mi adorable Jesús más resplandeciente que el sol. Parecía como envuelto en llamas; y estas llamas eran las de su amor. Estaba rodeado de Serafines que con admirable concierto cantaban: —«¡El amor triunfa!.....» ¡El amor se regocija en Dios!»

Aquellos bienaventurados espíritus me invitaban á unirme á ellos en su cántico de alabanzas al Corazón de Jesucristo; mas yo no me atrevía. Reprendieronme por esto, y me dijeron que habían venido

te llamamiento? En los designios de Jesús, como dice el Concilio de Trento repitiendo las palabras de Santo Tomás, San Agustín y San Ambrosio, «el Pan eucarístico es nuestro pan cotidiano; se le recibe todos los días como remedio de la enfermedad de cada día. Recibámosle, pues, todos los días, á fin de que todos los días nos aproveche. Pero vivamos de suerte que merezcamos recibirle diariamente.» Esta es la gran regla práctica de la Comunión; este el deseo de la Iglesia; este el clamor del Corazón de Jesús. Mostremos á nuestro Padre espiritual un alma tan francamente buena, tan sinceramente animada de buenos deseos y de celo por el servicio de Jesucristo, que pueda decirnos estas consoladoras palabras: «Vé, hijo mío, vé con toda confianza, y recibe, si es posible, cada día al Dios de tu corazón.» ¡Cuánto cambiaría la faz del mundo si muchas almas entrasen resueltamente en este camino de bendición, de amor, de fervor, de salud!

Finalmente, según el precepto de nuestro dulce Dueño, consagrémonos de una manera especial á la adoración reparadora el primer viernes de cada mes, y hagamos en él con espíritu de penitencia y humildad la Comunión que Jesús pide á todos los «discípulos de su sagrado Corazón.»

Si, Jesús dulcísimo, celador de las almas, que encontráis vuestras delicias en estar entre los hijos de los hombres; verdadero Pan de vida, nuestras almas esperan saciarse con Vos. No las despedáis ham-

brientas, porque caerán desfallecidas en mitad de su camino. Venid á nuestro espíritu, y alumbradlo con vuestros resplandores; penetrad en nuestro corazón, y abrasadlo en el fuego de vuestro santo amor.

IV

De otras dos bellas visiones del sagrado Corazón que tuvo la beata Margarita María Alacoque

Estaba un día sor Margarita arrodillada en un patio del monasterio, próximo á la capilla del Santísimo Sacramento, ocupada en la labor que le habían encomendado, junto á un avellano que todavía se enseña hoy en Paray-le-Monial.

«Sentime del todo recogida interior y exteriormente (dice ella misma en la memoria en que por obediencia iba notando los favores sobrenaturales que recibía), y vi el Corazón de mi adorable Jesús más resplandeciente que el sol. Parecía como envuelto en llamas; y estas llamas eran las de su amor. Estaba rodeado de Serafines que con admirable concierto cantaban: —«¡El amor triunfa!.....» ¡El amor se regocija en Dios!»

Aquellos bienaventurados espíritus me invitaban á unirme á ellos en su cántico de alabanzas al Corazón de Jesucristo; mas yo no me atrevía. Reprendieronme por esto, y me dijeron que habían venido

para tributar conmigo á este sagrado Corazón un homenaje perpétuo de amor, adoración y alabanza; que para esto ocuparían mi lugar delante del Santísimo Sacramento, á fin de que por su medio pudiera amarle y adorarle sin interrupción; que participarían del amor paciente en mi persona, así como yo participaría en la suya del amor triunfante. Al mismo tiempo me pareció que escribían en letras de oro esta asociación en el sagrado Corazón, con los caracteres indelebles del amor.

«Esto duró unas dos ó tres horas, y toda mi vida he sentido sus efectos, tanto por el auxilio que he recibido de esta misteriosa asociación, como por la suavidad que había producido y produce todavía en mí.

«En consecuencia quedé llena de confusión. No obstante, al rogar á estos santos Ángeles, sólo les llamaba mis divinos asociados. Esta gracia me dió tan gran deseo de la pureza de intención, y me hizo concebir tan alta idea de la que es preciso tener para conversar con Dios, que todas las cosas me parecían impuras en comparación del fervor de los Serafines.»

¡Ay! ¡que no esteis delante del sagrado Tabernáculo por nosotros como estábais por aquella dichosa criatura, oh abrasados Serafines, purísimos y perfectísimos adoradores del Corazón de nuestro Dios! Mas ¡qué digo! ¡Allí estais; de allí no os separais un momento! Día y noche adorais por nosotros y con nosotros, en el cielo y en el Santísimo Sacramento, á

Nuestro Señor Jesucristo, vuestro Rey y nuestro Rey, vuestro Amor y nuestro Amor, vuestra Luz y nuestra Luz. Lo que vosotros haceis invisiblemente, lo hacemos nosotros visiblemente; lo que haceis en la bienaventuranza del cielo, lo hacemos ¡ay! ó al menos debemos hacerlo; en medio de los combates y miserias de la tierra. ¡Ah! ¡suplid la frialdad é imperfección de nuestras adoraciones! Aunque no os ligue un pacto especial con ninguno de nosotros como á vuestra bienaventurada «Asociada,» no por eso deja de reinar entre vosotros y nosotros, entre la Iglesia del cielo y la de la tierra, una íntima é indisoluble unión. ¡Venid, pues, venid á ayudarnos, bienaventurados Serafines, Querubines, Ángeles, Arcángeles de los nueve coros celestiales! ¡Venid, adoremos á Jesús! ¡Adorémosle juntos en el misterio en que triunfan su amor y su sacrificio; y con un mismo corazón adoremos, amemos, exaltemos á su sagrado Corazón! *Venite, adoremus!*

La beata Margarita María tuvo también la dicha de contemplar en otra visión no menos esplendorosa al Corazón divino. El 27 de Diciembre de 1686, día de San Juan Evangelista, en el momento en que acababa de comulgar, quiso Nuestro Señor revelarle una vez más los misterios de su santo amor.

«Se me representó, dice, el Corazón de Jesús, como en un trono todo de fuego y llamas que despedía por todos lados, más resplandeciente que el sol, y trasparente como un cristal. En él se descubría vi-

siblemente la llaga que recibió en la cruz. Tenía al rededor una corona de espinas, y encima una cruz, que parecía plantada en él.

«Mi divino Maestro me dió á conocer que aquellos instrumentos de su Pasión, significaban que el amor inmenso de su Corazón hacia los hombres había sido el origen de todos los padecimientos y humillaciones que quiso sufrir por nosotros; que desde el primer instante de su Encarnación tuvo presentes todos aquellos tormentos, y que desde aquel primer momento quedó plantada, por decirlo así, la cruz en su Corazón; que para manifestarnos su amor aceptó desde entonces todos los dolores que su santa humanidad debía sufrir durante el curso de su vida mortal, como también todos los ultrajes á que su amor á los hombres había de exponerle hasta el fin de los siglos en el augusto Sacramento de nuestros altares.

«Y Jesús añadió: ---«Tengo una sed ardiente de ser honrado y amado de los hombres en el Santísimo Sacramento; y, sin embargo, no encuentro casi ninguno que se esfuerce, como deseo, en mitigar mi sed, correspondiendo de algún modo á mi amor.»

La beata Margarita Maria nos dice que le atravesó el alma esta amorosa queja de su Salvador. ¡Ojalá traspase también la nuestra! ¡Ojalá que, á la manera que un viento irresistible conmueve los grandes árboles así también conmueva, sacuda, despierte á todos los sacerdotes, ministros de la sagrada Eucaris-

ristía, dispensadores de los santos Misterios, y les haga comprender lo que muchos no comprenden bastante, á saber, el ardiente, el insaciable deseo que tiene Jesús de que todos sus hijos se acerquen á la santa Mesa y rodeen los altares para recibir en ellos la adorable Comunión! A este fin el Salvador les confía ese vehemente deseo de su Corazón, y lo abandona plenamente á su amor, á su celo y á su fidelidad.

¡Bienaventurado el sacerdote cuyo único cuidado consiste en hacer conocer á las almas á Jesús en la Eucaristía; en exitarlas á comulgar santa y frecuentemente, *sancte ac frequenter*, como dice la Iglesia,¹ y aún cada día si es posible! ¡Bienaventurado y mil veces bendito el siervo verdaderamente prudente y fiel que corresponde á los deseos de su buen Señor, dando con santa misericordia el Pan de vida á los hijos de Dios! La piedad y el fervor florecerán en su derredor: alimentados con Jesús, los niños conservarán fácilmente su inocencia; los jóvenes, la belleza virginal de sus almas; las familias, la santidad grave y dulce del hogar doméstico; las santas vocaciones, las buenas obras, el celo por la fe, la caridad con los desgraciados, se desarrollarán como por encanto; en una palabra, este bendito sacerdote verá multiplicarse en torno suyo cuanto hay de bello y bueno acá abajo, como una prenda de su corona eterna.

1. Rituale Rom., «De Eucharistia.»

¡Ah! pidamos al Corazón de Jesús que dé sin cesar á su Iglesia sacerdotes ardientemente consagrados á los celestiales intereses del Santísimo Sacramento; sacerdotes cuyo supremo gozo sea dar Jesús á las almas, á todas las almas, á fin de que Jesús viva y reine verdaderamente en ellas. No se olvide nunca que este es el deseo más ardiente de su sagrado Corazón.

V

Magníficas y consoladoras promesas de Nuestro Señor
á los devotos de su Corazón

En la hermosa visión que acabamos de referir, en la que Nuestro Señor hizo contemplar á sor Margarita María su sagrado Corazón rodeado de luz vivísima, sobre un trono misterioso y resplandeciente, hizole en favor de los que se consagrasen á su culto promesas tan consoladoras como edificantes. Grabémoslas en nuestras almas, y meditémoslas con amor y gratitud.

Dijo Jesús á la beata Margarita María: «El gran deseo que tengo de ser amado perfectamente por los hombres, me ha inducido á manifestarles mi Corazón, y darles en estos últimos tiempos este último esfuerzo de mi amor, proponiéndoles un objeto y un medio tan á propósito para obligarles á amarme, y amarme sólidamente.»—Como veis, pues, el sagrado

Corazón se nos da como un remedio extremo en los peligros extremos; los peligros de los últimos tiempos. «Habrà entonces, dice el Evangelio, una gran tribulación cual no la ha habido desde el principio del mundo... Se conmoverán las virtudes del cielo... Muchos se dejarán seducir. Y si el Señor no abreviase aquellos días, nadie se salvaría; mas por los escogidos serán abreviados.»¹ Ahora bien, ¿cuál es, cuál será para nosotros el gran medio de preservación y de salud? Jesús mismo se digna manifestárnoslo: es su adorable Corazón, «último esfuerzo de su amor en estos últimos tiempos.» ¿Y cómo nos salvará el culto amoroso de su divino Corazón? Excitándonos «á amarle y amarle sólidamente.» Puede afirmarse sin temor que «los elegidos,» los verdaderos cristianos de los últimos tiempos de la Iglesia, serán los fieles del sagrado Corazón de Jesús.

El Salvador dijo además: «Dándoles mi Corazón, les abro todos los tesoros de amor, de gracia, de santificación y de salvación que este Corazón encierra, á fin de que todos los que quieran rendirle y procurarle todo el amor y honor que les fuere posible, sean enriquecidos con profusión de los tesoros de que este divino Corazón es fuente, y fuente fecunda é inagotable. Yo escribiré sus nombres en mi Corazón y no permitiré jamás que sean borrados de él.» «To-

¹ Matth. XXIV, 21, 22, 29.—Marc. XIII, 6, 20.

dos los que quieran,» dice nuestro Salvador, ¿y quién no querrá? «Todos los tesoros de amor, de gracia, de misericordia, de santificación y de salvación:» ¡qué promesas! ¡qué bondad! ¡Oh! ¿quién será tan enemigo de sí mismo que no abra su corazón á la voz de Jesucristo?

Respondiendo de antemano á las críticas de los jansenistas, de los que todo lo censuran, y aun de ciertos cristianos mal aconsejados, dijo después Nuestro Señor á la beata Margarita María: «Siento singular complacencia en ver los sentimientos interiores de mi Corazón y de mi amor, honrados bajo la figura de este Corazón de carne, tal como te lo he mostrado, y cuya imagen quiero que se exponga públicamente para que conmueva el corazón insensible de los hombres. Derramaré con abundancia en el corazón de los que le honren los tesoros de gracias de que está lleno mi Corazón; y en todo lugar donde se exponga su imagen para ser así singularmente honrada, atraerá sobre él toda suerte de bendiciones.»

—Tengamos, pues, en nuestras casas, y llevemos en nuestros pechos alguna piadosa imagen del sacratísimo Corazón de Jesús, digan lo que quieran los mundanos. ¿No vale cien veces más obedecer y agradecer á Jesús que á los hombres?

En fin, la dichosa confidenta de los misterios del sagrado Corazón resume del siguiente modo, en una carta que escribió pocos años antes de su muerte, las maravillosas ventajas de la devoción al Corazón de Jesús:

«No sé que haya en la vida espiritual ningún ejercicio de devoción más á propósito para elevar en poco tiempo un alma á la más alta santidad, y hacerla gustar las verdaderas dulzuras del servicio de Dios.

«Sí, lo digo con seguridad: si se supiese cuán agradable es á Jesucristo esta devoción, no habría cristiano alguno, por poco amor que tuviese á este amable Salvador, que no la practicase inmediatamente.

«Los seculares encontrarán por este medio todos los socorros necesarios á su estado, es decir, la paz en su familia, el alivio en sus trabajos, y las bendiciones del cielo en todas sus empresas. En este Corazón adorable encontrarán un lugar de refugio durante su vida y principalmente en la hora de su muerte. ¡Ah! ¡cuán dulce es morir después de haber tenido una constante devoción el sagrado Corazón de Aquél que nos ha de juzgar!»

En cuanto á los religiosos y sacerdotes, hé aquí las magníficas promesas que les conciernen de un modo especial: «Mi divino Salvador me ha hecho entender que los que trabajan en la salvación de las almas tendrán el arte de mover los corazones más endurecidos, y trabajarán con maravilloso éxito, si están animados de una tierna devoción á su divino Corazón.

«Abracen los religiosos y religiosas esta devoción santificante; pues de ella sacarán tantos auxilios, que no será necesario otro medio para restablecer en las comunidades menos observantes el primer fervor y la más exacta regularidad, y para llevar á la mayor

perfección las comunidades que viven ya en la regularidad más exacta.»

Aplíquese cada cual á sí propio lo que dice al terminar la carta la beata Margarita: «Nadie habría en el mundo que no sintiese todo género de auxilios del cielo, si tuviese á Jesucristo un amor agradecido, tal como el que se le testifica con la devoción á su sagrado Corazón.»

Os saludo, ¡ Oh adorable Corazón de Jesús, santuario delicioso de las almas puras, horno ardiente del divino amor! Vos seréis el lugar de mi refugio y mi asilo siempre. Vos seréis el único deseo de mi corazón, luminoso astro de mi espíritu, océano de delicias inefables: yo sólo quiero vivir y morir en Vos. Poseed, benigno Jesús, mi corazón; perdonad mi ingratitude, y concededme que en mi último suspiro sea víctima de vuestro divino amor.

VI

Que los esfuerzos del inferno no han podido impedir el establecimiento y propagación del culto del sagrado Corazón de Jesús.

Cuanto más excelente y provechoso para las almas fuese el culto del sagrado Corazón, más debía temerle el demonio é impedir su establecimiento por cuantos medios le fuera posible. Para su intento sirvióse principalmente de una nueva secta nacida del

calvinismo, y que pronto, bajo el nombre de *jansenismo*, tomó en Francia proporciones desoladoras.

So pretexto de penitencia y austeridad, y de un retorno más perfecto á las primitivas tradiciones del Cristianismo, los jansenistas batían en brecha con todas sus fuerzas cuanto hay consolador y misericordioso en la Religión: la Comunión frecuente, la confianza en la misericordia divina, el amor y el culto de la Santísima Virgen, la magnificencia del culto divino. Aquellos herejes, de corazón de hielo, sin amor de Dios ni de los hombres, no podían ver con buenos ojos una devoción toda impregnada de amor, cual es la del sagrado Corazón. En una série de abominables intrigas, de libelos difamatorios y de persecuciones más ó menos abiertas, hicieron esfuerzos desesperados para ahogar en su cuna la devoción naciente del sagrado Corazón de Jesús. En su primer ensayo la representaron como supersticiosa, absurda, ridícula, impia; después intentaron sublevar contra ella el clero, los fieles y aún algunos doctores en Teología; trataron también de engañar á los obispos; esforzándose en irritar contra ella al rey Luis XIV, lo cual lograron momentáneamente. Las iras de los herejes recayeron principalmente sobre la benemérita Compañía de Jesús, que en su celo ardiente y continuo por la salvación de las almas, había abrazado con amor muy digno de ella la devoción del Sagrado Corazón. La pobre sor Margarita María fué objeto de burla; y sus luminosas revelaciones, no obstan-

perfección las comunidades que viven ya en la regularidad más exacta.»

Aplíquese cada cual á sí propio lo que dice al terminar la carta la beata Margarita: «Nadie habría en el mundo que no sintiese todo género de auxilios del cielo, si tuviese á Jesucristo un amor agradecido, tal como el que se le testifica con la devoción á su sagrado Corazón.»

Os saludo, ¡ Oh adorable Corazón de Jesús, santuario delicioso de las almas puras, horno ardiente del divino amor! Vos seréis el lugar de mi refugio y mi asilo siempre. Vos seréis el único deseo de mi corazón, luminoso astro de mi espíritu, océano de delicias inefables: yo sólo quiero vivir y morir en Vos. Poseed, benigno Jesús, mi corazón; perdonad mi ingratitude, y concededme que en mi último suspiro sea víctima de vuestro divino amor.

VI

Que los esfuerzos del inferno no han podido impedir el establecimiento y propagación del culto del sagrado Corazón de Jesús.

Cuanto más excelente y provechoso para las almas fuese el culto del sagrado Corazón, más debía temerle el demonio é impedir su establecimiento por cuantos medios le fuera posible. Para su intento sirvióse principalmente de una nueva secta nacida del

calvinismo, y que pronto, bajo el nombre de *jansenismo*, tomó en Francia proporciones desoladoras.

So pretexto de penitencia y austeridad, y de un retorno más perfecto á las primitivas tradiciones del Cristianismo, los jansenistas batían en brecha con todas sus fuerzas cuanto hay consolador y misericordioso en la Religión: la Comunión frecuente, la confianza en la misericordia divina, el amor y el culto de la Santísima Virgen, la magnificencia del culto divino. Aquellos herejes, de corazón de hielo, sin amor de Dios ni de los hombres, no podían ver con buenos ojos una devoción toda impregnada de amor, cual es la del sagrado Corazón. En una série de abominables intrigas, de libelos difamatorios y de persecuciones más ó menos abiertas, hicieron esfuerzos desesperados para ahogar en su cuna la devoción naciente del sagrado Corazón de Jesús. En su primer ensayo la representaron como supersticiosa, absurda, ridícula, impia; después intentaron sublevar contra ella el clero, los fieles y aún algunos doctores en Teología; trataron también de engañar á los obispos; esforzándose en irritar contra ella al rey Luis XIV, lo cual lograron momentáneamente. Las iras de los herejes recayeron principalmente sobre la benemérita Compañía de Jesús, que en su celo ardiente y continuo por la salvación de las almas, habia abrazado con amor muy digno de ella la devoción del Sagrado Corazón. La pobre sor Margarita María fué objeto de burla; y sus luminosas revelaciones, no obstan-

te el examen y aprobación de la autoridad competente; aquellas revelaciones que Nuestro Señor había confirmado con milagros, fueron tildadas de delirios.

Ya antes la cólera del demonio y de los jansenistas se había concentrado sobre un santo misionero que la Providencia había suscitado para preparar los caminos á la beata Margarita María, y á la revelación propiamente dicha de los misterios del Corazón de Jesús. Era este el P. Eudes, discípulo del cardenal de Berulle y del P. Condren, y amigo de San Vicente de Paul, del venerable Olier y de lo más eminente en ciencia y virtud que tenía el clero en aquel siglo. Hacía más de cincuenta años que aquel admirable religioso, á quien el reverendo Olier llamaba «maravilla de su siglo,» llenaba la Francia entera con sus predicaciones apostólicas, y propagaba á su paso con fervor verdaderamente inspirado el amor y el culto de los sagrados Corazones de Jesús y María. Esta era su devoción predilecta, que comunicaba, no solamente á los pueblos, sino también al clero y á las Congregaciones religiosas. Con aprobación y bajo los auspicios del Episcopado, fundó una Congregación de misioneros (los padres *Eudistas*), especialmente dedicada á este culto de amor; fundó seminarios, capillas públicas, numerosas y florecientes cofradías que fueron aprobadas oficialmente por la Santa Sede, y esto cabalmente en la misma época que comenzaba Jesús á revelarse milagrosamente á la bea-

ta Margarita en el silencio del monasterio de Paray-le-Monial.

Con justa razón, por lo tanto, puede y debe llamarse también el P. Eudes «apóstol del sagrado Corazón de Jesús.» Desde 1645 tuvo la dicha de ver que se le rendía culto solemne en los seminarios de su Congregación y en muchas casas religiosas; y en 1671 varios obispos franceses aprobaron y autorizaron en sus diócesis, siempre á instancias del P. Eudes, tan admirable devoción, permitiendo se celebrase públicamente en honor del sagrado Corazón una fiesta con Misa y Oficio propios, que compuso aquel piadoso misionero, y que han sido aprobados en dos distintas ocasiones por la Santa Sede. En 1674, al tiempo que Nuestro Señor se revelaba de un modo tan esplendente á la beata Margarita María Alacoque, Clemente X daba por medio de seis Breves apostólicos la suprema sanción de la Santa Sede á la legitimidad del culto del sagrado Corazón.

El infierno se desencadenó más furioso que nunca contra el P. Eudes, aprovechando la actitud verdaderamente sacerdotal que había tomado el santo misionero en las primeras contiendas con el galicanismo, que, como es sabido, habían nacido de las intrigas jansenistas. El generoso defensor de los derechos del amor á Jesucristo y de la autoridad de su Vicario, tuvo la gloria de sufrir el destierro y la persecución. Murió á la edad de más de ochenta años en olor de santidad.

Como la palabra de Dios no puede faltar, no tardaron en verse cumplidas las promesas hechas á la venerable Alacoque, y el culto del sagrado Corazón se propagó maravillosamente por todas partes, produciendo abundantes frutos de gracia y conversión. Otorgados ya varios Breves de indulgencias por diversos Papas, y erigidas con autoridad de la Santa Sede muchísimas Congregaciones para honrar con particular culto al sagrado Corazón de Jesús, Clemente XIII concedió en 1765 Oficio y Misa propios del sagrado Corazón; elevándolos en seguida á la categoría de primera clase en el rito. Pio VI, en su memorable bula dogmática *Auctorem fidei*, condenó los errores é impugnaciones del jansenismo contra la devoción al Corazón divino de nuestro adorable Salvador.¹ Pio VII, por un rescripto de 10 de Marzo de 1802, concedió indulgencias á los que se asociasen á esta devoción. Pio IX extendió en 1856 á la Iglesia universal la fiesta del sagrado Corazón, que ya se

1 Aquellos herejes, que no habían podido impedir que la devoción al sagrado Corazón de Jesús echase hondas raíces en las almas piadosas, trabajaron por infundir en otras muchas, muy buenas por otra parte, lamentables preocupaciones sobre tan santa devoción, que aún hoy día subsisten en algunos. Para desvanecerlas creemos utilísimas las consideraciones contenidas en un excelente librito que en nuestros días ha publicado el Rdo. Padre Antonio Gació, de la Compañía de Jesús, con el título, "Declaración y Meditaciones de los Oficios del sagrado Corazón de Jesús," §§ 1.º y 2.º —Barcelona, Tipografía Católica, 1876.

celebraba por privilegio casi en todas las diócesis; y por Breve de 19 de Agosto de 1864 llevó al honor de los altares á la beata Margarita María Alacoque. Finalmente, por siempre memorable será el año 1875, en que Pio IX, movido de su devoción al sacratísimo Corazón y de las multiplicadas súplicas del Episcopado y de algunos millones de fieles¹ dispuso que todos los hijos de la Iglesia católica se consagrasen solemnemente al sagrado Corazón de Jesús, dando á este objeto la sagrada Congregación de Ritos un decreto acompañado del acto de consagración, que lleva el sello de la aprobación del Jefe supremo de la Iglesia. El 16 de Junio del mismo año el cielo y la tierra contemplaron un solemne y magnífico espectáculo: el de todos los fieles del mundo entero, bajo el

1 El P. Chevalier, fundador y primer superior de la Congregación de misioneros del sagrado Corazón de Jesús en Issoudun, presentó á Su Santidad una súplica suscrita en pocos meses por tres millones de católicos de todo el orbe, pidiendo la consagración de la Iglesia y del mundo al sagrado Corazón de Jesús, formando treinta volúmenes ricamente encuadernados, uno de los cuales contenía cartas de ciento sesenta obispos que prohibían aquella petición. Esta ofrenda, que llenaba los deseos expresados algunos meses antes por Su Santidad al manifestar al mismo P. Chevalier "que se tendría por dichoso de consagrar el mundo católico al sagrado Corazón de Jesús si los fieles lo pedían," fué recibida por el Papa con indecible júbilo, contestando al sentido discurso que aquel le dirigió, en los siguientes términos: "¡Tres millones! es todo un ejército! Pues bien, voy á ponerme á su frente, é irémos á conquistar el mundo."

cayado de sus Pastores, ofreciéndose en los mismos términos, y en unión y por mediación del Soberano Pontífice, todos unidos en holocausto de perfecta y eterna consagración, al santísimo Corazón de Jesús. Así en el decurso de doscientos años, á la par de los ataques de los enemigos, ha seguido ganando terreno el mismo culto tan rudamente atacado, hasta el punto de llegar á ser considerada hoy la devoción al sagrado Corazón de Jesús, como la devoción providencial de los tiempos modernos.

También yo, amabilísimo Salvador mío, quiero consagrarme enteramente á vuestro adorable Corazón. Infundidme el espíritu de vuestra Iglesia, que es vuestro santo Espíritu, vuestro Espíritu de amor. En Él, á su luz divina, quiero aprender á conoceros, á adoraros, á servirlos, á ganaros corazones, á consolaros de tantas ingratitudes, á desagraviaros de tantos ultrajes. Vivid en mi entendimiento por la fe, y por el amor en mi corazón, y dadme vida de amor. Reinad Vos, Señor, ahora y siempre en nuestras familias, en nuestros gobiernos, en nuestra ciencia, en nuestras artes, en nuestros ejércitos, en nuestros talleres, en nuestras costumbres, en nuestros cuerpos y en nuestras almas, en todo lo nuestro, siendo *todo para todos*, y todos únicamente de Vos, con Vos y para Vos en el tiempo y en la eternidad.

VII

Que la revelación del sagrado Corazón hecha en el siglo XVII no era cosa inaudita en la Iglesia.

Los jansenistas acusaban de «novedad,» de «cosa nunca oída,» el culto del sagrado Corazón. Craso error.

Como ya hemos dicho, cuatro siglos antes de las revelaciones de Jesucristo á la venerable Alacoque, Santa Gertrudis había recibido de Nuestro Señor, acerca del sagrado Corazón, revelaciones no menos espléndidas que las de Paray-le-Monial. Jesús mismo le ordenó que las pusiese por escrito. «No saldrás de este mundo,—dijole un día en que su humildad la hacía vacilar,—no saldrás de este mundo que no hayas acabado de escribir. Quiero que tus escritos sean para los últimos tiempos una prenda de mi divina bondad. Por medio de ellos haré gran bien en muchas almas. Mientras escribieres, tendré tu corazón junto al mío, y verteré en él gota á gota lo que debes decir.» Y el admirable libro de Santa Gertrudis la ha constituido en muy íntima evangelista del sagrado Corazón de Jesús.

Tenía la Santa particularísima devoción al apóstol San Juan, y asistiendo á Maitines un día de su fiesta, se le apareció el Discípulo amado de Jesús, rodeado de una gloria incomparable. «Amorosísimo

cayado de sus Pastores, ofreciéndose en los mismos términos, y en unión y por mediación del Soberano Pontífice, todos unidos en holocausto de perfecta y eterna consagración, al santísimo Corazón de Jesús. Así en el decurso de doscientos años, á la par de los ataques de los enemigos, ha seguido ganando terreno el mismo culto tan rudamente atacado, hasta el punto de llegar á ser considerada hoy la devoción al sagrado Corazón de Jesús, como la devoción providencial de los tiempos modernos.

También yo, amabilísimo Salvador mío, quiero consagrarme enteramente á vuestro adorable Corazón. Infundidme el espíritu de vuestra Iglesia, que es vuestro santo Espíritu, vuestro Espíritu de amor. En Él, á su luz divina, quiero aprender á conoceros, á adoraros, á servirlos, á ganaros corazones, á consolaros de tantas ingratitudes, á desagraviaros de tantos ultrajes. Vivid en mi entendimiento por la fe, y por el amor en mi corazón, y dadme vida de amor. Reinad Vos, Señor, ahora y siempre en nuestras familias, en nuestros gobiernos, en nuestra ciencia, en nuestras artes, en nuestros ejércitos, en nuestros talleres, en nuestras costumbres, en nuestros cuerpos y en nuestras almas, en todo lo nuestro, siendo *todo para todos*, y todos únicamente de Vos, con Vos y para Vos en el tiempo y en la eternidad.

VII

Que la revelación del sagrado Corazón hecha en el siglo XVII no era cosa inaudita en la Iglesia.

Los jansenistas acusaban de «novedad,» de «cosa nunca oída,» el culto del sagrado Corazón. Craso error.

Como ya hemos dicho, cuatro siglos antes de las revelaciones de Jesucristo á la venerable Alacoque, Santa Gertrudis había recibido de Nuestro Señor, acerca del sagrado Corazón, revelaciones no menos espléndidas que las de Paray-le-Monial. Jesús mismo le ordenó que las pusiese por escrito. «No saldrás de este mundo,—dijole un día en que su humildad la hacía vacilar,—no saldrás de este mundo que no hayas acabado de escribir. Quiero que tus escritos sean para los últimos tiempos una prenda de mi divina bondad. Por medio de ellos haré gran bien en muchas almas. Mientras escribieres, tendré tu corazón junto al mío, y verteré en él gota á gota lo que debes decir.» Y el admirable libro de Santa Gertrudis la ha constituido en muy íntima evangelista del sagrado Corazón de Jesús.

Tenía la Santa particularísima devoción al apóstol San Juan, y asistiendo á Maitines un día de su fiesta, se le apareció el Discípulo amado de Jesús, rodeado de una gloria incomparable. «Amorosísimo

Señor mío, dijo Santa Gertrudis á Jesucristo: ¿de dónde á mí, criatura indigna, que me presentéis vuestro más amado Discípulo?—Quiero, respondió Jesús, establecer entre él y tí una íntima amistad: en adelante será en el cielo tu protector fiel.» San Juan entonces, dirigiéndose á Gertrudis, dijole: «Ven, esposa de mi Maestro; reclinemos juntos nuestra cabeza sobre el dulcísimo pecho del Señor, donde están encerrados todos los tesoros de la bienaventuranza.» Y habiendo Santa Gertrudis reclinado su cabeza sobre el costado derecho del Salvador, mientras San Juan apoyaba la suya sobre el izquierdo, prosiguió el Discípulo amado: «Aquí está el Santo de los Santos, al cual son atraídos como á su centro todos los bienes del cielo y de la tierra.»

Los latidos del Corazón de Jesús arrebatában el alma de Gertrudis. «Muy amado del Señor, preguntó á San Juan; estos latidos armoniosos que regocijan mi alma, ¿regocijaron también la vuestra cuando reposásteis en la última Cena sobre el pecho del Salvador?—Sí, respondió el Apóstol, sí; los sentí, y su suavidad penetró hasta el fondo de mi alma.—¿Cómo, pues, apenas dejásteis entrever en vuestro Evangelio los amorosos arcanos del Corazón de Jesucristo?—Mi ministerio en los primeros tiempos de la Iglesia debía limitarse á decir sobre el Verbo increado, Hijo eterno del Padre, algunas palabras fecundas que la inteligencia de los hombres pudiese meditar siempre, sin que sus riquezas se agotasen jamás; pe-

ro estaba reservado á los últimos tiempos la gracia de escuchar la voz elocuente de los latidos del Corazón de Jesús. A esta voz el mundo envejecido se rejuvenecerá, saldrá de su entorpecimiento, y le inflamará una vez más el fuego del amor divino.»

En otro pasaje de su libro, Santa Gertrudis nos hace oír como un eco de estos celestes latidos del Corazón de Jesucristo. La Santa veía cómo sus Hermanas se apresuraban á ir á la iglesia para asistir al sermón, mientras la enfermedad la retenía á ella en la celda. «¡Ah, mi amadísimo Señor! dijo suspirando, ¡cuán gustosa iría al sermón, si la enfermedad no me lo impidiese!—¿Quieres, amada mía, que te predique yo mismo? contestóle al momento Nuestro Señor.—Con toda mi alma,» respondió sencillamente Gertrudis. Entonces Jesús inclinó hacia su sagrado Corazón el alma de Gertrudis, que distinguió en él dos latidos muy dulces al oído: «Uno de estos latidos, le dijo Jesús, obra la salvación de los pecadores; el otro la santificación de los justos. El primero habla sin cesar á mi Padre, para apasiguar su justicia y atraer su misericordia. Por este mismo latido hablo á todos los Santos, excusando ante ellos á los pecadores con la indulgencia y el celo de un buen hermano, é instándoles á interceder por ellos. Este mismo latido es el incesante llamamiento que dirijo misericordiosamente á los mismos pecadores con un indecible deseo de verles volver á mí, que no me canso de esperarles.»

«Por el segundo latido, no ceso de manifestar á mi Padre cuánto me felicito por haber dado mi sangre para rescatar á tantos justos, en cuyos corazones gusto delicias sin cuento. Invito á la Corte celestial á admirar conmigo la vida de esas almas perfectas, y á dar gracias á Dios por todos los bienes que les ha dado ya, ó que les prepara. Finalmente, este latido de mi Corazón es el trato habitual y familiar que tengo con los justos, ya para testificarles deliciosamente mi amor, ya para reprenderles por sus faltas y hacerles progresar de día en día y de hora en hora.

«Así como ninguna ocupación exterior, ni distracción alguna de la vista ni del oído interrumpen los latidos del corazón humano; así tampoco el gobierno providencial del universo podrá hasta el fin de los siglos detener, interrumpir ó retardar un instante estos dos latidos de mi Corazón.»

Otro día, teniendo su Corazón en las manos, Jesús lo presentó á Santa Gertrudis, y le dijo: «Mira mi dulcísimo Corazón, armonioso instrumento cuyos acordes embelesan á la Santísima Trinidad! Yo te lo doy, y estará á tus órdenes como un servidor fiel y solícito para suplir tus ineptitudes. Haz según mi Corazón te dictare, y tus obras encantarán la mirada y el oído de Dios.»

De este modo Gertrudis vivió, hasta su último suspiro, una vida de amor, de ternura, de sacrificios en el sagrado Corazón de su Dios. En su agonía, el 17 de Noviembre de 1292, la Hermana á quien la San-

ta Abadesa había dictado su libro, vió cómo Nuestro Señor se acercaba á la moribunda, con el rostro radiante de alegría, teniendo á su derecha la beatísima Virgen María, y á su izquierda el Discípulo amado, San Juan. En derredor de ellos se agrupaba una multitud de Ángeles, Virgenes y Santos.

Junto al lecho de la Santa moribunda, leían el Evangelio de la Pasión; y al llegar á éstas palabras: «É inclinando la cabeza, entregó su espíritu,» Jesús se inclinó hacia Gertrudis, entreabrió con ambas manos su propio Corazón, y derramó sus llamas en aquella alma bienaventurada.

Momentos antes de espirar, Jesús le dijo con amor: «Al fin ha llegado el momento de dar á tu alma el ósculo que debe unirla conmigo; al fin mi Corazón podrá presentarte á mi Padre celestial!»

Y al punto el alma bienaventurada de Gertrudis, rompiendo el lazo que la unía á su cuerpo, se elevó resplandeciente hacia Jesús y penetró en el santuario de su dulcísimo Corazón.

Este mismo misterio de amor, de misericordia y de santificación era el que Jesús debía revelar cuatrocientos años más tarde para ser en los últimos tiempos la prenda de su divina bondad.

Adorémosle y bendigámosle con todo nuestro corazón; elevemos á Él nuestro espíritu, y digámosle con Santa Gertrudis:

«Aquí me teneis cerca de Vos, ó Dios mío, que sois un fuego consumidor; haced que por la fuerza,

por la violencia, por la abundancia de vuestro ardor me abrase la llama de vuestro amor, y que, no siendo más que un grano de polvo, se sienta mi alma completamente devorada, consumida y perdida en Vos.

«Dadme, Señor mío Jesucristo, la gracia de amaros con todo mi corazón, de unirme á Vos con toda mi alma, de emplearme en vuestro amor y en vuestro servicio con todas mis fuerzas, de vivir según vuestro Corazón; y haced que en la hora de mi muerte, dándome Vos mismo las disposiciones necesarias, pueda entrar sin mancha en vuestro nupcial festín.

«¡Oh amor de Jesús! absorbedme á la manera que la plenitud de una mar profunda absorbe una pequeña gota de agua. Otorgadme la gracia de abandonarme á Vos y de confundirme con Vos de tal manera, que jamás vuelva á encontrarme sino en Vos, ¡oh Jesús, mi dulce amor, bien de mi vida! Así sea.»

VIII

Cómo en la propagación del culto del sagrado Corazón le corresponde á España una parte muy principal.¹

Tradicional es en España la devoción al sagrado Corazón de Jesús, como lo atestiguan, además de innumerables hechos que registran las crónicas de es-

¹ En medio del lamentable olvido en que se tiene un asunto que tanto debiera interesarnos como católicos y como españoles,

ta nación,¹ nombres tan preclarísimos en santidad y ciencia como los de Vicente Ferrer, Pedro de Alcántara, Rosa de Lima, Teresa de Jesús, María de Agreda, Juan de la Cruz, Luis de Granada, Juan de Jesús María, Bernardino de Villegas, Alfonso de Orozco, Tomás de Villanueva, Francisco Suarez, Juan Bau-

merece justo tributo de alabanza quien como el Rdo. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, consagra su talento y su pluma á ilustrar en esta parte la historia de nuestro país. De sus importantes trabajos sobre la materia nos hemos servido principalmente para reunir estos desaliñados apuntes. A mayor abundamiento, véase la Colección del "Mensajero del sagrado Corazón" que bajo la entendida dirección del Ilustre Sr. D. José Morgades y Gili, canónigo Penitenciario, se publica hace algunos años en Barcelona.

¹ Ya en 1456 la ciudad de Valencia celebraba una "liza poética" en honor del "Cor de Dèu." Un valenciano, nacido en la «Torre de Canals» junto á Játiva, era entonces Papa con el nombre de Calixto III. Gracias á la cruzada que promovió en Hungría por medio de su legado San Juan de Capistrano, logró el ínclito Calixto reportar la victoria de Belgrado, que abatió los humos del feroz conquistador de Constantinopla y preservó el Occidente católico de la irrupción de los turcos, tanto más temibles cuanto que podían darse la mano con los moros que ocupaban todo el Septentrión del África y las provincias meridionales de España. En memoria de tamaño triunfo, ocurrido en 6 de Agosto de 1456, extendió Calixto III á toda la Iglesia universal la fiesta de la Transfiguración del Señor. La generosa Valencia se fijaría sobre todo en el rasgo de la omnipotente misericordia del Salvador que brilló en aquella victoria; y de aquí naturalmente brotaría la idea del referido certamen.

por la violencia, por la abundancia de vuestro ardor me abrase la llama de vuestro amor, y que, no siendo más que un grano de polvo, se sienta mi alma completamente devorada, consumida y perdida en Vos.

«Dadme, Señor mío Jesucristo, la gracia de amaros con todo mi corazón, de unirme á Vos con toda mi alma, de emplearme en vuestro amor y en vuestro servicio con todas mis fuerzas, de vivir según vuestro Corazón; y haced que en la hora de mi muerte, dándome Vos mismo las disposiciones necesarias, pueda entrar sin mancha en vuestro nupcial festín.

«¡Oh amor de Jesús! absorbedme á la manera que la plenitud de una mar profunda absorbe una pequeña gota de agua. Otorgadme la gracia de abandonarme á Vos y de confundirme con Vos de tal manera, que jamás vuelva á encontrarme sino en Vos, ¡oh Jesús, mi dulce amor, bien de mi vida! Así sea.»

VIII

Cómo en la propagación del culto del sagrado Corazón le corresponde á España una parte muy principal.¹

Tradicional es en España la devoción al sagrado Corazón de Jesús, como lo atestiguan, además de innumerables hechos que registran las crónicas de es-

¹ En medio del lamentable olvido en que se tiene un asunto que tanto debiera interesarnos como católicos y como españoles,

ta nación,¹ nombres tan preclarísimos en santidad y ciencia como los de Vicente Ferrer, Pedro de Alcántara, Rosa de Lima, Teresa de Jesús, María de Agreda, Juan de la Cruz, Luis de Granada, Juan de Jesús María, Bernardino de Villegas, Alfonso de Orozco, Tomás de Villanueva, Francisco Suarez, Juan Bau-

merece justo tributo de alabanza quien como el Rdo. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, consagra su talento y su pluma á ilustrar en esta parte la historia de nuestro país. De sus importantes trabajos sobre la materia nos hemos servido principalmente para reunir estos desaliñados apuntes. A mayor abundamiento, véase la Colección del "Mensajero del sagrado Corazón" que bajo la entendida dirección del Ilustre Sr. D. José Morgades y Gili, canónigo Penitenciario, se publica hace algunos años en Barcelona.

¹ Ya en 1456 la ciudad de Valencia celebraba una "liza poética" en honor del "Cor de Dèu." Un valenciano, nacido en la «Torre de Canals» junto á Játiva, era entonces Papa con el nombre de Calixto III. Gracias á la cruzada que promovió en Hungría por medio de su legado San Juan de Capistrano, logró el ínclito Calixto reportar la victoria de Belgrado, que abatió los humos del feroz conquistador de Constantinopla y preservó el Occidente católico de la irrupción de los turcos, tanto más temibles cuanto que podían darse la mano con los moros que ocupaban todo el Septentrión del África y las provincias meridionales de España. En memoria de tamaño triunfo, ocurrido en 6 de Agosto de 1456, extendió Calixto III á toda la Iglesia universal la fiesta de la Transfiguración del Señor. La generosa Valencia se fijaría sobre todo en el rasgo de la omnipotente misericordia del Salvador que brilló en aquella victoria; y de aquí naturalmente brotaría la idea del referido certamen.

tista Agnesio, Miguel de los Santos,¹ y otros, y otros que por diversos medios tanta gloria han dado al sagrado Corazón y tanto han contribuido á extender su amoroso culto. Refiriéndonos tan sólo á los escritos ascéticos del P. Baltasar Alvarez de Paz, ¿quién ignora que fueron fuente de amor al Corazón de Jesús, en la que bebieron San Francisco de Sales, el P. Eudes, el P. de la Colombière y demás grandes atletas de esta devoción en el siglo XVII?

La por mil títulos ilustre y esclarecida Compañía de Jesús, á quien por revelación expresa del sagrado Corazón hecha á la venerable Alacoque en 2 de Julio de 1689 estaban particular y eminentemente confiadas la propagación y defensa de su culto, en el solo intervalo de 1733 á 1742 llevaba fundadas en España casi doscientas congregaciones; varias de las célebres reducciones del Paraguay florecían bajo el nombre y divisa del sagrado Corazón, y los evangélicos obreros de España y Portugal, abarcando bajo las alas de su apostólico celo más de la tercera parte del orbe, cumplían con extraordinario éxito su misión, inflamados de aquel Corazón que dijo: «Fuego (de mi amor) vine á meter en la tierra, y ¿qué más quiero sino que se abra?»²

¹ Este insigne catalán nació en Vich á fines del siglo XVI, y murió en Valladolid en 10 de Abril de 1624. Como Santa Lutgardis, mereció en un delirio de seráfico ardor trocar su corazón por el de Jesús, como reza el Breviario.

² Luc. XII, 49.

Y debiendo allegarse á esto, como coronamiento y clave de la inmensa cúpula labrada por la devoción de los pueblos, la solidez inquebrantable de aquella *Piedra* de la que dijo el Salvador que «las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella,»¹ este sostén ó fallo dado por la Sede apostólica vino también solicitado en 1738 y 1745 por dos Concilios provinciales tarraconenses; por el rey D. Fernando VI en 1747,² y desde 1753 á 1764 por un gran número de Prelados y Cabildos de España y sus vastas colonias ultramarinas.

Y bien se comprende que no podía ser la última ni la menos diligente en adoptar y propagar tan providencial devoción la nación católica por excelencia, honrada y favorecida en algunos de sus hijos, ya en tiempos anteriores á la venerable Alacoque, por manifestaciones especialísimas del divino Corazón.

Una de estas almas privilegiadas fué Doña Sancha Carrillo, «doncella más celestial que humana, fama y asombro de su siglo, flor de la nobleza y hermosura de Andalucía, lustre y honra de la nobilísima casa de Córdoba y Guadalcazar, y espejo clarísimo de toda

¹ Matth. XVI, 18.

² Veinte años antes D. Felipe V había escrito una carta á Benedicto XIII, uniendo su voz al universal concierto de súplicas, y pidiéndole «con las mayores veras y empeño» se dignase conceder para todos sus reinos y dominios la Misa y Oficio propios del sagrado Corazón.

virtud y santidad.»¹ Jesucristo, á quien escogió por único esposo de su alma, favorecióla con los más preciados dones de oración, de profesia, y con otras mercedes singularísimas; mas nunca estos favores rayaron tan alto como en su lecho de muerte. En el misterio de la Cruz «le fué mostrado *el Corazón de su Redentor*, ardiendo en llamas de amor á los hombres, tan fuertes, tan excesivas, que aún quien allí entra y las mira, no puede alcanzar cuán grandes son. Y aun para decir aquello que alcanza es muda la lengua, porque excede á todo lo que se puede pensar. Veía que no hay ojos que puedan mirar la hermosura de aquel *Sol abrasado de la caridad de Jesucristo*,² ni entendimiento para imaginar como es aquel fuego tan poderoso en el alma, que salía fuera de ella y abrasaba su sacratísimo cuerpo destrozado y llagado por todas partes de puro amor, tan igual y extendido para con todos, que del *centro de su regalado pecho* salían vivos rayos de amor, que iban á parar á cada uno de los hombres, pasados, presentes, y por venir, ofreciendo su vida por el rescate de ellos. Mostrósele aquel amorosísimo Corazón atravesado con el cuchillo de dos filos, de ver á Dios ofendido y á los hombres perdidos por el pecado; lo que entraña-

¹ «Vida y maravillosas virtudes de Doña Sancha Carrillo,» por el P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús.—Sevilla, 1615.

² «Abrasado sol de la caridad de Jesucristo» es su Corazón vivo é informado por su alma ardiente.

blemente le lastimaba por el inestimable amor que á Dios tenía y á los hombres por Él, deseando la satisfacción de la honra divina y la redención del linaje humano, aunque fuese tan á su costa.¹

Ante esta visión, la santa doncella prorrumpió en amorosas imprecaciones, conjurando á todos los hombres á que acudiesen por remedio de todas sus necesidades al sacratísimo Corazón de Jesús; y con estas ansias del bien de sus hermanos y de la gloria divina, aquella alma bienaventurada, con milagrosa paz y sosiego de corazón, con gran dulzura y suavidad de espíritu, fué á unirse con su divino Esposo en 13 de Agosto de 1537, á la edad de veinticuatro años y medio, «tan bien empleados como logrados en Dios.»

Amantísima del sagrado Corazón fué también Doña Ana Ponce de León, condesa de Féria. Nació en Marchena, viernes 3 de Mayo de 1527, y falleció en el convento de Santa Clara de Montilla en 26 de Abril de 1601. Quince años, no más, contaba cuando dió su mano al conde de Féria, gran privado del emperador Carlos V. En su nuevo estado recibió muchas gracias del divino Corazón, en especial una muy singular; y fué que estando ella en muy devota oración se le apareció su Divina Majestad, y *le mostró el Corazón herido*, y con semblante amoroso y alegre le dijo: Que de su amor era aquella herida, y en retorno la quería toda para sí. Merced y beneficio tan

¹ El P. Martín de Roa, en su libro citado.

soberano, que en aquel punto le pareció que se había renovado toda interiormente, y trocado como en otra mujer con tan inefable suavidad en el alma, tan humilde alegría en el corazón y un fuego tan vivo del amor divino, con un olvido tan grande de todo lo de la tierra, que ni acertaba ni se hallaba á pensar en otra cosa que en Dios, y tras Él sólo se le iba el alma y la vida.¹

¿Qué mucho, pues, que joven, viuda y dueña enteramente de sus acciones diese al mundo un espectáculo que no tardó en seguir la santa fundadora de las monjas de la Visitación, Juana Francisca Fremiot de Chantal? Su firme resolución de tomar el hábito y profesar en el monasterio de Santa Clara de Montilla; causó en el mundo asombro tan general, como el ejemplo de abnegación, casi coetáneo, dado por San Francisco de Borja. Este gran Santo, cada vez que pisaba el umbral de aquel monasterio, solía decir que sentía en sí un respeto y veneración más que humana por la Condesa que vivía en él.

A la Condesa de Féria y á Doña Sancha Carrillo, tan amantes y favorecidas del sagrado Corazón, no fué inferior la venerable virgen Doña Marina Escobar, natural de Valladolid. Fundadora de las Recoletas de Santa Brígida, nació esta gran Sierva de Dios en 8 de Febrero de 1554, y falleció á la edad de se-

1 «Vida de Doña Ana Ponce de León,» por el P. Martín de Roa.—Sevilla, 1615.

tenta y tres años. Suyo es el relato de la revelación siguiente:

«Y estando diciendo estas y otras cosas fervorosas, ví que Cristo nuestro Señor *abrió su sagrado pecho y me mostró su santísimo Corazón*, encendido y hecho un fuego de amor á sus criaturas, con una luz muy clara para que viese allí el amor con que nos amó y nos ama. Como si dijera: *¡Mira! este amor y este Corazón tengo para con vosotros!*¹ Y luego me comunicó una centellica de aquel amor suyo, con la cual encendió mi alma, mucho más de lo que estaba, en su divino amor; y quedé con mayor luz y claridad de la persona de Cristo nuestro Señor. Y así le decía: Señor mío, quien no te conoce, no conoce cosa buena. Porque la experiencia me enseña que este Señor es gran maestro, muy sábio y poderoso, que sabe y puede de los males sacar bienes, de las tinieblas luz; y que es muy largo y magnífico en cumplir sus promesas, pues habiendo dicho que á medida de los desconsuelos serán los consuelos, veo yo ser mucho mayores los consuelos y bienes que me ha comunicado, que no la tribulación y pena en que me permitió que hubiese estado.²

1 Expresión notabilísima, con que debería ilustrarse la célebre revelación hecha á la beata Margarita María Alacoque.

2 «Vida maravillosa de la venerable virgen Doña Marina Escobar,» por el P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús.—Madrid, 1666.

Para dirigir almas tan adictas á su amorosísimo Corazón, como fueron la venerable Marina Escobar, la Condesa de Féria y Doña Sancha Carrillo, escogió el Señor á tres grandes maestros de espíritu, el P. Juan de Avila, Fr. Luis de Granada y el P. Luis de la Puente, á quienes tan gran parte cupo en el fomento de la piedad española y aún europea, y en cuyas obras se encierran ricos tesoros de profunda sabiduría y divinal aliento sobre la naturaleza, utilidad y excelencia del culto que debemos al sagrado Corazón.

No terminaron aquí tan soberanas manifestaciones de su amor á esta tierra clásica del Catolicismo. Una vez más había de cumplirse, pero de un modo extraordinario, la revelación de Nuestro Señor á la beata Margarita María, de que había elegido especialmente á la Compañía de Jesús como propio instrumento para la propagación del culto y amor á su Corazón divino.¹

A mediados del siglo XVIII vivía en el colegio de San Ambrosio de Valladolid un joven de alma angelical, que por sus virtudes era considerado como un vivo retrato de San Luis Gonzaga. Su amor á Dios era verdaderamente seráfico; su oración elevadísima hasta la contemplación más sublime; su obediencia, ciega; su humildad, profunda; su paciencia, invicta;

¹ Véase el libro "Títulos de la Compañía de Jesús para con el divino Corazón."—Barcelona, Tipografía Católica, 1875.

ardientes sus ansias de padecimientos y trabajos; en una palabra, su vida era uno de aquellos prodigios que la divina gracia produce de vez en cuando en el mundo para alumbrarle y encenderle.

Tal era el V. P. Bernardo de Hoyos, de la Compañía de Jesús.¹ En la tarde del 3 de Mayo de 1733 fué cuando empezó á conocer la devoción al Sagrado Corazón. Había tomado el libro *De cultu Cordis Jesu*, cuando á los pocos instantes de lectura «sentí en mi espíritu (escribe el mismo Bernardo) un movimiento extraordinario, fuerte, suave, y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui al instante delante del Santísimo Sacramento á ofrecerme al Corazón de Jesús para cooperar cuanto pudiese, á lo menos con la oración, á la extensión de su culto.» Al día siguiente, adorando la sagrada Hostia en el santo sacrificio de la misa, oyó una voz interior, clara y distinta, que le dijo: «Quiero extender por tu medio el culto de mi Corazón sacrosanto, para comunicar á muchos mis dones por medio de mi Corazón.»

¹ Nació de nobles padres en Torrelobaton, provincia de Palencia, en 21 de Agosto de 1711, y entró en la Compañía en el Noviciado de Villagarcía de Campos en 11 de Julio de 1726. Escribió su vida el P. Juan de Loyola, de la misma Compañía, en su magnífico libro "El Corazón sagrado de Jesús descubierto á nuestra España en la breve noticia de su dulcísimo culto." ; Lástima que esta obra permanezca en completo olvido, hasta el punto de que son muy contados los ejemplares que de ella se conservan !

Al día inmediato le hizo Jesús en la oración un favor semejante al que comunicó á la bienaventurada Alacoque, mostrándole su Corazón abrasado en llamas de amor divino, y condoliéndose de lo poco que los hombres le amaban. Renovó el Señor la elección que había hecho de él para extender el culto de su Corazón, y le mandó que comunicase este designio con sus superiores, y que procediendo con prudencia santa y amante celo, lo remitiese todo á su Divina Providencia.

En el domingo inmediato á la fiesta de San Miguel, sintió presente, como solía, después de haber comulgado, á este celestial Príncipe, que le confirmó las promesas que le había hecho el Señor, y le ofreció su asistencia en las dificultades que se opondrían á la extensión del culto del Corazón de Jesús. «Después se me mostró, dice el P. Bernardo en una de sus cartas, por una admirable visión imaginaria, el divino Corazón de Jesús arrojando llamas de amor, de suerte que parecía un incendio de fuego abrasador de otra especie que este material.» Para encender más el Señor á su Siervo en los deseos de propagar el culto del divino Corazón, introdujo y en cierto modo encerró el corazón de Bernardo en su deífico Corazón, mostrándole los tesoros y riquezas depositadas en aquel Sagrario de la Santísima Trinidad, y el ardiente deseo que tenía de comunicarse á los hombres.

Siguiéronse á esta maravillosa visión inexplicables

luces, gozos y delicias. Repitióse la misma visión el día de la Ascensión gloriosa del Señor á los cielos, viendo distintamente la herida de la lanza, la cruz en la parte superior, y la corona de espinas con que estaba rodeado el sagrado Corazón, convidando á su Siervo el amantísimo Jesús á que entrara dentro de Él. Hizolo así con humildad profunda, y, anegado en celestiales gozos, pedía á la Santísima Trinidad la fiesta del Corazón de Jesús, especialmente para España. Oyó al instante una voz que le dijo: «Reinará en España, y con mayor veneración que en otras partes.»

«El día de Todos los Santos, escribe el P. Hoyos en otra carta, me sentía por un modo singular junto al Corazón de Jesús y como recostado á la puerta de la herida. Encendióse mi espíritu en un fuego manso, pero tan ardiente, que pareciera entre sus llamas si el Señor no me fortaleciera; y quedando toda el alma en aquel paso de sepultura interior, se explicaba con el Eterno Padre en un lenguaje de fuego, presentándole el Corazón soberano de su Unigénito, y pidiendo con las mayores veras concediese ya á su Iglesia este favor, que en ella se solemnizase públicamente el culto de este Corazón divino. A este tiempo se me mostró por visión intelectual cómo todos los Bienaventurados se admiraban, gozaban y complacían en las excelencias de este cielo animado (el Corazón de Jesús), de suerte, que después de la visión beatífica no había en la Gloria cosa que más

arreatase los afectos que este Corazón divino, ni les comunicase mayor gloria accidental que su presencia. Entendí también que toda la celestial Corte, postrada ante el Trono de la Santísima Trinidad, pedía lo mismo que yo suplicaba, diciendo que ya era tiempo se descubriesen á la Esposa las riquezas y finezas de su divino Esposo. Aquí, por un modo muy alto, conocí que el Padre Eterno expedía el decreto en que se condescendía con los deseos de toda aquella soberana Corte.»

Con tan extraordinarios favores se abrasaba el corazón del P. Hoyos en el amor más ardiente al de Jesús, y deseaba abrasar todo el mundo en los mismos sagrados ardores. Para conseguirlo no perdonó piedra por mover:¹ y cuando á los dos años y medio de haber recibido del cielo el encargo de propagar en España el culto del sagrado Corazón, falleció víctima del fuego del divino amor que le consumía, esta devoción había hecho tan rápidos progresos, que no quedaba provincia, reino, ni ciudad de esta nación que no la hubiese recibido con empeño.²

1 Sólo su correspondencia, ó la colección de sus cartas relativas al Divino Corazón, podría llenar un grueso volumen.

2 El P. Hoyos falleció en el colegio de San Ignacio, en Valladolid, el 29 de Noviembre de 1735, cuando sólo contaba 24 años. Hemos consignado solamente algunos de los celestiales favores que recibió del sagrado Corazón, pues de otro modo nos habríamos hecho interminables.

Pidamos á Jesús que reine siempre en España y haga de nuestra patria la hija predilecta de su Corazón; que destierre de su seno la impiedad, la blasfemia, el libertinaje y la indiferencia; que consolide y vivifique aquella fe ardiente, generosa y fecunda que le mereció el glorioso título de Católica. Y pues el Señor ha prometido derramar con abundancia sus bendiciones sobre aquellos que honrarían su Corazón adorable, tengamos firme esperanza en el feliz porvenir de nuestra patria, que tanto se esmera en practicar y propagar la devoción y el culto al sagrado Corazón de Jesús.

IX

Fines admirables de la Providencia en la revelación del sagrado Corazón

Dios todo lo hace oportunamente. Su sabiduría ha brillado al par de su misericordia, dando á la Iglesia el divino tesoro del Corazón de Jesús en tiempos en que ésta más había de necesitarlo. El mismo Salvador lo dijo primero á Santa Gertrudis, y después á la beata Margarita María: «Mi divino Corazón está destinado para los últimos tiempos.»

No hay que dudarlo: todas las señales indicadas por el Hijo de Dios en el Evangelio de San Mateo, (cap. XXIV) se reúnen, se acumulan, por decirlo así,

arrebatase los afectos que este Corazón divino, ni les comunicase mayor gloria accidental que su presencia. Entendí también que toda la celestial Corte, postrada ante el Trono de la Santísima Trinidad, pedía lo mismo que yo suplicaba, diciendo que ya era tiempo se descubriesen á la Esposa las riquezas y finezas de su divino Esposo. Aquí, por un modo muy alto, conocí que el Padre Eterno expedía el decreto en que se condescendía con los deseos de toda aquella soberana Corte.»

Con tan extraordinarios favores se abrasaba el corazón del P. Hoyos en el amor más ardiente al de Jesús, y deseaba abrasar todo el mundo en los mismos sagrados ardores. Para conseguirlo no perdonó piedra por mover: ¹ y cuando á los dos años y medio de haber recibido del cielo el encargo de propagar en España el culto del sagrado Corazón, falleció víctima del fuego del divino amor que le consumía, esta devoción había hecho tan rápidos progresos, que no quedaba provincia, reino, ni ciudad de esta nación que no la hubiese recibido con empeño. ²

¹ Sólo su correspondencia, ó la colección de sus cartas relativas al Divino Corazón, podría llenar un grueso volumen.

² El P. Hoyos falleció en el colegio de San Ignacio, en Valladolid, el 29 de Noviembre de 1735, cuando sólo contaba 24 años. Hemos consignado solamente algunos de los celestiales favores que recibió del sagrado Corazón, pues de otro modo nos habríamos hecho interminables.

Pidamos á Jesús que reine siempre en España y haga de nuestra patria la hija predilecta de su Corazón; que destierre de su seno la impiedad, la blasfemia, el libertinaje y la indiferencia; que consolide y vivifique aquella fe ardiente, generosa y fecunda que le mereció el glorioso título de Católica. Y pues el Señor ha prometido derramar con abundancia sus bendiciones sobre aquellos que honrarían su Corazón adorable, tengamos firme esperanza en el feliz porvenir de nuestra patria, que tanto se esmera en practicar y propagar la devoción y el culto al sagrado Corazón de Jesús.

IX

Fines admirables de la Providencia en la revelación del sagrado Corazón

Dios todo lo hace oportunamente. Su sabiduría ha brillado al par de su misericordia, dando á la Iglesia el divino tesoro del Corazón de Jesús en tiempos en que ésta más había de necesitarlo. El mismo Salvador lo dijo primero á Santa Gertrudis, y después á la beata Margarita María: «Mi divino Corazón está destinado para los últimos tiempos.»

No hay que dudarlo: todas las señales indicadas por el Hijo de Dios en el Evangelio de San Mateo, (cap. XXIV) se reúnen, se acumulan, por decirlo así,

con espantosa evidencia: la fe disminuye y se apaga en muchos; el Evangelio ha sido ya predicado casi en todas partes; las sociedades cristianas han apostatado todas; guerras horribles, luchas de pueblo contra pueblo, de nación contra nación, hacen temblar al mundo; brotan milagros de todas partes; un conjunto extraordinario de profecías, muchas de ellas indudablemente auténticas, se une á un secreto instinto de las almas santas; finalmente, los tres misterios que parece deben servir de refugio á la Iglesia de Dios en las supremas tribulaciones, el misterio de la infalibilidad del Papa, el de la inmaculada Concepción de María, el del sagrado Corazón de Jesús, domina la tempestad universal levantada contra todo lo que es católico, dando á los verdaderos fieles firmeza en la fe y en la obediencia, la gracia de la inocencia necesaria para el triunfo, y el don de una caridad, de una misericordia y de una reparación absolutamente divinas. Todo nos indica la proximidad más ó menos inmediata de esos «últimos tiempos» predichos por el Dios del sagrado Corazón.

En los tiempos precedentes, para cada nuevo mal el Salvador sacaba al punto un remedio saludable «del tesoro de su Corazón;» pero en nuestro tiempo, en que todas las negaciones y todos los males antiguos vienen concentrándose, uniéndose estrachamente bajo la bandera de la Revolución y del anticristianismo, Jesús se digna abrirnos y darnos todo entero ese mismo Corazón, ese precioso tesoro, con

todo lo que contiene. Es el último esfuerzo de su amor; el remedio supremo y universal.

Si, el sagrado Corazón es lo que *necesita* la Iglesia en estos tiempos extraordinarios. A grandes males, grandes remedios; á un mal extremo hay que aplicarle el remedio más eficaz. La Europa cristiana está gangrenada hasta el corazón; para evitar, pues, la muerte, es preciso que los fieles vayan á buscar la vida en su fuente, penetrando en el Corazón del Rey de los cielos. Cuanto más penetremos, con más verdad podrá decirse: «No hay salvación fuera del Corazón de Jesús.»

Vislúmbrense los fines admirables de la Providencia al retardar la manifestación del sagrado Corazón hasta fines del siglo XVII, hasta aquella época en que Satanás iba á suscitar á Voltaire, á Rousseau, la francmasonería, el ateísmo filosófico, la Revolución propiamente dicha, es decir, la gran rebelión de la sociedad contra la Iglesia, del hombre contra el Hijo del hombre, de la tierra contra el cielo.

Al terminar el siglo XVII la herejía quiso destruir en la teoría y en la práctica el Sacramento del amor, y por consiguiente el amor mismo, el amor santo y confiado que nace de la Comunión. A los fariseos de los últimos tiempos Jesús opone la revelación de su Corazón adorable, rebosando dulzura y humildad, fuente inagotable de ternura, de caridad, de misericordia, de verdadera santidad y de verdadero amor.

La impiedad en el siglo XVIII levanta un grito sa-

tánico, grito de guerra contra Jesucristo: ¡*Aplastemos al infame!* y con sus sofismas, con su propaganda infernal y universal, perturban las inteligencias. ¿Qué hará Jesucristo? Él, que ha hecho al hombre y que le conoce, va derecho á su corazón y se le manifiesta bajo su forma más poderosa, más íntima, más seductora: como *soberano Amor*. Le entrega su Corazón divino; y por el corazón le arranca á las mortales seducciones del entendimiento. En efecto, nada más fuerte que el amor; y por la revelación de su sagrado Corazón Jesús se hará amar. ¡Admirable ardor de guerra!

Hay más: aquellas grandes blasfemias van á dar por fruto grandes crímenes; la secta anticristiana va á conmover la Iglesia hasta sus cimientos; una persecución salvaje va á destruir las antiguas instituciones católicas de Europa; hace rodar por el cadalso la cabeza de Luis XVI, cierra los templos, degüella sacerdotes y obispos, destruye las Ordenes religiosas, hace subir una prostituta en los altares, conduce al Papa al destierro (Pío VI) y le hace morir en él; inaugura una sociedad nueva sin fe, sin Dios, sin Jesucristo; propaga por todo el mundo esa gran blasfemia que se llama la separación de la Iglesia y el Estado; extingue en millones y millones de almas la vida de la gracia.

A esos crímenes que provocan necesariamente las represalias de la Justicia divina, á esos sacrilegios públicos y hasta entonces inauditos, Nuestro Señor

Jesucristo opone una expiación cuya santidad sobrepaja y sobrepujará siempre á la perversidad humana; revela, inaugura el culto público de su sagrado Corazón, y este culto mil veces bendito, esencialmente expiatorio y reparador, va á propagarse de tal suerte, que «allí donde abundó el delito, sobreabundará la gracia» siempre. Inspire Satanás cuanto quiera á los demonios en carne humana que desde hace más de cien años hacen resonar el mundo con sus blasfemias, insultan y pisotean la santísima y adorabilísima Eucaristía; incíteles á blasfemar de la Santísima Virgen, á asesinar sacerdotes, á cometer toda clase de crímenes: todo en vano: la Iglesia tiene de hoy en adelante un medio de reparación más poderoso que todas las maquinaciones del infierno: tiene el sacratísimo Corazón de Jesús, el Corazón del mismo Dios.

• Por estas y otras muchas razones que sería demasiado largo exponer aquí, la misericordiosísima Providencia se manifestó de un modo admirable revelando el culto del sagrado Corazón al fin del siglo XVII.

Añádase á esto que cuando la santísima Virgen se apareció el 19 de Septiembre de 1846 en la montaña de la Saleta, á fin de salvar, si era posible, la sociedad, declaró, entre otras cosas, que la propagación del culto del sagrado Corazón sería uno de los medios de que Dios se serviría para combatir el anticristianismo y santificar á los fieles, á sus escogidos

de los últimos tiempos. Esta revelación ha contribuido mucho á propagar por todas partes el amor y el culto del sagrado Corazón.

Entremos en esta corriente de fe, que es el camino de salvación. Escuchemos la voz de la Iglesia; escuchemos las advertencias de la santísima Virgen; creamos, aceptemos con amor la palabra de Nuestro Señor. Sí, el sagrado Corazón es el misterio de estos últimos tiempos. Pero á fin de penetrarnos más de las inefables excelencias del sagrado Corazón, y por consiguiente de la excelencia del culto y de la devoción que se le tributan en la Iglesia, contemplemos de más cerca con los ojos de la fe, y con la felicidad y alegría del divino amor, ese Corazón amantísimo y mil veces adorable de Nuestro Señor Jesucristo.

Corazón santo,
Tú reinarás,
Tú nuestro encanto
Siempre serás.

X

De la inefable y divina excelencia del sacratísimo
Corazón de Jesús

El mundo se compone de dos especies de criaturas: almas y cuerpos. Fuera de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador del universo, no existe

más que el mundo de las almas y el mundo de los cuerpos.

Así pues; el mundo de los espíritus fué criado por Dios según un tipo, un modelo perfecto, que es como su centro; y este tipo, este ejemplar, es el alma santísima que el Hijo eterno de Dios se dignó unir á sí cuando se hizo hombre en la plenitud de los tiempos. A imagen y semejanza de esta alma sagrada, Dios, para quien todo es presente, creó desde el principio todos los Angeles, y también las almas de nuestros primeros padres. Y á imagen y semejanza del alma de su Hijo ha creado y continúa creando el alma humana.

Lo mismo sucede con el mundo de los cuerpos, el mundo material: el cuerpo adorable que el Hijo de Dios debía tomar un día en el seno de la Virgen, ha sido el tipo, el modelo según el cual Dios creó primeramente el mundo, y después al hombre, rey del mundo. Sí, el cuerpo de Adán fué formado en el paraiso terrenal según el modelo del cuerpo perfectísimo que el Hijo de Dios debía unir un día á su alma y á su persona divina.

Así la humanidad de Jesucristo es, en el plan de la creación, como el centro y la razón de ser de todas las criaturas, principalmente de los Angeles y de los hombres.

Es enteramente imposible referir las excelencias de esa humanidad hecha humanidad del Hijo de Dios; de esa alma y ese cuerpo de tal modo unidos á la

persona eterna de este mismo Hijo de Dios, que, sin confundirse en lo más mínimo con su divinidad, forman con ella una sola y única persona divina, eterna, infinita. No; jamás, ni en este mundo ni en el otro, podremos comprender plenamente el misterio *infinito* de Jesucriste; jamás podremos adorarle tan perfectamente como se merece; jamás le admiraremos, le amaremos y bendeciremos tanto como merece ser bendito, amado y admirado.

¡La humanidad de Dios! ¡Un alma y un cuerpo creados, convertidos en alma y cuerpo del mismo Dios, y por consiguiente, *adorables, divinos.....!* ¡Qué abismo de grandeza! ¡qué misterio!

Pues bien, en esa humanidad adorable y toda divina hay algo todavía más digno de adoración, si es permitido hablar así; en ese abismo de santidad y de majestad hay algo más santo, más sublime, más excelente: hay el Corazón de Nuestro Señor, Creador y Redentor Jesucristo. Sí, en la humanidad adorabilísima de nuestro Dios debemos colocar sobre todo su sacratísimo Corazón.

En Jesucristo, como en nosotros, el *corazón* es efectivamente el órgano más noble y más delicado, es como el resumen y, por decirlo así, el centro vivo, la médula de todo el cuerpo. El alma, que anima al cuerpo y ejerce sus diversas facultades por los diferentes órganos del mismo, ejerce por el *corazón* la más sublime de todas; la facultad de *amar*. El alma piensa por medio del cerebro y en unión con el ce-

rebro; siente por los nervios, que se extienden en todos nuestros sentidos; pero por medio del corazón, sólo por el corazón, es como ama. De aquí la excelencia supereminente del corazón; de aquí también el lenguaje universalmente usado entre los hombres y empleado por el mismo Espíritu Santo en las divinas Escrituras, en que se presenta el corazón como el compendio de la persona. Tener buen corazón es ser bueno; tener mal corazón es ser malo. Tener corazón es ser generoso, desprendido; no tener corazón es ser egoísta, malvado. El corazón es el hombre entero, considerado en lo que hay en él de más excelente.

Así, pues, repito, lo mismo sucede en ese Hombre único, divino, que es Dios, Jesucristo. El *Corazón* de Jesucristo es, si así puede decirse, lo que hay más adorable en su adorable humanidad, lo más divino é inefable en su divinísimo é inefabilísimo cuerpo. Su Corazón es el órgano vivo de su amor; y su amor es el amor infinito de Dios encarnado.

¡Oh santa humanidad de mi Salvador! ¡Oh santísimo Corazón de mi adorable Jesús! ¡Os amo y me postro en vuestra presencia con el rostro en tierra.

XI

Que el Corazón de Jesús es el foco vivo del amor universal

En 1670, el venerable Obispo de Evreux, al aprobar para su diócesis el culto del sagrado Corazón y el Oficio compuesto á este efecto por el P. Eudes, se expresaba así: «Siendo el Corazón adorable de Jesucristo un horno de amor á su Padre y de caridad por nosotros, siendo además la fuente de una infinidad de gracias respecto de todo el género humano, tienen todos los hombres, especialmente los cristianos, estrechísima obligación de honrarle, alabarle y glorificarle de todas las maneras posibles.»

En el mismo año decía el Obispo de Coutances: «Siendo el Corazón adorable de nuestro Redentor el objeto de la dilección y complacencia del Padre de las misericordias, y estando recíprocamente todo abrasado de santo amor hacia este Dios de consolación, como también está todo inflamado de caridad hacia nosotros, todo ardiendo de celo por nuestra salvación, todo lleno de misericordia por los pecadores, todo lleno de compasión por los miserables; y siendo el principio de todas las glorias y felicidades del cielo, de todas las gracias y bendiciones de la tierra, y una fuente inagotable de toda suerte de favores para los que le honran; deben todos los cris-

tianos esforzarse en tributarle todas las veneraciones y adoraciones que sea posible.»

Nada más cierto que esta doctrina.

El Espíritu Santo es el Amor mismo; el Amor eterno, sustancial y viviente. Por tanto Él reposa plenamente en el alma santa de Jesús: es como la luz que está toda condesada en el sol, y desde donde se esparce por el mundo. Mas no amando el alma del Hijo de Dios sino por medio del Corazón, al cual está unida, resulta que el Corazón sagrado de Jesús es el foco visible del amor divino en medio del mundo. «Es, como dice San Bernardino de Sena, el horno ardentísimo de la caridad que inflama y abrasa al universo.»¹ Y el fuego de este horno es el Espíritu Santo, es el eterno Amor.

El Espíritu de amor reposa y vive en el Corazón de Jesucristo, como una paloma en su nido. Arde con vivas llamas en este Corazón inefable, desde el cual se derraman en el corazón de todo lo que es capaz de amar.

El Corazón de Jesús es ante todo el foco del amor de Dios. Nuestro Señor ama á su Padre con amor absolutamente divino, puesto que Él es Dios lo mismo que su Padre, y ama á Dios con el alma y el Corazón de un Dios. Todo este océano de amor sin fon-

¹ Fornax ardentissimæ charitatis, ad inflammandum et incendendum orbem terrarum. «(Sermon de Passione Domini, part. II, tit. 1.)»

do y sin límites pasa por el Corazón del Hijo de María, y de allí va á perderse eternamente en el seno del padre. Como un torrente irresistible, primero llena y después arrastra en pos de sí á todas las criaturas, Angeles y hombres, que quieren amar á Dios. Todo el amor de Dios, que hace palpitár el Corazón de la santísima Virgen, el corazón de los Serafines, Querubines, Arcángeles y Angeles; todo el amor que ha santificado á los Patriarcas, Profetas, Santos y fieles del Antiguo Testamento; todo el amor de los Apóstoles, Mártires y fieles de la Ley de gracia, todo este amor emana del sagrado Corazón de Jesús, como de una fuente inagotable, infinita. En el mundo de las almas el Corazón de Jesucristo es el sol del amor de Dios.

¡Oh Salvador mío! á Vos me entrego para unirme al amor eterno, inmenso é infinito que tenéis á vuestro Padre. ¡Oh Padre adorable! Por la Encarnación, la gracia y la Eucaristía me habéis dado á vuestro Hijo muy amado; mío es, su sagrado Corazón me pertenece. Os ofrezco, pues, todo el amor eterno, inmenso é infinito de vuestro Hijo Jesús, como un amor que es mío. Y del mismo modo que Jesús nos dice: «Os amo como mi Padre me ama,»¹ puedo yo también deciros, oh mi divino Padre: «Os amo como vuestro Hijo os ama.»

¹ Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. «(Joan. XV, 9.)»

¡Oh! ¡qué gracia la de ser miembro de Jesucristo, y así poder amar por su Corazón, amar con su Corazón!

El divino Corazón de Jesús es igualmente la fuente del amor de la santísima Virgen. Después de su Padre celestial, nada ama tanto Jesús como á su santa Madre; ó más bien, como verdadero hijo suyo, la ama con el mismo amor con que ama á su Padre, no separándoles jamás en sus divinas ternezas. Y aquí también es por su Corazón, por medio de su Corazón, como el Verbo encarnado ama á la santísima Virgen, y comunica este filial amor á todos los corazones que se le sujetan. El amor que tenemos á la Virgen María, el amor con que la amaremos en el cielo por toda la eternidad, dimana, pues, como de su origen, del Corazón de Jesús.

Y lo mismo sucede con todo amor puro y legítimo, en el cielo y en la tierra: proviene de la Fuente única, de la Fuente viva del amor; del amantísimo y adorabilísimo Corazón de nuestro Salvador. Con demasiada frecuencia ¡ay! abusamos de este tesoro y apartamos de su verdadero objeto el amor que nos tiene nuestro Dios; pero, en sí mismo, este amor no por eso deja de ser un don purísimo, y profanarle es un verdadero sacrilegio.

De este modo, el Corazón que un tiempo palpita en la tierra y que palpita eternamente en el cielo en el sagrado pecho de Jesús, es el foco adorable y adorado del amor de Dios y del amor de las cria-

turas. ¡Oh! ¡cuánto debemos amarle! ¡Cómo debemos precipitarnos y perdernos amorosamente en este abismo de amor!

Pero, Salvador mío, soy pobre y miserable, y no puedo lanzar, como convendría, mi corazón sobre vuestro Corazón. Haced por mí, Jesús misericordioso, algo de lo que habéis hecho por algunos de vuestros escogidos; dignaos recibir mi débil corazón, y abismarlo, como el de vuestra sierva Margarita María, en el vuestro que está ardiendo de amor. Abrasadlo, derritid el hielo de su egoísmo natural, y no me lo devolvais sin que esté transformado en una llama de amor, que en adelante me haga amar todas las cosas como Vos y en Vos.

XII

Cómo la santísima Trinidad vive y reina en el Corazón de Jesús

El sagrado Corazón de Jesús es el santuario vivo de la santísima Trinidad, que en él vive y reina en toda su plenitud: prueba verdaderamente divina de su inefable excelencia.

El Padre eterno reside en este Corazón admirable, como en el corazón de su amadísimo Hijo, en quien tiene todas sus complacencias.

El Padre engendra eternamente á su Hijo; le co-

munica eternamente su vida eterna; así, pues, vive y reina con él en el tiempo, en su santa humanidad, con esta misma vida enteramente divina que le da en la eternidad. El Corazón de Jesús es, en efecto, como consecuencia de la unión hipostática, el Corazón mismo del Hijo eterno del Padre. ¡Qué infinita grandeza! ¡Cuánto debe amar el Padre celestial al divino Corazón de Jesús!

Oh buen Jesús, grabad Vos mismo la imagen de vuestro dulcísimo y humildísimo Corazón en nuestros pobres corazones. Haced que estos tampoco vivan sino vida de amor hacia vuestro padre celestial, que por Vos y en Vos se ha hecho nuestro verdadero Padre.

El Verbo eterno vive y reina en este Corazón real, que le está unido con la unión más íntima que puede concebirse, es decir, con la unión hipostática. En virtud de esta unión, este Corazón, Corazón de carne, Corazón creado, es el verdadero Corazón del Verbo eterno, y es digno de la misma adoración que se debe al Verbo, que se debe á Dios.

¡Qué reinado el del Hijo de Dios en su sagrado Corazón! En el hombre el corazón es el principio de la vida, el asiento del amor, del odio, de la alegría, de la tristeza, de la cólera, del temor y de todas las demás pasiones del alma. En el Corazón de Jesucristo estas pasiones no tenían ciertamente el carácter desordenado que tienen en nosotros, pues estaban siempre y absolutamente sumisas á su san-

tísima voluntad; pero existían plenamente en él, y estaban maravillosamente sujetas á la divina voluntad del Verbo eterno. ¡Cuán hermoso reino!

¡Oh Jesús! ¿No sois Vos con pleno derecho Rey de mi corazón? Vivid en él, y reinad así sobre mis pasiones. ¡Ay! no están ellas en mí, como en Vos, sujetas á vuestra santa voluntad. Unidlas á las vuestras perfectísimas, y no permitais que sigan jamás otra conducta que la vuestra, ni obren por otro fin que por vuestra gloria.

La tercera Persona de la augusta Trinidad, el Espíritu Santo, inseparable del Hijo y del Padre, vive y reina igualmente en el Corazón de Jesús de un modo inefable. Este Espíritu de amor concentra en él los tesoros infinitos de la ciencia y sabiduría de Dios; le llena en sumo grado de todos sus dones, según estas divinas palabras de la Escritura: «Y reposará en él el Espíritu del Señor; Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará del Espíritu de temor del Señor.»¹ El Espíritu Santo fecundiza el Corazón de Jesús y le hace producir, como á una tierra divina, los frutos tan deliciosos y suaves que nos enumera el apóstol san Pablo: «Los frutos del Espíritu Santo son: caridad, gozo, paz, pa-

¹ Et requiescet super eum Spiritus Domini: Spiritus sapientiæ et intellectus, Spiritus consilii et fortitudinis, Spiritus scientiæ et pietatis, et replebit eum Spiritus timoris Domini. «(Isai. XI, 2.)»

ciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad.»¹

Inseparables unas de otras, y no siendo más que un solo Dios, las tres divinas Personas viven, pues, y reinan juntas en el Corazón del Salvador como en el trono más sublime de su amor, el primer cielo de su gloria, el Paraíso de sus más gratas delicias. En él derraman, por decirlo así, á porfía, con sobreabundancia, y profusión inenarrables, luces incomprendibles, inmensos océanos de gracias, torrentes de fuego y llamas infinitamente abrasadoras, y todas las efusiones de su eterno amor.

¡Oh santísima Trinidad, Dios mío! alabanzas infinitas os sean dadas siempre por todos los milagros de amor que obráis en el Corazón de mi amado Jesús. Os ofrezco el mío con el de todos mis hermanos, suplicándoos humildemente que entreis en completa posesión de ellos, que destruyais en ellos todo lo que os desagrade, y que establezcáis en ellos soberanamente el reino de vuestro divino amor.

¡Oh santísima Trinidad, vida eterna de los corazones! reinad en mi corazón por siempre jamás.

¹ Fructus autem Spiritus est: charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas. «(Galat. V; 22.)»

XIII

Que el Corazón de Jesús es Templo, Altar é Incensario del divino amor

El amor increado y eterno, es decir, el Espíritu Santo, es quien se ha edificado este magnífico *Templo*, formándole de la sangre virginal de la Madre de amor.

Este Templo vivo ha sido consagrado y santificado por «el Pontífice santo, inocente, inmaculado, sublimado sobre los cielos; por el gran Pontífice que ha penetrado en los cielos, por Jesucristo Hijo de Dios.»¹ Ha sido consagrado por la unción de la divinidad. Está dedicado al Amor eterno. Es infinitamente más santo, más digno y más venerable que todos los templos, materiales y espirituales, que ha habido y habrá en el cielo y en la tierra.

En este Corazón, en este Templo augusto Dios recibe adoraciones, alabanzas y glorias dignas de su infinita grandeza. En este templo el soberano Predicador, que es el Verbo, es decir la palabra de Dios en persona, nos predica continuamente. En este Templo celestial y más santo que los cielos el Sacer-

¹ Pontifex sanctus, innocens, impollutus....., et excelsior cælis factus.—Habentes ergo pontificem magnum, qui penetravit cælos, Jesum Filium Dei. («Heb.» VII, 26 IV, 14.)

dote eterno ofrece á la majestad divina, en nombre de toda la creación, el sacrificio de adoración eterna, de eternas acciones de gracias, de amor eterno.

Este es el santuario, el centro de la santidad, que no conoce la profanación; y está adornado de todas las virtudes evangélicas y de todas las perfecciones de la divina esencia, como de otras tantas ricas esculturas y pinturas vivas. ¡Oh santa humanidad de Jesús! ¡Oh Corazón deífico, centro glorioso de esta humanidad tres veces santa!

¡Bendito séais, Dios mío, por haberos edificado á Vos mismo este maravilloso Templo y haberos dignado franquearme su entrada! Me atrevo á unirme á vuestro Jesús y mi Jesús para tributaros en el Templo de su Corazón las adoraciones, acciones de gracias y todos los demás homenajes debidos á vuestra soberana majestad.

Mas el Corazón de Jesús es, no solamente el Templo, sino también el *Altar* del divino amor. Sobre este Altar de oro puro arde día y noche el fuego sagrado de este mismo amor. Sobre este mismo Altar el Sumo Sacerdote Jesús ofrece continuamente toda suerte de sacrificios á la Santísima Trinidad. En primer lugar se ofrece y sacrifica á sí mismo como víctima de amor, como la más santa y preciosa víctima que hubo ni puede haber jamás. Sacrifica enteramente su alma y su cuerpo, su sangre y su vida, con todos sus pensamientos, palabras, acciones y todo lo que ha sufrido en la tierra. Y este sacrificio lo

ofrece perpétuamente sobre el Altar vivo de su Corazón, y lo ofrece con amor inmenso, infinito.

En segundo lugar, ofrece en sacrificio de adoración y de alabanzas todo lo que su Padre le ha dado, es decir, el cielo y la tierra, los Ángeles, los hombres, las criaturas todas, animadas é inanimadas; ofrécelas á la Majestad divina como otras tantas víctimas destinadas á dar gloria á Dios.

Ofrece también y sacrifica á la santidad de Dios las criaturas rebeldes que por el pecado huyen del amor: los malos cristianos, los impíos, los herejes, los réprobos, hasta los demonios. Sacrifica con la espada de la divina justicia á todos aquellos que se sustraen á la dulce y libre inmolación del amor. Nadie le escapa; elegidos, ni condenados; Ángeles, ni demonios; ni la tierra, ni el cielo, ni el infierno.

Así es como Jesucristo, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, se ofrece á sí mismo y ofrece todas las cosas con alegría enteramente divina¹ á la gloria de su Padre, sobre el Altar de su sagrado Corazón, el más amable y á la vez el más formidable de todos los altares.

¡Oh Jesús! ¡Jesús, amor mío! ¡Jesús, misericordia mía y mi dulce Dueño! ponedme, sin mirar mi indignidad, en el número de las víctimas de vuestro amor. Consumidme todo, como holocausto de este amor, en

¹ *Lætus obtuli universa.* («I Paralip.», XXIX, 17.)

el fuego divino que arde incesantemente sobre el Altar sagrado de vuestro Corazón.

Por último, el sagrado Corazón de Jesús es también el *Incensario* del divino amor; este Incensario de oro de que habla el Apocalipsis (cap. VIII), y que San Agustín explica del adorable Corazón de Jesús: «Vino un Angel á colocarse delante del altar, teniendo en su mano un incensario de oro; y le llenó de incienso, para ofrecer las oraciones de todos los Santos sobre el altar de oro que está delante del trono de Dios.»¹ Todas estas palabras están llenas de Jesús: ese Angel que ofrece á la majestad de Dios el incienso de las oraciones de los Santos en su incensario, es Jesús, el Angel de la nueva y eterna Alianza, que ofrece á su Padre las oraciones de todos sus siervos, uniéndolas á su divina oración. El incensario de oro puro es también Jesús, es el Corazón de Jesús: las áscuas ensendidas del amor llenan este Corazón sagrado, y quemando el incienso de la oración de los Santos, la hacen subir, como vapor embalsamado, hasta el trono del Señor. Ese altar de oro es Jesús, siempre Jesús. Finalmente, el trono de Dios es también Nuestro Señor, cuya santa humanidad es el verdadero trono donde reside la majestad de Dios.

¹ *Angelus stetit ante altare, habens thuribulum aureum: et data sunt illi incensa multa, ut daret de orationibus Sanctorum omnium super altare aureum, quod est ante thronum Dei.* («Apoc.» v, 3.)

En el incensario del Corazón Santísimo de Jesucristo son depositadas, para ser ofrecidas á Dios, para ser santificadas y deificadas, todas las adoraciones, alabanzas, súplicas, oraciones, afectos y aspiraciones de todos los Santos y Ángeles. Procuremos corresponder fielmente á este designio de la Providencia, poniendo en nuestro celestial Incensario todas nuestras oraciones, nuestros deseos, nuestras devociones, y todos los piadosos afectos de nuestro corazón. Coloquemos en él también nuestro corazón con todo lo que hacemos y todo lo que somos, suplicando al Rey de los corazones que purifique y santifique todas estas cosas, para ofrecerlas en seguida á su Padre como incienso purísimo, en olor de suavidad.¹

Sí, el Corazón de nuestro Salvador es el Templo, el Altar y el Incensario, al mismo tiempo que el Sacerdote y la Víctima, del divino amor. ¡Y todo esto por nosotros! ¡por nosotros, pobres y miserables, ejerce estas divinas funciones!

¡Oh amor! ¡oh exceso de amor! ¡Oh Salvador mío! ¡cuán admirables son vuestras bondades para conmigo! ¡Oh qué veneración y qué alabanzas debo tributar á vuestro sagrado Corazón!

¡Oh dulcísimo Corazón de mi Jesús! Haced que

¹ Offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis. («Eccli.» XLV.)

sea yo todo corazón y todo amor por Vos, y que todos los corazones del cielo y de la tierra sean inmolados en alabanza y gloria vuestra!

XIV

Cómo el Corazón de Jesús es el principio de la vida del Hombre-Dios, de la vida de la Madre de Dios, y de la vida de los hijos de Dios.

Hay otra razón para admirar y adorar profundamente al Corazón de Jesús: tal es la de que Él mismo es el principio de su vida, y por consiguiente el principio de la vida de su Madre y de todos los fieles.

Jesús es la vida. Él mismo lo dijo: «Yo soy la Vida: *Ego sum Vita.*»¹ Su Corazón, que es la parte más excelente de Él mismo, es por consiguiente lo más excelente, lo más vivo que hay en Aquél que es la Vida. Este Corazón divino puede ser considerado con relación al cuerpo de Jesús y con relación á su alma; siendo para uno y otra como el principio de la vida.

Es considerado como principio de la vida del cuerpo de Nuestro Señor, porque de él, como de una fuente vivificante, se derrama por todos los miembros la sangre divina que es absolutamente neces-

¹ Joan. XI, XIV.

En el incensario del Corazón Santísimo de Jesucristo son depositadas, para ser ofrecidas á Dios, para ser santificadas y deificadas, todas las adoraciones, alabanzas, súplicas, oraciones, afectos y aspiraciones de todos los Santos y Ángeles. Procuremos corresponder fielmente á este designio de la Providencia, poniendo en nuestro celestial Incensario todas nuestras oraciones, nuestros deseos, nuestras devociones, y todos los piadosos afectos de nuestro corazón. Coloquemos en él también nuestro corazón con todo lo que hacemos y todo lo que somos, suplicando al Rey de los corazones que purifique y santifique todas estas cosas, para ofrecerlas en seguida á su Padre como incienso purísimo, en olor de suavidad.¹

Sí, el Corazón de nuestro Salvador es el Templo, el Altar y el Incensario, al mismo tiempo que el Sacerdote y la Víctima, del divino amor. ¡Y todo esto por nosotros! ¡por nosotros, pobres y miserables, ejerce estas divinas funciones!

¡Oh amor! ¡oh exceso de amor! ¡Oh Salvador mío! ¡cuán admirables son vuestras bondades para conmigo! ¡Oh qué veneración y qué alabanzas debo tributar á vuestro sagrado Corazón!

¡Oh dulcísimo Corazón de mi Jesús! Haced que

¹ Offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis. («Eccli.» XLV.)

sea yo todo corazón y todo amor por Vos, y que todos los corazones del cielo y de la tierra sean inmolados en alabanza y gloria vuestra!

XIV

Cómo el Corazón de Jesús es el principio de la vida del Hombre-Dios, de la vida de la Madre de Dios, y de la vida de los hijos de Dios.

Hay otra razón para admirar y adorar profundamente al Corazón de Jesús: tal es la de que Él mismo es el principio de su vida, y por consiguiente el principio de la vida de su Madre y de todos los fieles.

Jesús es la vida. Él mismo lo dijo: «Yo soy la Vida: *Ego sum Vita.*»¹ Su Corazón, que es la parte más excelente de Él mismo, es por consiguiente lo más excelente, lo más vivo que hay en Aquél que es la Vida. Este Corazón divino puede ser considerado con relación al cuerpo de Jesús y con relación á su alma; siendo para uno y otra como el principio de la vida.

Es considerado como principio de la vida del cuerpo de Nuestro Señor, porque de él, como de una fuente vivificante, se derrama por todos los miembros la sangre divina que es absolutamente neces-

¹ Joan. XI, XIV.

ria para la vida de este adorable cuerpo. El Espíritu Santo lo ha dicho: «La vida de la carne está en la sangre.»¹ El calor de la vida reside en la sangre y la sangre parte del corazón.

El Corazón espiritual de Jesús, es decir, su alma santísima, unida á su corazón de carne y considerada en lo que tiene de más sublime, la inteligencia y el amor, es igualmente la base y el principio de la vida de Jesús; de esta vida que por razón de la unión hipostática de la naturaleza humana con la naturaleza divina en la persona del Verbo, puede con toda propiedad llamarse vida divina, vida de un Dios. De este Corazón deífico parten, para difundirse en el alma de Jesús, todos los torrentes de la luz divina y del divino amor.

El sagrado Corazón es, pues, en Jesús el principio de su vida: todos los pensamientos y afectos que el Hijo de Dios tuvo en este mundo por nuestra salvación, todas las palabras que dijo, todas las obras que hizo, todos los dolores que se dignó sufrir, la santidad y el amor incomprensibles con que hizo y sufrió todas estas cosas, en una palabra, todo en Él procedía de su divino Corazón, como los arroyos de su fuente.

Al sagrado Corazón de Jesús somos, pues, deudores de todo; del Corazón de Jesús proviene nuestra

¹ Anima enim omnis carnis in sanguine est. («Levit.» XVII, 11, 14.)

salvación. ¿Qué haremos para daros las debidas gracias, oh buen Jesús? Os ofreceremos ese Corazón adorable que Vos os habéis dignado hacer nuestro. Sí, os lo ofrezco con confianza en unión del amor infinito que le ha inspirado tantas cosas admirables para mi redención.

El Corazón de Jesús es además el principio de la vida de la Madre de Dios; pues así como el virginal Corazón de esta Madre admirable era el principio de la vida corporal y natural de su Hijo mientras le llevaba en su casto seno, así también el Corazón de este adorable Hijo era á su vez el principio de la vida espiritual y sobrenatural de su Santísima Madre. El Corazón deífico del Hijo de María era, pues, el principio de todos los piadosos pensamientos y afectos de su bienaventurada Madre, de todas sus santas palabras, de todas sus buenas acciones, de todas sus virtudes, y de la santidad maravillosa con que sufría tantas penas y dolores, cooperando con su Hijo en la obra de nuestra redención.

¡Oh Jesús, Salvador mío! alabado sea eternamente vuestro divino Corazón! En acción de gracias por lo que vuestra Santísima Madre y Madre nuestra se dignó hacer por nosotros, os ofrezco lo que más amais en el mundo después de vuestro Padre: el Corazón inmaculado de María, todo abrasado de amor á Vos.

En tercer lugar, el Corazón de Jesús es el principio de la vida espiritual y sobrenatural de todos los

hijos de Dios. Esta vida sobrenatural es como una expansión, una difusión de la vida enteramente divina que Jesús comunica á su Madre.

Siendo el Corazón de Jesús el principio de la vida de la cabeza, es también el principio de la vida de los miembros. Y siendo el principio de la vida de la Madre, es por lo mismo el principio de la vida de los hijos.

Semejante á aquella fuente misteriosa que brotaba en medio del Paraíso terrenal para derramarse desde allí por toda la tierra y fecundizarla, así el Corazón de Jesús está en medio de la Iglesia como la fuente universal de santidad, de la que brotan las aguas vivas del Espíritu Santo, aguas que saltan en nosotros hasta la vida eterna.

El Corazón de Jesús es el principio, el origen de todos los buenos pensamientos que han formado y formarán hasta el fin de los siglos y hasta en la eternidad las almas de todos los cristianos; el principio y origen de todas las santas palabras que han salido y saldrán de su boca; de todas las obras de piedad que han hecho y harán sus manos; de todas las virtudes que han practicado y practicarán; y, en fin, de todos los méritos que han adquirido y puedan adquirir trabajando, sufriendo, muriendo por Jesucristo.

¡Haced, Salvador mio, que todas estas cosas se conviertan en alabanzas eternas á vuestro Santísimo Corazón! Y pues me habéis dado este mismo Corazón para que sea el principio de mi vida, haced, si

es de vuestro agrado, que sea el único principio de todos mis sentimientos y afectos; que con su ardentísima caridad vivifique y mueva, como con una sangre mística, todas las potencias de mi alma, de suerte que no yo, sino él y sólo él viva en mí. Haced finalmente que sea vuestro Corazón alma de mi alma, espíritu de mi espíritu, corazón de mi corazón.

¡Oh Corazón de Jesucristo, principio de todo bien! ¡gloria á Vos en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad!

XV

Que el adorable Corazón de Jesús es un horno de amor á la Santísima Virgen

He indicado ya, é insistiré en lo mismo, que, después de su Padre celestial, á nadie ha amado ni amado tanto Jesús como á su bondadosísima, santísima y dulcísima Madre.

Las gracias inefables de que ha colmado el Hijo de Dios á su bienaventurada Madre, muestran evidentemente que siente por Ella un amor sin medida y sin límites. Ámala incomparablemente más que á todos sus Ángeles y Santos, más que á todas las criaturas juntas.

En primer lugar, la bienaventurada Virgen es la *única*¹ á quien el Hijo de Dios ha escogido desde to-

¹ Una est columba mea. ("Cant." VI, 8.)

da la eternidad para elevarla sobre toda la creación, para establecerla sobre el trono más sublime de la gloria y de la grandeza, y para confundirle la más prodigiosa de todas las dignidades, la dignidad de Madre de Dios.

Si de la eternidad descendemos á «la plenitud de los tiempos,» vemos que esta sacratísima Virgen es la única, entre los hijos de Adán, á quien Dios, por un privilegio enteramente especial, ha preservado del pecado original, y la ha hecho toda hermosa, toda pura, toda inmaculada, destinándola para aplastar la cabeza de Satán.

Y no solamente el amor del Hijo de Dios la preservó del pecado original, sino que además, desde el primer momento de su concepción inmaculada, la llenó de una gracia tan eminente, que sobrepuja á la gracia del más encumbrado Serafin, á la gracia de Adán inocente, á la gracia del mayor de todos los Santos. Y á consecuencia de este privilegio único, hizo la Santísima Virgen, ya en el primer momento de su vida, un acto de adoración y de amor más perfecto que el del más encendido Serafin.

En su amor filial, Nuestro Señor le concedió todavía más; concediéndole á Ella sola amar y adorar á su Dios perfectamente y sin interrupción durante toda su vida; pudiendo decirse que desde el primero hasta el último momento de ella, no hizo más que un acto de amor.

A Ella sola fué dado cumplir en un todo el primer

mandamiento divino: «Adorarás y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.»

A Ella sola fué dado engendrar de su propia sustancia á Aquél que de toda eternidad es engendrado de la sustancia del Padre. Ella dió una parte de su sustancia virginal y de su purísima sangre para formar el cuerpo adorable del Hijo de Dios: más aún, cooperó, y cooperó libremente, con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo á la unión de su sustancia con la persona adorable del Hijo de Dios; cooperando así al cumplimiento del misterio de la Encarnación, es decir, al mayor milagro que Dios ha hecho, y aún que pueda hacer jamás. ¡Qué privilegio, qué gloria para la Santísima Virgen!

Todavía más. La purísima sangre y la carne virginal que la Virgen María dió á Jesús en este inefable misterio de amor permanecerán unidas por toda la eternidad, en virtud de la unión hipostática, á la persona del Verbo encarnado, por cuya razón en la humanidad del Hijo de Dios; esta sangre virginal y preciosa carne de María son *adorables*, con la misma adoración que es debida á esta humanidad; y son efectivamente y serán para siempre objeto de las adoraciones de todos los Ángeles y Santos. También nosotros, mientras esperamos el cielo, las adoramos aquí en la tierra bajo el velo de la Eucaristía. ¡Oh amor de Jesús á María! ¡quién te poseyera!

Ella sola, esta Madre admirable, proporcionó la

sustancia de que fué formado el sagrado Corazón del Niño Jesús, y con su sustancia se alimentó y desarrolló durante nueve meses ese Corazón divino: de Ella hemos recibido el sagrado Corazón.

Ella sola es Madre y Virgen á la vez; Ella sola llevó en sus purísimas entrañas durante nueve meses á Aquél á quien el Padre eterno lleva en su seno desde toda eternidad; Ella sola, la dulce Virgen María, amamantó y dió vida á Aquél que es la Vida eterna y que da la vida á todo sér. La leche es como la flor y la esencia de la sangre de la madre: María nutrió con su leche al Niño-Dios y le hizo reposar durante dos ó tres años sobre su pecho como en delicioso lecho de descanso. Verdadera Madre del que es verdadero Dios, se ha visto obedecida por el soberano Señor del universo; y esto la honra infinitamente más de lo que podrían honrarla los homenajes de todos los seres que Dios ha creado y puede crear.

Ella sola vivió continuamente con el adorable Salvador durante los treinta y tres años que pasó en la tierra. ¡Cosa admirable! El Hijo de Dios vino al mundo para salvar á todos los hombres, y, sin embargo, para predicarles é instruirles no les dedicó más que tres años y tres meses de su vida, mientras consagró más de treinta años á su santa Madre para santificarla más y más.

¡Qué torrentes de gracias y bendiciones derramaría incesantemente, durante todo aquel tiempo, en el alma de su amadísima Madre, tan bien dispuesta á

recibir las! ¡Con qué ardores y llamas celestiales el divino Corazón de Jesús, foco de amor ardentísimo, abrasaría cada vez más el Corazón inmaculado de su dulcísima Madre, especialmente cuando estos dos Corazones estaban tan próximos el uno al otro y tan estrechamente unidos, primero al llevarle en su seno virginal, después cuando le alimentaba con su leche y le tenía en sus brazos reclinado en su santo pecho, y por último cuando habitaba con Él en Nazaret, viviendo familiarmente con Él como una madre con su hijo, bebiendo y comiendo con Él, orando con Él y escuchando las palabras que salían de su augusta boca, semejantes á otras tantas brasas encendidas que inflamaban cada vez más su santísimo Corazón con el fuego sagrado del divino amor!

Para hacer más comprensible, si necesario fuese, la inmensidad del amor de Jesús á su purísima Madre, añadiremos que sólo Ella fué transportada en cuerpo y alma al cielo, en donde está sublimada sobre todos los coros de los Ángeles y Santos á la derecha de su Hijo; Ella sola ha sido coronada Reina de los Ángeles y de los hombres, Emperatriz de cielo y tierra; Ella sola tiene todo poder sobre la Iglesia triunfante, militante y purgante;¹ Ella sola tiene más crédito cerca de su Jesús que todos los moradores del

¹ In Jerusalem potestas in ea. ("Eoel." XXIV, 15.)

cielo juntos,¹ porque en el cielo conserva con su cualidad de Madre de Dios la autoridad que este augusto título le confirió sobre el Corazón de Jesucristo. Ella es en el cielo, como dice admirablemente San Bernardo, «la omnipotencia suplicante, *omnipotentia supplex.*»

¡Qué prodigios de gracias ha acumulado el Corazón de nuestro Salvador en su Santa Madre! ¿Y quién le ha obligado á esto sino el amor ardentísimo que abrasaba su Corazón filial respecto de su Madre?

Y la ama tanto, porque es su Madre; la ama á Ella sola más que á todas las criaturas juntas porque Ella le tiene más amor que todos los Ángeles y escogidos de cielo y tierra; la ama tan ardientemente, porque ha cooperado con Él en su grande obra de la redención y santificación del mundo.

¡Oh Corazón adorable del Hijo único de María! mi corazón está lleno de gozo viendo cuánto amais á vuestra dulcísima Madre. ¡Oh Jesús, Hijo de Dios y de María! inflamad mi Corazón en el amor que tenéis á vuestra Madre! Vos nos habéis dicho: «Ejemplo os he dado, para que, como yo he hecho, hagais también vosotros,»² Por esto me mandais que ame cuanto pueda á Aquella á quien Vos tanto habéis amado. ¡Oh

¹ Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra. («S. Petr. Dam.»)

² Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis. («Joan,» XIII, 15.)

Madre de amor! sí, os amo con todo mi corazón en unión de vuestro Jesús, que es también mi Jesús.

¡Amémosla todos á esta Santísima Madre; amémosla como Jesús, con Jesús y en Jesús! Y en adelante no tengamos más que un corazón con Jesús y María: un corazón que deteste lo que Ellos detestan, es decir, el pecado bajo todas sus formas: un corazón que ame lo que Ellos aman, particularmente la inocencia, la humildad y la abnegación.

¡Oh Madre de bondad! alcanzadnos esta gracia del Corazón amantísimo de vuestro Hijo!

XVI

Lo que fué el Corazón de Jesús para su Santísima Madre durante su Pasión

Siendo Jesús el hijo más perfecto, el mejor hijo que haya existido, sintió con dolor amarguísimo la repercusión de los terribles dolores que su amadísima Madre tuvo que sufrir durante toda su vida, principalmente en los días de su Pasión. Los dolores de Jesús eran los de María, y los dolores de María eran los de Jesús.

Llegado el día de su acerba Pasión, Nuestro Señor, obediente hasta la muerte á su Santa Madre lo mismo que á su Padre celestial, pidió á la Santísima Virgen, en común sentir de los Santos, consentimien-

cielo juntos,¹ porque en el cielo conserva con su cualidad de Madre de Dios la autoridad que este augusto título le confirió sobre el Corazón de Jesucristo. Ella es en el cielo, como dice admirablemente San Bernardo, «la omnipotencia suplicante, *omnipotentia supplex.*»

¡Qué prodigios de gracias ha acumulado el Corazón de nuestro Salvador en su Santa Madre! ¿Y quién le ha obligado á esto sino el amor ardentísimo que abrasaba su Corazón filial respecto de su Madre?

Y la ama tanto, porque es su Madre; la ama á Ella sola más que á todas las criaturas juntas porque Ella le tiene más amor que todos los Ángeles y escogidos de cielo y tierra; la ama tan ardientemente, porque ha cooperado con Él en su grande obra de la redención y santificación del mundo.

¡Oh Corazón adorable del Hijo único de María! mi corazón está lleno de gozo viendo cuánto amais á vuestra dulcísima Madre. ¡Oh Jesús, Hijo de Dios y de María! inflamad mi Corazón en el amor que tenéis á vuestra Madre! Vos nos habéis dicho: «Ejemplo os he dado, para que, como yo he hecho, hagais también vosotros,»² Por esto me mandais que ame cuanto pueda á Aquella á quien Vos tanto habéis amado. ¡Oh

¹ Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra. («S. Petr. Dam.»)

² Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis. («Joan,» XIII, 15.)

Madre de amor! sí, os amo con todo mi corazón en unión de vuestro Jesús, que es también mi Jesús.

¡Amémosla todos á esta Santísima Madre; amémosla como Jesús, con Jesús y en Jesús! Y en adelante no tengamos más que un corazón con Jesús y María: un corazón que deteste lo que Ellos detestan, es decir, el pecado bajo todas sus formas: un corazón que ame lo que Ellos aman, particularmente la inocencia, la humildad y la abnegación.

¡Oh Madre de bondad! alcanzadnos esta gracia del Corazón amantísimo de vuestro Hijo!

XVI

Lo que fué el Corazón de Jesús para su Santísima Madre durante su Pasión

Siendo Jesús el hijo más perfecto, el mejor hijo que haya existido, sintió con dolor amarguísimo la repercusión de los terribles dolores que su amadísima Madre tuvo que sufrir durante toda su vida, principalmente en los días de su Pasión. Los dolores de Jesús eran los de María, y los dolores de María eran los de Jesús.

Llegado el día de su acerba Pasión, Nuestro Señor, obediente hasta la muerte á su Santa Madre lo mismo que á su Padre celestial, pidió á la Santísima Virgen, en común sentir de los Santos, consentimien-

to para llevar á cabo su sangriento sacrificio, y Ella se lo dió con un amor y un dolor inconcebibles. Jesús le dió á conocer sus futuros sufrimientos, y le pidió que en ellos le acompañara en espíritu y en cuerpo.

Así, pues, María ofreció su Corazón, y Jesús entregó su cuerpo; y de esta suerte la Madre tuvo que sufrir en su Corazón todos los tormentos de su Hijo, y el Hijo tuvo que sufrir á la vez torturas inconcebibles en su cuerpo, y en su sagrado Corazón las del Corazón de su Madre.

Después de su tierna despedida, el Salvador fué á abismarse en el océano inmenso de sus dolores, llevando, como aguda saeta atravesada en su Corazón, el pensamiento y las desolaciones de Aquella á quien Él amaba sobre todas las cosas. Por su parte, la Santísima Virgen, entrando en profunda oración, empezó á acompañarle interiormente y á participar de las angustias de su agonía. María decía con Jesús: «Señor, cúmplase vuestra voluntad y no la mía.»¹

Durante la terrible noche de la Pasión, la Santísima Virgen siguió en espíritu á su querido y adorable Jesús, vendido traidoramente, abandonado, maltratado, cubierto de insultos y ultrajes, abofeteado, escupido. ¡Qué noche! El Corazón de Jesús no dejó un solo instante el Corazón desgarrado de su Madre, y le enviaba incesantemente gracias extraordi-

¹ Non mea voluntas, sed tua fiat. («Luc.» XXII, 42.)

narias para que pudiera sufrirlo todo sin morir. Entre otras gracias, le envió San Juan, su discípulo amado, que ya no la dejó, y fué el único entre los Apóstoles que la acompañó hasta el pié de la Cruz y hasta el sepulcro.

Sabiendo que se acercaba el momento en que debía seguir, no sólo con el corazón, sino también personalmente, á la Víctima divina hasta el sangriento altar del sacrificio, salió al clarear el día, acompañada de San Juan, de María Magdalena y de otras santas mujeres. Pronto, confundida entre la turba del pueblo, vió á su Hijo, su Señor, su Dios, y su único Amor; vióle pálido y desfigurado, arrastrado como vil malhechor del palacio de Caifás al de Pilatos, del palacio de Pilatos al de Herodes, y otra vez al de Pilatos, vestido de blanco en señal de loco. Vió á su dulce é inocente Cordero azotado y bañado en sangre en el pretorio; y luego, cubierto con andrajoso manto de púrpura, con irrisorio cetro de caña en sus manos, y coronado de espinas, ser mostrado á un pueblo ebrio de furor, y por último condenado á muerte. En sus oídos resonaba la horrible blasfemia: «¡Crucifícale, crucifícale! No tenemos otro rey que el César!»¹

Y durante todo este tiempo Jesús miraba á su Madre, á veces con los ojos del cuerpo, siempre con los

¹ Crucifige, crucifige eum. Non habemus regem nisi Cæsarem. («Joan.» XIX, 6, 15.)

del Corazón! ¡Qué de angustias en esta mirada! Imitando al inocente Cordero que se dejaba inmolar en silencio, María, como Oveja de Dios, lloraba y sufría en silencio. Sólo el silencio podía convenir á semejantes dolores.

Pónese en marcha el lúgubre cortejo. La Oveja podía seguir á su Cordero por el rastro de su sangre. Con esta sangre divina mezclaba la de su Corazón, es decir, sus lágrimas. Vió á su Amado, á su Jesús, caer bajo el peso de la Cruz. Vióle subir la cuesta del Calvario. Vióle, después de clavado en el terrible madero, elevarse como ensangrentada bandera de salvación y de esperanza, de amor y de justicia, de vida y de muerte, dominando la multitud. El amor la obligó á aproximarse lo más que pudo á su adorable Hijo, y durante aquellas horas interminables sufría con Jesús dolores que jamás podrá el hombre comprender; dolores divinos, en expresión de San Buenaventura. Todo lo que Jesús pendiente de la Cruz sufría en su alma y en su cuerpo, lo sufría la Madre de los Dolores en su Corazón.

Y desde lo alto de la Cruz, á través de las lágrimas y de la sangre que oscurecían sus ojos, el Redentor contemplaba á su Santísima Madre, y daba á sus sufrimientos un mérito que sólo Él medir podía. La sacratísima Oveja y el divino Cordero se miraban en silencio y se comunicaban sus dolores. Y á medida que el sacrificio avanzaba á su término, á medida que la santa Víctima entraba en las angustias de

la muerte, el sufrimiento inenarrable de Jesús, y por consiguiente de María, de María y por consiguiente de Jesús, subían, subían siempre como la marea de los grandes mares. Este sufrimiento llegó á su colmo cuando, consumado todo, el Verbo eterno crucificado exhaló su último grito de horrible angustia y de triunfo, inclinó la cabeza y entregó su espíritu. Jesús espiró mirando á su Madre. María fué la primera que recibió aquella divina mirada en Belén, cuando el Hijo de Dios vino al mundo; justo era que fuese también la última en gozar de ella cuando el misterio de la Redención se consumaba en el Gólgota.

¡Oh! ¡quién pudiese sondear los misterios de amor y de dolor contenidos en aquella última mirada de Jesús moribundo! Esta caía sobre la más pura de todas las criaturas, sobre la Virgen inmaculada, sobre la Hija predilecta del Padre Eterno, sobre la Madre de Dios-Hijo, sobre la Obra maestra y Esposa del Espíritu Santo. Caía sobre la mejor de las madres; sobre la que Jesús amaba más que á todas las criaturas de la tierra y de los cielos; sobre la compañera fidelísima de toda su vida y de todos sus trabajos.

Desde lo alto de la Cruz, el Corazón de Jesús nos dió por Madre á todos y á cada uno la Santísima Virgen en la persona de San Juan. Sí, del fondo de ese Corazón lleno de amor han salido estas dos palabras escritas en caracteres de fuego en el corazón de los verdaderos cristianos: «¡Hé ahí á vuestro Hijo!» y «¡Hé ahí á vuestra Madre!» ¡Recibir por Ma-

dre á la inmaculada Madre de Dios! ¡qué legado! ¡qué donación tan divina! Bien se reconoce en ella al sagrado Corazón de Jesús: sólo Él era capaz de semejante exceso de ternura! ¡Así se venga de los pecadores, dándoles su Madre inmaculada!

¡Oh buen Jesús! inocentísimo Cordero, que tanto sufristeis en vuestra Pasión y que visteis el Corazón virginal de vuestra Madre abismado en un océano de dolores! enseñadme, si os place, á acompañaros como Ella en vuestras aflicciones.

Enseñadme á odiar el pecado y á ser un buen hijo para con vuestra Madre. Pobre corazón mío, tan débil y tan culpable, ¿no te derretirás de dolor viendo que eres la causa de los indecibles dolores de tan Santa Madre y tan dulcísimo Salvador?

¡Oh Jesús crucificado, amor de mi corazón! ¡Oh María, mi consuelo y Madre mía! imprimid en mi alma un gran desprecio de las vanidades y placeres mundanales, y haced que tenga siempre ante mis ojos vuestros sagrados dolores, á los cuales deberé mi salvación y mi eterna felicidad.

XVII

Que el Corazón adorable de Jesús es una hoguera de amor á las tres Iglesias, triunfante, militante y purgante

El sagrado Corazón de Jesús es el foco de donde parten todos los rayos y todos los ardores que llenan de pureza, de hermosura, de beatitud y de amor á la Iglesia del cielo, á la de la tierra y á la del purgatorio. Las llamas omnipotentes de este divino Corazón abrasan también el infierno, con los demonios y los réprobos; pero no son sino las llamas vengadoras de su amor despreciado, «los ardores eternos,» del eterno amor, que envuelven en la tremenda santidad de la justicia á todos los que han rechazado la suave santidad del amor.

El sagrado Corazón penetra, ilumina y beatifica la Iglesia del cielo. Remontémonos con el pensamiento á las bienaventuradas mansiones donde Jesús nos prepara un lugar. ¿Qué son ese número infinito de Ángeles, de Santos, de Patriarcas, de Profetas, de Apóstoles, de Mártires, de Confesores, de Virgenes de Bienaventurados de toda edad y condición; qué son sino otras tantas llamas de la inmensa hoguera del Corazón del Santo de los Santos?

¿No es la bondad y el amor, no es la gracia de este divino Corazón quien les ha creado á todos, quien les ha iluminado con la luz de la fe, quien les ha

hecho cristianos, quien les ha dado fortaleza para vencer al demonio, al mundo y á la carne, quien les ha adornado con todas las virtudes, quien les ha santificado en este mundo y glorificado en el otro, quien ha encendido en sus corazones fieles el amor que tienen á Dios, quien ha llenado sus bocas de sus divinas alabanzas. ¿Él que es la fuente de todo lo que hay en ellos de grande, de santo y de admirable? Si, pues, en el decurso del año celebramos tan magnificas fiestas en honor de estos mismos Santos, si les tributamos un culto tan solemne y legítimo, ¿qué no debemos hacer para honrar, celebrar y glorificar al divino Corazón, principio de la santidad de todos los Santos, de la beatitud de todos los Bienaventurados!

El Corazón de Jesús es el Corazón del Paraíso y el sol de la gloria de ese hermoso cielo viviente á donde, por su misericordia, esperamos llegar un día.

Si de la Iglesia del cielo descendemos á la de la tierra, vemos también en ella las maravillas del Corazón y del amor de Jesucristo, corazón y vida del mundo de la gracia, como es el corazón y la vida del mundo de la gloria.

¿No es el amor de Jesús quien, al constituir su Iglesia militante, ha puesto á cubierto la fe de los cristianos por medio del infalible Papado y de la santa jerarquía de los Pastores? ¿No es él quien ha fundado el sacerdocio y quien nos envía nuestros sacerdotes, es decir, nuestros salvadores, nuestros directores, nuestros guardianes, nuestros padres espirituales,

nuestros verdaderos consoladores? Si poseemos la verdadera fe, si somos cristianos, ¿á quién lo debemos sino al mor divino, al sagrado Corazón de Jesucristo?

Nadie más que Él ha agotado, por decirlo así, en los Sacramentos de la Iglesia todas las maravillas, todas las invenciones de su infinita misericordia. ¡Qué tesoro de amor el Bautismo, donde Jesús, aplicándonos la plenitud de los méritos de su sacrificio, nos purifica y santifica tan gratuitamente, que al recibir este gran Sacramento ni siquiera hemos sabido que le recibíamos! ¿Qué hombre hubiera sido capaz de encontrar en su corazón semejante pensamiento?

¡Qué tesoro de misericordia el inefable sacramento de la Penitencia, donde el amor divino, sin sacrificar nada de su infinita santidad, va todavía mucho más lejos que en el Bautismo, pues derrama el perdón con profusión admirable, y lo perdona todo, y perdona siempre al que de veras se arrepiente! ¡Oh Corazón adorablemente bueno de mi Salvador! ¡oh misericordia verdaderamente divina!

Y ¡qué tesoro de amor puede compararse á la Eucaristía, llamada por esta razón «el Sacramento de amor!» En él únese el cielo á la tierra; y bajo aquel blanco velo reside real y corporalmente en nuestros altares el Rey de los Ángeles y de los Santos, el buen Jesús, el Corazón de Jesús. Está en medio de nosotros, de día y de noche, sin cuidarse de su propia gloria, sin buscar otra cosa que nuestro corazón y nuestra felicidad. No hay madre que pueda olvidar-

se tanto de sí misma por amor de su hijo. Y sin embargo ¿qué es el corazón de una madre sino el sinónimo de la ternura, del amor, de la abnegación? Pues mucho más que esto es para su querida Iglesia el Corazón de Jesús.

¿Y qué diremos de los demás Sacramentos? ¿Qué del Evangelio, de la Escritura, de las mil instituciones de caridad y misericordia, corona de la santa Iglesia en toda la tierra? ¿Qué de las santas indulgencias y de todos los demás tesoros de la gracia?

Todo esto, sí, todo esto no es más que la radiación del amor del sagrado Corazón de Jesús. ¡Oh Señor! qué inestimable gracia la de haber nacido y de vivir en el seno de vuestra Iglesia! Esto es verdaderamente haber nacido y vivir en vuestro divino Corazón, en el seno de vuestro amor.

Por último, también la Iglesia purgante está llena de las sagradas llamas del Corazón de Jesús. Verdad es que en el purgatorio domina la santidad de la justicia; pero también tiene allí el amor su gran parte: pues si no hubiese purgatorio, el paraíso permanecería cerrado para la mayor parte de los hombres. ¿No es en efecto una verdad de fe que «en el reino de los cielos no puede entrar nada manchado?»¹ ¿No es igualmente cierto que, aun entre los fieles habidos por más perfectos, apenas hay quien lleve una vida tan pura, y haga una penitencia tan perfecta, para

¹ Non intrabit in eam aliquid coinquinatum. (Apoc. XXI, 27.)

que después de muerto pueda inmediatamente y á pié llano entrar en el cielo? La Iglesia del purgatorio debe, pues, enteramente su existencia y su salvación, así como sus inquebrantables y eternas esperanzas, al misericordioso Corazón de Jesús.

De este Corazón de bondad parten además todos los consuelos que mitigan las expiaciones de los fieles en el purgatorio. Jesús les envía para consolarles su santa Madre, y excita incesantemente en los corazones de los fieles de la tierra ese celo tan caritativo y ardiente para aliviar primero y libertar después á esas pobres almas, por medio de la santa Misa, de la sagrada Comunión, de las indulgencias, limosnas y demás obras buenas que aconseja la Iglesia.

Tan grande es, pues, el amor infinito de Dios á su Iglesia, en cielo, tierra y purgatorio. Tal es su adorable Corazón, del que salen y al que vuelven, para descansar en él eternamente, todos los que tienen la dicha de conocer al verdadero Dios, de adorarle, de amarle y de servirle.

Alaben sin fin vuestras bondades todas las criaturas, Corazón amabilísimo de Jesús, y canten incesantemente á vuestra gloria un himno de amor y adoración. Conservad vuestra gracia á los justos, purificad á los pecadores, iluminad á los ciegos, tened misericordia de todos los fieles difuntos. Sednos siempre consuelo en nuestras penas, remedio en nuestros males, fuerza y refugio en las tentaciones, nuestra esperanza durante la vida, nuestro asilo en la muerte. Así sea.

XVIII

Que el Corazón de Jesús es una hoguera de amor para cada uno de nosotros

Lo que Nuestro Señor es para todos sus fieles en general, lo que ha hecho por todos, esto es y hace también para cada uno en particular. Cada uno de nosotros es, por decirlo así, el mundo compendiado de Jesús, el compendio de su Iglesia, de su creación natural y sobrenatural.

Por tanto puedo resumir en dos palabras lo que el Hijo de Dios hace por mí, lo que hace por cada uno de nosotros individualmente, á saber: me saca de un abismo de males, y abre ante mi fidelidad un mundo de bienes y de felicidades sin fin.

Por el pecado original nací en un estado de degradación y de muerte, cuyo horror ni aun puede concebir mi entendimiento: era *hijo de ira*,¹ según la terrible expresión de la Escritura; era enemigo de mi Dios y objeto de su maldición. Estaba excomulgado por la Santísima Trinidad, anatematizado por el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, separado de la compañía de los Ángeles, desterrado de la casa de mi Padre celestial, excluido del Paraíso, privado de ver á Dios. Estaba perdido sin remedio.

¹ Erasmus natura filii iræ. («Ephes.» II, 3.)

Estaba en pecado, es decir, en el mal de los males, en la causa única de todos los males que desolaban la tierra y el infierno, el tiempo y la eternidad. ¡Oh qué sima es el pecado! Sin ser infinito en la criatura que le comete y que no es capaz de lo infinito, es sin embargo en sí mismo un mal verdaderamente infinito, porque viola la santidad de Dios, que es infinita; porque ofende á una majestad, á una bondad, á un poder, á una sabiduría infinitas; y por esto merece en estricta justicia una pena infinita, al menos en cuanto á la duración.

Para expiarle digna y plenamente, es necesaria una víctima de una dignidad infinita, esto es, divina. Aun cuando todos los Ángeles, todos los Serafines y todas las Virtudes de los cielos llegaran á encarnarse, y á sufrir, y á morir; aún cuando todos los Santos, desde el principio hasta el fin del mundo, juntaran sus méritos, sus oraciones, sus penitencias, sus lágrimas, sus buenas obras; aun cuando todos derramaran hasta la última gota de su sangre; aun cuando ¡oh prodigio! la santísima é inmaculada Virgen María ofreciera á Dios los inefables méritos de su vida y de su muerte, el abismo del pecado permanecería siempre abierto, sin que pudiese llenarse el lado por donde es infinito con los esfuerzos de ninguna criatura. El abismo del pecado no es otro, en efecto, que el abismo del infierno.

Luego, si mi Salvador en su infinita misericordia y bondad, sea mil veces bendito, no se hubiese hecho

hombre para venir á salvarme; si no hubiese llorado y sufrido por mí miserable; si su divino sacrificio no me hubiese rescatado de la muerte, y muerte eterna, ninguna criatura, ni en el cielo ni en la tierra, hubiera podido sacarme del abismo del pecado, ni libramme de la muerte y del anatema, ni aun refrigerarme por medio de aquella gota de agua que el rico avariento (típo del condenado) pide en vano hace tanto tiempo.

No obstante, por una dicha incomprendible, me encuentro fuera de ese abismo de infidelidad; y ¿á quién lo debo? ¿á quién? ¡Oh Jesús! Vos lo sabéis: ¡sólo á Vos! Sí, vuestro amor infinito, vuestro sagrado Corazón, órgano y foco de este amor; la bondad inmensa, la infinita misericordia y el amor incomparable de vuestro Corazón son los que me han salvado! Esas llamas sagradas me han dado la vida y han apagado las llamas de mi horrible infierno.

Y esto lo habéis hecho gratuitamente, y más que gratuitamente, pues me encontraba ante Vos, no sólo desnudo de todo mérito, sino como un réprobo, asqueroso, horrible y hediondo. ¡Qué gracia la vuestra, Dios mío! ¡Qué misterio de amor!

Y lo que Jesucristo ha hecho por mí al admitirme al Bautismo, lo ha renovado sobreabundantemente mil y mil veces, lo renueva incesantemente en el sacramento de la Penitencia, perdonándome siempre; sí, siempre, siempre; perdonándomelo todo, sin cansarme nunca, ¡ah! sin saber vengarse más que con el perdón!

Esto ha hecho por mí el Corazón de mi Jesús. «¿Qué le daré en acción de gracias? Tomaré el cáliz de salud,»¹ y ofreceré á mi celeste Bienhechor un sacrificio digno de Él. Orando un dia Santa Teresa delante del Santísimo Sacramento, se encontraba como agobiada por el peso de las misericordias divinas, y experimentaba grande angustia por no poder agradecerlas como convenia. Entonces salió una voz del Tabernáculo, que le dijo: «Manda celebrar una misa; esto basta.» También yo tomaré, para otrecéros la en acciones de gracias *infinitas*, la sangre de ese mismo Sacrificio que me ha redimido y salvado. Recibidla, Señor Jesús, como recibisteis en el seno de vuestro Padre el sacrificio de Abel, y no permitais que pierda jamás por mi infidelidad el fruto de vuestra pasión y muerte.

XIX

Que este amor del Redentor resplandece maravillosamente entre todos los bienes de que nos ha colmado su Corazón

La misericordia de Nuestro Señor me ha librado del pecado y del infierno. Pero esto no es más que el lado negativo de lo que su amor infinito se ha dig-

¹ Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam. («Psalm.» CXV.)

nado hacer por mí: el lado positivo, el bien que me ha merecido, es mil veces más precioso todavía. Si me ha librado de *todo mal*, ha sido para darme *todo bien*. Sí, todo bien; porque con su cielo, con su bienaventuranza y su eternidad se me entrega á sí mismo, y como decía á Santa Ángela de Foligno, Él es *el Todo-Bien*.

¿Qué bien hay comparable á la posesión del cielo, es decir, la posesión de la felicidad perfecta y eterna, del perfecto y eterno gozo, del perfecto y eterno amor? El cielo es el seno de Dios en el cual la criatura deificada se encuentra abismada, con Jesucristo, por Jesucristo y en Jesucristo, en el océano de la luz divina y de la eterna bienaventuranza. El cielo es el Amor convertido en nuestra vida, nuestro estado, nuestra atmósfera, nuestro todo. No más temores, no más lobregeces, no más privaciones, no más desfallecimientos, no más separaciones, no más lágrimas, no más sufrimientos; al contrario, sobreabundancia incommensurable é inmutable de todos los bienes, sea del espíritu, del corazón, ó de los sentidos. Vivir con Jesús y María, con los bienaventurados Serafines, Querubines, Arcángeles y Ángeles, con todos los Santos, con todos los elegidos; ver á Dios cara á cara, poseer á Dios por completo, gozar de Dios, estar lleno de la paz y alegría de Dios; y esto para siempre, sin inquietud, sin posibilidad de perder una sola gotita de aquel océano de felicidad..... ¡Qué perspectiva, Dios mío!

¡Qué dicha ser eternamente compañero de los Ángeles, vivir la vida de los Ángeles, estar revestido de su gloria, gozar de su bienaventuranza; en una palabra, «ser semejante á los Ángeles!»¹

¡Qué dicha ocupar para siempre la categoría de hijos de Dios, ser eternamente miembros glorificados del Unigénito de Dios, coherederos y hermanos suyos!²

¡Qué felicidad ser con Jesús rey de un reino eterno, poseer el mismo reino que el Eterno Padre ha dado á su Hijo, sentarse á su mesa con María y con todos los escogidos!³ ¡Qué gloria estar revestido del celeste manto de luz, del vestido real y glorioso del Rey de reyes!

En el cielo nos sentaremos en un mismo trono con el soberano Monarca de cielos y tierra;⁴ descansaremos con nuestro Salvador en el seno de su Pa-

1 Erunt sicut Angeli Dei in cælo.... Sunt sicut Angeli in cælis.... Æquales, enim Angelis, sunt. («Matth.» XXII, 30; «Marc.» XII, 25; «Luc.» XX, 36.)

2 Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei. Si autem filii et hæredes; hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi. («Rom.» VIII, 17.)

3 Et ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo. («Luc.» XXI, 29) Charitatem quam dedisti mihi, dedi eis. («Joan.» XVII, 22.)

4 Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo. («Apoc.» III, 21.)

dre;¹ poseeremos todos los bienes de Dios;² seremos, en fin, enteramente transformados en Dios,³ es decir, estaremos llenos y penetrados de todas las perfecciones de Dios, más íntimamente que el hierro metido en la fragua está revestido y penetrado de las cualidades del fuego. En Jesucristo no formaremos más que uno sólo con Dios, no por unidad, sino por unión: lo que Dios es por naturaleza y por esencia, lo seremos nosotros por gracia y por participación.

¡Oh Señor, qué felicidad tan grande é incomparable la del cielo! Y aún todo lo que conozco de él es nada en comparación de la realidad. Vos mismo me lo habéis dicho: «¡Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano puede comprender lo que Dios tiene reservado á los que le aman!»⁴

Y ¿á quién debo yo la inmensidad desconocida de este celestial é incomprensible tesoro? Al amor misericordioso é infinito del Corazón de mi Salvador. Al darse á mí, me ha dado todo lo que hay en la tierra:

1 Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum.... Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris. ("Joan." XVII, 24; 1, 18.)

2 Amen dico vobis super omnia bona sua constituet eum. ("Matth." XXIV, 47.)

3 Nos vero omnes, revelata facie gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur á claritati in claritatem, tamquam á domine spiritu. ("II Cor." III, 18.)

4 Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum. (I Cor, II, 9.)

su Iglesia, su Vicario, su verdad, sus Sacramentos, su Eucaristía, su Cuerpo y su Sangre, su Madre, su santa cruz, todas sus gracias, todas sus riquezas espirituales; y en el cielo me espera para ser Él mismo mi bienaventuranza y mi recompensa sin medida.

¡Gracias, pues, gracias infinitas al Corazón de mi Dios por sus inefables dones!¹ Sí, todo lo tengo en Jesucristo; y su sagrado Corazón, donde reposo si le soy fiel, es el abismo de todo bien, que me libra del abismo de todo mal.

¡Oh buen Jesús! ¡perdonad á todos los que no os aman! ¡Ah! ¡cuán grande es su número! ¿No es verdad que, aún en los países cristianos, multitud de hombres tratan á este adorable Salvador como si nada le debiesen? ¿No es verdad que le tratan casi como enemigo, olvidándole, blasfemándole, descuidando su servicio, burlándose de sus sacerdotes, de su Vicario, de su santa Iglesia, riéndose de la Confesión, ridiculizando la Eucaristía, llegando algunas veces á ultrajar á su santísima Madre?

Sin embargo, ¿qué más hubiera podido hacer para atestiguarles su amor?² «Si fuese posible, decía un día á Santa Brígida, si fuese posible que yo sufriese los tormentos de mi Pasión tantas veces cuantas al-

1 Gratias Deo super inenarrabili dono ejus. ("II Cor." X, v. 15.)

2 Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci? ("Isai." V, 4.)

mas hay en el infierno, gustoso los sufriría.» Y en recompensa, la mayor parte de aquellos á quienes ha rescatado y enriquecido con sus dones, vuelven á crucificarle. Si, á crucificarle; pues quien peca mortalmente «crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios....., le pisotea, desprecia la Sangre de la alianza, en la que ha sido lavado y santificado.»¹

¡Dios mío! agradecemos profundamente cualquier demostración de afecto, el más insignificante servicio que se nos preste; ¿qué digo? profesamos cariño á un animal que nos divierte ó nos es útil en algo; y ¿dejaremos de amar á Dios, que es nuestro Criador, nuestro misericordioso Redentor, nuestro fidelísimo amigo, nuestro bondadosísimo hermano, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro soberano bien, nuestra vida, nuestro corazón; á este Dios, que es todo corazón y todo amor por nosotros?

«¡Oh hijos de Adán! Redentor tenéis; venid á Él, que bueno y misericordioso es para los que quieren ser redimidos. Fuente de agua viva es; río caudaloso, que procede del trono de Dios, que sin recibir de nadie, á todos da largamente sin que sus corrientes se mengüen: corred, sedientos, á apagar vuestra

¹ *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.... Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit, in euo sanctificatus est et spiritui gratiæ contumeliam fecerit.* ("Hebr." VI, 6; X, 29.)

sed. Mina es sin término de los tesoros eternos; los que os desentrañais por adquirir riquezas que apenas se dejan ver de los ojos, corred codiciosos, que nunca tantos¹ llevará uno que no resten para repartir á los demás, infinitos. Venid, ciegos, á la luz; afligidos, atormentados, al gozo sin fin; venid, presos á la libertad; desterrados, á vuestra patria; muertos, á la vida. ¿Qué aguardais? venid, que buen Dios tenéis. ¿Qué hacéis atados, como viles bestias, á los pesebres del mundo, royendo paja de vanos gustos sin juizo ni sustancia de bien? Romped vuestras ataduras; corred, que buena y rica mesa os espera, abastecida de verdaderos deleites y regalos sin tasa. ¡Oh hijos de Adán! despertad, que la luz se os entra por vuestras puertas; abrid, no os quedéis á oscuras y en tinieblas de muerte.»²

¹ Tesoros.

² Pronunció estas palabras inspiradas la sierva de Dios, Doña Sancha Carrillo, momentos antes de su muerte, según se contiene en su «Vida» escrita por el P. Martín de Roa.

XX

Que el sagrado Corazón de Jesús nos ama como su Padre le ama á Él

El mismo día de la institución de la Eucaristía, estando todavía en el Cenáculo, Nuestro Señor dirigió á sus Discípulos una palabra admirable, salida como ardiente llama del fondo de su Corazón: «Os amo: *Ego dilexi vos.*»¹ Parémonos aquí un poco, y meditemos bien esta palabra.

¡Oh cuán dulcemente suena en los labios del soberano Señor del universo, del Dios de la eternidad! ¡Cuán buena y consoladora es para el alma verdaderamente cristiana! «Os amo,» dice Jesús.

Si un gran rey se dignase entrar un día en la choza del último de sus vasallos para decirle: «Te amo, y he venido aquí expresamente para decírtelo,» ¡qué gozo no sentiría aquel pobre hombre!

Si un Angel del cielo ó un Santo, si la misma inmaculada Virgen María, Reina de todos los Santos, se dignase aparecerse de repente á algún pobre pecador, y decirle públicamente en presencia de todos: «Te amo; tuyo es mi corazón!» ¡qué pasmo, qué transportes no experimentaría aquel pecador!

¹ Joan. XIII, 34; XV, 9, 12

Pues bien, ved aquí infinitamente más; ved al Rey de reyes, al Santo de los santos, al soberano Señor del cielo, bajar expresamente acá abajo para decirnos á nosotros, pobres pecadores: «Os amo:» Yo, Criador de todas las cosas; Yo, que gobierno todo el universo; Yo, que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra; Yo, que hago todo lo que quiero, sin que nadie pueda resistir á mi voluntad; Yo os amo! *Ego dilexi vos.*

¡Qué consuelo, dulce Redentor mío! ¿No hubiera sido ya demasiado decirnos: «Pienso algunas veces en vosotros: fijo mi vista en vosotros una vez al año; tengo algunos buenos designios sobre vosotros?» Mas no: queréis asegurarnos que nos amais, y que vuestro divino Corazón está lleno de ternura por nosotros; por nosotros, que nada somos; por nosotros, gusanos de la tierra, criaturas ingratas que os hemos crucificado, y que tantas veces hemos merecido el infierno!

Pero ¿cómo nos ama el adorable Corazón del Salvador? Escuchad: *Sicut dilexit me, Pater;*¹ os amo como me ama mi Padre; os amo tan de Corazón, con el mismo amor con que mi Padre me ama á Mí.

¿Y cuál es ese amor con que Dios Padre ama á su Hijo? Es un amor que reúne cuatro grandes cualidades; cualidades que se hallan por consiguiente en el amor que Jesús nos tiene.

¹ Joan. XV.

Es ante todo un amor *infinito*, es decir, sin límites y sin medida; amor incomprensible é inefable; amor tan grande como la esencia misma de Dios. Medid, si podéis, la extensión y grandeza de la divina Esencia, y mediréis la del amor del Padre á su Hijo Jesús; solamente entonces podréis medir la grandeza y extensión del amor que nos tiene Jesús.

En segundo lugar, el amor del Padre á su Hijo es *eterno*. La eternidad es la duración invariable, inmutable; la duración perpétua, sin principio ni fin. ¡Oh Jesús, Verbo eterno! bien merecéis este amor, que compensa del todo las defecciones de vuestras criaturas, ya rebeldes, ya simplemente débiles, tibias, inconstantes.

Pues bien, con ese mismo amor eterno con que Jesús es amado de su Padre, nos cabe la dicha de ser amados de Jesús; porque, es preciso no alvidarlo, en su Encarnación, aunque hombre verdadero, continúa siendo la segunda Persona de la Santísima Trinidad, la Persona eterna del Unigénito de Dios. Jesucristo, pues, nos ama con amor verdaderamente eterno.

No bastará la eternidad para devolver amor por amor, un amor sin fin por un amor eterno. ¿Y qué hacemos nosotros en el tiempo? ¿Amamos á Jesucristo? ¡Ay! ¡cuán ingratos somos perdiendo este precioso tiempo, semilla de la eternidad, en amar la tierra y sus bagatelas!

En tercer lugar, el amor del Padre celestial á su

Hijo es *universal*, es decir, que llena todos los corazones del cielo y de la tierra. Llena el cielo; pues el Padre ama á Jesús con todos los Ángeles y Bienaventurados. Llena la tierra; porque ama también á Jesucristo en unión de los corazones de todos los fieles. En efecto, ¿qué es en el fondo ese divino amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, sino el amor sustancial y personal, el Espíritu de amor, el Espíritu Santo?

Con este mismo amor me ama mi Salvador. Ese mismo Espíritu es el que á todos se nos ha dado, y el que difunde ese amor en nuestros corazones. Jesús me ama por el corazón y en el corazón de la Santísima Virgen, de San José, de cada uno de sus Ángeles y Santos. ¡Qué inmensidad! Me ama por el corazón y en el corazón de todos los miembros de su Iglesia, comenzando por el Papa, por mi Obispo, por todos los sacerdotes que aman y cuidan de mi alma, por todos mis bienhechores.

Más aún: por un efecto de este admirable y universal amor, prohíbe á todos los hombres, bajo pena de pecado y de condenación, que dañen á mi alma, á mi cuerpo, á mi reputación y á mis bienes; y además de esto les manda que sean verdaderamente hermanos míos, amándome como á ellos mismos. ¿Es posible llevar más lejos la solicitud del amor?

Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis. (Rom. V, 5.)

Así, como dice San Agustín, «el cielo y la tierra, y todo lo que contienen, no cesan de decirme que debo amar á mi Dios.»¹ ¡Dios amándome en todas partes; y yo, ingrato, ofendiéndole en todas! ¡Ah! no lo permitáis ya más, bondadosísimo Salvador, antes bien haced que os ame y bendiga siempre.

Finalmente, el amor que el Padre tiene al Hijo es *esencial* y total, es decir, un amor de todo su sér. Este divino Padre ama á su Hijo Jesús con todo lo que es, siendo todo amor para con Él. El amor que Jesucristo se digna tenernos es igualmente un amor esencial, un amor total, pues nos ama con todo lo que es y con todo lo que tiene. Su divinidad, su humanidad, su alma, su cuerpo, su sangre, todos sus pensamientos, palabras y acciones; sus privaciones, humillaciones y sufrimientos; su vida y su muerte; sus méritos y su gloria; todo en Él está empleado en amarnos.

Pero, sobre todo, emplea en amarnos su sagrado Corazón, como lo ha declarado á muchos Santos, en particular á Santa Brígida, cuyas revelaciones gozan de gran crédito en la Iglesia, diciéndole que en la cruz aquel Corazón adorable se había abierto bajo la presión del dolor y del amor. «Mi Corazón, le dijo Jesús, estaba sumido en un océano de sufrimientos. Vi á mi Madre y aquellos á quienes yo amaba bajo el

¹ Cœlum et terra, et omnia quæ in eis sunt, non cessant mihi dicere ut amem Deum.

peso de la aflicción: mi corazón se partió bajo la violencia y el esfuerzo del dolor, y entonces fué cuando mi alma se separó de mi cuerpo.»

¡Gran Dios! y por mí se cumplieron estas divinas maravillas; yo indignísimo pecador, soy el objeto de aquel *exceso*¹ de que hablaban Moisés y Elías con Jesús glorificado en el Tabor! ¡Jesús me ama con el mismo amor con que le ama su Padre, amor infinito, eterno, universal, esencial!

¿Cuándo, pues, abriré los ojos para no perder de vista el amor que me tiene mi Salvador? ¿cuándo amaré con todo mi corazón á este buen Jesús, que se digna amarme tanto, y que para estar todavía más seguro de obtener mi corazón, me promete una eternidad bienaventurada, si consiento en devolverle amor por amor? Y como si esto no bastase, me amenaza con el fuego eterno del infierno si rehusa amarle.

¡Oh Jesús! de hoy más quiero amaros como Vos me amais: totalmente, sin restricciones, con todas veras, con *todo* mi corazón. Tened piedad de mi flaqueza, que me hace desfallecer tan á menudo en este querer mío, no obstante ser muy sincero.

Ayudadme Vos, Virgen Santísima, á ser en lo sucesivo constante y enteramente fiel á vuestro divino Hijo.

¹ Moyses et Elias... dicebant excessum ejus, quem complecturus erat in Jerusalem. (Luc. IX, 31.)

XXI

Cuánto ha sufrido por nosotros el Corazón adorable de Jesús en su Pasión

Toda la vida pasible y mortal de nuestro Salvador fué un continuo ejercicio de caridad, de misericordia y de sufrimientos por cada uno de nosotros; pero durante su santa Pasión es cuando nos testificó especialísimamente su amor, sufriendo terribles tormentos en su cuerpo y alma para librarnos de los horribles suplicios del infierno y alcanzarnos la felicidad eterna del cielo. Mira su cuerpo adorable todo cubierto de llagas y bañado en su sangre; su sagrada cabeza atravesada de punzantes espinas; sus piés y manos traspasados por los clavos; su carne divina toda desgarrada en sangrientos girones; su cuerpo pendiente y dislocado en la cruz; todos sus sentidos saciados de horrores y dolores, hasta que al fin la crueldad de los hombres, á fuerza de tormentos, le arranca el alma del cuerpo, y arremetiéndole, aún después de muerto, uno de sus verdugos le hunde una lanza en el costado y le abre el Corazón.

Pero si Jesús sufrió por nuestro amor tantos dolores en su cuerpo, mucho más horribles han sido los dolores de su alma, las llagas invisibles de su sagrado Corazón.

Podían contarse las llagas de su cuerpo; mas ¿quién podrá contar las de su Corazón? ¿Y cuáles son esas llagas misteriosas?

Son en primer lugar las llagas que le han abierto todos los pecados del mundo. Un día mostró Nuestro Señor á Santa Catalina de Génova, bajo una forma sensible y simbólica, la enormidad del menor pecado venial. Asegura la Santa que, aun cuando esta visión no duró más que un momento, cayó inmediatamente en una especie de agonía, y habría muerto en el acto si Dios no la hubiese sostenido sobrenaturalmente. «Aunque estuviese metida en el fuego, dice, y para salir de él me fuese preciso ver otra vez lo que se me ha mostrado en este día, preferiría quedarme en el fuego.» ¿Qué habría, pues, experimentado si la visión hubiese sido del pecado mortal?

Ahora bien, Jesucristo con una luz infinitamente mayor, puesto que era divina, veía desde el fondo de su agonía de lo alto de su cruz, *todos* los pecados, mortales y veniales, cometidos por todos los hombres y por cada uno de ellos en particular, y estos pecados le causaban un horror igualmente divino, es decir, perfecto y absolutamente incompresible. Cada uno de nuestros pecados ha sido una llaga profunda para el sagrado Corazón de Jesús. Contad, si podéis, todos los que se han cometido y se cometerán ¡ay! en toda la tierra y en todos los tiempos, desde Adány

Eva hasta el Anticristo; y contaréis las llagas del Corazón de Jesús.

En segundo lugar, las llagas de este divino Corazón son todas las que han atormentado los cuerpos de sus Mártires; son todos los sufrimientos y aflicciones de los fieles, que Jesús siente en su bondadosísimo Corazón más que los mismos que las sobrellevan. ¿No sufre el corazón de una madre todo lo que sufre su hijo, más, por decirlo así, que este mismo hijo? Pues bien, lleno por nosotros el Corazón de Jesús de una bondad y ternura verdaderamente infinitas, calculad la amargura y profundidad de los sufrimientos de amor que sobre Él descargaron, sobre todo durante su Pasión.

Jesús ha sufrido, pues, todos mis dolores, ha cargado con todas mis penas, sean cuales fueren, de espíritu, de corazón y de cuerpo: todas eran otras tantas heridas mortales para su sagrado Corazón. ¡Oh! ¿de cuántas he sido yo solo la causa, ya por mis pecados, ya por las mil penas que hayan amargado mi vida! ¡Cuán bueno sois, divino Jesús! ¡y cuán adorable es vuestro Corazón!

Postrado en espíritu ante vuestra cruz, árbol de mi salvación, hago firmemente dos resoluciones que vuestra gracia me ayudará á cumplir: la primera es velar más que nunca sobre mí, para no recaer en el pecado, sin lo cual sería yo del número de aquellos de quienes hablais, oh Salvador mío, por boca de vuestro Profeta: «Añadieron dolores á mis dolores, y he-

ridas á mis heridas.»¹ ¡Oh, que jamás vuelva á caer en tal desgracia!

La segunda resolución es unirme á Vos en todas mis penas, interiores ó exteriores, para santificarlas todas, y sacar consuelo y vida de donde por mi amor sacásteis Vos desconsuelo y muerte.

Misericordiosísimo Corazón de Jesús, os doy gracias y me reconozco, mil veces indigno de vuestras bondades.

XXII

Misericordias del Corazón de Jesús en el sacramento de la Penitencia

El sacramento de la penitencia puede llamarse maravilla del Corazón de Jesús. En este, más que en los otros Sacramentos, abre el Salvador á todos los hombres ese divino Corazón que tanto les ha amado. En este Sacramento brilla de un modo especialísimo la omnipotencia de su misericordia y bondad, todos los días y en toda la tierra, con prodigios de todo género.

La beata Margarita María veía al sagrado Corazón con sus llamas, su cruz y su corona de espinas,

¹ Super dolorem vulnerum meorum addiderunt. (*Psalm* LXVIII, 27.)

como en un trono resplandeciente de gloria. ¿No es este trono una hermosa figura del tribunal de la Penitencia, en el que la gloria de Dios no resplandece menos en milagros de misericordia que en el Sacramento del altar en prodigios de amor y santidad? ¿Cuál es, en efecto, en la tierra la gloria por excelencia de Dios sino la conversión de los pobres pecadores, la resurrección y la salvación de las almas?

Desde lo alto de este trono de compasión y de paciencia divinas, de inefables misericordias y de perdón inextinguible, el Corazón de Jesús, vivo y palpitante en el corazón de sus sacerdotes, arde de amor por los pobres pecadores y devora ávidamente sus pecados en sus divinas llamas. De allí irradia la esperanza; allí derrama á torrentes la sangre de la redención.

La sangre de Jesús, la sangre del Corazón de Jesús, es como el alma de este gran Sacramento. Este es un compuesto de celestial santidad que purifica, de ternura que alivia y consuela, de compasión que conmueve y ablanda los corazones, de ardores sagrados que abrasan, y en fin, y sobre todo, de amorosa caridad. Esto es la Confesión, esa Confesión que tanto espanta á los que no tienen la dicha de «creer en el amor que nos tiene Dios.»¹

¹ Et nos cognovimus, et credidimus charitati, quam habet Deus in nobis. (I, Joan. IV, 16.)

Un día, después de confesarse, escribía Santa Catalina de Sena estas palabras llenas de profundidad: «He ido á la Sangre de Cristo: *Ivi ad sanguinem Christi.*» Ir á la Sangre de Jesús ¿no es ir á su Corazón, es decir, á la fuente y al foco de su amor? ¡Y hay hombres, hay cristianos que temen acercarse á este Sacramento! ¡Oh Sangre divina, Sangre de amor y de infinita misericordia! á tí vengo, precisamente porque soy pecador. Por mí fluyes; á mí me aguardas, como el padre del hijo pródigo aguardaba á su pobre hijo, ¡Sí, iré á tí, oh Sangre purificadora y santificante! ¡iré á tí con corazón contrito y humillado, pero lleno de confianza! ¡Qué gozo poseer este rico tesoro de la Confesión! ¡Y con cuánta verdad es la Esposa de Jesucristo esta misericordiosa Iglesia católica, que posee el trono de la misericordia del Corazón de Jesús!

Bien podemos decir sin reparo que el sacramento de la Penitencia es el triunfo del sagrado Corazón de Jesús. En él aparece mucho más misericordioso todavía que en el sacramento del Bautismo; pues en éste (al menos en el Bautismo de los niños,) la gracia del perdón no borra más que una mancha de la cual el pecador no es personalmente responsable; mientras en el de la Penitencia esta misma gracia se dilata, se extiende todavía más, y no conoce otros límites que los que le impone la mala voluntad de esos infelices sin juicio llamados pecadores impenitentes. Es de fe que en la Confesión el sacerdote puede

perdonarlo todo, absolutamente todo, sin excepción; y la Iglesia quiere que el sacerdote lo perdone todo, cuando el pecador da verdaderas señales de arrepentimiento. ¡Oh misericordia del Salvador! Ni para esto ofrecen obstáculo las recaídas, siempre que provengan de la fragilidad humana; pues Jesús llama al perdón á los débiles como á los fuertes, á los pobres como á los ricos, á todos los que tienen buena voluntad. Después del altar, que es el trono del santo amor, en ninguna parte es más grande ni más admirable el sacerdote católico que en el confesonario, trono de la divina misericordia.

Las llamas con que allí arde el sagrado Corazón no sólo aniquilan nuestros pecados, sino que además apagan las llamas eternas del infierno que por ellos merecíamos; y aún, si nuestra contrición es perfecta, la Iglesia nos enseña que las llamas del Corazón misericordioso de Jesús apagan también el fuego del purgatorio.

Con sus amorosas llamas el Corazón de Jesús abraza, dilata y derrite á la vez el Corazón del confesor, llenándolo de caridad y de dulzura, y el corazón del penitente, llenándolo de contrición, purificándolo hasta en sus menores escondrijos é inundándolo de felicidad y de alegría.

Y todo esto es el fruto de la cruz y de la corona de espinas; el fruto de la Pasión de Jesucristo, cuyos méritos infinitos se nos aplican en el sacramento de la Penitencia.

Dadme, pues, mi buen Salvador, que ame como debo este maravilloso Sacramento, y que á él recurra á menudo con vivísimos deseos de aprovecharme de las santas efusiones de vuestra sangre. Haced que me confiese siempre bien, que sea muy sincero en la manifestación de mis pecados, muy leal con mi conciencia, que huelle el orgullo y los respetos humanos, y que reciba siempre la absolución con las santas disposiciones que vuestro Corazón comunica á los corazones fieles, y que en ellos quiere que resplandezcan.

XXIII

El sagrado Corazón y el santísimo Sacramento

El sagrado Corazón de Jesús reside en medio de nosotros en la tierra, al mismo tiempo que en el cielo. Inseparable de la santísima y adorabilísima humanidad de Jesucristo, de la cual es como el centro y la vida, este divino Corazón, tan amante y tan amado, reside en cada una de nuestras iglesias bajo los velos eucarísticos, como es de fe.

A menudo olvidamos la realidad de esta viva presencia de Nuestro Señor en la tierra. En teoría todos creemos en ella (sin esto seríamos herejes), pero no todos en la práctica; y esta es quizá la causa principal de esa tibieza, de esas mil y mil faltas que so-

perdonarlo todo, absolutamente todo, sin excepción; y la Iglesia quiere que el sacerdote lo perdone todo, cuando el pecador da verdaderas señales de arrepentimiento. ¡Oh misericordia del Salvador! Ni para esto ofrecen obstáculo las recaídas, siempre que provengan de la fragilidad humana; pues Jesús llama al perdón á los débiles como á los fuertes, á los pobres como á los ricos, á todos los que tienen buena voluntad. Después del altar, que es el trono del santo amor, en ninguna parte es más grande ni más admirable el sacerdote católico que en el confesonario, trono de la divina misericordia.

Las llamas con que allí arde el sagrado Corazón no sólo aniquilan nuestros pecados, sino que además apagan las llamas eternas del infierno que por ellos merecíamos; y aún, si nuestra contrición es perfecta, la Iglesia nos enseña que las llamas del Corazón misericordioso de Jesús apagan también el fuego del purgatorio.

Con sus amorosas llamas el Corazón de Jesús abraza, dilata y derrite á la vez el Corazón del confesor, llenándolo de caridad y de dulzura, y el corazón del penitente, llenándolo de contrición, purificándolo hasta en sus menores escondrijos é inundándolo de felicidad y de alegría.

Y todo esto es el fruto de la cruz y de la corona de espinas; el fruto de la Pasión de Jesucristo, cuyos méritos infinitos se nos aplican en el sacramento de la Penitencia.

Dadme, pues, mi buen Salvador, que ame como debo este maravilloso Sacramento, y que á él recurra á menudo con vivísimos deseos de aprovecharme de las santas efusiones de vuestra sangre. Haced que me confiese siempre bien, que sea muy sincero en la manifestación de mis pecados, muy leal con mi conciencia, que huelle el orgullo y los respetos humanos, y que reciba siempre la absolución con las santas disposiciones que vuestro Corazón comunica á los corazones fieles, y que en ellos quiere que resplandezcan.

XXIII

El sagrado Corazón y el santísimo Sacramento

El sagrado Corazón de Jesús reside en medio de nosotros en la tierra, al mismo tiempo que en el cielo. Inseparable de la santísima y adorabilísima humanidad de Jesucristo, de la cual es como el centro y la vida, este divino Corazón, tan amante y tan amado, reside en cada una de nuestras iglesias bajo los velos eucarísticos, como es de fe.

A menudo olvidamos la realidad de esta viva presencia de Nuestro Señor en la tierra. En teoría todos creemos en ella (sin esto seríamos herejes), pero no todos en la práctica; y esta es quizá la causa principal de esa tibieza, de esas mil y mil faltas que so-

mos los primeros en lamentar. No tenemos, al menos en la medida que sería necesario, *el espíritu de fe* en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía.

Lo mismo sucede relativamente á su sagrado Corazón. Le miramos muchas veces como una especie de abstracción celestial, bellísima contemplada de lejos, pero inaccesible. Si tuviésemos una fe más viva, le veríamos presente en el altar en medio del sagrado pecho de Jesús, y entonces ¡cuántas gracias esta fe viva atraería sobre nuestras almas!

Desde el fondo de su tabernáculo Jesucristo nos aguarda, nos llama: como á la beata Margarita María, nos muestra y á la vez nos abre su Corazón abrasado de amor: «¡Mirad, nos dice, ved aquí el Corazón que tanto ha amado á los hombres, y de los cuales en pago de mi amor no recibo más que ingratitudes y ultrajes!» El altar es, en efecto, el trono del divino amor, como el tribunal de la Penitencia es el trono de la divina misericordia. De lo alto de este el Corazón de Jesús se entrea-bre para perdonar y purificar: de lo alto de aquel se da sustancialmente, se abre para amar, para fortificar, para santificar.

En el altar el sacerdote de Jesús tiene en sus manos consagradas el Cuerpo y el Corazón del Hijo de Dios, y en el santo cáliz contempla y bebe la misma Sangre que partiendo del sagrado Corazón vivificaba la carne del Verbo humanado. Y como la Eucaristía es por excelencia el misterio del amor, puede

decirse que el sacerdote católico es verdaderamente el consagrante, el depositario y el dispensador del sagrado Corazón de Jesús:

Cuando comulga en la santa misa, recibe en su interior este divino Corazón y esta Sangre adorable. Le recibe, y le recibimos también nosotros cuando comulgamos, con todas sus llamas, con todos sus ardores. ¡Foco vivísimo de amor es la Comunión, donde se come y bebe el Amor eterno, Jesucristo, su carne, su Corazón y su Sangre gloriosos!

Lo que el amor de nuestro Salvador hace en el misterio de la Eucaristía presenta un cúmulo tal de prodigios, que en vez de hablar de ellos, siéntese uno inclinado, por respeto, á callar y adorar. Todo lo que de esto se puede decir es nada.

San Bernardo llama á este gran sacramento «el amor de los amores, *amor amorum.*» Ciertamente, el amor, sólo el amor impulsa á Nuestro Señor á encerrarse bajo esa humilde apariencia, despojado de todo esplendor, y á morar así en esta tierra de miserias, de lodo y de impurezas, expuesto á mil y mil ultrajes, y esto hace diez y nueve siglos, y hasta el fin de los tiempos, hasta su segundo advenimiento.

El amor es el que obliga á Jesús á vivir en medio de nosotros para cubrirnos á los ojos de su Padre celestial, como la gallina cubre y protege con sus alas á sus polluelos. Allí, sobre el altar, su divino Corazón, supliendo á la flaqueza de su Iglesia militante, hace subir incesantemente al cielo adoraciones, ala-

banzas, acciones de gracias, súplicas y oraciones dignas en un todo de la majestad divina. «Siempre vivo para interceder por nosotros,»¹ ama por nosotros y nos obtiene gracias. Nos bendice con incesantes bendiciones, según la bella expresión de San Pedro: «Dios os ha enviado á su Hijo para bendeciros.»²

El amor, sí, el amor le ha hecho resumir en el santísimo Sacramento todos sus misterios de misericordia y ternura,³ pues allí está, bajo los velos eucarísticos, como Criador y Señor eterno de los Ángeles y de los hombres, del cielo y de la tierra, santificador de todos los elegidos, Santo de los Santos, Cabeza y Soberano pontífice de la Iglesia, Rey de los Patriarcas y Profetas, Salvador y Redentor. Allí está con la gracia del misterio de la Encarnación, con su largo sacrificio de treinta y tres años, con todas sus palabras y todos sus milagros; allí con todo lo que ha obrado en el alma santa de su Madre, en su Iglesia y en todos sus elegidos; allí, en fin, con todo el mundo de la gracia y todo el mundo de la gloria, de que es principio, centro y vida. ¡Qué océano de amor encierra la Eucaristía!

1 Semper vivens ad interpellandum pro nobis. (*Hebr.* VII, 25.)

2 Deus suscitans Filium suum, misit eum benedicentem vobis. (*Act.* III, 26.)

3 Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus; escam dedit timentibus se. (*Ps.* CX.)

¡Y todo este misterio de los misterios, este Amor de los amores, no es en el fondo otra cosa que vuestro sagrado Corazón, oh dulcísimo Jesús! Y nosotros ingratos correspondemos á este prodigio de bondad olvidándole en el silencio de sus Tabernáculos, y mostrándonos con él más fríos, más duros, y más insensibles que el mármol de los altares!

XXIV

Cómo en la sagrada Comunión el Corazón de Jesús nos purifica nos ilumina y nos deifica en su santo amor

Imaginad, si podéis, toda la caridad, todos los amorosos afectos habidos y por haber en todos los corazones que la omnipotente mano de Dios ha formado y puede formar; imaginadlos unidos y como condensados en un corazón bastante capaz para abarcarlos á todos; decidme, ¿no formaría esto un foco de amor verdaderamente incomprensible? Pues bien (y es de fe) esto no sería nada, por decirlo así, en comparación del amor *infinito* en que arde el Hijo eterno de Dios por nosotros, por cada uno de nosotros, en su sagrado Corazón, y por consiguiente en el Santísimo Sacramento del altar.

Así, pues, cuando comulgamos tenemos la dicha de recibir en nuestro cuerpo y en nuestra alma al divino Jesús con el tesoro infinito de su Corazón y de

su amor. Entra en nosotros todo abrasado, y ¿qué quiere sino abrasarnos también con el fuego sagrado en que arde? «Fuego vine á poner en la tierra, dice, ¿y qué quiero sino que arda?»¹

Para corresponder más fácilmente á este deseo del Corazón de Jesús, entiéndase que el fuego de que habla, es un fuego que purifica, que ilumina, que santifica, que transforma, que deifica: el fuego de su santo amor.

Es un fuego que *purifica*. Cuando tenemos la dicha de comulgar dignamente, las sagradas llamas del Corazón de Jesús purifican nuestra alma hasta de sus menores manchas. Como el oro en el crisol, nuestra alma se derrite de amor en el Corazón de Jesús, y las mil pajitas imperceptibles que alteraban su pureza son devoradas por el fuego del divino amor. La sagrada Comunión ha sido instituida, dice el Concilio de Trento, «para preservarnos de los pecados mortales, y para librarnos de nuestras faltas cotidianas.»² Estas faltas veniales que se ocultan á la humana fragilidad, lejos de apartarnos de la Comunión frecuente, deben por el contrario excitarnos más á ella, como la enfermedad nos hace desear el médico y el remedio. La sagrada Comunión es el remedio

1 *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?* (*Luc. XII, 49.*)

2 *Ut à peccatis mortalibus præservemur, et à culpis quotidianis liberumur.*

directo que el Médico celestial nos ofrece para purificarnos, para desembarazarnos de nuestros pecados veniales; y en este Sacramento el fuego del amor es el que obra esta saludable purificación.

En segundo lugar, el fuego del Corazón eucarístico de Jesús *ilumina*. En la Eucaristía Jesús es como el sol, que da luz al mismo tiempo que calienta. La Comunión es un foco de amor que ilumina, que fortifica, que aumenta los esplendores de la fe, que disipa en nuestra alma las ilusiones y las tinieblas con que el infierno trata sin cesar de oscurecerla, y que nos hace entrar cada vez más en la admirable luz de Jesucristo,¹ en las espléndidas realidades de la fe. Al comulgar, sobre todo, es cuando debemos decir con toda confianza á Jesús: «Señor, aumentad nuestra fe.»² Y Él nos abrirá con amor los tesoros de luz celestial de que es sol y foco su divino Corazón.

En tercer lugar, el fuego del amor de Dios *santifica*. No sin fundamento el acto de recibir el sacramento de la Eucaristía, es llamado en la Iglesia «la sagrada Comunión, la *santísima* Comunión.» Ella nos santifica, es decir, nos desprende de la tierra uniéndonos más y más al Rey de los cielos. Hace que viva y crezca en nosotros Jesucristo, el Santo de los Santos; y alimenta en nosotros todas las virtudes que

1 *De tenebris vos vocavit in admirabile lumen suum.* (*1, Petr. II, 9.*)

2 *Domine, adauge nobis fidem.* (*Luc. XVIII, 5.*)

constituyen la santidad cristiana. El amor de Jesús en la Eucaristía es el verdadero alimento de los imperfectos que desean alcanzar la perfección, de los pecadores penitentes que resuelven enmendarse y ser fieles siempre más, de los débiles que quieren hacerse fuertes. ¡Oh santísimo Cuerpo! ¡oh santísimo Corazón de mi Dios! haced que reporte de mis Comuniones todos los frutos de santidad que vuestro amor ha depositado ellas.

El fuego del Corazón de Jesús en la santa Comunión es también un fuego que *transforma*. Así como el fuego material transforma el oro, la plata, los metales más duros, y de sólidos los vuelve líquidos, de groseros y ásperos los convierte en sutiles, puros y brillantes; así también el fuego del santo amor de Jesucristo hace que nuestras Comuniones obren insensiblemente en nosotros una transformación maravillosa, como que de mundanos nos hacen cristianos y espirituales; de negligentes, tÍbios y disÍpados que éramos antes de frecuentar el sacramento del Amor, nos transforman poco á poco en hombres recogidos, fervorosos, llenos de celo; cambian nuestros gustos y la dirección de nuestra vida, nos vuelven mansos y humildes de corazón, castos, amantes de nuestros hermanos hasta el sacrificio; en una palabra, concluyen por transformarnos en otros tantos Cristos; y á fuerza de alimentarnos con la Bondad, la Pureza, la Santidad, que no son otra cosa que Jesucristo mis-

mo, nos hacen llegar á ser buenos, puros y santos de un modo sobrenatural.

Finalmente, el fuego del sagrado Corazón de Jesús que abrasa nuestras almas cuando recibimos á Jesucristo en la Comunión, es un fuego que *deifica*. Sí, la gracia y el amor de Dios llegan hasta el punto de hacernos partícipes de su naturaleza divina, como Él mismo lo declara: *Divinae consortes natura.*¹ Y aunque la gracia comienza ya esta deificación en el Bautismo, debe comprenderse, no obstante, que sin la santa Comunión no podría desarrollarse, ni aún subsistir; como la vida que recibimos al nacer no podría desarrollarse ni subsistir sin el alimento que la nutre de continuo.

«Sois dioses é hijos del Excelso,»² nos dice el Señor: ¿es sorprendente que dioses, que hijos de Dios se alimenten con la carne y la sangre del Unigénito de Dios, que reside real y verdaderamente en la Eucaristía bajo las apariencias de pan?

¡Y todos estos prodigios, Salvador mío, no reconocen otra causa que vuestro adorable amor! todos manan de una fuente única, que es vuestro sagrado Corazón, presente y encendido en medio de vuestra celeste humanidad, y contenido juntamente con ella en el gran Sacramento del altar.

¹ II. Petr. 1, 4.

² Ego dixi: Dii estis, et filii Excelsi, (*Psalm. LXXX, 6.*)

¡Oh! haced que me abrase, que se abrasen también todos vuestros sacerdotes, todos vuestros fieles, hombres y mujeres, niños y ancianos, ricos y pobres, todos sin excepción, en vivas ansias de recibirnos en este Sacramento de amor! Hacednos comprender á todos que comulgar es amaros; que comulgar con frecuencia y bien dispuestos es amaros perfectamente.

¡Gloria y amor al Corazón de Jesús en el santísimo Sacramento del altar!

XXV

Que el Espíritu Santo une íntimamente nuestro corazón al Corazón de Jesús

En el misterio de la gracia, Jesucristo, Rey de la Gloria, se digna unirse interior y espiritualmente á nosotros para comunicarnos su vida divina, sus virtudes y su santidad. La gracia es un misterio todo de amor; y como el amor tiende siempre á unir, es un misterio de unión.

Jesús, que nos ama, nos une á sí, no con unión material, grosera é imperfecta, sino toda celestial, espiritual y divina; y esta unión la verifica por el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo. Por parte de su divino Padre, nos da por pura gracia, por pura bondad, ese Espíritu adorable que es el Amor y la *Unión*

en persona. Es muy natural que la unión junte: de manera que la primera cosa que hace en nosotros el Espíritu Santo, cuando se nos da en el Bautismo, es unirnos á Jesús, y por Jesús á Dios Padre. Esta unión de la gracia es una unión toda de amor, pues nace del amor de Dios y de Jesús; la verifica el amor mismo, que es el Espíritu Santo, y tiende soberanamente á hacernos amar con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas á Aquel que se digna amarnos tanto.

Esta unión es espiritual, interior, santificante, sobrenatural, celestial, deificante; es la vida de nuestra alma, el germen del cielo y el principio de la vida eterna.

«Nuestro corazón se encuentra así unido por el Espíritu Santo, Espíritu de amor, al sagrado Corazón de Jesús, que desea verle semejante á sí, es decir, todo celestial, todo divino. ¡Misterio de hermosura! Mi corazón se ve unido al corazón de su Dios; desde este mundo se ve atraído, arraigado, fijo en el cielo en el sagrado Corazón de Jesús, que le comunicará amorosamente la vida de la gracia, como prenda de la vida gloriosa que le prepara en el Paraíso! ¡Qué perpetuas adoraciones no debo yo á este divino Corazón que vive y palpita en el mío! ¡con qué amor no debo agradecer este tesoro de amor!

Mi corazón está unido al Corazón de Jesús como los sarmientos de la viña están unidos á la vid. Gracias á esta unión, la sávia de la vid pasa á los sar-

mientos, les vivifica y comunica sus propiedades. Separado de la vid, el sarmiento muere, no puede dar fruto. Unido á la vid, florece, se cubre de espeso follaje, y produce bellos y deliciosos racimos que el sol dora y hace madurar. El Corazón de Jesús es la vid, y mi pobre corazón el sarmiento. La sávia del Corazón de Jesús es el Espíritu Santo, el Espíritu de gracia y de amor. Del Corazón de Jesús pasa este divino Espíritu á mi corazón, y difunde en todas las potencias de mi alma las mismas disposiciones, los mismos sentimientos que llenan el Corazón de mi divino Maestro. Me comunica su luz, su fuerza, su bondad, su humildad, su dulzura, su paciencia, su pureza, su caridad adorable, su desprendimiento, su amor al sufrimiento, su perfecta santidad. Fecundiza mi corazón; le hace producir mil odorantes flores de buenos pensamientos, de piadosos afectos, de santos deseos; le hace producir frutos abundantes, es decir, toda suerte de buenas obras, de preciosos sacrificios, que el Sol de la Iglesia, el santísimo Sacramento del altar, dora y hace madurar maravillosamente. El misterio de la gracia es, en efecto, inseparable del misterio de la Eucaristía; la vida es inseparable del Pan de vida; el amor llama al Pan de amor. La Comunión hace madurar y consuma los frutos de gracia.

En el fondo de mi corazón debo, pues, buscar el vuestro adorable para unirme á él en el amor, ¡oh mi Salvador Jesucristo! Allí encuentro el reino de Dios, vuestro reino, y á Vos mismo, que reináis en mí

en vuestro Espíritu.¹ ¡Oh qué tesoro! Este es el tesoro de la parábola del Evangelio. Para adquirirlo, para conservarlo venderé todo cuanto poseo, y compraré el campo en que está oculto. Este campo es vuestra gracia; es vuestro dulce y santo amor.

¡Oh Corazón de Jesús! Corazón adorable y adorado, quiero permanecer en Vos todos los días de mi vida y hasta en la vida eterna, en donde me hará entrar vuestra misericordia, no obstante mi indignidad.

¡Bendito sea Jesús de mi corazón! ¡Bendito sea el Corazón de mi Jesús!

XXVI

Admirable ejemplo de la unión del alma fiel
con el sagrado Corazón de Jesús

En el mismo siglo en que la Providencia suscitaba á la bienaventurada Margarita María para la glorificación del sagrado Corazón de Jesús, los misterios de este Corazón adorable eran manifestados á una santa Religiosa carmelita, sor Margarita del Santísimo Sacramento. Esta margarita del Carmelo era una flor no menos preciosa que la del jardín de la Visitación. Extendióse á lo lejos su buen olor, y San

¹ Regnum Dei intra vos est. (*Luc. XVII, 21.*)

mientos, les vivifica y comunica sus propiedades. Separado de la vid, el sarmiento muere, no puede dar fruto. Unido á la vid, florece, se cubre de espeso follaje, y produce bellos y deliciosos racimos que el sol dora y hace madurar. El Corazón de Jesús es la vid, y mi pobre corazón el sarmiento. La sávia del Corazón de Jesús es el Espíritu Santo, el Espíritu de gracia y de amor. Del Corazón de Jesús pasa este divino Espíritu á mi corazón, y difunde en todas las potencias de mi alma las mismas disposiciones, los mismos sentimientos que llenan el Corazón de mi divino Maestro. Me comunica su luz, su fuerza, su bondad, su humildad, su dulzura, su paciencia, su pureza, su caridad adorable, su desprendimiento, su amor al sufrimiento, su perfecta santidad. Fecundiza mi corazón; le hace producir mil odorantes flores de buenos pensamientos, de piadosos afectos, de santos deseos; le hace producir frutos abundantes, es decir, toda suerte de buenas obras, de preciosos sacrificios, que el Sol de la Iglesia, el santísimo Sacramento del altar, dora y hace madurar maravillosamente. El misterio de la gracia es, en efecto, inseparable del misterio de la Eucaristía; la vida es inseparable del Pan de vida; el amor llama al Pan de amor. La Comunión hace madurar y consuma los frutos de gracia.

En el fondo de mi corazón debo, pues, buscar el vuestro adorable para unirme á él en el amor, ¡oh mi Salvador Jesucristo! Allí encuentro el reino de Dios, vuestro reino, y á Vos mismo, que reináis en mí

en vuestro Espíritu.¹ ¡Oh qué tesoro! Este es el tesoro de la parábola del Evangelio. Para adquirirlo, para conservarlo venderé todo cuanto poseo, y compraré el campo en que está oculto. Este campo es vuestra gracia; es vuestro dulce y santo amor.

¡Oh Corazón de Jesús! Corazón adorable y adorado, quiero permanecer en Vos todos los días de mi vida y hasta en la vida eterna, en donde me hará entrar vuestra misericordia, no obstante mi indignidad.

¡Bendito sea Jesús de mi corazón! ¡Bendito sea el Corazón de mi Jesús!

XXVI

Admirable ejemplo de la unión del alma fiel
con el sagrado Corazón de Jesús

En el mismo siglo en que la Providencia suscitaba á la bienaventurada Margarita María para la glorificación del sagrado Corazón de Jesús, los misterios de este Corazón adorable eran manifestados á una santa Religiosa carmelita, sor Margarita del Santísimo Sacramento. Esta margarita del Carmelo era una flor no menos preciosa que la del jardín de la Visitación. Extendióse á lo lejos su buen olor, y San

¹ Regnum Dei intra vos est. (*Luc. XVII, 21.*)

Vicente de Paul y otros santos varones le tenían singular veneración.

Sor Margarita del Santísimo Sacramento recibió de Nuestro Señor una gracia análoga á la de Santa Gertrudis y de la beata Margarita María. Juntaba en un mismo amor el Santísimo Sacramento y el sagrado Corazón, y este amor la absorbía toda.

Entre los numerosos favores sobrenaturales de que estuvo llena la vida de sor Margarita, refiere su historiador que uniéndosele un día Jesús más estrechamente aún que hasta entonces, le abrió su divino Corazón y la ocultó en aquel Santuario. «Mostrósele, dice, su Corazón como una inmensa hoguera de amor, en la cual la encerró de día y de noche por espacio de más de tres semanas. Allí bebió tantas gracias en su fuente misma y llegó á tal grado de santidad, que sus progresos parecieron mayores en un solo día que lo habían sido antes en años enteros.

«Algunas veces este Corazón divino, abrasándola toda como un fuego vivísimo, consumía sus imperfecciones; otras se hallaba sumergida en él como en un abismo de caridad que la abrasaba de tal suerte, que hasta su cuerpo sentía sus ardores: ora el amor de Jesús la arrobaba con tal impetuosidad, que se la veía levantada del suelo, hermosa é inflamada como un Serafín; ora parecía bañada en su arrobamiento como en una fuente de santidad: tan pronto se encontraba en él como sumergida en la inocencia misma; como, en fin, era allí toda embalsamada de pureza.

«Notó en el Corazón de Jesús un doble movimiento de dilatación y de compresión; y Jesús le hizo comprender que su sagrado Corazón se comprimía como para llenarse del divino Espíritu, para amar á su Padre celestial, para ofrecerse á Él en sacrificio, para anonadarse ante su infinita majestad, para entrar en su vida divina, para unirse á todas sus adorables perfecciones y tributarle los debidos homenajes; y que por el contrario se dilataba para difundir su Espíritu en todos sus miembros y comunicar á su Iglesia, que es su Cuerpo, el calor y la vida.

«En este Corazón adorable divisó un océano sin fondo y sin límites, océano de amor á Dios su Padre, una posesión y un goce de su divina bondad, un reposo en su infinita beatitud, una calma y una paz que sobrepujan toda inteligencia, un tesoro incomprendible de todas las virtudes, que brillaban allí con una belleza, una elevación, una extensión y un esplendor tan grandes, tan inefables, que había con que llenar una infinidad de mundos.

«Vió también cómo este divino Corazón, en medio de tantas riquezas y beatitud, había estado anegado en profundos abismos de amarguísimos sufrimientos; que bajo el peso de los pecados de los hombres había estado como quebrantado y reducido á la agonía; y que hubiera sucumbido á ella á no sostenerle la omnipotencia del Verbo increado.

«Esto no obstante, conoció en aquel Corazón benignísimo un transporte de amor tan admirable ha-

cia aquellos que le habían hecho tanto mal, que no se puede expresar; y la fuerza y la generosidad de este amor eran las que le habían causado el sudor de sangre en el huerto de Getsemaní.

«Vió á este adorable Corazón como el palacio sagrado donde habían nacido y se habían nutrido todos los sentimientos del Salvador, todas sus aflicciones, sus deseos, sus alegrías, sus tristezas. Pero entre tantos tesoros de virtud y santidad, sor Margarita fué hecha partícipe principalmente del amor, de la pureza de corazón y de la inocencia.

«La posesión que Jesús tomaba de ella la consumía cada día más, en tal grado que ya apenas tomaba alimento. En el Corazón de Jesús encontraba un suplemento sobrenatural que la sostenía y reparaba sus fuerzas con mayor eficacia que hubiera podido el fruto del árbol de la vida en el paraíso terrenal. Parecía á veces que de este divino Corazón se destilaba en todos sus miembros un licor sagrado y vivificante, ya como un aceite suavísimo, ya como leche purísima, ya como un bálsamo que exhala un olor celestial, ya en fin como un maná delicioso que, no sólo fortificaba su cuerpo, sino que también producía en su alma efectos maravillosos.

«Esta vida enteramente oculta en el sagrado Corazón no era, téngase bien presente, un transporte sensible del cuerpo, sino solo del alma; y esta entrada que Jesús le dió en su Corazón era una amorosa

invención de su misericordia para asociarla más estrechamente á su divina inocencia.»

Tal fué la unión sobrenatural y milagrosa de la venerable sor Margarita del Santísimo Sacramento con el sagrado Corazón del Hijo de Dios. Aunque Jesús no conceda gracias tan extraordinarias á todos los fieles, es sin embargo cierto que todos aquellos que le aman sinceramente y con todo su corazón están verdaderamente unidos á su Corazón en el misterio de la gracia. El mismo espíritu que obra las uniones milagrosas de que nos ofrecen tantos ejemplos las vidas de los Santos, obra en nosotros, cuando somos fieles, una unión muy real, íntima, profunda y enteramente celestial con Nuestro Señor Jesucristo, y muy especialmente con su adorable Corazón.

Contentémonos humildemente con estar unidos á Jesús por medio de este lazo común de la Iglesia, que es el lazo de la fe; y cuando queramos amar ó adorar á Dios, concebir un verdadero dolor de nuestros pecados, cumplir con los deberes de religión que nuestro Padre celestial espera de nuestra fidelidad, volvámonos interiormente al divino Corazón de Jesús; unámonos á él con la oración y el amor; entremos, permanezcamos en él, no formando con él, más que una cosa, orando y adorando con él, amando todo lo que él ama, aborreciendo y rechazando todo lo que él reprueba.

¡Gloria, amor y acciones de gracias al Corazón

bondadosísimo y misericordiosísimo de nuestro Salvador, por todas las gracias y bendiciones que ha derramado y derramará, hasta el fin de los tiempos, en la tierra y en el cielo, en todos los corazones que le aman y que eternamente le amarán!

XXVII

Que Jesús nos da su Corazón para ser nuestro corazón

Nuestro adorable mediador Jesucristo, queriendo tributar á su eterno Padre en todos sus miembros místicos, y en cada uno de ellos en particular, los homenajes de una religión perfecta y verdaderamente digna de Él, se une interiormente á todos los cristianos, y les da su Corazón. Sí, nos da este grande é inefable Corazón, á fin de que por él y con él podamos cumplir con todos los deberes que tenemos para con Dios, y satisfacer á todas nuestras obligaciones para con su divina Majestad.

Cinco son los grandes deberes á que estamos obligados para con Dios: 1º adorarle en sus infinitas grandezas; 2º darle gracias por los beneficios que hemos recibido y recibimos continuamente de su bondad; 3º satisfacer á su santísima justicia por nuestros innumerables pecados y negligencias; 4º amarle en retorno de de su amor incompresible; 5º, en fin, rogarle con humildad y confianza para obtener de su

soberana liberalidad todo lo que necesitamos, tanto para el alma como para el cuerpo.

Pero ¿cómo cumplir con todos estos deberes de una manera digna de Dios? Esto no lo podemos nosotros; pues solamente lo infinito es digno de lo infinito y lo divino de lo divino. Aun cuando tuviéramos á nuestra disposición todos los entendimientos, todos los corazones y todas las fuerzas de todos los Ángeles y de todos los hombres, y los empleáramos en adorar, dar gracias y amar al Señor, sería esto todavía muy poco, habida consideración á su santidad y bondad infinitas.

Mas ved aquí un medio, un medio infinitamente infinito para llenar enteramente todos estos deberes: este medio es el Corazón mismo de Jesús, que se nos da para que usemos de él como de nuestro propio corazón, para adorar á Dios tanto cuanto es adorable, para amarle tanto cuanto merece ser amado, y para cumplir con Él todos los deberes de la religión más perfecta, de una manera enteramente digna de su Majestad suprema.

Gracias eternas os sean dadas ¡oh mi querido Salvador Jesús! por el don infinitamente precioso de vuestro Corazón. Ayúdenme á bendeciros los Ángeles y la Reina de los Ángeles. ¡Oh! ¡cuán ricos somos! ¡qué tesoros poseemos!

El Corazón de Jesús hecho *nuestro* corazón, nos hace entrar en la participación del amor eterno con que el Padre ama al Hijo, y el Hijo ama á su Padre.

El Padre nos ama como ama á Jesús;¹ y á su vez Jesús nos ama con el mismo amor que le une á su divino Padre.² Y así en Vos, en vuestro Corazón, oh Jesús, somos también nosotros *consumados en uno*,³ como Vos y vuestro Padre sois consumados en uno por el amor y en el amor, por el Espíritu Santo y en el Espíritu Santo. ¡Oh qué abismos de divina ternura!

Además de lo dicho, encuentro en el Corazón de mi Dios el medio de amar perfectísimamente todo lo que debo amar fuera de Dios, pero según Dios: desde luego y ante todo á la Santísima Virgen, á quien no puedo amar dignamente sino con la ayuda del Corazón de su divino Hijo; y después á todos mis hermanos del cielo y de la tierra. Leemos en los sagrados Libros que los primeros cristianos no tenían más que «un corazón y una alma»⁴ y este corazón único era el Corazón de Jesús hecho su corazón; era la reunión de sus corazones santos, puros, penitentes, caritativos, mansos y humildes en el sagrado Corazón de Jesús, que era así su único foco de amor y su celeste lugar de reunión. Para ellos era lo que es el centro de una esfera donde convergen, para no formar más que un solo punto, todos los ródios que de la superficie van á juntarse al centro.

1 Dilexisti eos sicut et me dilexisti. (*Joan. XVII, 23.*)

2 Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. (*Ibid. XV, 9.*)

3 Consummati in unum. (*Ibid. XVII, 23.*)

4 Cor unum, et anima una. (*Act. IV, 32.*)

Yo también, pobre ródio de la grande esfera de la Iglesia, me lanzo hacia Vos, á Vos me entrego y en Vos quiero permanecer siempre, Corazón adorable y adorado de mi Dios! En Vos encuentro con que amar superabundantemente todo lo que debo amar, en el cielo y en la tierra, en el tiempo como en la eternidad; en Vos estoy seguro de amar santamente, de amar perfectamente, y también de ser amado como debo ser amado, ni más ni menos.

Mas ¿qué he de hacer para permanecer así prácticamente en el Corazón de Jesús? ¿de qué manera, en lo que me concierne, mi pobre corazón y ese Corazón divino no formarán más que un solo corazón? Me aplicaré á dos cosas: primera, en las circunstancias diversas de mi vida, de mis deberes, de mis obras cotidianas, me esforzaré en renunciar á mí mismo, *abneget semelipsum*; en renunciar á las inclinaciones, no solamente culpables, sino también bajas y naturales de mi propio corazón, que desde el pecado original está instintivamente desviado de la verdad y del bien é inclinado al mal. Segunda, tendré gran cuidado de vivir en unión habitual é interior con Jesús, para dejar á su sagrado Corazón que viva, quiera, ame, sufra y se dilate en mi corazón, con mi corazón, y, por decirlo así, en lugar de mi corazón.

¡Oh Corazón todo amor de mi Salvador! seáis de hoy más hasta mi último suspiro el verdadero corazón de mi corazón, el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, la vida de mi vida; el único motor de to-

das mis potencias, de todos mis pensamientos, palabras y acciones.

¡Oh Jesús, amor de mi corazón! yo no quiero otro libro que vuestro Corazón divino.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XXVIII

Que el adorable Corazón de Jesús es nuestro refugio
y nuestro oráculo

Nuestro buen Salvador nos ha dado su Corazón, no solamente para que fuera objeto de nuestros homenajes, de nuestra adoración y de nuestro amor; sino también para que fuera nuestro refugio y nuestro oráculo.

El Corazón de Jesús es nuestro *refugio*. Gran necesidad tenemos de un refugio en este miserable mundo, en que todo son tempestades, borrascas, peligros, guerra á muerte. El mundo, es decir, el conjunto de criaturas que de una manera ú otra entran en la gran rebelión de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia, semeja un mar embravecido á través del cual nos es forzoso navegar, y contra el cual debemos luchar para llegar al puerto de la eterna bienaventuranza. La barquilla de nuestra alma está á todas horas expuesta á naufragar. ¡Ay! ¡cuántas navecillas, después de haber resistido el choque de las olas, concluyen por zozobrar y hundirse!

Pues bien, en medio de esta tempestad la miseri-

cordia divina nos ha proporcionado un refugio, un puerto de salvación: tal es el sagrado Corazón de Jesús. Este Corazón santísimo y pacífico nos pone al abrigo de las olas y de las tempestades; en él encontramos una calma celestial que toda su furia no puede turbar; en él gustamos castas delicias sin la menor amargura; una alegría que ninguna tristeza puede alterar; una luz sin oscuridad; una dulzura suavísima; una serenidad sin nubes. Este Corazón es el principio de todo bien; el santuario divino del Espíritu Santo, la fuente primera de todas las alegrías y de toda la bienaventuranza del Paraíso.

Refugiémonos, pues, en este puerto de salvación y de gracia, al cual nos guía amorosamente la Estrella del mar, es decir, la santísima é inmaculada Virgen María. Recurramos al Corazón de Jesús en todas nuestras dificultades, en todas nuestras cosas. Allí encontraremos «la paz de Dios que sobrepuja todo sentido, la paz de Jesucristo que dilata y regocija los corazones;»¹ allí consuelo en nuestras tristezas, fortaleza en nuestras pruebas, fidelidad y perseverancia en el bien en nuestras tentaciones; allí la santificación de nuestras alegrías. Pongámonos en él á cubierto contra la maldad de los hombres, contra los asaltos de nuestras pasiones, contra las celadas del infierno. Ocultémonos, abriguémonos en este

1 Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum . . . Pax Christi exultet in cordibus vestris. (*Philip. IV, 7; Colos. III, 15.*)

das mis potencias, de todos mis pensamientos, palabras y acciones.

¡Oh Jesús, amor de mi corazón! yo no quiero otro libro que vuestro Corazón divino.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XXVIII

Que el adorable Corazón de Jesús es nuestro refugio
y nuestro oráculo

Nuestro buen Salvador nos ha dado su Corazón, no solamente para que fuera objeto de nuestros homenajes, de nuestra adoración y de nuestro amor; sino también para que fuera nuestro refugio y nuestro oráculo.

El Corazón de Jesús es nuestro *refugio*. Gran necesidad tenemos de un refugio en este miserable mundo, en que todo son tempestades, borrascas, peligros, guerra á muerte. El mundo, es decir, el conjunto de criaturas que de una manera ú otra entran en la gran rebelión de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia, semeja un mar embravecido á través del cual nos es forzoso navegar, y contra el cual debemos luchar para llegar al puerto de la eterna bienaventuranza. La barquilla de nuestra alma está á todas horas expuesta á naufragar. ¡Ay! ¡cuántas navecillas, después de haber resistido el choque de las olas, concluyen por zozobrar y hundirse!

Pues bien, en medio de esta tempestad la miseri-

cordia divina nos ha proporcionado un refugio, un puerto de salvación: tal es el sagrado Corazón de Jesús. Este Corazón santísimo y pacífico nos pone al abrigo de las olas y de las tempestades; en él encontramos una calma celestial que toda su furia no puede turbar; en él gustamos castas delicias sin la menor amargura; una alegría que ninguna tristeza puede alterar; una luz sin oscuridad; una dulzura suavísima; una serenidad sin nubes. Este Corazón es el principio de todo bien; el santuario divino del Espíritu Santo, la fuente primera de todas las alegrías y de toda la bienaventuranza del Paraíso.

Refugiémonos, pues, en este puerto de salvación y de gracia, al cual nos guía amorosamente la Estrella del mar, es decir, la santísima é inmaculada Virgen María. Recurramos al Corazón de Jesús en todas nuestras dificultades, en todas nuestras cosas. Allí encontraremos «la paz de Dios que sobrepuja todo sentido, la paz de Jesucristo que dilata y regocija los corazones;»¹ allí consuelo en nuestras tristezas, fortaleza en nuestras pruebas, fidelidad y perseverancia en el bien en nuestras tentaciones; allí la santificación de nuestras alegrías. Pongámonos en él á cubierto contra la maldad de los hombres, contra los asaltos de nuestras pasiones, contra las celadas del infierno. Ocultémonos, abriguémonos en este

1 Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum . . . Pax Christi exultet in cordibus vestris. (*Philip. IV, 7; Colos. III, 15.*)

sagrado refugio, donde la misma justicia divina pierde sus derechos y se transforma en misericordia.

El Corazón de Jesús es también nuestro *oráculo*. En el tabernáculo de Moisés había sobre el arca de la alianza, entre los dos Querubines que la cubrían con sus alas, una grande tabla de oro puro maravillosamente pulimentada y brillante, que se llamaba el Oráculo ó el Propiciatorio. Allí reposaba «la gloria del Señor,» es decir, el Verbo, la palabra de Dios; desde allí hablaba el Señor á Moisés, manifestándole su voluntad, iluminándole, sosteniéndole, consolándole en sus dificultades de todos los días.

Este *oráculo* del antiguo templo era el símbolo profético de Jesucristo, y en particular de su santísimo y divinísimo Corazón. Nuestro «oráculo,» el oráculo de los cristianos, no es una plancha de oro fría é insensible, sino más bien la humanidad viviente, el Corazón vivo y todo celestial del Hijo de Dios, de ese mismo Verbo que hablaba antiguamente en el *Sancta Sanctorum* del Tabernáculo. En la Ley de gracia todo vive, todo es «espíritu y vida.»¹

¡Oh Jesús, verdadero Santo de los Santos, qué «oráculo» presentais á vuestros fieles! Vuestro sagrado Corazón, este es nuestro Oráculo, nuestro Propiciatorio. El del antiguo Israel no estaba más que en un lugar; el nuestro está en todo lugar donde estais

¹ Verba, quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt. (Joan. VI, 64.)

Vos; está en cada una de nuestras iglesias, en cada hostia consagrada; llena todo el mundo. Mas aún; cada uno de nosotros, cuando os es fiel, puede tocarlo en el fondo de su propio corazón con las poderosas manos de la fe y del amor; puede llegar hasta él en el cielo por medio de la oración; puede no separarse jamás de él por la unión y la vida de la gracia, por el recogimiento habitual, por la pureza de corazón y por la adoración.

El Oráculo de Israel duró sólo un tiempo limitado; el nuestro durará una eternidad. En el Oráculo del templo, el Verbo divino hablaba á Moisés por el ministerio de los Ángeles;¹ pero Vos, Jesús mío, Vos en persona desde el fondo mismo de vuestro Corazón, os dignais hablarnos cara á cara y corazón á corazón, como un amigo á su amigo.

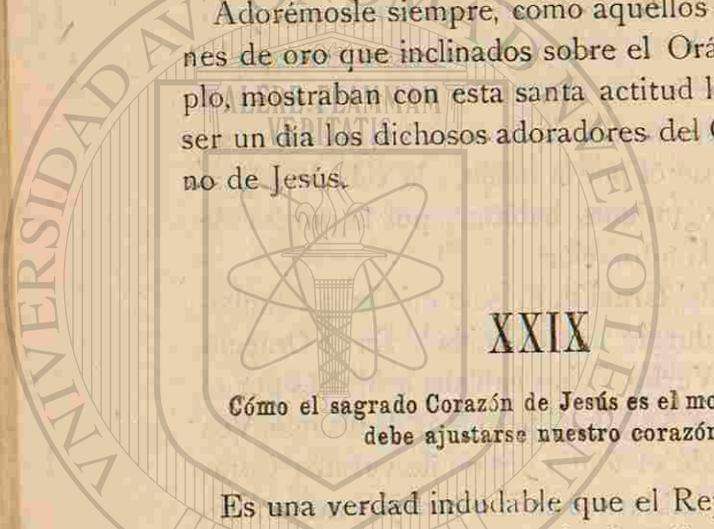
Desde allí, por medio de las secretas inspiraciones de su gracia, nuestro buen Dios ilumina y dirige nuestra conciencia, nos hace conocer su voluntad, sosiega nuestros temores y consuela nuestras tristezas, cuando recurrimos á él con humildad y confianza.

Recurramos, pues, en toda ocasión al Corazón adorable de Jesús; implorémosle, consultémosle. Celebremos, si somos sacerdotes; hagamos celebrar, si no lo somos, la santa misa en honor suyo; comulgue-

¹ Lex... ordinata per Angelos in manu Mediatoris. (Galat. III, 19.)

mos con esta misma intención, y sentiremos infaliblemente los efectos de su bondad.

Adorémosle siempre, como aquellos dos querubines de oro que inclinados sobre el Oráculo del templo, mostraban con esta santa actitud lo que debían ser un día los dichosos adoradores del Corazón divino de Jesús.



XXIX

Cómo el sagrado Corazón de Jesús es el modelo al cual debe ajustarse nuestro corazón

Es una verdad indudable que el Rey de la gloria, Jesucristo, nos ama tan misericordiosamente, que cada uno de nosotros puede decir con toda seguridad: «El Corazón de mi Jesús es mío; yo poseo el Corazón de mi Salvador.»

Sí, ese vivo tesoro de amor es mío. Mío, porque su Padre eterno me lo ha dado; mío, porque la santísima Virgen, su Madre, me lo ha dado; mío, porque el Espíritu Santo me lo ha dado y me une íntimamente á él en el inefable misterio de la gracia; mío, en fin, porque el mismo Salvador me lo ha dado mil y mil veces.

Me lo ha dado, no sólo para que sea mi refugio y mi oráculo, sino también el modelo y la regla de mi vida y de mis acciones. Este modelo santísimo quie-

ro cotemplar y estudiar continuamente para imitarle con fidelidad.

Ahora bien, ¿qué encuentro en el Corazón adorable de Jesucristo? Es de suma importancia que lo sepa claramente para que pueda amar lo que él ama y detestar lo que él detesta. Hé aquí lo que acerca de esto me enseñan el Evangelio, la Iglesia y los Santos.

El Corazón de Jesús nunca ha aborrecido ni rechazado sino el mal, es decir, el pecado en todas sus formas. ¿Tuvo el menor odio á sus perseguidores y verdugos? De ningún modo; al contrario, excusóles ante su Padre celestial en el momento mismo de su horrible deicidio: «Padre mío, perdónalos, pues no saben lo que hacen.»¹ Esta es la regla que debo seguir en adelante, oh mi buen Maestro. Como Vos y con Vos no quiero aborrecer sino el pecado; por amor vuestro amaré á los que me aborrecen, les perdonaré con todo mi corazón, y les devolveré siempre bien por mal.

El Corazón de Jesús ha detestado con toda la energía de su divina santidad á los fariseos, á los hipócritas, á los enemigos de la verdad y á los seductores de las almas. Con él y como él detestará á los impíos y á los blasfemos, á los enemigos de la fe, de la Iglesia y de la Santa Sede; amaré sus almas, y

¹ Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. (*Luc. XXIII, 34.*)

rogaré por su conversión; pero mientras permanezcan en su maldad «les odiaré con odio perfecto;»¹ les detestaré y combatiré como Jesucristo les combate y detesta. ¿No es, en efecto, en el Corazón de Jesús tan vivo el santo horror al mal y á los que lo hacen, como el santo amor al bien y á los que lo practican? Obrar de otro modo no sería caridad, sino debilidad, cobarde complacencia.

Siendo el divino Corazón mi modelo, debo, según el precepto de San Pablo, «tener en mi corazón todos los sentimientos que llenan el de Jesús.»² Sin esto no tendría su Espíritu, ni sería de Él.»³

¿Cuáles son estos sentimientos?

Son en primer lugar los sentimientos de inefable amor que Jesús tiene á su Padre y á la santísima voluntad de su Padre. Tiene tanto amor á esta divino voluntad, que nunca, durante su vida, hizo su voluntad propia, aun cuando era impecable, sino única y amorosamente la voluntad de su Padre celestial. «Yo hago siempre, decía, lo que agrada á mi Padre; y mi comida es hacer la voluntad de Aquél que me envió.»⁴

1 Odio perfecto oderam illos. (*Psalm. CXXXVIII, 22.*)

2 Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu. (*Philip. II, 5.*)

3 Si quis Spiritum Christi non habet, hic non est ejus. (*Rom. VIII, 9.*)

4 Quæ placita sunt ei, facio semper Meus cibus

Es, en segundo lugar, el sentimiento de horror y abominación, de que acabamos de hablar, relativamente al pecado, y que le hizo preferir toda suerte de humillaciones y sufrimientos antes que dejarle reinar en el mundo. Combatido á todo trance por Jesucristo y sus fieles, aun cuando el pecado triunfe momentáneamente, está vencido de antemano, se aproxima el día en que será completamente extirpado de la tierra. A ejemplo de Nuestro Señor y con el socorro de su gracia, en adelante lo sufriré todo antes que cometer voluntariamente un solo pecado, ni aun venial.

En tercer lugar, son los sentimientos de amor que tiene á la cruz y á los sufrimientos. Su sagrado Corazón ha sido, por decirlo así, más crucificado aun, que su carne: el Corazón de Jesús crucificado es lo más profundo de las profundidades de la cruz. Además, Jesús ama tanto los sufrimientos, que el Espíritu Santo, hablando del día de su Pasión, le llama «el día de la alegría del Corazón de Jesús.»¹ No ama los sufrimientos y las humillaciones en sí mismas, pues son un mal; sino que las ama, las busca y las soporta con alegría á causa de los efectos divinos que producen. Así quiero, Jesús mío, amar la cruz por vuestro amor.

est ut faciam voluntatem ejus qui misit me. (*Joan. VIII, 29; IV, 34.*)

1 In die letitiæ cordis ejus. (*Cant. III, 11.*)

Son además los sentimientos de amor que tiene á su amadísima Madre, á la cual ama, como tengo dicho, más que á todos sus Ángeles y Santos juntos.

Son también los sentimientos de caridad, de bondad y de compasión que tiene para con nosotros, y de una manera muy especial para con los pequeños y humildes, los niños, los desgraciados, los pobres y los afligidos.

Por último, lo que la fe me descubre en el Corazón adorable de Jesús, es un profundo sentimiento de desprecio y odio, á la corrupción, á las vanidades y locuras del mundo. Es tanto lo que detesta al mundo, es decir á los hombres que se unen á Satanás contra Dios, que le maldice formalmente: «¡Ay del mundo á causa de los escándalos!»¹ Declara que el mundo es para Él, como un excomulgado! «No ruego por el mundo.»² Dice á sus Discípulos que «no son del mundo, así como Él tampoco es del mundo.»³ Y esto es muy natural. ¿Qué es, en efecto, el mundo sino un compuesto satánico de orgullo y de vanidad, de concupiscencia y de curiosidad, de impureza y de sensualismo?⁴

1 Vae mundo à scandalis! (*Matth.* XVIII, 7.)

2 Non pro mundo rogo. (*Joan.* XVII, 9.)

3 De mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo. (*Ibid.* XVI.)

4 Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ. (*I Joan.* II, 16.)

Tales son los sentimientos de que está lleno el Corazón de Jesús; sentimientos que Él quiere y yo debo querer también que llenen mi corazón. ¡Dios mío, Dios mío! concededme la gracia de comprender bien estas reglas de verdad y de santidad en que se resume vuestra ley; haced que las medite sin cesar y que las practique siempre. ¡Oh Salvador mío! vuestro Corazón es mi regla por excelencia; y cuanto más me conforme á ella, más reposarán en mí la paz y misericordia de Dios.¹

XXX

De la inefable dulzura y mansedumbre del Corazón de Jesús

¿Quién no se acuerda de las palabras verdaderamente celestiales que salieron un día de los labios, ó más bien, del divino Corazón de Jesús, cuando en un raptó de amor exclamó: «Gracias os doy, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque escondisteis vuestros secretos á los sabios y prudentes, y los revelásteis á los pequeños. ¡Sí, Padre mío! Vos lo habéis querido así Venid á mí todos los que padecéis y estais cargados, y yo os aliviaré. Tomad

1 Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. (*Galat.* VI, 16.)

Son además los sentimientos de amor que tiene á su amadísima Madre, á la cual ama, como tengo dicho, más que á todos sus Ángeles y Santos juntos.

Son también los sentimientos de caridad, de bondad y de compasión que tiene para con nosotros, y de una manera muy especial para con los pequeños y humildes, los niños, los desgraciados, los pobres y los afligidos.

Por último, lo que la fe me descubre en el Corazón adorable de Jesús, es un profundo sentimiento de desprecio y odio, á la corrupción, á las vanidades y locuras del mundo. Es tanto lo que detesta al mundo, es decir á los hombres que se unen á Satanás contra Dios, que le maldice formalmente: «¡Ay del mundo á causa de los escándalos!»¹ Declara que el mundo es para Él, como un excomulgado! «No ruego por el mundo.»² Dice á sus Discípulos que «no son del mundo, así como Él tampoco es del mundo.»³ Y esto es muy natural. ¿Qué es, en efecto, el mundo sino un compuesto satánico de orgullo y de vanidad, de concupiscencia y de curiosidad, de impureza y de sensualismo?⁴

1 Vae mundo à scandalis! (*Matth.* XVIII, 7.)

2 Non pro mundo rogo. (*Joan.* XVII, 9.)

3 De mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo. (*Ibid.* XVI.)

4 Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ. (*I Joan.* II, 16.)

Tales son los sentimientos de que está lleno el Corazón de Jesús; sentimientos que Él quiere y yo debo querer también que llenen mi corazón. ¡Dios mío, Dios mío! concededme la gracia de comprender bien estas reglas de verdad y de santidad en que se resume vuestra ley; haced que las medite sin cesar y que las practique siempre. ¡Oh Salvador mío! vuestro Corazón es mi regla por excelencia; y cuanto más me conforme á ella, más reposarán en mí la paz y misericordia de Dios.¹

XXX

De la inefable dulzura y mansedumbre del Corazón de Jesús

¿Quién no se acuerda de las palabras verdaderamente celestiales que salieron un día de los labios, ó más bien, del divino Corazón de Jesús, cuando en un raptó de amor exclamó: «Gracias os doy, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque escondisteis vuestros secretos á los sabios y prudentes, y los revelásteis á los pequeños. ¡Sí, Padre mío! Vos lo habéis querido así Venid á mí todos los que padecéis y estais cargados, y yo os aliviaré. Tomad

1 Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. (*Galat.* VI, 16.)

mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»¹

¡Qué lenguaje! En dos palabras nos revela todo el secreto de la predestinación, de la verdadera santidad, del verdadero consuelo y de la más pura felicidad. ¿De qué modo? Revelándonos las dos principales cualidades del Corazón de Jesús: la *dulzura* y la *humildad*.

Para comprender este doble secreto, es preciso ser sencillo de entendimiento, sencillo de corazón. Para alcanzar esa paz divina y bienaventurada, es preciso ir á buscarla á su fuente, al Corazón de Jesús, de donde brotan la dulzura y la humildad.

¿Qué es la dulzura? La dulzura de Jesús, que debe ser nuestra dulzura, es un estado lleno de fuerza y de suavidad, que constituye al alma en un profundo y tranquilo amor á Dios; en una caridad del todo apacible y benévola hacia el prójimo, principalmente

¹ Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.... Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve. (*Matth.* XI, 25-30.)

en medio de las contradicciones; y, en fin, en una paz purísima y profundísima consigo mismo.

La dulzura es la perfección de la bondad, de la misericordia y de la caridad. Es un aceite delicioso que destila del Corazón entreabierto de Jesús, y que viene á introducirse en todas las potencias de nuestra alma, mezclándose á nuestros pensamientos, nuestros juicios, nuestras palabras, nuestros afectos, nuestras obras diarias, grandes y pequeñas, para derramar en ellas no sé qué paz celestial, qué suavidad de amor, qué fuerza tranquila, gozosa y santificante.

Nada tan fuerte como la mansedumbre de Jesús en nuestro corazón: de todo triunfa, y domina en los corazones. «Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra.»¹ «La tierra,» es decir, lo que no es el cielo, lo que es malo ó imperfecto, las voluntades rebeldes, en las que no reina Jesús. ¿Y qué medio hay para hacerle reinar en ellas? ¿Qué medio para hacerle reinar la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, *sicut in cœlo et in terra*? El mismo Salvador nos lo indica: es la dulzura de su sagrado Corazón.

La dulzura es la fuerza por excelencia. Todo movimiento de cólera es una debilidad. Cuanto más dulce sea uno, cuanto más verdadera y santamente

¹ Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram. (*Matth.* V, 4.)

manso de corazón, de espíritu, de tono, de lenguaje, tanto más fuerte será. La mansedumbre es la grande arma de los cristianos en medio de sus tribulaciones y de las contradicciones del mundo, temple nuestras alegrías conservándonos en la atmósfera de la paz y de la santidad, y preservándonos de la disipación; temple y santifica nuestra indignación en presencia del mal y de los malos, guardándonos de toda amargura, de toda pasión, de todo sentimiento humano y desordenado; y en fin endulza nuestras lágrimas, ya de sí tan amargas.

La mansedumbre nos eleva y mantiene en la atmósfera sobrehumana de esa paz de Dios, de la que dice San Pablo «que domina toda emoción, guardando nuestras inteligencias y nuestros corazones en Jesucristo.»¹ Es profunda, es á la vez grave y alegre, poderosa y tranquila, como el azul del cielo.

Esta encantadora y suave dulzura que emanaba del Corazón de Jesús, como la luz y el calor emanan del sol, impregnaba todos los pensamientos del Salvador, todas sus palabras y acciones. Hasta cuando se indignaba contra los fariseos, conservaba siempre este carácter celestial de paz y de dulzura. Nuestra indignación, aún en los casos que es más legítima, toma frecuentemente un celo duro y amargo. No así

¹ Pax Dei, quæ superat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu. (*Philip. IV, 7.*)

la indignación de Jesús, porque partía de su Corazón divino, modelo de mansedumbre.

¡Oh dulzura del Corazón del Niño Jesús, que no responde sino con lágrimas y bendiciones á la ingratitud de Belén y á las persecuciones de Herodes!

¡Oh dulzura del Corazón de Jesús en Nazaret, que en la humillación del trabajo y en las privaciones de la pobreza santifica incesantemente á María y José, es la admiración de los Ángeles, y á todos nos da ejemplo de verdadera santidad!

¡Oh dulzura del Corazón de Jesús, que le hizo soportar durante tres años y medio la tosquedad de sus Apóstoles y Discípulos, que nada todavía comprendían de su doctrina, y á quienes debía mil veces explicárselo y repetírselo todo, y que aún después parecían no comprenderlo mejor que antes! ¡Sublime dulzura que le hizo soportar al traidor y sacrilego Judas! «Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?»¹ Dulzura que no le dejó un momento en su santa Pasión! Seguidle á presencia de Caifás, de Pilatos, de Herodes, de los verdugos, de los blasfemos del Calvario y de los ladrones que le insultan, y de sus labios no oiréis palabra alguna que no respire mansedumbre, paz, bondad! «Padre mio, perdónalos, pues no saben lo que hacen,» tal es el grito de su Corazón; y este grito fué tan dulce y pe-

¹ Amice, ad quid venisti? . . . Osculo Filium hominis tradis? (*Matth. XXVI, 50; Luc. XXII, 48.*)

netrante, que convirtió á uno de los dos malhechores crucificados á sus lados.

¡Santa mansedumbre del Corazón de mi Jesús! ¡ahl en adelante reinad en mí como soberana durante toda mi vida; transformadme, cambiadme. Como aceite en el mecanismo de una pesada cerradura, vuestra dulzura, Jesús mansísimo, suavizará las asperezas de mi carácter; os hará reinar sobre mis primeros impulsos; os hará dueño de mi voluntad y de mis sentimientos; imprimirá su sello y vuestra celestial imagen hasta en mi rostro, en mi fisonomía y en todo mi exterior.

Entonces, y solamente entonces, me reconoceréis, oh santísima Virgen, por vuestro verdadero hijo, y veréis en mí á vuestro querido Jesús, caritativo, benévolo, manso y humilde de corazón.

XXXI

De la profundísima humildad del Corazón de Jesús

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» Jesús no es solamente «manso de corazón, *mitis corde,*» es también «humilde de corazón, *humilis corde;*» tan perfectamente humilde como manso.

Podemos comprender la perfección de esta santa humildad considerando, primero, el anonadamiento de su Corazón en presencia de la grandeza y santi-

dad infinitas de Dios; luego sus sentimientos con relación á los honores y gloria del mundo; y por último, sus sentimientos con relación á las humillaciones, ultrajes y desprecios.

La santa humanidad del Hijo de Dios no ha perdido jamás de vista la majestad infinita de Dios que le daba la existencia y la vida, de la cual dependía totalmente y sin la cual nada era ni tenía. Esta clara visión de su nada como criatura, y del todo de Dios su Creador, á quien estaba hipostáticamente unida, la conservaba en una humildad incomparable. La humildad, en efecto, consiste ante todo en reconocer con alegría que Dios lo es todo en nosotros y fuera de nosotros, y que de nosotros mismos nada tenemos, nada somos, ni siquiera somos. «Yo soy El que es, y tú eres la que no es,» decía un día Jesús á santa Catalina de Sena. Esta verdad es la base de la adoración.

No lo olvidó jamás el Corazón santo de Jesús. Estaba delante de Dios como el que no es, y de aquí aquella sumisión absoluta, universal; aquella adoración incesante, aquellas alabanzas, aquella total entrega, aquellos deberes inefables de una Religión perfectísima. Además, como á pesar de su inocencia infinita el Salvador había tomado sobre sí todos los pecados de los hombres,¹ á fin de alcanzarles el perdón de ellos y expiarlos. Él mismo, se veía siempre,

¹ Peccata nostra sua esse voluit. (S. Aug.)

ante la justicia de Dios, como súbdito del pecado, como pecador universal: «Hizose por nosotros, dice San Pablo, objeto de maldición.»¹ Lo que es el pecado ante Dios, era Jesús á sus propios ojos. Aunque era Hijo de Dios, «no tenía en sí mismo ninguna complacencia.»² Siempre anonadado en su Corazón, primero ante la majestad y luego ante la santidad de Dios, era tan perfectamente humilde como perfectamente santo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón.»

¡Oh Jesús, qué ejemplo y qué lección! ¿Y me atreveré, yo pecador, yo miserable, á abandonarme todavía á las ilusiones de la vana complacencia! ¡Oh! no, jamás, mi divino Dueño! Como Vos, con Vos y por Vos quiero «permanecer en la verdad;» y no me dejaré seducir por el padre del orgullo, que «no supo permanecer en la verdad, *in veritate non stetit.*»³ Con vuestra gracia no olvidaré jamás que por mi mismo nada soy sino un miserable pecador; y el grito de mi corazón será en adelante el del publicano del Evangelio: «¡Señor, tened piedad de mí, pobre pecador!»⁴

El segundo signo y á la vez el segundo efecto de la humildad profundísima del Corazón de Jesús, es

1 Christus factus pro nobis maledictum. (*Galat.* III, 13.)

2 Christus non sibi placuit. (*Rom.* XI, 3.)

3 Joan. VIII, 44.

4 Deus, propitius esto mihi peccatori. (*Luc.* XVIII, 13.)

su absoluta aversión á la estima y á la gloria del mundo. Érale, sin duda, debida la gloria, porque es Dios en unidad del Padre y del Espíritu Santo; y cuando á su segunda venida se presente al mundo con toda la majestad de su gloria, los Ángeles y los hombres le adorarán con el rostro en tierra. Sí, pero en su primera venida vino á matar el orgullo que perdió al hombre; y reservando para más tarde la esplendorosa manifestación de su divinidad, nos muestra únicamente en su vida mortal lo que es el hombre pecador, lo que debe hacer, lo que debe querer, lo que debe evitar para «mantenerse en la verdad.»

Por esto, dando á Dios lo que sólo á Dios pertenece, el honor, la estimación, la soberanía, la majestad de la gloria y de las alabanzas, su santa humanidad rehusó todo esto como indebido á la nada y al pecador. Si alguna vez, como en el Tabor, el domingo de Ramos y después de sus principales milagros, tolera en torno de su persona cierto esplendor, no es por sí, sino por nosotros, para fortificar nuestra fe; y en ese esplendor reluce con mayor brillo su caritativa humildad.

¿Qué vienen á ser ante Jesús, tan humilde de corazón, mis miserables pretensiones á la estimación y á las alabanzas, mi sed de vanagloria y de triunfo, mis aspiraciones á brillar y ser aplaudido, mis ambiciosos deseos y todo ese absurdo cortejo de ilusiones y de vanidades, hijas todas del orgullo? Jesús manso y humilde, enseñadme la humildad, y apartad

mi pobre corazón de las perversas inclinaciones que le arrastran á la vanagloria.

Finalmente, la humildad del sagrado Corazón de Jesús se nos manifiesta por el amor que la justicia y la verdad le inspiraban al silencio, á la vida oscura, á los desprecios, á los ultrajes y todas las humillaciones que brillan en torno de su pesebre y de su cruz.

Recordad las humillaciones de todo género que nuestro adorabilísimo Salvador quiso sufrir: en su Encarnación, cuando su infinita grandeza se rebajó hasta tomar la forma de un pobre niño, de un humilde esclavo, encerrado en el seno de su criatura, y recibiendo de ella la vida; en su nacimiento, en medio de la pobreza y de la miseria; en toda su infancia, perseguido, desterrado y despreciado por los hombres; en su adolescencia y en aquella larga oscuridad de Nazaret, pasadas en un grosero trabajo y en el más humilde silencio; en su vida pública, en su penitencia en el desierto, en sus ayunos, en sus predicaciones, objeto siempre de las calumnias y persecuciones de los judíos; y finalmente, en su dolorosa Pasión, en la que fué atormentado por los demonios y por los hombres, abofeteado, escupido, tratado como un blasfemo y como un loco, escarnecido por todo su pueblo, condenado á muerte y clavado en cruz como el peor de los malhechores. ¡Qué humillaciones, qué profundo anonadamiento! ¡Y era Dios!

Su adorable Corazón las aceptó con gozo, porque

eran debidas al pecador universal, al pecador de los pecadores. Mis pecados merecían todos esos golpes; y Él llevaba todos mis pecados.

¡Y qué de abatimientos, oh Jesús, en vuestro sepulcro, donde ya no érais más que un cadáver; en vuestra Eucaristía, donde velando vuestros eternos esplendores bajo las especies sacramentales, tanto os anonadais por mí y os exponéis á todos los sacrilegios y ultrajes que hace diez y ocho siglos han manchado vuestro tabernáculo; en vuestra Iglesia, tan desconocida; en vuestros Mártires y en vuestros miembros odiados y perseguidos! Pues bien, tantas humillaciones Jesús ha querido sufrirlas todas, las ha amado todas.

¡Y yo, pecador, yo las temo como el fuego, y huyo de ellas con todas las fuerzas de mi amor propio y de mi ceguedad! ¡Cuán diferente es mi corazón del Corazón de mi divino Maestro, abismado voluntaria y gozosamente en las ignominias que reparaban el deshonor que á su Padre harían mis pecados; que me libraban de las eternas confusiones del infierno; que me merecían las glorias del Paraíso; que eran remedio divino y omnipotente de mi detestable orgullo, principio de todos mis pecados; que me traían del cielo la santa humildad, fundamento de todas las virtudes.

Corazón de Jesús, modelo y origen de la humildad, os adoro, os amo y me consagro á Vos para siempre. Humildísima y dulcísima Virgen María

alcanzadme del sagrado Corazón de vuestro divino Hijo la gracia de las gracias, que es la santa humildad.

Cuán misericordioso se ha mostrado el Corazón de Jesús con los pobres y los pequeñuelos

Con la humildad y la mansedumbre, brillan sobre todo en el Corazón de Jesús la misericordia, la ternura, la compasión y la bondad. Y esta misericordia se ha extendido principalmente sobre los niños y los desgraciados.

¡Cuán tierno espectáculo ofrece el Hijo de Dios humillándose con tanto amor hasta á los niños! Su inocencia, sencillez y candor enajenaban su divino Corazón, y le atraían con encanto irresistible. ¡Ah! es que la inocente sencillez del niño no es en el fondo sino una humildad purísima, inconsciente de sí misma; como la inocencia del niño no es sino una pureza perfecta que se ignora á sí misma y se dilata en la alegría. Jesús amaba sobre todo esta humildad y esta inocencia.

Queriendo un día dar á sus Apóstoles una lección de humildad perfecta, llamó á un niño, le colocó en medio de ellos, abrazóle con divina ternura, y les dijo: «En verdad os digo, que si no os volvéis y ha-

céis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á uno de esos niños en nombre mío, á mí me acoge. Mas quien escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en lo profundo del mar.»¹

En otra ocasión, «como le presentasen unos niños para que les impusiera las manos, sus Discípulos reñían á los que venían á presentárselos. Viendo esto Jesús lo llevó á mal, y les dijo: «Dejad que vengan á mí los niños, y no se lo impidais, porque de ellos es el reino de Dios.» Y abrazándoles é imponiéndoles las manos, les bendecía.»² Así amaba el

1 Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. (Matth. XVIII, 2-6.)

2 Et offerebant illi parvulos ut tangeret illos. Discipuli autem comminabantur offerentibus. Quos cum videret Jesus, indigne tulit, et ait illis: Sinite parvulos venire ad me, et ne prohibueritis eos; talium est enim regnum Dei. . . . Et complexans eos, et imponens manus super illos, benedicebat eos. (Marc. X, 13-17.)

alcanzadme del sagrado Corazón de vuestro divino Hijo la gracia de las gracias, que es la santa humildad.

Cuán misericordioso se ha mostrado el Corazón de Jesús con los pobres y los pequeñuelos

Con la humildad y la mansedumbre, brillan sobre todo en el Corazón de Jesús la misericordia, la ternura, la compasión y la bondad. Y esta misericordia se ha extendido principalmente sobre los niños y los desgraciados.

¡Cuán tierno espectáculo ofrece el Hijo de Dios humillándose con tanto amor hasta á los niños! Su inocencia, sencillez y candor enajenaban su divino Corazón, y le atraían con encanto irresistible. ¡Ah! es que la inocente sencillez del niño no es en el fondo sino una humildad purísima, inconsciente de sí misma; como la inocencia del niño no es sino una pureza perfecta que se ignora á sí misma y se dilata en la alegría. Jesús amaba sobre todo esta humildad y esta inocencia.

Queriendo un día dar á sus Apóstoles una lección de humildad perfecta, llamó á un niño, le colocó en medio de ellos, abrazóle con divina ternura, y les dijo: «En verdad os digo, que si no os volvéis y ha-

céis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á uno de esos niños en nombre mío, á mí me acoge. Mas quien escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en lo profundo del mar.»¹

En otra ocasión, «como le presentasen unos niños para que les impusiera las manos, sus Discípulos reñían á los que venían á presentárselos. Viendo esto Jesús lo llevó á mal, y les dijo: «Dejad que vengan á mí los niños, y no se lo impidais, porque de ellos es el reino de Dios.» Y abrazándoles é imponiéndoles las manos, les bendecía.»² Así amaba el

1 Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. (Matth. XVIII, 2-6.)

2 Et offerebant illi parvulos ut tangeret illos. Discipuli autem comminabantur offerentibus. Quos cum videret Jesus, indigne tulit, et ait illis: Sinite parvulos venire ad me, et ne prohibueritis eos; talium est enim regnum Dei. . . . Et complexans eos, et imponens manus super illos, benedicebat eos. (Marc. X, 13-17.)

Hijo de Dios á los niños, les colmaba de sus santas caricias, y se complacía en su humilde compañía.

Si, el Corazón de Jesús estaba lleno de dulzura, de benignidad y de ternura para con los niños. Lo que en ellos amaba debemos nosotros amarlo como Él y con Él; y la infancia, que Él ama y bendice, debe ser, para todo buen cristiano, objeto de religioso respeto. El santo amor á los niños es uno de los más dulces tesoros del Corazón de Jesús y una de las señales del Espíritu de Jesucristo. Todos los Santos los han amado.

Nuestro Señor hizo objeto especial de su misericordia y ternura todo lo que era pequeño y despreciable para el mundo. Amó especialmente á los pobres, á los afligidos, á los débiles, á los enfermos, á los desgraciados; en una palabra, á todos los que sufren; y quiere que nosotros les amemos como Él y por amor de Él; que, compadeciéndonos de sus trabajos, les hagamos bien. Su divino Corazón, que se ha hecho corazón nuestro, rebosa por ellos de caridad tan ardiente como tierna, tan fuerte como dulce; y no seríamos de Jesucristo, si fuésemos duros con los pobres y rechazásemos á los que Él ama.

¡Oh mi buen Salvador! si, quiero parecerme á Vos en vuestra tierna misericordia con los niños y los desgraciados. El mundo les desdena como á Vos, y precisamente por esto yo, discípulo vuestro, que no soy del mundo, quiero amarles como á Vos, y hacerlos bien en su persona. «Todo lo que habéis hecho

al menor de estos pequeños, á mí me lo hicisteis,»¹ nos decís en vuestro santo Evangelio. ¡Qué regla tan admirable! ¡Qué luz para saber cuál debe ser mi conducta para con los niños, los huérfanos, los desamparados, los que sufren; con todos aquellos que recurren á mí en sus penas! ¡Infeliz de mí si mi corazón no es para ellos lo que el bondadosísimo Corazón de Jesús! ¡Infeliz si maltrato á mi Dios, ó simplemente le contristo por mi culpa, en la persona del menor de estos pequeñuelos!

¡Oh Corazón adorable, manantial de bondad! dignaos llenar mi corazón de vuestra bondad y ternura, como lo habéis hecho en el corazón de vuestros Santos.

XXXIII

Que el immaculado Corazón de María forma una sola cosa con el adorabilísimo Corazón de Jesús

Por el *Corazón* de María debe entenderse tanto el Corazón material de su cuerpo, como el Corazón espiritual de su alma, y lo que podríamos llamar su Corazón divino, es decir, el Amor eterno y substancial, el Espíritu Santo, del que la bienaventurada Virgen estuvo total y divinamente llena.

¹ Amen dico vobis, quoadiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. (*Matth.* XXV, 40.)

Bajo este triple punto de vista, el Corazón inmaculado de María es todo de Jesús, y tiene relaciones tan íntimas é indisolubles con el Corazón del Hijo de Dios, que esta unión les consume á los dos en una especie de unidad; *consummati in unum*.

El Corazón material de Jesús viene todo entero del Corazón virginal de su Madre, la cual sola ha proporcionado al Verbo encarnado la substancia de su humanidad, y por consiguiente la substancia del más noble y principal órgano de esta humanidad adorable, que es su Corazón. La fe nos enseña que cuando el Padre celestial engendró en el tiempo, en el seno de la Virgen, á Aquél á quien engendra eternamente en los cielos, el Espíritu Santo, Espíritu de amor y de unión, obró este inefable misterio de la Encarnación del Verbo tomando la más pura flor de la sangre inmaculada de María para formar de ella el cuerpo adorable de Jesús. Ahora bien; todos saben que la sangre y el corazón forman una sola cosa en el cuerpo humano: el corazón es el principio, el origen de la sangre; la difunde por todos los miembros para vivificarlos; y la sangre vuelve á él fielmente como á su primer principio, para ser nuevamente difundida por el cuerpo. El Corazón divino del Niño Jesús fué, pues, formado todo de la substancia misma y de la sola substancia de la Virgen su Madre: si es obra del Espíritu Santo, es igualmente obra de María; y pertenece todo á su Madre lo mismo que á su divino Padre. Si San Agustín dijo y pudo decir:

«La carne de Cristo es la carne de María, *caro Christi, caro Mariae*,» con no menos verdad se puede decir: No por efecto de una confusión, sino en virtud de una íntima unión, el Corazón de Jesús es el Corazón de María, y el Corazón de María es el Corazón de Jesús.

El Corazón espiritual de María y el sagrado Corazón de Jesús no hacen igualmente más que un corazón á consecuencia de una indisoluble unión de espíritu, de voluntad, de sentimientos y de afectos. Si se ha dicho de los primeros cristianos que no tenían «más que un corazón y una alma, *cor unum et anima una*,»¹ ¿con cuánta más razón se puede y debe decir del Hijo único de María y de esta su santísima Madre?

Si San Bernardo ha podido decir que, siendo Jesús su cabeza, el Corazón de Jesús es su corazón, y que así «no tiene verdaderamente más que un corazón con Jesús: *ego vere cum Jesu cor unum habeo*;»² ¿con cuánta más verdad no puede decir la inmaculada Virgen María: «El Corazón de mi Cabeza y de mi Hijo es mi corazón, y no tengo con Él más que un mismo corazón?»

Por esto dijo un día á su querida hija y sierva Santa Brígida: «Sábetes que he amado á mi Hijo tan ar-

1 Act. IV, 32.

2 Ex tract. *De Passione Domine*, super istud Joannis: *Ego sum vitis vera*, III.

dientemente, y que Él me ha amado tan ciertamente, que Él y yo éramos como un sólo corazón; *quasi cor unum ambo fuimus.*

«Mi Hijo, añadió, era verdaderamente para mí como mi corazón; cuando Él sufría, era como si mi Corazón sufriese sus penas y tormentos. Su dolor era mi dolor, y su Corazón era mi Corazón.»

Esto mismo enseñó por su parte Nuestro Señor á la misma Santa Brígida, cuando apareciéndosele un día y conversando familiarmente con ella, le dijo: «Yo que soy Dios é Hijo de Dios desde toda eternidad, me hice hombre en el seno de la Virgen, cuyo Corazón era como mi Corazón; y por esto mi Madre y Yo hemos obrado la salvación del hombre, por decirlo así con un mismo Corazón, *quasi cum uno corde.*»

Así, pues, el Corazón de la santísima Virgen y su alma inmaculada, impecable, perfectamente santa, humilde, dulce y obediente, formaba una sola cosa con el Corazón y el alma de su adorable Hijo.

Finalmente, debe decirse con precisión todavía más absoluta, que el Corazón divino y eterno de Jesús, que es el Espíritu de amor y el Amor mismo, era verdaderamente el Corazón divino de María y el principio único de su vida, de sus pensamientos, de sus afectos y de todos sus movimientos.

El Espíritu Santo, que es en nosotros el Espíritu de Jesucristo, *Spiritus Christi*,¹ lo era con plenitud

¹ Rom. VIII, 9.

en el alma de la santísima Virgen, y la unía de una manera tan perfecta y divina á Jesús, y por Jesús al Padre celestial, que esta unión, que es la gracia, la alegría y la corona de la Madre de Dios, constituye un misterio insondable en cuyas santas profundidades sólo Dios puede penetrar, y en el cual veía San Buenaventura «algo infinito.»

Así, pues, el Corazón de María y el Corazón de Jesús son uno solo en el Espíritu Santo. ¡Oh! sean también uno solo en nuestro amor y en nuestros homenajes!

Sí, Jesús es el corazón y la vida de su bienaventurada Madre; y le comunica su vida divina con tal sobreabundancia, que es hasta imposible comparar esta vida de Jesús en María á la vida de Jesús en sus mayores Santos y en sus Ángeles más encumbrados. «Vivo yo, exclamaba San Pablo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí.»¹

«Vivo yo, nos dice desde lo alto del cielo la Reina de los Ángeles y de los Santos, la Madre de la vida, la celestial Madre de Dios; vivo yo, mas ya no soy yo, es Jesús, es mi Hijo, mi Señor y mi Salvador quien vive en mí. Vive en mi alma, en mi cuerpo, en todas las potencias de mi alma y en todos los sentidos de mi cuerpo.»

Jesús está enteramente vivo en María, es decir, todo lo que es comunicable en Jesús, vive en María: ®

¹ Galat. II, 20.

su Corazón vive en su Corazón, su alma en su alma, su espíritu en su espíritu.

«Lo que Dios ha unido no lo desuna el hombre,» dice Nuestro Señor.¹ Habiendo Dios, en su plan divino, unido íntimamente á Jesús y María, el Corazón del Hijo y el Corazón de la Madre, no los separe nadie en su propio corazón. Al adorar al Corazón de Jesús, veneremos y bendigamos el Corazón de María; y al tributar ese culto de *hyperdulia*, es decir, de *super-veneración* al immaculado Corazón de la Madre de Dios, tributemos al sacratísimo Corazón de su Hijo el culto de *latría*, es decir, de adoración propiamente dicha, que le deben el cielo y la tierra. En el cielo continuaremos eternamente este doble culto en unión de los Ángeles y Bienaventurados. ¡Qué dicha será bendecir allí á Jesús y María, contemplarles cara á cara, sentir nuestro corazón junto á su Corazón y embriagarnos de su santo amor.

¡Oh Corazón sacratísimo de Jesús! tened piedad de nosotros! *Cor Jesu sacratissimum, miserere nobis!*

¡Oh Corazón immaculado de María, rogad por nosotros! *Cor Marice immaculatum, ora pro nobis!*

¹ Quod Deus conjunxit, homo non separet. (*Matth. XIX, v. 6.*)

LETANIA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS

Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.	
Christe, eleison.	Cristo, tened piedad de nosotros.	
Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.	
Jesu, audi nos.	Jesús, oidnos.	
Jesu, exaudi nos.	Jesús, atendednos.	
Pater de coelis Deus, miserere nobis.	Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.	
Fili Redemptor mundi Deus,	Dios Hijo, Redentor del mundo,	} TENED PIEDAD DE NOSOTROS.
Spiritus Sancte Deus,	Dios Espíritu Santo,	
Sancta Trinitas unus Deus,	Santa Trinidad que sois un solo Dios,	
Cor Jesu, Verbo Dei substantialiter unitum,	Corazón de Jesús, unido substancialmente al Verbo de Dios,	
Cor Jesu, Divinitatis sanctuarium,	Corazón de Jesús, Santuario de la Divinidad,	
Cor Jesu, sanctae Trinitatis templum,	Corazón de Jesús, templo de la Santísima Trinidad,	
Cor Jesu, sapientiae abyssus,	Corazón de Jesús, abismo de sabiduría,	
Cor Jesu, bonitatis oceanus,	Corazón de Jesús, océano de bondad,	
Cor Jesu, misericordiae thronus,	Corazón de Jesús, trono de misericordia,	

su Corazón vive en su Corazón, su alma en su alma, su espíritu en su espíritu.

«Lo que Dios ha unido no lo desuna el hombre,» dice Nuestro Señor.¹ Habiendo Dios, en su plan divino, unido íntimamente á Jesús y María, el Corazón del Hijo y el Corazón de la Madre, no los separe nadie en su propio corazón. Al adorar al Corazón de Jesús, veneremos y bendigamos el Corazón de María; y al tributar ese culto de *hyperdulia*, es decir, de *super-veneración* al immaculado Corazón de la Madre de Dios, tributemos al sacratísimo Corazón de su Hijo el culto de *latría*, es decir, de adoración propiamente dicha, que le deben el cielo y la tierra. En el cielo continuaremos eternamente este doble culto en unión de los Ángeles y Bienaventurados. ¡Qué dicha será bendecir allí á Jesús y María, contemplarles cara á cara, sentir nuestro corazón junto á su Corazón y embriagarnos de su santo amor.

¡Oh Corazón sacratísimo de Jesús! tened piedad de nosotros! *Cor Jesu sacratissimum, miserere nobis!*

¡Oh Corazón immaculado de María, rogad por nosotros! *Cor Marice immaculatum, ora pro nobis!*

¹ Quod Deus conjunxit, homo non separet. (*Matth. XIX, v. 6.*)

LETANIA

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS

Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.	
Christe, eleison.	Cristo, tened piedad de nosotros.	
Kyrie, eleison.	Señor, tened piedad de nosotros.	
Jesu, audi nos.	Jesús, oidnos.	
Jesu, exaudi nos.	Jesús, atendednos.	
Pater de coelis Deus, miserere nobis.	Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.	
Fili Redemptor mundi Deus,	Dios Hijo, Redentor del mundo,	} TENED PIEDAD DE NOSOTROS.
Spiritus Sancte Deus,	Dios Espíritu Santo,	
Sancta Trinitas unus Deus,	Santa Trinidad que sois un solo Dios,	
Cor Jesu, Verbo Dei substantialiter unitum,	Corazón de Jesús, unido substancialmente al Verbo de Dios,	
Cor Jesu, Divinitatis sanctuarium,	Corazón de Jesús, Santuario de la Divinidad,	
Cor Jesu, sanctae Trinitatis templum,	Corazón de Jesús, templo de la Santísima Trinidad,	
Cor Jesu, sapientiae abyssus,	Corazón de Jesús, abismo de sabiduría,	
Cor Jesu, bonitatis oceanus,	Corazón de Jesús, océano de bondad,	
Cor Jesu, misericordiae thronus,	Corazón de Jesús, trono de misericordia,	

Cor Jesu, thesaurus nunquam deficiens,
 Cor Jesu, de cujus plenitudine omnes nos accepimus,
 Cor Jesu, pax et reconciliatio nostra,
 Cor Jesu, virtutum omnium exemplar,
 Cor Jesu, infinite amans et infinite amandum,
 Cor Jesu, fons aquae salientis in vitam aeternam,
 Cor Jesu, in quo sibi Pater bene complacuit,
 Cor Jesu, propitiatio pro peccatis nostris,
 Cor Jesu, propter nos amaritudinem repletum,
 Cor Jesu, usque ad mortem in horto tristissimum,
 Cor Jesu, opprobriis saturatum,
 Cor Jesu, amore vulneratum,
 Cor Jesu, lancea perforatum,
 Cor Jesu, in cruce sanguine exhaustum,
 Cor Jesu, attritum propter scelera nostra,

Corazón de Jesús, tesoro inagotable,
 Corazón de Jesús, cuya plenitud se derrama sobre nosotros,
 Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra,
 Corazón de Jesús, modelo de todas las virtudes,
 Corazón de Jesús, infinitamente amable é infinitamente digno de ser amado,
 Corazón de Jesús, fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna,
 Corazón de Jesús, objeto de las complacencias del Padre celestial,
 Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados,
 Corazón de Jesús, lleno de amargura por causa de nosotros,
 Corazón de Jesús, triste hasta la muerte en el huerto de Getsemaní,
 Corazón de Jesús, saciado de oprobios,
 Corazón de Jesús, herido de amor,
 Corazón de Jesús, atravesado de una lanzada,
 Corazón de Jesús, desangrado en la cruz,
 Corazón de Jesús, rasgado de dolor por causa de nuestros pecados,

MISERERE NOBIS.

TENED PIEDAD DE NOSOTROS.

Cor Jesu, etiam nunc ab ingratissimis hominibus in sanctissimo amoris Sacramento dilaceratum,
 Cor Jesu, refugium peccatorum,
 Cor Jesu, fortitudo debili-um,
 Cor Jesu, consolatio afflictorum,
 Cor Jesu, perseverantia justorum,
 Cor Jesu, cordis nostri gaudium.
 Cor Jesu, cordis nostri paradisus,
 Cor Jesu, vita cordis nostri.
 Cor Jesu, Rex cordis nostri,
 Cor Jesu, salus in te sperantium,
 Cor Jesu, spes in te morientium,
 Cor Jesu, cultorum tuorum dulce praesidium,
 Cor Jesu, deliciae Sanctorum omnium,
 Cor Jesu, adjutor noster in tribulationibus quae invenerunt nos nimis,
 Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, parce nobis, Jesu.

MISERERE NOBIS.

Corazón de Jesús, ultrajado todos los días por hombres ingratos en el Santísimo Sacramento de vuestro amor,
 Corazón de Jesús, refugio de los pecadores,
 Corazón de Jesús, fortaleza de los débiles,
 Corazón de Jesús consuelo de los afligidos,
 Corazón de Jesús, perseverancia de los justos,
 Corazón de Jesús, alegría de nuestros corazones,
 Corazón de Jesús, paraíso de nuestros corazones,
 Corazón de Jesús, vida de nuestros corazones,
 Corazón de Jesús, Rey de nuestros corazones,
 Corazón de Jesús, salud de los que en Vos esperan,
 Corazón de Jesús, esperanza de los que en Vos mueren,
 Corazón de Jesús, dulce apoyo de vuestros adoradores,
 Corazón de Jesús, delicia de todos los Santos,
 Corazón de Jesús, nuestra ayuda en los grandes males que han caído sobre nosotros,
 Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, perdónanos, oh Jesús.

TENED PIEDAD DE NOSOTROS.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, exaudi nos, Jesu.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.

Christe, audi nos.

Christe, exaudi nos.

V. Jesu, mitis et humilis corde,

R. Fac cor nostrum secundum Cor tuum.

OREMUS

Omnipotens sempiterna Deus, respice in Cor dilectissimi Filii tui, et in laudes et satisfactiones quas in nomine peccatorum tibi persolvit, atque misericordiam tuam petentibus tu veniam concede placatus in nomine ejusdem Jesu Christi Filii tui, qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus, per omnia saecula saeculorum. Amen.

Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, escuchadnos, oh Jesús.

Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo, tened misericordia de nosotros, oh Jesús.

Cristo, oidnos.

Cristo, escuchadnos.

V. Jesús, manso y humilde de corazón.

R. Haced nuestro corazón semejante al vuestro.

ORACION.

Omnipotente y eterno Dios, poned los ojos en el Corazón de vuestro amadísimo Hijo, ved las satisfacciones que os ofrece en nombre de los pecadores, escuchad las alabanzas que os tributa por ellos, dignaos apaciguaros por sus divinos homenajes, perdonadnos nuestros pecados, y usad de misericordia con nosotros, en nombre del mismo Jesucristo, vuestro Hijo, que con Vos vive y reina juntamente con el Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.

LETANIA

DEL

SANTO CORAZON DE MARIA

Kyrie, eleison.

Christe, eleison.

Kyrie, eleison.

Christe, audi nos.

Christe, exaudi nos.

Pater de caelis Deus, miserere nobis.

Fili Redemptor mundi Deus, miserere nobis.

Spiritus Sancte Deus, miserere nobis.

Sancta Trinitas unus Deus, miserere nobis.

Cor Jesu sacratissimum, miserere nobis.

Cor Mariæ sanctissimum, ora pro nobis.

Cor Mariæ, gaudium Patris æterni, ora pro nobis.

Cor Mariæ, deliciae Filii Dei, ora pro nobis.

Señor, tened piedad de nosotros.

Cristo, tened piedad de nosotros.

Señor, tened piedad de nosotros.

Cristo, oidnos.

Cristo, atendednos.

Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.

Dios Hijo, Redentor del mundo, tened piedad de nosotros.

Dios Espíritu Santo, tened piedad de nosotros.

Santísima Trinidad, que sois un solo Dios, tened piedad de nosotros.

Corazón de Jesús, sacratísimo, tened piedad de nosotros.

Corazón de María santísimo, rogad por nosotros.

Corazón de María, gozo del Padre eterno, rogad por nosotros.

Corazón de María, delicias del Hijo de Dios, rogad por nosotros.

Cor Mariæ, organum Spiritus Sancti,

Cor Mariæ, sanctuarium divinæ Trinitatis,

Cor Mariæ, arca Testamenti,

Cor Mariæ, ab origini immaculatum,

Cor Mariæ, forma innocentiae,

Cor Mariæ, paradus mansuetudinis,

Cor Mariæ, abyssus humilitatis,

Cor Mariæ, templum pacis,

Cor Mariæ, thronus gloriae,

Cor Mariæ, gratia plenum,

Cor Mariæ, holocaustum divini amoris,

Cor Mariæ, inter omnia corda benedictum,

Cor Mariæ, hortus florum caelestium,

Cor Mariæ, reclinatorium aureum veri Salomonis,

Cor Mariæ, clavis caelestis Thesauri,

Cor Mariæ, Christo crucifixo cruci confixum,

Corazón de María, órgano del Espíritu Santo,

Corazón de María, santuario de la Trinidad divina,

Corazón de María, arca de la alianza,

Corazón de María, preservado de la mancha del pecado original,

Corazón de María, tipo de la inocencia,

Corazón de María, paraíso de dulzura,

Corazón de María, abismo de humildad,

Corazón de María, templo de la paz,

Corazón de María, trono brillante de gloria,

Corazón de María, lleno de gracia,

Corazón de María, holocausto perfecto de amor divino,

Corazón de María bendito entre todos los corazones,

Corazón de María, jardín de las flores del cielo,

Corazón de María, trono de oro del verdadero Salomón,

Corazón de María, llave del tesoro celestial,

Corazón de María, clavado con Jesús en la cruz,

ORA PRO NOBIS.

ROGAD POR NOSOTROS.

Cor Mariæ, opus Excelsi,

Cor Mariæ, refugium peccatorum,

Cor Mariæ, consolatio afflictorum,

Cor Mariæ, fons perennis benedictionum,

Cor Mariæ, spes et lætitia cordis nostri,

Cor Mariæ, sedes misericordiae,

Cor Mariæ, unitum Cordi Christi,

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, parce nobis, Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, exaudi nos, Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.

V. Maria immaculata, mitis et humilis corde,

R. Fac cor meum secundum Cor Jesu.

OREMUS.

Clementissime Deus, qui ad peccatorum salutem et miserorum perugium Cor immaculatum beatæ Mariæ Virginis divino Cordi Filii tui Jesu Christi, charitate et misericor-

Corazón de María, obra maestra del Altísimo,

Corazón de María, refugio de pecadores,

Corazón de María, consuelo de los afligidos,

Corazón de María, fuente perenne de bendiciones,

Corazón de María, esperanza y alegría de nuestros corazones,

Corazón de María, asiento de la misericordia,

Corazón de María, unido al Corazón de Jesús,

Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, perdónanos,

Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, escuchadnos,

Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, tened misericordia de nosotros,

V. María immaculada; tierna y humilde de corazón,

R. Haced mi corazón semejante al Corazón de Jesús.

ORACION.

Dios de bondad, que llenasteis el santo immaculado Corazón de María de sentimientos de misericordia y de ternura para nosotros, y quisisteis que fuese semejante en dichos

ORA PRO NOBIS.

ROGAD POR NOSOTROS.

dia simillimum esse voluisti; concede ut qui hujus dulcissimi et amantissimi Cordis memoriam agimus, ejusdem beatæ Virginis meritis et intercessionem secundum Cor Jesu inveniri mereamur. Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus per omnia sæcula sæculorum. Amen.

sentimientos al Corazón de vuestro divino Hijo, conceded á los que honran ese corazón virginal que conserven hasta la muerte una perfecta conformidad de inclinaciones con el Corazón sagrado de Jesucristo que vive y reina con Vos y con el Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.

ACTO DE DESAGRAVIO AL CORAZON DE JESUS

¡Oh Corazón amantísimo de Jesús! penetrado del más vivo dolor á vista de las ofensas que habéis recibido y recibis aún todos los días en el Sacramento del altar, me postro en vuestra presencia para desagraviaros de ellas. ¡Ojalá pudiera, con mi veneración y respeto, reparar cumplidamente vuestro honor menospreciado! ¡Ojalá me fuese dado borrar con mi sangre tantas irreverencias, tantas profanaciones, tantos sacrilegios como se cometen contra Vos! ¡Cuán bien empleada estaría mi vida si lograrse darla por tan digno motivo! ¡Otorgadme, Dios mío, el perdón que imploro para los impíos que os blasfeman; para los infieles que os desconocen; para los herejes y

cismáticos que os deshonran; para tantos católicos ingratos que profanan el misterio de vuestro amor; y finalmente para mí, que con tanta frecuencia os he injuriado! Trocad mi corazón delincuente; dadme un corazón contrito y humillado; un corazón puro y sin mancha; un corazón consagrado á vuestra gloria, y víctima de vuestro amor. Por mi parte os prometo reparar en adelante tantas irreverencias y sacrilegios con mi modestia en el templo, con mi solicitud en visitaros, con mi devoción en recibirlos. Señor, concededme esta gracia, aumentando mi amor hacia Vos. Amen.

ACTO DE CONSAGRACION AL CORAZON DE JESUS

Oh Jesús mío, postrado en vuestro acatamiento me entrego á vuestro divino Corazón, en agradecimiento de todos los beneficios que habéis dispensado á los hombres, y particularmente de la inestimable merced que nos habéis hecho quedándoos en el Santísimo Sacramento. Quiero dedicarme á dilatar la gloria de este Corazón adorable, á fin de reparar en cuanto dependa de mí los ultrajes que os han hecho y os harán los pecadores hasta el fin del mundo. Os amo, Jesús mío, por todos los que no os aman. Os

conozco por todos los que no quieren conoceros. Os adoro por todos los que no os adoran. Os alabo, bendigo, honro y glorifico por todos los que os desprecian.

Aceptad, oh Corazón sagrado, todos mis pensamientos, mis deseos, mi voluntad, mi memoria, mi libertad y toda mi vida. No puedo ofreceros más: ¡ojalá fuese yo dueño de los corazones de todos los hombres para poder presentároslos en homenaje! Oh Señor, todos los instantes de mi vida os pertenecen, y todas mis acciones son vuestras; no permitais haya en ellas ninguna cosa que les haga indignas de vuestro adorable Corazón. Oh Jesús mío, reinad en mí como soberano dueño, y haced que encuentre en vuestro sagrado Corazón, modelo perfecto de santidad, mi fuerza, mi consuelo y esperanza. Amen.

DIÁLOGO

ENTRE JESUS Y EL ALMA DEVOTA¹

Jesucristo. Ábreme tu corazón, hija mía, esposa mía amada.

El alma. ¿Es á mí á quién os dignais dirigir estas palabras, oh Dios mío? No soy más que un abismo de miserias, y os dignais llamarme esposa vuestra amada: yo no me atrevía á levantar los ojos á vuestro Corazón tan puro y tan santo, y en cuanto me presento á Vos me prodigais los más insignes favores. Soy bastante feliz para atraer sobre mí vuestras miradas. ¡Qué gloria y qué dicha, oh Dios mío! ¿Es posible que no desechéis á una criatura tan culpable como yo? ¡Ah! puesto que os dignais sufrirme en vuestra presencia, puesto que hasta me mandais que os ofrezca mi Corazón, obedezco: mi corazón está abierto para Vos. Lejos de mí, vanas criaturas; dejadme conversar con mi Dios y beber en su Corazón el verdadero amor.

¹ Mensajero del sagrado Corazón de Jesús, tomo XVII.—
Barcelona, Viuda é hijos de J. Subirana, calle de la Puerta-
ferrisa, número 16.

conozco por todos los que no quieren conoceros. Os adoro por todos los que no os adoran. Os alabo, bendigo, honro y glorifico por todos los que os desprecian.

Aceptad, oh Corazón sagrado, todos mis pensamientos, mis deseos, mi voluntad, mi memoria, mi libertad y toda mi vida. No puedo ofreceros más: ¡ojalá fuese yo dueño de los corazones de todos los hombres para poder presentároslos en homenaje! Oh Señor, todos los instantes de mi vida os pertenecen, y todas mis acciones son vuestras; no permitais haya en ellas ninguna cosa que les haga indignas de vuestro adorable Corazón. Oh Jesús mío, reinad en mí como soberano dueño, y haced que encuentre en vuestro sagrado Corazón, modelo perfecto de santidad, mi fuerza, mi consuelo y esperanza. Amen.

DIÁLOGO

ENTRE JESUS Y EL ALMA DEVOTA¹

Jesucristo. Ábreme tu corazón, hija mía, esposa mía amada.

El alma. ¿Es á mí á quién os dignais dirigir estas palabras, oh Dios mío? No soy más que un abismo de miserias, y os dignais llamarme esposa vuestra amada: yo no me atrevía á levantar los ojos á vuestro Corazón tan puro y tan santo, y en cuanto me presento á Vos me prodigais los más insignes favores. Soy bastante feliz para atraer sobre mí vuestras miradas. ¡Qué gloria y qué dicha, oh Dios mío! ¿Es posible que no desechéis á una criatura tan culpable como yo? ¡Ah! puesto que os dignais sufrirme en vuestra presencia, puesto que hasta me mandais que os ofrezca mi Corazón, obedezco: mi corazón está abierto para Vos. Lejos de mí, vanas criaturas; dejadme conversar con mi Dios y beber en su Corazón el verdadero amor.

¹ Mensajero del sagrado Corazón de Jesús, tomo XVII.—
Barcelona, Viuda é hijos de J. Subirana, calle de la Puerta-
ferrisa, número 16.

Jesucristo. Heriste mi Corazón, hija mía querida; heriste mi Corazón.

El alma. ¿Cómo puede ser, oh mi Dios, que vuestro amor os haya hecho tomar un corazón semejante al mío?..... Lo comprendo. Vos habéis tomado ese Corazón para sentir todas mis miserias; habéis permitido que fuese atravesado en la cruz delante de todo el mundo á fin de que nadie ignorase el exceso de vuestra ternura. Hasta en el cielo ostentais aquella gloriosa llaga: jamás se cerrará la cicatriz de vuestro Corazón; ella será siempre la señal triunfante de vuestro amor. ¡Oh divino Corazón! herid el mío; haced en él una llaga tan profunda que se abra todo á Vos: heridle con el mismo hierro que atravesó el vuestro, á fin de que manen de él las aguas de una sincera penitencia. Mas ¡ay! esta criminal os ha abierto una infinidad de llagas dolorosas por su ingratitud y su infidelidad. Yo he herido vuestro Corazón con mi dureza, y lo he atravesado abriendo el mío al criminal afecto de las criaturas. ¡Oh Esposo celestial! arrancad de mi corazón esta vergonzosa flecha, y atravesadlo con la de vuestro amor.

Jesucristo. No partas ya más tu corazón con otros objetos; dámelo todo entero; yo lo quiero.

El alma. ¿Hasta donde os humillais, oh Señor? ¡Cómo! ¿no os desdenais de pedir el corazón de la que no se ha avergonzado de rehusároslo á Vos para dárselo al pecado? ¡Cuánta ternura por vuestra parte! Mas, ¿qué es, oh Dios mío, en la actualidad

ese corazón que me pedís? ¡Ay de mí! estando como está lleno de manchas, ¿cómo podréis sufrirlo Vos que sois la santidad misma? ¡Ah! Dios mío, ¡cuántos desórdenes siento en este corazón miserable! ¡cuánto amor propio, cuánto apego á mi voluntad! ¡qué inclinaciones hacia la tierra, qué disgusto por las cosas del cielo, qué de tibieza en vuestro servicio, qué de delicadeza para este cuerpo que debe perecer! Mas ya, Señor, que os dignais pedírmelo, yo os lo ofrezco, oh Jesús, único objeto de mi ternura. Recibidme; pues, en vuestro Corazón sagrado para que sea toda vuestra. Echadme en ese horno ardiente, para ser completamente consumida en vuestro amor. Hacedme comprender cuánto debo amaros; concededme la dicha de gozar siempre de vuestra presencia, pues no deseo más que á Vos. ¡Oh amor de mi Salvador! Vos sois esa agua viva de que tengo sed; mi corazón vuela hacia Vos con un ardor que hace su tormento. Abridme vuestro amable Corazón: aquí tenéis el mío: os lo ofrezco por toda la eternidad: dadme en cambio, oh buen Jesús, el vuestro.

Jesucristo. Si, hija mía, yo te doy mi Corazón; estúdialo y copia fielmente sus virtudes.

El alma. Oh alma mía, recibe ese Corazón, abrazado en amor, y esfuérate en parecerle á él..... Mira atentamente á tu divino Modelo; contéplalo elevado sobre la montaña y clavado en la cruz; penetra en el Corazón: ha sido abierto por una lanza á fin de que puedas entrar en él: imita su amor, su manse-

dumbre, su humildad, su caridad. Baja en seguida los ojos al suelo del Calvario, y lo verás regado con su sangre, y á la vista de esa sangre derramada comprende por fin que el amor se manifiesta más por las acciones que por los sentimientos.

Vos queréis, oh Salvador mío, que imite vuestras virtudes, y esto es lo que deseo ardientemente; mas haced que haga lo que me mandais. Oh Jesús, vuestro Corazón es puro; séalo igualmente el mío: vuestro Corazón es humilde; sea humilde el mío: vuestro Corazón es paciente; que el mío lo sea también: vuestro Corazón es dócil; haced que el mío lo sea: vuestro Corazón es todo amor; que se abraze el mío en amor vuestro, y que sea todo para Vos. ¡Ay que no siempre os ha estado consagrado! Desde este momento es todo vuestro, oh Dios mío, y espero que será para siempre.

Jesucristo. El amor es fuerte como la muerte: sus lámparas son lámparas de fuego que las aguas más abundantes no bastan á apagar.

El alma. Vuestro amor por mí, oh Salvador mío, ha sido mucho más poderoso que el infierno, puesto que me ha librado de él, y que ha despedazado sus puertas para abrirme las del cielo. Ha sido mucho más fuerte que la muerte, puesto que la habéis desarmado para darme la vida. ¡Oh fuerza admirable del amor! á pesar de ser Vos invencible, oh mi Dios, os desarma, detiene vuestro brazo levantado sobre los pecadores, los sustrae á vuestra divina justicia

para entregarlos á vuestra infinita misericordia. Lo reconozco ahora; si vuestra grandeza se dignó humillarse hasta querer unirse á nuestra naturaleza, fué por nuestro amor; y por la fuerza de este mismo amor puede la criatura subir hasta Vos, y tiene el privilegio de poder entrar en vuestro Corazón.

¡Hé aquí, alma mía, cómo nos ha amado Jesús! Las humillaciones, los sufrimientos, las espinas, los clavos, la cruz, el derramamiento de toda su sangre, he aquí las pruebas de su amor. Las llamas de ese amor son tan ardientes, que no bastarían á apagarlas todas las aguas de nuestras iniquidades. ¿Mas dónde están, oh alma mía, las señales de tu amor á Jesús? ¿Qué has hecho por él? ¿Dónde están las victorias que has alcanzado sobre tus malas inclinaciones? ¿Dónde los trabajos que has emprendido, los sufrimientos que has sobrellevado para su gloria?

¡Ay, Dios mío! cuán débil es mi celo y cuán lánguido mi amor! Vuestros intereses se hallan más que nunca abandonados, y aumenta de día en día el número de vuestros enemigos. ¿Héme levantado para defender vuestra causa?

Jesucristo. ¿Existe, hija mía un dolor semejante al mío? He alimentado á mis hijos y se han levantado contra mí: les he llevado en mi corazón, y lo han despedazado, ultrajado, abandonado; hanme cercado los dolores de la muerte, y se han desencadenado contra mí los furores del infierno.

El alma. ¡Ah Señor! ¿puedo pensar en ello sin mo-

rir de dolor? Inteligencias celestiales, ángeles de paz, llorad amargamente los oprobios de que es víctima nuestro Dios, llorad nuestra ingratitud para con un Corazón que nos ha amado tanto. Vos vinisteis á este mundo, oh divino Jesús, para buscar á los hombres y salvarlos: los ingratos huyen de Vos y os abandonan. Vos los colmais de beneficios, y no sólo abusan de ellos, sino que los emplean contra Vos y contra ellos mismos. Vos estais siempre en medio de ellos, y parece como que ignoran vuestra presencia ó que la reconocen tan solo para ofenderos. Vos les abris vuestro Corazón, y ellos no entran en él sino para atravesarlo con mil dardos cada vez más crueles. ¡Ay, amable Salvador mío! ¿acaso no soy yo misma culpable de todos esos crímenes? ¡Ah! ¿cuántas heridas no he hecho á vuestro Corazón yo, vuestra hija?..... ¡Qué ingratitud, qué perfidia, oh Salvador mío! ¿Cómo dejais impunes tantos crímenes? ¿Cómo vuestro Corazón ultrajado no se cierra para desconocernos y rechazarnos? ¿Cómo no se arma vuestro brazo vengador contra los culpables, para exterminarlos y perderlos? ¡Ah! ¿era necesario que bajáseis á la tierra para ser en ella tan indignamente tratado? Dios ultrajado, volveos al cielo: allí recibiréis las adoraciones de los Ángeles y de los Santos. Mas no, Señor; permaneced siempre en medio de nosotros. ¡Ah! ¿qué sería de nosotros si abandonáseis la tierra? Vuestro Eterno Padre no tardaría en derramar sobre nosotros la copa de sus enojos; y ¿cómo esca-

par entonces á los golpes de su justicia? Corazón de Jesús, vengaos como conviene hacerlo al Dios de las misericordias: convertidnos, perdonadnos.

Jesucristo. Me he obligado á permanecer entre vosotros hasta la consumación de los siglos; pero en medio del dolor que me aflige ¿no tengo derecho á esperar que venga alguno á compadecerme siquiera en mis sufrimientos? Y sien embargo nadie se presenta.

El alma. No, amable Salvador mío, Vos no seréis por más tiempo olvidado: yo me haré un deber de imitaros y adoraros. ¡Oh Corazón de Jesús! siempre encendido de amor por nosotros, siempre dispuesto á la misericordia, perdonadme el olvido de que me he hecho culpable para con Vos; perdonadme mi poco celo en hacer que seáis conocido y amado; perdonadme sobre todo los dolores que os he causado con mis irreverencias en el lugar santo, con mis Comuniones tibias y sin preparación, con el abuso que he hecho de vuestras gracias y de vuestra preciosa sangre: sea mi corazón anonadado si debe ser aún insensible para Vos. Corazón de Jesús, yo os consagro el resto de mis días. Quisiera que todas las criaturas tuviesen corazones de Serafines para amaros; que todas las bocas resonasen en vuestras alabanzas; que los espíritus todos no se ocupasen más que en vuestras grandezas. Yo me asocio á todos los homenajes que recibís de los Ángeles, de los Santos y de los justos que viven sobre la tierra. Quisiera que

todos los que os aman y os adoran se multiplicasen al infinito. Yo sacrificaría todo cuanto poseo, y hasta mi vida, si preciso fuese, para impedir una sola ofensa contra Vos.

Jesucristo. Acepto tus deseos, hija mía; pide á mi Padre en mi nombre todo cuanto quieras y te será concedido.

El alma. ¡Oh Jesús, única esperanza mía! haced que sea fiel á la devoción á vuestro Corazón adorable. Manifestad vuestra misericordia haciendo que mi alma redima, por el ardor de su amor, el tiempo que pasó en la tibieza en vuestro servicio. Quiero reparar con continuos homenajes la ingratitud de los hombres para con Vos, y daros nuevas pruebas de amor á cada instante.

El amor que me tenéis hace que vuestro Corazón esté siempre abierto para mí, á fin de que habite en él para siempre, que el amor me introduzca en él, que el amor fige en él para siempre mi morada, y que en él reciba el amor mi último suspiro!

Puesto que mi Dios no me rechaza de su presencia continuaré hablando, aunque no sea más que ceniza y polvo. Dios de mi corazón, prestad oídos á mi voz: amad á los que no os aman; abrid vuestro Corazón á los que no llaman á vuestra puerta, y sanad á los que, en vez de pedir os la salud, se complacen en enconar sus llagas. ¿Nos decís, Señor, que vinisteis al mundo á buscar á los pecadores? esos son, oh divino Jesús, los verdaderos pecadores. ¡Ah! no

consideréis nuestra ingratitud, nuestra ceguedad; tomad únicamente en cuenta la sangre que habéis derramado por nuestra salud. Haced brillar vuestra clemencia; miradnos como la obra de vuestras manos; salvadnos por vuestra misericordia: grandes son nuestros males. Levantaos, pues, oh Señor; considerad los progresos que hacen todos los días vuestros enemigos, y detenedlos, ¡oh mi Jesús! Puesto que ellos no quieren venir á Vos, id Vos mismo á ellos: os lo pido por vuestras sagradas llagas y por vuestra preciosa sangre.

¡Oh mi Salvador! haced que tengan fin los pecados que cometen los hijos de Adán. Que vuestros gritos sean tan poderosos que vuelvan la vida á tantos y tantos pecadores endurecidos. Sacadles del abismo profundo en que han caído. Lázaro no os pidió que le resucitáseis, é hicisteis este milagro en favor de una pecadora: poned, Señor, vuestros ojos en vuestra hija; oid mi oración: os lo suplico por las lágrimas que derramásteis sobre Lázaro: acordaos que corrió vuestro llanto por todos los pecadores que duermen en el pecado: os lo pido por vuestra preciosa sangre. ¡Ah! puesto que perdonásteis á los que la derramaron, perdonadnos también á nosotros, Salvador del mundo.

Haced, oh Jesús, que triunfe vuestra Iglesia de todos sus enemigos; aumentad el número de sus hijos; dadle la paz, y haced que bendiga para siempre vuestro santo nombre y adore vuestro Corazón divino.

Amoroso Redentor, tened también misericordia de las almas del purgatorio; dejaos ablandar por sus sufrimientos. Ellas son precio de vuestra sangre; abridles vuestro Corazón, escuchad sus gemidos, y concededles con el perdón de sus penas la dicha de glorificaros en el cielo. Acordaos en particular de las que en la tierra fueron devotas de vuestro divino Corazón y celosas por la gloria de María: no permitais que estén privadas por más tiempo de vuestra presencia; ¡son tan gratas á vuestro Corazón! Por este Corazón lleno de clemencia os suplico, pues, que les pongais en posesión de la felicidad eterna.

Perdonadme, oh Dios mío, las faltas que he cometido al pié de vuestros altares. ¡Ay! ¿no podríais echarme en cara, como lo hicisteis con vuestros discípulos en el huerto de Getsemaní, el no haber podido velar con Vos ni una hora sola? ¿Será posible que este tiempo pasado en vuestra presencia se me haya podido hacer muy largo? ¿No debería por el contrario hallar mis delicias en estar siempre con Vos? ¡Oh Jesús! ¿Por qué está tan frío mi corazón cuando os ruego? ¿Por qué mi espíritu se distrae tan fácilmente? Perdón, Señor, yo no quiero vivir sino para Vos. Sí, toda mi vida será una adoración perpetua de vuestro divino Corazón; no quiero pensar, obrar y hablar más que para amarle y glorificarle. Así sea.

Alabado, bendito y adorado sea para siempre el Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.

CANTARES

Cercadito de espinas
y á cubierto del frío,
pájaro solitario
tiene oculto su nido.

Yo soy el pobre pájaro,
tu Corazón mi nido,
cercadito de espinas
y á cubierto del frío.

Tu Corazón me alienta;
¿qué temeré, Señor?
tu Corazón es mío....
ya no quiero otro amor!

Quando salgo, Vida mía,
de la santa Comunión,
decir no sé lo que pasa
dentro de mi Corazón.

¡Palpita de amor!.... ni sé
si es el mío ó si es el tuyo,
ni puedo decir si son
dos corazones ó uno.

Lloro, mi Jesús, de ver
tu abandono en el sagrario....
¿Era acaso más cruel
en la cruz tu desamparo?

Tu Corazón amante
 ¿á quién lo diste?
 ¿Al amigo ó al ingrato
 que le resiste?
 ¡Que á mí me dejas,
 y tras él, desalado,
 no oyes mis quejas!

Cercadme de manzanas y de flores,
 desfallezco de amor.....
 ¡Jesús, Jesús! Jesús de mis amores,
 que matas sin dolor!

Quiero tu Corazón dentro del mío,
 quiero mi corazón dentro del tuyo.....
 que tu vida vivir tan solo ansío,
 y por tu amor morir á todo el mundo.

Cercado el uno de espinas,
 cercado el otro de flores
 ¡Jesús, María! ¡qué paz
 juntito á esos Corazones!

VENID TODOS A MI

POR

MONSEÑOR DE SEGUR

VERSION ESPAÑOLA

DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

Con licencia eclesiástica

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tu Corazón amante
 ¿á quién lo diste?
 ¿Al amigo ó al ingrato
 que le resiste?
 ¡Que á mí me dejas,
 y tras él, desalado,
 no oyes mis quejas!

Cercadme de manzanas y de flores,
 desfallezco de amor.....
 ¡Jesús, Jesús! Jesús de mis amores,
 que matas sin dolor!

Quiero tu Corazón dentro del mío,
 quiero mi corazón dentro del tuyo.....
 que tu vida vivir tan solo ansío,
 y por tu amor morir á todo el mundo.

Cercado el uno de espinas,
 cercado el otro de flores
 ¡Jesús, María! ¡qué paz
 juntito á esos Corazones!

VENID TODOS A MI

POR

MONSEÑOR DE SEGUR

VERSION ESPAÑOLA

DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

Con licencia eclesiástica

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VENID TODOS A MI

I

Que nuestro Señor Jesucristo está olvidado
en sus tabernáculos

Sucedé entre nosotros los cristianos un fenómeno inexplicable. Por una parte todo el mundo cree y sabe perfectamente que nuestro Señor Jesucristo está verdadera y sustancialmente presente en el Tabernáculo; y por otra casi nadie va á visitarle, á adorarle, á fortalecer su alma á sus piés. ¡Explique este hecho quien pueda!

Salvo raras excepciones, se ve que aun en los países de fe nuestras iglesias están desiertas, ó poco menos, desde la hora de las Misas hasta que se acaba el día. Y esto sucede lo mismo en el campo que en la ciudad; lo mismo en las parroquias donde la iglesia está situada en el centro de la población, como en los puntos en que está retirada y á donde es verdaderamente poco fácil dirigirse. Se pasa repetidas veces por delante de la puerta de la casa de Dios, se tiene tiempo para detenerse en las inmediaciones, saludar á los amigos, hablar despacio con un

transeunte y comunicarse mutuamente noticias; ¡y no lo hay para entrar algunos minutos, arrodillarse, pedir á Dios su bendición, unirse á sus Ángeles y adorarle en su Sacramento!.....

¿Quién se atreverá á decir que esto no es verdad? ¡Cuántas veces en el campo, al entrar en la iglesia del pueblo, la he hallado vacía, enteramente vacía y solitaria! Y en las poblaciones más grandes, donde tantos fieles piadosos hay, ¿cuántas veces se encuentra poco más ó menos la misma soledad?

Dos, tres buenas mujeres esparcidas; ésta en un rincón, aquella en otro; un sacristán que barre, que habla recio, que no hace la debida reverencia al pasar por delante del Tabernáculo; á veces, cuando hay cuadros ó curiosidades, algún tonto con la nariz en el aire que vuelve la espalda al altar, y que para nada se ocupa de Dios como si no estuviera allí: ¡hé aquí todos los adoradores que se ofrecen á las tristes miradas y al Corazón amantísimo de Jesús!

II

Qué ingratitud hay en este abandono

Este olvido, este abandono en que se encuentra nuestro Señor en sus templos, es cosa que aflige. Como lo pretenden ciertos impíos de profesión, eso no significa que no se crea en Jesucristo: todos los cristianos creen, hoy como antiguamente, en estas

grandes y magníficas verdades reveladas que para el mundo civilizado son lo que la luz del sol á nuestras miradas, lo que el aire á nuestro pecho, la tierra á nuestros pasos, la vida á todo nuestro sér. Se cree fácilmente en Dios, en Jesucristo y en la Iglesia; se cree en la presencia real, en todo lo que enseña el sacerdote ministro de Dios; pero se cree tan friamente, tan cobardamente, que se vive como si no se creyera.

En el fondo, por nada del mundo se quisiera ultrajar á Jesucristo, sobre todo en sus iglesias, al pié de sus tabernáculos. Y sin embargo, por falta de espíritu de fe, por falta de oraciones, de piedad, de amor de Dios, de costumbres cristianas, se hace como si no se tuviera fe, y esto hasta delante del Santísimo Sacramento!

¡Qué ingratitud! ¡qué falta de lógica! Puesto que sabéis que ahí, en medio de vosotros, á cincuenta pasos de vuestra casa habita día y noche Jesucristo nuestro Salvador; que sabéis está allí por vosotros con el fin de bendeciros, de consolaros en vuestras penas, de concederos sus gracias, de escuchar vuestras oraciones, de cambiaros de malos en buenos, ó de buenos en mejores, ¿por qué no vais á Él?

¿Por qué, si sabéis que Él es el Dios hecho hombre, el solo Dios vivo y verdadero, no vais á adorarle, á prostraros á sus piés, á excitaros en su amor, á darle gracias, á pedirle perdón para vosotros y para todos los pecadores?

Ninguna necesidad tiene Él de vosotros; pero ¿cómo vosotros no la tenéis, y muy grande de Él?

Su Divina Majestad se digna amaros á vosotros que nada sois, nada más que unos miserables y pobres pecadores; á vosotros que no tenéis más que lo que Él os ha dado: os ama con un amor tal que es la maravilla más inefable de toda la religión cristiana: el mundo lo ha hecho por vosotros; por vosotros se ha hecho hombre; por vosotros y para expiar vuestros pecados y abriros el cielo se ha hecho Niño pobre en Belén; y en Nazaret ha querido humillarse durante más de treinta años y trabajar como un simple artesano! ¡Bien sabéis lo que ha querido sufrir por vosotros, por vuestro amor, en su agonía, en su dolorosa pasión, y en fin, sobre su cruz en el Calvario! Más aún: ¡sabéis que ha inventado por amor á vosotros este Sacramento adorable que le pone en disposición de permanecer día y noche cerca de vosotros, de tal suerte que basta dar algunos pasos para tener la seguridad de hallarle!

Todo esto sabéis..... y no amais á Jesucristo, ó cuando menos nada hacéis para probarle que le amais. Y puede decirse de vuestro amor lo que hace poco decíamos de vuestra fe: le amais tan miserablemente, con tanta tibieza y flojedad, que más parece no le amais; del mismo modo que creéis de una manera tal que parecéis no creer.

Y Jesús, el buenísimo, el Santísimo Jesús, contempla esta miseria desde su Tabernáculo solitario, es-

perando que un amigo venga á consolarle, y este amigo no se presenta; abriendo su adorable Corazón y sus santísimas manos para bendecir, santificar y salvar á sus hijos, y sus hijos le olvidan, le abandonan y aparentan despreciar su amor.

Tal es la vergonzosa, la desoladora realidad que presentan á las miradas de Dios y de sus Angeles las iglesias vacías de adoradores, como sucede desgraciadamente en tantas partes.

III

Cuán fácil es, sin embargo, ir á visitar y adorar al Santísimo Sacramento

Nada hay tan fácil para la mayor parte de los cristianos como el ir á visitar y adorar diariamente á nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. No es el tiempo lo que falta, es más bien la fe viva, el verdadero amor y la buena voluntad.

No hablo de los ricos, y, como se dice, de los ciudadanos, pues si quisieran tomarse el trabajo de ir, todos los días podrían hacer una hermosa y larga adoración. La exactitud y la energía de pobres obreros, de buenas sirvientas, de humildes trabajadores que se levantan antes de amanecer, alejándose á veces bastante del camino que tienen que andar para entrar en la iglesia durante algunos minutos, antes

de comenzar el trabajo, les condenarán en el día del juicio.

Tal era entre otros San Isidro, pobre labrador, que iba á oír Misa y rendir sus humildes homenajes á la Santa Eucaristía; fidelidad admirable que fué muchas veces recompensada con milagros.

Tal era también Santa Catalina de Sena, hija de un sencillo trabajador, la cual en todo tiempo, lo mismo en Invierno que en Verano, estaba siempre levantada mucho antes de la hora del trabajo para tener tiempo de ir cada mañana á hacer una piadosa adoración.

Y, sin ir tan lejos, tales son también hoy muchas obreras piadosas, sobre todo en los países de fe, que á la primera Misa de la mañana llenan nuestras iglesias y se hacen un deber de comenzar cada jornada postrándose á los piés de Jesucristo con una corta pero ferviente visita.

Sé de un excelente padre de familia, antiguo oficial, que había sabido inculcar á los de su casa tales sentimientos de fe y de amor hacia el Santísimo Sacramento, que se le veía todos los días por la mañana y por la tarde en adoración con su mujer y sus tres hijos á los piés de Nuestro Señor. La oración no duraba mucho tiempo, por no permitírsele sus deberes; pero ninguna casa estaba con más orden y mayor arreglo que la suya.

He conocido en París á buen número de aprendices, jóvenes y estudiantes que hacen otro tanto; en-

tre ellos á un jovencito aprendiz embalador, que tanto al ir al taller como al volver por la tarde á casa de su madre, no dejaba de entrar ninguna vez, aunque no fueran más que cinco ó seis minutos, en la Iglesia de San Sulpicio, y oraba con todo su corazón, oculto en un rinconcito con su vestido de trabajo.

En el campo he visto también con frecuencia á pobres colonos que al pasar delante de la Iglesia se han detenido para rezar un *Padre nuestro* y *Ave María* y saludar á Dios nuestro Señor.

Otro al ir al campo dejaba su cesto á la puerta de la Iglesia, é iba á arrodillarse durante algunos minutos á los piés del Santísimo Sacramento.

¡Ah! si se quisiera, si se pensara más en ello, si el domingo después de la Misa se renovara muy seriamente la resolución de no perder una sola ocasión de ir á hacer una breve visita á Nuestro Señor durante la semana, y consolarle por el abandono en que le tienen los demás, decidme: ¿no sería esto bien fácil? Y si es fácil, muy fácil, ¿por qué no hacerlo vosotros que leéis estas pocas líneas?

«Sí, lo haré en adelante, siquiera para reparar mis pasados descuidos. Sí, cada domingo examinaré mi semana sobre este punto esencial, y me impondré por cada día de falta una pequeña penitencia; por ejemplo, una ligera privación de comida ó una limosna. Luego renovaré mi buena resolución para la semana siguiente.»

Os prometo, cristianos, que bien pronto habríais de

tomar la excelente, la santa y dulce costumbre de visitar al Satisimo Sacramento, y que vosotros mismos os admiraríais de no haber hecho anteriormente una práctica tan buena y útil.

IV
 Qué frutos de salvación y bendición se sacarían de la visita

Serían maravillosos.

Allí, á los piés de Dios, se tomaría la más buena, la más importante de las costumbres, la de la oración. ¡Son tan pocas las personas que oran, y muchas menos las que adoran!..... Una vez á los piés del Santísimo Sacramento, lo primero que se hace es adorar.

Se adora á Jesucristo, *Dios con nosotros*, como se llama Él mismo en la Sagrada Escritura. Se le ama, se le dice, se le repite. Se adora con amor su santa Humanidad realmente presente, bien que oculta bajo los velos del Sacramento. Se adora y se bendice su bondad, su misericordia, su sapientísima Providencia. Se humilla uno ante su poder y majestad infinita. Se le alaba, se le bendice, se le dan gracias. Se lloran los pecados cometidos, y se pide perdón por las culpas y crímenes del mundo. Se le pide el goce de su hermoso paraíso, de una eternidad feliz y la gracia de una santa muerte. En una palabra, se acostumbra uno á orar, á orar bien.

Además, á los piés del Salvador se va tomando neceramente gusto á la piedad, de tal manera que si al principio es uno cristiano mediano, al cabo de algún tiempo se encuentra todo cambiado. ¿Qué se ha hecho para eso? Nada más que una pequeñísima y á la vez muy grande cosa: ir todos ó casi todos los días á presentarse á los benéficos rayos del Sol vivo de toda santidad, de toda pureza, de todo amor. Agradecido Jesús á nuestra pequeña y pobre fidelidad, nos ha puesto en el corazón gracias especiales que sin ella no habríamos tenido; ha iluminado, ha dilatado nuestro corazón, nos ha dado el atractivo del Santísimo Sacramento y del amor de Dios.

Estad bien seguros: allí, á los piés de Jesucristo, se obtienen las gracias de fuerza, de paz, de paciencia, sin las cuales la vida es demasiado amarga y demasiado peligrosa. ¿Sois desgraciados? ¿Tenéis penas? Id á abrir vuestro pobre corazón á Aquél que ha dicho: «Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.»

¿Teméis perder alguna persona que os es querida? Id á buscar á Jesús en su Sacramento; pedidle que os la conserve si conviene para el bien de su alma y para vuestro propio bien, para su dicha eterna y para la vuestra. Id á buscar fuerza y valor para sufrir cristianamente, repitiendo á los piés de Jesús aquellas admirables palabras de su agonía: «Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga mi voluntad sino la vuestra.» Y orad con

ardor por vuestro querido enfermo. Si no obtenéis un milagro de curación, seguramente obtendréis para él y para vosotros mismos la gracia de llevar dignamente la cruz del sufrimiento; y, si debe morir, la gracia suprema de una buena y santa muerte.

¿Habéis perdido lo que hacia el goce, la delicia de vuestra vida, vuestro marido, vuestra esposa, vuestro hijo, vuestra madre, vuestro padre, vuestro amigo de corazón? Id, id, pues, pronto, como Marta y Magdalena fueron, así que murió Lázaro, á los piés del divino Consolador, á los piés de Jesús. Sólo Él tiene el secreto de hacer dulces las lágrimas más amargas. Él es la «Resurrección y la vida,» y os hará comprender cómo para los que esperan y aman, la muerte no es más que una separación momentánea, después de la cual hemos de volver á reunirnos para siempre. San Bernardo, al saber que el último miembro de su más íntima familia acababa de morir, fué á arrojarle á los piés del Santísimo Sacramento, y con el rostro bañado de lágrimas, mirando con amor al Tabernáculo, se le oyó repetir estas palabras: «¡Oh Señor Jesús! ¡Ahora sois Vos quién haréis las veces de padre y de madre, de hermano y de hermana! Vos seréis todo para mí.»

Ricos y poderosos, id á Jesús para aprender á sus piés á ser humildes y muy caritativos con los pobres. Pobres, id á ofrecerle vuestras privaciones, id á santificarlas, á suavizarlas. ¿No es el Padre y el Amigo de los pobres? Pecadores, id á pedirle pordón; pre-

paraos á hacer una confesión llena de sinceridad y de arrepentimiento.

Quien quiera que seais, id, id á Jesús que es el Refugio de todos, el principio de toda la verdadera alegría, y la suave luz de todas las conciencias.

Sí, no nos cansaremos de decirlo y repetirlo: la visita al Santísimo Sacramento es una fuente inagotable de gracias para uno mismo y para los demás: allí sobre todo, á los piés de Jesús, se obtiene perdón y misericordia: allí se recobra la paz del corazón, la alegría pura y perfecta, se encuentra al fiel Consolador, al Amigo que no engaña nunca, y que basta Él solo para satisfacer sobradamente todas nuestras aspiraciones á la felicidad.

Haz, lector querido, la experiencia en tí mismo y verás.

V

Humilde súplica á los catequistas, á los confesores
y á todos los buenos párrocos

En nombre y por amor de nuestro Señor Jesucristo, por el consuelo de su sagrado Corazón, por la gloria de su Sacramento adorable y tan poco adorado, por el amor de las almas que están confiadas á su solitud paternal, por la resurrección religiosa de nuestras parroquias; en fin, por su misma santificación,

ardor por vuestro querido enfermo. Si no obtenéis un milagro de curación, seguramente obtendréis para él y para vosotros mismos la gracia de llevar dignamente la cruz del sufrimiento; y, si debe morir, la gracia suprema de una buena y santa muerte.

¿Habéis perdido lo que hacia el goce, la delicia de vuestra vida, vuestro marido, vuestra esposa, vuestro hijo, vuestra madre, vuestro padre, vuestro amigo de corazón? Id, id, pues, pronto, como Marta y Magdalena fueron, así que murió Lázaro, á los piés del divino Consolador, á los piés de Jesús. Sólo Él tiene el secreto de hacer dulces las lágrimas más amargas. Él es la «Resurrección y la vida,» y os hará comprender cómo para los que esperan y aman, la muerte no es más que una separación momentánea, después de la cual hemos de volver á reunirnos para siempre. San Bernardo, al saber que el último miembro de su más íntima familia acababa de morir, fué á arrojarle á los piés del Santísimo Sacramento, y con el rostro bañado de lágrimas, mirando con amor al Tabernáculo, se le oyó repetir estas palabras: «¡Oh Señor Jesús! ¡Ahora sois Vos quién haréis las veces de padre y de madre, de hermano y de hermana! Vos seréis todo para mí.»

Ricos y poderosos, id á Jesús para aprender á sus piés á ser humildes y muy caritativos con los pobres. Pobres, id á ofrecerle vuestras privaciones, id á santificarlas, á suavizarlas. ¿No es el Padre y el Amigo de los pobres? Pecadores, id á pedirle pordón; pre-

paraos á hacer una confesión llena de sinceridad y de arrepentimiento.

Quien quiera que seais, id, id á Jesús que es el Refugio de todos, el principio de toda la verdadera alegría, y la suave luz de todas las conciencias.

Sí, no nos cansaremos de decirlo y repetirlo: la visita al Santísimo Sacramento es una fuente inagotable de gracias para uno mismo y para los demás: allí sobre todo, á los piés de Jesús, se obtiene perdón y misericordia: allí se recobra la paz del corazón, la alegría pura y perfecta, se encuentra al fiel Consolador, al Amigo que no engaña nunca, y que basta Él solo para satisfacer sobradamente todas nuestras aspiraciones á la felicidad.

Haz, lector querido, la experiencia en tí mismo y verás.

V

Humilde súplica á los catequistas, á los confesores
y á todos los buenos párrocos

En nombre y por amor de nuestro Señor Jesucristo, por el consuelo de su sagrado Corazón, por la gloria de su Sacramento adorable y tan poco adorado, por el amor de las almas que están confiadas á su solitud paternal, por la resurrección religiosa de nuestras parroquias; en fin, por su misma santificación,

ruego y suplico á mis venerados hermanos los sacerdotes de Jesucristo, que tomen á su cuidado esta importante causa de la adoración del Santísimo Sacramento.

Para conseguirlo, hé aquí lo que me parece convendría hacer:

1º Antes de todo sería necesario dar con más amplitud el ejemplo á los fieles. El sacerdote es de derecho y debe ser de hecho *el modelo, el ejemplar de su rebaño*, según la expresión del apóstol San Pablo. Debe predicar con el ejemplo al mismo tiempo que con la palabra. Si quiere que los fieles tomen la costumbre de visitar á nuestro Señor, es de absoluta necesidad que, cual valiente capitán, vaya á su cabeza, y que el pastor muestre el camino á sus ovejas.

Cuando el venerable Cura de Ars entró en su humilde parroquia, la iglesia estaba solitaria como en otras partes. Conoció esta falta tan grande, y fué el primero en ponerse á adorar; á pasar horas enteras á los piés del divino Salvador. Poco á poco su ejemplo y sus oraciones fueron atrayendo las almas, y su desierto volvió á florecer.

¡Es tan imponente, tan conmovedor ver á un sacerdote en adoración! Una buena mujer del campo lo decía un día en la rusticidad de su lenguaje: salía de la Iglesia y dejaba á su párroco al pié del Tabernáculo: «Dios mío, Dios mío, decía juntando las manos, ¡qué cosa tan edificante es ver á un sacerdote orando de esta manera!»

Demos, pues, con mucha constancia el ejemplo de la visita al Santísimo Sacramento y el de una adoración frecuente; que se nos vea á menudo y piadosamente á los piés del Dueño de nuestros corazones; suplamos con nuestra presencia, lo mejor que podamos, la soledad de nuestra iglesia, el abandono de nuestro Tabernáculo, y tendremos una fuerza inconcebible para atraer allá á las gentes.

Sé que la mayor parte de los sacerdotes no dejan de cumplir con este deber; pero quizás no lo hacen todavía suficientemente, ora por ellos mismos, ora por los demás.

He visto iglesias en las cuales Nuestro Señor estaba todo el día absolutamente solo, ¡y sin embargo, no les separaba del atrio de ellas más que una pequeña calle!.....

2º Los catequistas no insisten lo necesario en esta materia para instruir á los niños. No olviden que la educación religiosa del niño empieza á los seis ó siete años. Mientras no asiste á la doctrina, es la madre, es la familia, la encargada de enseñarle buenas costumbres. Pero desde el día que empieza á asistir á la doctrina (que debería ser desde que tiene uso de razón, es decir, á los siete años y medio, ó antes), es al catequista á quien incumbe el cuidado, ó, por mejor decir, el deber de formar poco á poco su tierno corazón en la piedad, á la vez que abrir su naciente inteligencia á las luces de la fe.

Imposible sería decir la inmensa trascendencia que

podría tener, sobre toda la vida de un niño, la fidelidad del sacerdote que le recordara á menudo que el Niño Jesús está presente en el Tabernáculo, y que los que son buenos niños deben procurar ir allí á adorarle y ofrecerle sus corazones, bien sea cuando por la mañana se dirigen á la escuela, ó al volver de ella por la tarde para sus casas. Y con tal motivo habría ocasión para dar mil consejos prácticos á estas almas enteramente nuevas sobre la manera de estar con compostura en la iglesia, sobre el modo de orar y hacer que sean piadosos.

Si esto se hiciera, ¡cuántos pecados se evitarían á los pobres niños! ¡cuántas almas tiernas se conservarían en la flor de su inocencia! ¡cuántos gérmenes de vocaciones, ora eclesiásticas, ora religiosas, podrían nacer bajo la mirada del Dios de los niños! ¡Y cuán mejor preparadas se hallarían estas almas queridas para recibir la gracia inapreciable de la Confirmación y de la primera Comunión!

Mas ¡ay! ¿dónde están los catequistas bastante celosos, bastante fervientes, para aplicarse de una manera seguida en estos detalles tan pequeños en apariencia, tan grandes en realidad?

3º Por último, ¿no podrían los confesores prescribir con suma utilidad, como penitencia sacramental, y también como dirección espiritual á todos los fieles que á ellos se dirigen; la exactitud en hacer todos los días, tanto como sea posible, una pequeña visita al Santísimo Sacramento?

Y lo que digo con respecto á los catequistas y confesores, se entiende igualmente de todos los buenos Curas que, en sus púlpitos y predicaciones, no insisten quizás bastante sobre este punto de tanta importancia y tan descuidado.....

En el sagrado Corazón de Jesús, realmente presente en la Eucaristía, deposito esta triple súplica que me atrevo á dirigir á los padres de las almas. Que este divino Corazón haga inflamar su celo y su amor en los corazones de todos sus sacerdotes, y por ellos los corazones de todos los fieles.

VI

Que en nuestros días más que nunca debemos ir á orar
á los piés del Santísimo Sacramento

Los tiempos en que vivimos son difíciles; nadie puede disimularlo. Las locuras revolucionarias que se van extendiendo cada vez más, quebrantan la fe por todas partes; hacen cometer ¡qué dolor! una inmensa multitud de pecados, y ultrajan á cada instante el amor de Jesucristo. ¡Qué de blasfemias abominables en los periódicos! ¡Qué de crímenes públicos por parte de los Gobiernos! ¡Qué de conspiraciones contra el reino de Jesucristo sobre la tierra, contra la Santa Sede y el Papado, contra el clero, contra las Ordenes religiosas, contra los mejores siervos de Dios!

Y especialmente ¡cuántos pecados de todo género, cuántos horrores contra la Sagrada Eucaristía! ¡Cuántos sacrilegios, cuántos crímenes en las tenebrosas asambleas de las sociedades secretas, de la francmasonería, de la Internacional! Se sabe que en estas reuniones infernales traen Hostias consagradas, y que después de haber arrojado el Crucifijo y escupido encima, hieren con un puñal ¡qué horror! al Santísimo Sacramento..... y se entregan á todo lo que es capaz de inspirar la rabia de la impiedad.

¿Quién estará allí para hacer un acto de reparación á este Dios tan bueno y tan indignamente ofendido? ¿quién consolará al divino Salvador en el silencio de sus tabernáculos? ¿Quién? Nosotros si somos cristianos verdaderos y si tenemos un poco de corazón y de fe. ¿Cuál es el cristiano que á la vista de tantos pecados cometidos contra Jesucristo, tenga valor para dejarle allí solo, sin tratar de reparar todos estos crímenes públicos y privados, sin tratar de compensarlos con alguna adoración, sin tratar de consolar con un poco de amor el Corazón tan bueno, tan amante de Nuestro Señor?

Sí, á los piés del Santísimo Sacramento es donde todo eso debe hacerse, puesto que el Santísimo Sacramento es el mismo Jesucristo presente por nosotros acá en la tierra. ¿No es Él nuestro mayor amigo, el amigo por excelencia, que nunca abandona, que jamás rechaza?

Sí, Jesucristo es nuestro amigo, nuestro amigo u

trajado de mil modos, insultado, burlado, desconocido y olvidado. ¿Y no pensaremos ir, siquiera algunos momentos, á sus piés para adorarle en nombre de todos los que no le adoran, para pedirle perdón en nombre de los que le ultrajan, para protestarle nuestro amor en nombre de todas las criaturas que insolentemente le cierran sus corazones?

¿Qué pensaríais, decidme, de un amigo que en el momento en que fuérais abandonado de todo el mundo, en el momento que fuérais calumniado, vilipendiado, maltratado sin ningún motivo, os dejara allí, sin tomarse siquiera el trabajo de haceros una pequeña visita de pésame y de manifestaros alguna simpatía? Y ved aquí, sin embargo, cómo es tratado nuestro Señor Jesucristo diariamente en el Santísimo Sacramento por estos miles de cristianos tibios y sin corazón, que le dejan solo en las iglesias en los días en que le sería de grande satisfacción verles á sus piés.

¿Qué de misericordias no se obtendrían entonces para nuestra pobre patria tan culpable!

El verdadero lugar para que Dios nos oiga, el verdadero lugar para que Dios atienda las súplicas que le hagamos por la conversión de nuestra nación es, no lo dudéis, el trono de gracia donde reposa, donde manan el perdón y la reconciliación; es el altar, el Tabernáculo.

- Bajo todos los puntos de vista que se mire, tanto para nosotros como para los demás, para nuestra sal-

vación como para la iglesia perseguida, para la salvación de la sociedad, próxima á derrumbarse bajo los golpes incesantes de la Revolución, es indispensable que para evitar todas estas cosas, vayamos lo más á menudo posible á orar al pié del Santísimo Sacramento.

¡Quién sabe si esta ferviente súplica que vais á hacer á los piés de Jesús en vuestra pobre iglesia, si este *Miserere*, si este Rosario que vais á rezar allí de rodillas en expiación, en reparación de honor y de amor, es precisamente la gota de agua que el Señor aguarda para hacer rebosar al fin la copa de su misericordia sobre vosotros, sobre vuestras familias, sobre la patria, sobre la Iglesia, sobre el Papa, sobre tal ó cual persona cuya salvación deseais con ansia!

Sólo en el cielo veremos, con un transporte de alegría inexplicable, todas las maravillas de gracia que, sin pensarlo, hayamos obtenido al pié del Santísimo Sacramento del altar.

VII

Algunos consejos prácticos tocante á la adoración del Santísimo Sacramento

En primer lugar y antes de todo, tratad de hacer vuestra visita á Dios con mucha regularidad, y siempre que sea posible á una misma hora. Nada hay tan

bueno como la regularidad para hacer bien las cosas, y sobre todo para no faltar á ellas. Así, por la mañana, al ir á mis ocupaciones, entraré algunos instantes en la iglesia para recogerme y fortalecer mi alma á los piés de Nuestro Señor; ó bien en otro momento del día de que pueda disponer con más comodidad; ó sino por la noche al volver á mi casa. Si por casualidad encuentro la puerta cerrada, haré mi pequeña adoración arrodillado sobre el umbral de la puerta, ó detrás del coro, en el sitio que esté más cerca del Santísimo Sacramento.

En segundo lugar, si tenéis tiempo para ello, id por la mañana á Misa; es la mejor visita al Santísimo Sacramento; es la más santa, la más perfecta de las adoraciones. Para las personas sólidamente piadosas, la Misa, cuando es posible, debe ser lo primero de todo. Es el acto Eucarístico por excelencia.

En tercer lugar, haced *bien y muy bien* vuestra adoración. No es menester que sea larga, pero sí que esté bien hecha. «Señor, decía un día un excelente estudiante á uno de sus profesores durante la recreación, ¿me permitís que vaya á hacer mi visita al Santísimo Sacramento?—Sí, hijo mío, respondió el buen sacerdote, pero con una condición.—¿Cuál, señor?—Que la visita sea *ferviente y corta*.»

Hé aquí una regla de oro. «Que sea ferviente,» es decir, que se vaya de corazón á estar allí con Dios, no á la fuerza sino por amor. «Que sea corta,» es decir, que no se vaya allí para abatirse y dormirse á los

piés de Jesús, y que no se imagine uno que en eso la cantidad puede suplir á la calidad.

Lo que principalmente quiere Jesús de nosotros es amor, fe viva y un amor verdadero; eso es lo que le consuela siempre que nos vé á sus piés. «¡Oh mi querida hija! dijo un día el Salvador á la venerable Ana María Taigi, qué pocos corazones hay que me consuelen y alegren cuando se presentan delante de Mí! A veces apenas si encuentro en grandes concursos de gente dos ó tres personas que me adoren y amen de una manera formal.»

En cuarto lugar, emplead en vuestra visita para adorar mejor á Dios el método que más os guste; seguramente que para vosotros será el más á propósito. El que conviene á éste, no conviene á aquel. Los unos quieren más recitar oraciones que ellos dicen; otros prefieren leer y pensar detenidamente algún pasaje de la *Imitación de Cristo* ó del Evangelio, ó de algún otro libro manual.

Otros prefieren servirse de algunas breves oraciones jaculatorias, ó devociones del corazón por el estilo de estas: «Dios mío, os amo y os adoro con todo mi corazón. — ¡Oh Jesús! Vos estais ahí, y aquí me tenéis á vuestros piés. — Jesús, Dios mío, tened piedad de mí; bendecidme.» Y otras semejantes. Los que en esta clase de oraciones saquen más provecho no deben variar de método.

Otros, en fin, prefieren más recogerse tranquila-

mente, sin buscar muchas palabras, en presencia y á los piés del amorosísimo Jesús.

Este era el método que empleaba aquel buen campesino de que se habla en la vida del santo Cura de Ars. Había éste notado que casi todas las mañanas, dejando el buen hombre sus herramientas á la puerta de la iglesia, entraba dentro antes de ir al trabajo, y estaba bastante tiempo, ora de rodillas, ora sentado, sin libro, sin rosario, y con los ojos fijos en el Tabernáculo. Un día se aproxima á él y le dice con bondad: «Amigo mío, ¿qué hacéis ahí? ¿cómo orais? Jamás os veo ni con libro ni con rosario en la mano. — Le miro, contestó con gravedad el campesino mostrando el Tabernáculo; le miro y Él me mira.» ¡Oh qué método tan bello de adoración! ¡qué excelente visita al Dios de amor!

En quinto lugar, estad todo lo recogidos que os sea posible en presencia de vuestro Dios, como si estuvierais sólo con Él, y sin ocuparos de lo que pasa á derecha é izquierda. No olvidéis nunca que estais allí por Jesucristo y no por otro. Si os vienen distracciones, rechazadlas tranquilamente y decidles: «Ahora no, luego, cuando esté fuera.»¹

¹ He publicado también bajo el título *Reclinatorio* un librito destinado á facilitar á los buenos la práctica de la adoración al Santísimo Sacramento. Si os viene á las manos, podréis sacar un buen partido de él.

Daremos el último consejo respecto á la visita del Santísimo Sacramento.

Tratad de procuraros un libro de oro que expresamente compuso San Alfonso Ligorio para este fin, y que se titula: *Visitas al Santísimo Sacramento*. Servios de él; encontraréis cosas tan excelentes como admirables, y ganaréis mucho en la escuela de este gran Santo. Lo que dice viene bien á todo el mundo; á los ancianos, á los jóvenes, á los sabios, á los pobres, á todos.—*La Imitación de Jesucristo* puede servir también maravillosamente para la adoración.

Me diréis quizás: «Lo mejor sería para mí seguir esos consejos é ir y hacer mi visita; pero eso me es imposible, porque la iglesia está muy lejos y no soy dueño del tiempo, ó, por mejor decir, no puedo disponer de él.»—Sea enhorabuena; á lo imposible nadie está obligado. Pero lo que no es posible hacer diariamente, ¿no podríais hacerlo de cuando en cuando? Además, ¿quién os impedirá adorar al Santísimo Sacramento, aunque sea de lejos, sin salir de vuestra habitación? Elegid un momento en el día, volved en dirección á la iglesia; y acordándoos de que Jesús lo ve todo, lo oye todo, y tiene cuenta de la buena voluntad, adoradle como si estuviera delante de vosotros, enviándole vuestro corazón con sus homenajes, sus oraciones, sus reparaciones y los buenos ardores de su amor. Esta adoración, aunque lejana santificará notablemente vuestro día, y la Eucaristía, como

un sol de amor, extenderá hasta vosotros sus divinos rayos.

Lo mismo diré con respecto á los buenos fieles que tienen la desgracia de vivir en países sin fe y sin religión, en donde, como medida de precaución y de prudencia, se ven obligados los pobres sacerdotes á tener cerradas sus iglesias fuera de las horas de los Oficios.

VIII

Que no basta adorar á nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, sino que además es preciso recibirle

Terminaré estas pocas páginas con una importantísima consideración que los preocupados jansenistas han oscurecido entre un número bastante grande de católicos. Rezan de buena gana; sin mucha dificultad van á Misa, á los Oficios; entran en la iglesia cuando la ocasión se presenta; pero con excepción de la Pascua y quizás de Navidad, ya no quieren hacer más.

Permítanme éstos decirles muy francamente que ese no es el espíritu de la Iglesia católica, y que sin quererlo resisten á la gracia de nuestro Señor, y contristan grandemente su amor.

En el Santísimo Sacramento, Jesucristo, verdadero Dios hecho Hombre, verdadero Hijo de Dios y de

Daremos el último consejo respecto á la visita del Santísimo Sacramento.

Tratad de procuraros un libro de oro que expresamente compuso San Alfonso Ligorio para este fin, y que se titula: *Visitas al Santísimo Sacramento*. Servios de él; encontraréis cosas tan excelentes como admirables, y ganaréis mucho en la escuela de este gran Santo. Lo que dice viene bien á todo el mundo; á los ancianos, á los jóvenes, á los sabios, á los pobres, á todos.—*La Imitación de Jesucristo* puede servir también maravillosamente para la adoración.

Me diréis quizás: «Lo mejor sería para mí seguir esos consejos é ir y hacer mi visita; pero eso me es imposible, porque la iglesia está muy lejos y no soy dueño del tiempo, ó, por mejor decir, no puedo disponer de él.»—Sea enhorabuena; á lo imposible nadie está obligado. Pero lo que no es posible hacer diariamente, ¿no podríais hacerlo de cuando en cuando? Además, ¿quién os impedirá adorar al Santísimo Sacramento, aunque sea de lejos, sin salir de vuestra habitación? Elegid un momento en el día, volveos en dirección á la iglesia; y acordándoos de que Jesús lo ve todo, lo oye todo, y tiene cuenta de la buena voluntad, adoradle como si estuviera delante de vosotros, enviándole vuestro corazón con sus homenajes, sus oraciones, sus reparaciones y los buenos ardores de su amor. Esta adoración, aunque lejana santificará notablemente vuestro día, y la Eucaristía, como

un sol de amor, extenderá hasta vosotros sus divinos rayos.

Lo mismo diré con respecto á los buenos fieles que tienen la desgracia de vivir en países sin fe y sin religión, en donde, como medida de precaución y de prudencia, se ven obligados los pobres sacerdotes á tener cerradas sus iglesias fuera de las horas de los Oficios.

VIII

Que no basta adorar á nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, sino que además es preciso recibirle

Terminaré estas pocas páginas con una importantísima consideración que los preocupados jansenistas han oscurecido entre un número bastante grande de católicos. Rezan de buena gana; sin mucha dificultad van á Misa, á los Oficios; entran en la iglesia cuando la ocasión se presenta; pero con excepción de la Pascua y quizás de Navidad, ya no quieren hacer más.

Permítanme éstos decirles muy francamente que ese no es el espíritu de la Iglesia católica, y que sin quererlo resisten á la gracia de nuestro Señor, y contristan grandemente su amor.

En el Santísimo Sacramento, Jesucristo, verdadero Dios hecho Hombre, verdadero Hijo de Dios y de

María, es donde debe ser de todo punto adorado y glorificado; mas como su amor hacia nosotros es tan grande, quiere además que le recibamos; quiere entrar en nosotros por medio de la sagrada Comunión, quiere morar en nosotros y nosotros en Él. ¿cabe amor más grande? Nuestro cuerpo es suyo, como también nuestra alma bautizada; nuestro cuerpo está destinado á ser su templo, su santuario vivo; y esto no es posible sino por la Comunión.

La adoración no basta: es preciso además este ósculo de amor que nos une por completo á Jesucristo en cuerpo y alma, y por cuya razón se llama la *Comunión*, es decir la *unión con Jesús*.

La Comunión sirve para mantener en nosotros la gracia, esto es, la unión espiritual con Jesucristo comenzada en el Bautismo. Ella es nuestro «Pan de vida,» como la llama Jesucristo en el Evangelio; y si no comulgamos suficientemente, nuestra alma se secará, se debilitará, se echará á perder y acabará por morir, es decir por separarse de Dios; como un hombre que, descuidando el comer, acabaría por perder pronto sus fuerzas y morir.

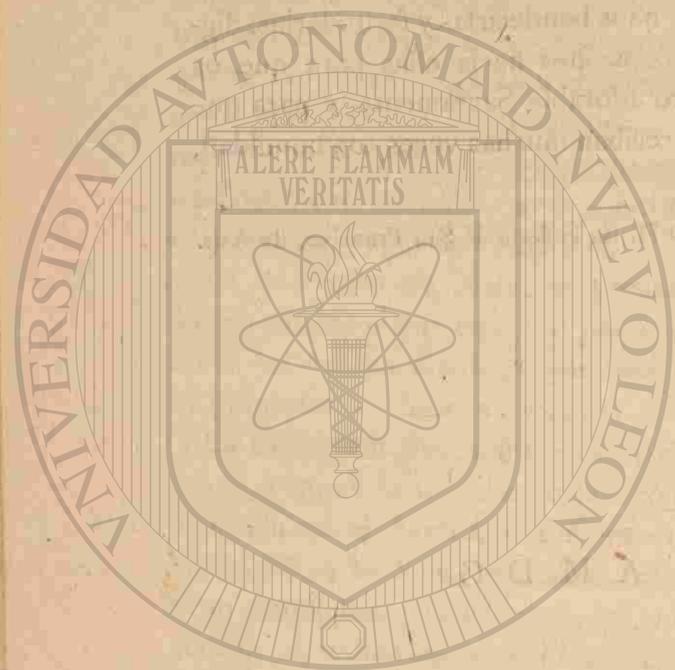
Es, pues, necesario comulgar para vivir como verdadero cristiano, así como es necesario comer para vivir y estar bien.

La adoración y la oración no bastan, pues por más excelentes que sean, y, en cierto sentido, necesarias. Hay que adorar y comulgar á fin de que Dios viva en nosotros y nosotros seamos verdaderamente de Él.

¡Jesús mío y Dios mío! por vuestro amor y por el de las almas que os son tan queridas he escrito estas pocas líneas. Dignaos bendecirlas y fecundarlas; dignaos atraer los corazones hacia ellas para que os visiten en vuestro adorable Sacramento, y para que os reverencien y reciban muchas veces con humildad, con amor.

4 de Octubre de 1877. En la fiesta de San Francisco de Asís.

A. M. D. G.



LAS MARAVILLAS
DE
LOURDES

POR

MONSEÑOR DE SEGUR

Traducción de D. José Sardá, abogado

Con licencia eclesiástica

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APROBACION DEL SEÑOR OBISPO DE TARBES

Nos, el infrascrito Obispo de Tarbes, hemos hecho examinar con minuciosidad por hombres sabios y *bien informados de todo desde su principio* el libro *LAS MARAVILLAS DE LOURDES* publicado por Mons. Segur. Nos han asegurado, y de ello nos hemos convencido por nosotros mismos, que nada de inexacto se halla en la obra.

No vacilamos, pues, en aprobarla y recomendarla. Esta lectura, llena de vida, atractivo é interés, puede hacer gran bien á las almas, aún después de la obra admirable que sobre lo mismo ha escrito Mr. Enrique Lasserre.

Tarbes, 19 de Octubre de 1871.

✠ P. A., obispo de Tarbes.

INTRODUCCIÓN

Los minuciosos pormenores del relato que vas á leer, amigo lector, son sacados de fuentes las más auténticas, y, por de pronto, del excelente y admirable libro de Enrique Lasserre, conocido ya en toda la Francia, y aun fuera de ella. Verídico, hasta rayar en escrupuloso, Mr. Lasserre quiso verlo, oírlo y juzgarlo todo por sí propio, para eso pasó meses enteros en Lourdes y su comarca, no perdonando gasto ni fatiga para preguntar personalmente á los curados milagrosamente, de suerte que su testimonio viene á ser el mismo de los que han intervenido como actores y testigos en las escenas que refiere, y de las cuales su fe viva le ha hecho narrador fidelísimo y de toda confianza.

Después he tomado prestadas estas narraciones del periódico *Anales de Nuestra Señora de Lourdes*, redactadas sobre el mismo teatro de los sucesos por los piadosos misioneros que publican en ellos, bajo aprobación del Ordinario, lo que ven con sus propios ojos y oyen con sus propios oídos. Dichos misioneros son, por decirlo así, espectadores colocados en primera fila: esta circunstancia da á su testimonio un valor incontestable. Pueden repetir, pues, los que

me prestan los datos, lo que en otros tiempos decía el apóstol San Juan: «Lo que aquí anunciáis, lo hemos oído nosotros, lo hemos visto con nuestros propios ojos, somos de ello testigos presenciales, y lo hemos tocado con nuestras manos. Para vosotros lo hemos escrito, á fin de que con nosotros os regocijéis y sea cumplido vuestro gozo.»

No se extrañará, pues, que recomiende con toda mi alma la lectura de dichos *Anales* y del bello libro de Mr. Lasserre.

En este bello compendio de las maravillas de Lourdes no he hecho otra cosa que condensar y modificar ligeramente en su forma relatos que no son míos. He dejado intacto el fondo; la exactitud en ellos es rigurosa; el mérito, si alguno tienen, pertenece todo entero á los misioneros redactores de los *Anales* y al ilustre historiador de Nuestra Señora de Lourdes.

Tampoco tengo necesidad de declarar aquí que, al referir ciertos hechos prodigiosos, en nada pretendo anticiparme al juicio que sobre ellos forme la autoridad de nuestra santa Madre la Iglesia. Sólo ella es competente para resolver en última instancia sobre puntos tan importantes y delicados.

EX-VOTO

En 17 de Octubre de 1869 mi madre estuvo á punto de ser arrebatada al cariño de los suyos por un terrible ataque que en pocas horas la redujo á los mayores apuros. Un hábil médico me hizo observar con toda franqueza el inminente peligro, añadiéndome que ciertos síntomas alarmantes no le permitían esperar cambio favorable. Su rostro estaba ya desencajado y su pulso daba apenas cuarenta pulsaciones.

Después de haber recibido con humildad y fervor los santos Sacramentos, la moribunda, cuya presencia de espíritu era todavía cabal, permaneció en el mismo estado durante algunas horas. «Será, me dijo aludiendo á su muerte, esta tarde al caer el sol.»

Una amiga de la familia, señora piadosa, que había acudido á darle el último adiós y á besar por vez postrera su mano, tuvo la inspiración feliz de recurrir á Nuestra Señora de Lourdes. Acogimos todos con entusiasmo este pensamiento: por una coincidencia providencial el último libro que mi madre y nosotros habíamos tenido entre manos era el bellissimo de Mr. Enrique Lasserre sobre el prodigio de Lourdes.

Dos horas después, nuestra buena amiga trájonos una botellita de agua de la gruta milagrosa; pusimos algunas gotas de ella en el lienzo que cubría la cabeza de la enferma, é hice voto, si la Virgen salvaba á nuestra madre, de ir á celebrar en su santuario de Lourdes una misa en acción de gracias.

Pocos minutos después que el agua de la Virgen hubo tocado la cabeza de mi madre, durmióse ésta con un sueño apacible que le duró hasta al anoche-
cer. Púsose el sol y estaba aún viva á pesar de su pronóstico. «Será por la madrugada, me dijo entonces, á menos que Nuestra Señora de Lourdes..... Tales ataques suelen sobrevenir principalmente al salir y al ponerse el sol.»

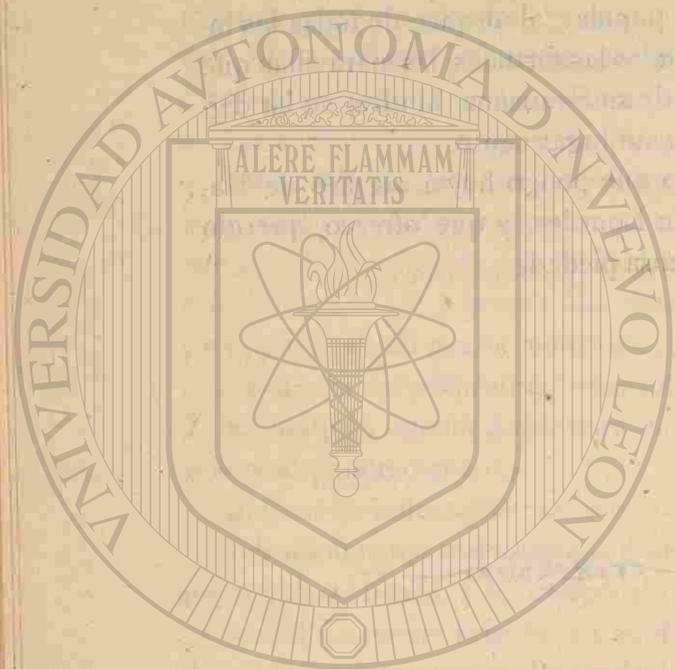
Amaneció el día siguiente, y no ocurrió novedad. Lo mismo aconteció al anoche-
cer de aquel día, y lo mismo al día después. La gravedad iba alejándose de día en día, y á los diez ó doce había principiado ya el período de convalecencia.

El médico, cristiano de veras, contemplaba con alegría y admiración los progresos de un restablecimiento tan sorprendente. Sin querer presentar este suceso como verdadero milagro, no puedo menos, sin embargo, de mirarlo como un favor sobrenatural debido á la Virgen de Lourdes.

Lleno de gratitud dí cumplimiento á mi voto. Tuve la dicha de visitar y venerar la sagrada gruta, embalsamada aún con el aroma de la Madre de Dios. Y queriendo dejar á este santuario un pequeño *ex-*

voto, recuerdo de mi agradecimiento y de mi aïnor, prometí á Nuestra Señora de Lourdes compendiar en un opusculito popular, al alcance de todas las inteligencias y de todas las fortunas, las maravillas que Dios, por medio de su Santísima Madre, se ha dignado realizar en este lugar santo.

Tal es el librito que pongo hoy á los piés de María en su gruta de Lourdes, y que ofrezco, querido lector, á tu fervorosa piedad.



LAS MARAVILLAS DE LOURDES

I

Una palabra sobre los santuarios

Hay en la tierra lugares privilegiados donde la misericordia de Dios quiso manifestarse en cierto modo con mayor prodigalidad. Tales lugares se llamaron *santuarios*, es decir, lugares especialmente santificados y santificantes. Llámaseles también lugares de peregrinación, á causa de los muchos peregrinos que á ellos acuden en demanda de gracias y beneficios.

Son, en efecto, los santuarios unas como fuentes, mejor diría, volcanes, de toda suerte de gracias. Un volcán es una montaña de donde salen, si no siempre, á lo menos muy á menudo, bocanadas del fuego misterioso que llena las entrañas de la tierra. Este fuego, cuya fuerza es inconcebible, revienta aquí y allí por mil aberturas que forma en la tierra, lanzando por ellas á veces un humo densísimo, otras grandes llamaradas que se conocen con el nombre de *erupciones*, y derramando por todas partes torrentes de ardiente lava.

Así nos parecen en sentido espiritual los mil y mil santuarios esparcidos por la faz de la tierra. *La tierra está llena de la misericordia del Señor*, dice la Escritura: esta misericordia vivifica y fecundiza nuestras almas, como el fuego central vivifica y fecundiza la tierra manteniéndola en un cierto grado de calor, sin el cual todo perecería. Mas de vez en cuando, á fin de satisfacer como una necesidad amorosa de su corazón y reanimar nuestra confianza y nuestra fe, se digna Dios dar salida de un modo extraordinario á los excesos de su amor. Para eso elige determinados lugares que vienen á ser de este modo puntos de cita universal para la oración, para la piedad, para el culto; fraguas constantemente encendidas, donde adquieren nuevo temple los corazones de los buenos, y donde se limpian y purifican los pecadores. De allí, como del cráter de los volcanes, sale á borbotones la gracia divina, y muy á menudo, para consuelo de los buenos y terror de los malvados, se manifiesta el poder de Dios con admirables prodigios.

A cada uno de estos lugares benditos, de donde brota como de fuente abundante la misericordia divina, puede aplicarse la hermosa invitación de la epístola de San Pablo á los hebreos: *Acerquémonos con confianza al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia*. Si, acudamos con fe sencilla y humilde seguridad á esos archivos de gracias. Allí nos aguar-

da Dios, desde allí dulcemente nos llama; ¿por qué hacerse del sordo á invitación tan amorosa?

Cuando del modo debido se quiere hacer una peregrinación, debe á velas desplegadas confiarse el corazón á la corriente de la voluntad divina, penetrarse del verdadero espíritu de la Iglesia, y seguir en todo la huella de los Santos, quienes han sido en todos tiempos devotos de las peregrinaciones.

Mas preguntarás acaso, ¿por qué Dios hubo de escoger tal lugar con preferencia á tal otro para hacer brillar en él su gloria, la de su Madre ó la de los Santos? Secreto es este que nos ha dejado escondido su Providencia: lo más cristiano es decir que lo ignoramos completamente. En toda cuestión forzoso es llegar á un *por qué* sin respuesta. Dueño es Dios de sus obras y de sus dones: cuando se digna favorecernos, contentémonos con adorar humildemente su mano bienhechora, sin exigirle inútiles explicaciones para satisfacer nuestra curiosidad. Para no hablar aquí más que de santuarios de la Virgen, tengo un gusto en hacer observar que en este punto la Francia es una nación privilegiada.¹ Apenas hay

¹ No podemos quejarnos los españoles de que haya sido escasa con nosotros en este punto la mano de la Providencia. España es el país clásico de los santuarios célebres. El Pilar, Covadonga, Montserrat, Atocha y cien otros son conocidos en todo el mundo. Apenas hay en nuestro suelo comarca sin santuario y sin romería.— (N. del T.)

diócesis en que no haya uno de esos santuarios, donde el Corazón amoroso de María se goza en consolar y santificar á sus hijos. La historia de estos piadosos santuarios ha sido piadosamente recogida, y bajo el título de *Nuestra Señora de Francia*, forma una obra llena de santas enseñanzas y de preciosos recuerdos. ¿Quién no ha oído hablar siquiera de Nuestra Señora de las Victorias, de Chartres, de Fouvrieres, de la Saleta, de la Guarda, del Buen Socorro, de Boloña, de la Treille, de Liesse, de Sééz, de Delivrande, etc?

El de Lourdes es el postrero que entre nosotros ha aparecido. Sin querer menoscabar en poco ni en mucho la legítima reputación de los demás, forzoso es confesar que este irradia ya con tan maravillosos resplandores, que parece haber sido escogido particularmente en nuestros tristes días por la Santísima Virgen para multiplicar allí de un modo asombroso los testimonios de su poderío.

A fin de excitar y fomentar la piedad y devoción de los peregrinos, me he decidido á reunir en este breve opúsculo los más interesantes recuerdos del santuario de la Inmaculada Concepción.

II

La gruta predestinada de Lourdes

Lourdes es una hermosa aldea de los Pirineos, diócesis de Tarbes. Antes de los prodigios de que vamos á dar cuenta, Lourdes no era conocida más que por su excelente fabricación de chocolate. Está situada al pié de las gargantas montañosas por donde se va á los más frecuentados establecimientos termales, tales como Caunterets, Saint-Sauveur, Bareges, Bagneres de Bigorre, Bagneres de Luchon.

Algo distante de la población, al Oeste, álzase una colina peñascosa, conocida en el país con el nombre de *Roches Massabielle*, es decir, viejas rocas. Corre al pié de ella un arroyuelo ó torrente, formado de todas las aguas que bajan de los montes del rededor. Actualmente se han aprovechado por medio de una acequia ó canal para motor de un molino y una máquina de aserrar maderas.

En este muro de rocas negruzcas abrió la naturaleza una gruta de unos doce piés de elevación por otros tantos de profundidad. La bóveda, compacta y lisa, forma una curva, y va á unirse en el fondo y por la izquierda con el suelo, formando un ángulo agudo. El lado derecho es casi perpendicular.

Al interior, á la derecha del espectador, á unos seis ó siete piés del suelo, vése una excavación en

forma de nicho de unos seis piés y en forma de O prolongada. Esta excavación es natural, como la misma gruta. Mano humana no se sabe que haya tocado jamás la piedra de esta gruta. El nicho es poco profundo, y por su misma conformación la gruta ni es húmeda ni oscura. Dos arbustos silvestres adornan graciosamente su entrada con festones de ramaje.

Tal era el lugar predestinado por la Providencia divina para manifestación de la gloria y bondad de la Santísima Virgen María. En el mes de Febrero de 1858 un rosal silvestre era el único adorno de la indicada gruta. Subía caprichosamente al pié del nicho, y con sus ramas formábale como una orla al redor. Nadie venía á ese lugar solitario, más que algunos guardianes de ganado que buscaban en la gruta un abrigo cuando se veían sorprendidos por la tempestad. El suelo ó pavimento de esta caverna silvestre estaba del todo seco.

III

La niña Bernardica

María Bernarda Soubirous, natural de Lourdes, á quien en adelante llamaremos únicamente con su nombre familiar de Bernardica, era en 1858 una muchachuela de catorce años, oscura y desconocida entre lo más oscuro y desconocido de todo el mundo.

Su familia vivía de su trabajo y pobres ahorrillos, en un estado de escasez que mejor pudiera llamarse miseria.

Bernardica nació raquítica; á los catorce años estaba todavía pálida, desmedrada, enfermiza; un asma penosísima hacía fatigoso su hablar ya desde la cuna. Criada por una nodriza en la vecina parroquia de Bartrés, parte de su infancia la pasó sosegada bajo la arboleda de esta aldea, guardando un reducido hatillo de ovejas. Nada la distinguía de las demás niñas de su edad. La opresión crónica de su pecho parecía hasta ahogar en ella la vivacidad y ligereza propias de la edad.

Pero esta infeliz muchacha guardaba un tesoro que Dios mira con ojos siempre amorosos: su corazón, su inocencia. Sencilla, afable, dócil en alto grado, cariñosa, todo era en ella puro y candoroso: la mirada, el hablar, la fisonomía. Los rasgos de ella eran vulgares, pero su conjunto dulce, agradable y simpático. Sus cabellos eran de un azabache hermoso, y sus ojos negros estaban llenos de suavidad y ternura.

A los catorce años Bernardica no había hecho todavía su primera Comunión. Su alma permanecía aún en la integridad de la inocencia bautismal.

Sentía verdadero horror hacia la maldad, y la hacían sufrir dolorosamente las faltas que veía cometerse en su presencia. Su hermana, de tres años más de edad que ella, cuenta con emoción que Bernardi-

ca la reprendía muy á menudo por su poca afición á rezar, atolondramiento y maneras desenvueltas.

Durante el rezo, que se hacía cada noche en su casa en común y en voz alta, la niña Bernardica conservábase siempre en actitud la más respetuosa; jamás se la vió apoyarse perezosamente en mueble alguno, ni perder su recogimiento.

Rezaba mucho á pesar de su falta completa de instrucción. Amaba la oración, sin embargo de no saber otra cosa que el santo Rosario. Con su rosario de cuentas groseras y pobres se dirigía muchas veces al día á la Madre de Dios, á la cual apenas conocía. Mas la humilde Virgen de Nazareth tenía ya desde entonces fijos los ojos en su devota Bernarda, y la amaba y veíala crecer de cada día más santa y más piadosa.

El sacerdote encargado de la parroquia de Bartrés, cuando Bernardica iba á dejar su aldea para volver á su casa á disponerse para la primera Comunión, encontrála un día con su ganado. Encantóle el aire de candor é inocencia de la muchacha. Saludóla con cierto respeto, y volviéndose otra vez á mirarla á cierta distancia, iba diciendo para sí: «Los pastorcillos á quienes la Virgen se dignó aparecer en las montañas de la Saleta debían ser por el estilo de esta rapazuela.»

No creía por entonces el buen Cura que fuesen tan puntualmente proféticas estas sus palabras.

IV

El jueves 11 de Febrero de 1858

El jueves 11 de Febrero de 1858, la madre de Bernardica permitió que ésta acompañase á su hermanita menor María y otra muchacha de su edad á recoger un poco de leña seca á orillas del torrente, por la parte de las rocas de Massabielle.

Bernardica vestía una saya grosera de lana negra, muy remendada, y llevaba en la cabeza la airosa capucha de lana blanca de las montañas del Pirineo, que le cubría las espaldas.

Las tres muchachas pusieronse alegremente en camino hacia las once y media de la mañana. Media hora después ocupábanse en su faena de recoger leña en el terreno comunal que rodeaba el torrente, frente la gruta que conocen ya nuestros lectores. Hacía frío y el día estaba nebuloso, pero tranquilo.

Habíase quedado Bernardica un poco atrás. Menos afortunada que sus dos compañeras, no había encontrado aún leña seca con que componer su haz. Ellas acababan de atrevesar el fondo del arroyo, á la sazón casi seco, á pié desnudo, y al volverse á poner sus pobres zapatícos, estaban contándole á Bernardica como el agua estaba tan fría.

Débil, fatigada por su asma habitual, la pobre Ber-

nardica vacilaba en atravesar el arroyo, temiendo mojarse los piés. «No me atrevo á meterme en el agua, les gritaba, enferma como estoy.» Decidióse por fin, y comenzó á descalzarse apoyándose en una piedra. Un ruido sordo, parecido á un soplo impetuoso, la ebligó á levantar la cabeza y á mirar en torno de sí. ¡Cosa rara! Los altos álamos que orlaban la ribera estaban inmóviles, sin que se moviese hoja de ellos. «Me habré equivocado,» dijo para sí la niña toda pasmada, y volvió á bajarse de nuevo para descalzar su pié. Pero el ruido misterioso empieza de nuevo al instante y parece oirse más fuerte en dirección de la gruta. Bernardica alza otra vez su cabeza, mira hacia allá. quiere lanzar un grito, pero la emoción embarga su voz; atónita de lo que está presenciando, póstrase y cae de rodillas.

Maravillosa aparición se destacaba delante de ella sobre el fondo de la gruta, en el nicho ó excavación que hemos descrito. En aquel mismo instante oyéronse de todas las campanas de la comarca las solemnes vibraciones del *Angelus Domini* del medio día.

V

Primera aparición

En medio de una luz deslumbradora, esplendorosa como la del sol, pero dulce y apacible como todo lo que viene del cielo, una Señora prodigiosamente bella dejóse ver á los ojos de la muchacha.

Parecía de estatura regular, y en todo el vigor y lozania de la juventud. Vestía traje blanco, tendido, resplandeciente, y de un tejido desconocido. Esta vestidura traía ajustada al talle con un ceñido flotante de color azul.

Largo velo blanco, liso y muy parecido á la vestidura anterior, cubría la cabeza y espaldas, y caía hasta tierra envolviendo en anchos pliegues todo el cuerpo. Los piés, de una limpieza virginal, mostrábanse desnudos, y parecían asentarse sobre el rosal silvestre de que hemos hecho mención. Dos como rosas brillantes, de color de oro, cubrían por su parte superior los piés de la Virgen. Juntas sus blanquísimas manos ante el pecho, ofrecían la actitud de una oración fervorosa, tenía envuelto en ellas un largo rosario blanco como la nieve, cuyas cuentas parecían retocadas de oro, y una hermosa cruz de oro, resplandeciente como las rosas de los piés, colgaba de su extremidad.

La fisonomía de la aparecida irradiaba inefable fe-

nardica vacilaba en atravesar el arroyo, temiendo mojarse los piés. «No me atrevo á meterme en el agua, les gritaba, enferma como estoy.» Decidióse por fin, y comenzó á descalzarse apoyándose en una piedra. Un ruido sordo, parecido á un soplo impetuoso, la ebligó á levantar la cabeza y á mirar en torno de sí. ¡Cosa rara! Los altos álamos que orlaban la ribera estaban inmóviles, sin que se moviese hoja de ellos. «Me habré equivocado,» dijo para sí la niña toda pasmada, y volvió á bajarse de nuevo para descalzar su pié. Pero el ruido misterioso empieza de nuevo al instante y parece oírse más fuerte en dirección de la gruta. Bernardica alza otra vez su cabeza, mira hacia allá. quiere lanzar un grito, pero la emoción embarga su voz; atónita de lo que está presenciando, póstrase y cae de rodillas.

Maravillosa aparición se destacaba delante de ella sobre el fondo de la gruta, en el nicho ó excavación que hemos descrito. En aquel mismo instante oyéronse de todas las campanas de la comarca las solemnes vibraciones del *Angelus Domini* del medio día.

V

Primera aparición

En medio de una luz deslumbradora, esplendorosa como la del sol, pero dulce y apacible como todo lo que viene del cielo, una Señora prodigiosamente bella dejóse ver á los ojos de la muchacha.

Parecía de estatura regular, y en todo el vigor y lozania de la juventud. Vestía traje blanco, tendido, resplandeciente, y de un tejido desconocido. Esta vestidura traía ajustada al talle con un ceñido flotante de color azul.

Largo velo blanco, liso y muy parecido á la vestidura anterior, cubría la cabeza y espaldas, y caía hasta tierra envolviendo en anchos pliegues todo el cuerpo. Los piés, de una limpieza virginal, mostrábanse desnudos, y parecían asentarse sobre el rosal silvestre de que hemos hecho mención. Dos como rosas brillantes, de color de oro, cubrían por su parte superior los piés de la Virgen. Juntas sus blanquísimas manos ante el pecho, ofrecían la actitud de una oración fervorosa, tenía envuelto en ellas un largo rosario blanco como la nieve, cuyas cuentas parecían retocadas de oro, y una hermosa cruz de oro, resplandeciente como las rosas de los piés, colgaba de su extremidad.

La fisonomía de la aparecida irradiaba inefable fe-

licidad. Respiraba á la vez majestad, inocencia, bondad, paz y dulcedumbre. La frente lisa y serena, los ojos de un azul celeste, llenos de hechizo tal que hacían derretir de emoción el corazón de la niña Bernardica. Los labios derramaban suavidad y mansedumbre del todo divinas.

Por otra parte, nada de vago, vaporoso, indeciso ó fluctuante en esta aparición maravillosa. No era fantasma de la imaginación, era realidad viva lo que veía la dichosa muchacha, y aquella forma glorificada presentaba todos los caracteres de un verdadero cuerpo viviente, palpable y lleno de movimiento.

Arrebatada de admiración la humilde niña, no acertaba á dar crédito á lo que veían sus ojos. De en medio de su resplandeciente aureola de luz la hermosa Señora parecía sonreírle deliciosamente, y con ambas manos y con la cabeza dulcemente inclinada hacía como si la saludase.

Bernardica frotábase los ojos, buscando maquinalmente en su bolsillo su rosario, y haciendo como para defenderse la señal de la cruz. Pero su mano se sintió como paralizada. Una vaga inquietud se apoderó de su corazón. Mas en este momento la Señora tomando con la mano derecha la cruz del rosario que colgaba de su puño cerrado, hizo la señal de la cruz, y con una sonrisa de indecible dulzura parecía decir á la muchacha: «Haz como hago yo.» Imitóla Bernardica, y sintió expedito su brazo. La Señora junta otra vez las manos y empieza á rodear entre

sus dedos las cuentas de su rosario. Bernardica empieza á rezar el suyo.

Su hermana la estaba contemplando en aquel mismo punto. Veíala pálida, los ojos en blanco, en la actitud inmóvil y recogida de la oración.

—¡Caramba! dijo á su compañera, mira á Bernardica como reza.

—¡Qué ocurrencia, repuso ésta, venir á rezar aquí! Bastante hay con rezar en la iglesia.

—¡Bah! dejémosla: esta no sabe más que rogar á Dios.

No cuidaron más de Bernardica, y buscando el fresco fueron á sentarse bajo el ramaje de unos pequeños arbustos. Así pasaron todo el rato que cumplió Bernardica en rezar su rosario.

Bernardica continuaba entre tanto siempre inmóvil, clavados los ojos en la misteriosa Señora, tan hermosa, tan dulce.

La Señora con ademán bondadoso hizole con el dedo señal de que se acercase, sin otra voz que ese gesto y su repetida sonrisa. Bernardica no osaba moverse. Al fin la Señora extiende el brazo, se inclina dulcemente, sonríe como por despedida.....

Bernardica echa de ver entonces la roca desnuda, el rosal silvestre solo, y oye y mira á sus compañeras que jugueteaban. La celestial visión había desaparecido.

La Inmaculada Virgen María (pues ella era la aparecida) había vuelto otra vez al secreto impenetrable

de los cielos, cuya gloria no pueden vislumbrar siquiera nuestros sentidos, á no ser por un especial prodigio.

Bernardica se levanta, se descalza precipitadamente, atraviesa el arroyo, y llegándose á sus dos amigas les dice con voz aún toda alterada: «Y vosotras nada habéis visto?» Y respondiendo las muchachas tranquilamente que no, calla ella, y las tres juntitas emprenden de nuevo el camino de Lourdes.

Preguntada entre tanto con empeño por su hermanita, acabó por referirle minuciosamente lo que acababa de ver, haciéndole empero prometer repetidas veces que le guardaría secreto. Sabido luego por la madre, no quiso dar crédito á la relación, y dijo á Bernardica que se dejase de tonterías y de imaginaciones, y que en adelante le prohibía volver á la gruta. La buena madre temía que su hija no fuese víctima de algún lazo de Satanás. Callóse Bernardica, pero sintió oprimirsele el corazón, y al llegar la hora del rezo de la noche, rompió en sollozos, repitiendo su invocación favorita: *Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que acudimos á Vos.* Entre tanto ninguna duda le cabía á la muchacha de que realmente fuese la Virgen quien se le había aparecido en la gruta; desde entonces apoderóse de ella un deseo irresistible de volver á ella con la esperanza de ver otra vez á la hermosa Señora.

VI

Segunda aparición

El domingo siguiente, 14 de Febrero, la hermana de Bernardica, Juana la niña vecina suya y otras niñas pidieron con tanta instancia á la madre de la primera que le permitiese volver á la gruta, que ella condescendió. El tiempo era magnífico.

Un pensamiento traía entre tanto ocupadas á aquellas tiernas cabezuelas: ¿quizá esta aparición extraordinaria sea una jugarreta del demonio? «¿Tal vez sea cosa del enemigo malo? decían las chicas á Bernardica. En este caso es preciso echarle agua bendita. Si es el maligno huirá, y tú le dirás: Si vienes de parte de Dios, acércate; si eres cosa del diablo, alejate de ahí.» En el fondo de su corazón estaba Bernardica muy segura de que la aparición no era cosa de Satanás. Prometió, no obstante, obrar como le aconsejaban sus previsoras compañeras. Púsose en marcha, y al pasar por la iglesia tomaron agua bendita en un pequeño frasco: al fin llegaron á la gruta.

Nada ofrecía de particular. «Arrodillémonos, dijo para sí la muchacha, y recemos el Rosario.» Comenzábalo apenas, cuando la fisonomía de la devota niña se iluminó de repente, resplandeció de júbilo, fijáronse sus ojos en la excavación de la gruta con una

expresión indecible de felicidad: otra vez estaba allí presente la hermosísima Señora, esplendorosa como la primera vez, rodeada de luz, sonriente, silenciosa, con su rosario blanco y dorado entre los dedos.

«¡Miradla! exclamó arrebatada Bernardica. ¡Miradla! ¡allí está!» Mas las muchachas compañeras de Bernardica nada vieron. Y al mismo tiempo mostrábase de tal suerte transfigurado el semblante de Bernardica, que las demás no pudieron dudar ni un instante de la realidad de la aparición sobre natural. «¡Ah! ¿no la veis? proseguía ella, ¿no la veis? ahora sonríe, ahora saluda.»

Entonces una de las niñas puso en manos de Bernardica la botellita del agua bendita. Levantóse ésta echando repetidas veces y á chorro el agua en dirección á la imagen aparecida, diciendo á la vez en alta voz: «¡Si venís de parte de Dios, acercaos!» ¡Cosa singular! Sus compañeras no oyeron estas palabras, ni advirtieron que Bernardica hablase.

El agua bendita llegó hasta el rosal silvestre, junto á los piés de la Virgen que, sonriendo todavía con más dulzura, adelantóse hasta el borde mismo de la excavación, inclinándose con sumo cariño hacia la niña. Bernarda dijo segunda vez: «Si venís de parte de Dios, acercaos.» Sin atreverse, empero, á añadir lo restante, tan segura estaba de que lo que veía no procedía del enemigo infernal.

«Con que, ya lo veis, decía entre tanto á sus amigas la niña feliz; cuando le echo agua bendita, alza

los ojos al cielo y se dirige hacia mí.» Y luego añadió: «¿No la veis vosotras? Allí está..... nos mira..... sonríe... de vez en cuando mueve la cabeza... Mirad sus piés..... su ceñidor anda revoloteando. ¿Veis? tiene el rosario rodeado al brazo..... ¡Oh! ¡Cuán hermosa!..... Ahora toma su rosario, y se per-signa con él.»

Bernardica se puso otra vez de rodillas, hizo muy extendida la señal de la cruz, quedó inmóvil, y continuó resando su Rosario. Arrodillada, juntas las manos, las cuentas entre sus dedos, tieso el cuerpo como si una fuerza superior se lo sostuviese, pálida, descoloridos los labios, los ojos elevados y fijos, parecía una estatua de una santa en el transporte de su éxtasis. Su rostro semejaba finísima cera. Sonreía, y lágrimas á hilo tendido se mezclaban con su dulce sonrisa.

La Santa Virgen acogía bondadosa la sencilla plegaria de la niña, y le mostraba de continuo las cuentas del rosario, deslizándose suavemente entre sus blancos dedos.

Sonrióle por la vez postrera, como tierno adiós, y desapareció.

Al anoecer, toda la población había oído hablar de las maravillas acaecidas en la gruta de Massabielle ya por dos veces seguidas.

VII

Tercera aparición y primeras palabras de la Virgen

Volvió Bernardica á su casa, henchido de gozo el corazón, poseída únicamente de la idea de los prodigios que había visto. No sabía aún quién podía ser su celestial aparecida. Las demás niñas estaban llenas de miedo; el sér sobrenatural á quien no veían, pero de quien oían hablar con tanta seguridad, les causaba profundo pavor. «Tenemos miedo, Bernardica, dijeron á la niña; no queremos volver más á la gruta. Lo que tú has visto puede tal vez acabar por causarnos algún daño.»

Los padres de Bernardica no dudaron de la sinceridad de su piadosa hija; pero no por eso podían resolverse á creer la realidad de la aparición. «Es muy niña, decían, ha creído ver algo, pero en realidad nada. Son imaginaciones de muchacha.»

Sin embargo, las afirmaciones de la niña eran tan seguras, y sobre todo tan ingenuas; los pormenores tan preciosos; estaban tan acostumbrados á no oír nunca de Bernardica más que la verdad, que los buenos padres en definitiva no sabían á qué atenerse. Así es que no se atrevieron á renovarle su prohibición de ir á la gruta.

Muchos acudieron á casa Soubirous para interrogar á la niña; su relación iba acompañada de tanto

candor y sencillez, que los más prevenidos en contra se volvían convencidos de la realidad del prodigio.

El jueves, 18, una señora llamada Millet, y una joven individua de la Congregación de María, llamada Antonia Peyret, fueron muy de mañana á casa de Bernardica para acompañarla á la gruta. Oyeron la primera misa á las cinco y media en la parroquia del pueblo, y partieron de allí á las rocas de Massabielle. «Será alguna alma del purgatorio que pide sufragios,» decían para sí. En esta suposición previniéronse de un cirio, y temiendo que Bernardica no comprendiese bien lo que se le diría, se habían llevado papel y tintero para apuntarlo ellas.

Una fuerza superior parecía animar á la privilegiada muchacha; sus compañeras apenas podían seguirla; de suerte que llegó algo antes que ellas á la dichosa gruta. Arrodillóse en el sitio acostumbrado, un poco hacia fuera de la entrada; empezó su rosario, mirando á la excavación ó nicho de siempre, vacío aún. De repente lanza un grito de júbilo... resplandor celestial ilumina el fondo de la cueva; oyese de en medio de la luz una voz que llama á la niña, y aparecele al instante á poca distancia de ella la admirable Señora. Como siempre, sonreíale dulcemente y estaba encantadora. Inclínose en actitud benévola hacia Bernardica, y con la mano le hizo seña de que se acercase.

Antonia y la señora Millet llegaron entonces y advirtieron el semblante de la niña transfigurado. De-

tuviéronse por un sentimiento instintivo de respeto, hasta que, conociéndolo Bernardica, les dijo con dulzura:

—Allí está, y me ha hecho seña de que me acercase.

—Pregúntale, repusieron, pregúntale si es gusto de que nosotras estemos aquí contigo. De lo contrario nos retiraremos.

Miró un instante al nicho la niña Bernardica, como consultando á la invisible aparición, y respondió:

—Podeis quedaros.

Y las dos señoras se pusieron de rodillas al lado de Bernardica, y encendieron el cirio bendito que á prevención habían traído.

Bernardica no atendía entre tanto más que á su dulce aparecida. «Acércate á ella le dijeron sus compañeras, ya que te ha llamado y hecho señas. Acércate, y pregúntale quién es y á qué viene á estos lugares. ¿Es por ventura alma en pena que implora sufragios? Dile que escriba en este papel lo que desea. Estamos dispuestas á hacer todo lo que sea necesario para su reposo.»

Bernardica no tenía ya miedo. Las sonrisas con que la Señora misteriosa contestara el domingo anterior á sus exorcismos habían desvanecido toda sombra de inquietud. Tenía confianza sin límites en la hermosa aparición, que entonces se le presentaba más que nunca radiante y afable. Bernardica tomó, pues, el papel, el tintero y la pluma, y dirigióse con

ellos hacia la aparición en ademán de entregárselos. Las dos compañeras se habían puesto en pié para seguirla y escuchar lo que se le diría. Más Bernardica, sin moverse de su lugar, les hizo seña de que no se adelantasen, y ellas se retiraron luego algo confusas.

—Señora mía, dijo entonces con ingénuo sencillez la piadosa muchacha, si algo tenéis que comunicarme, tened la bondad de escribirlo en este papel que os presento.

Las dos compañeras no oyeron palabra alguna de estas, ni advirtieron siquiera movimiento en los labios de la muchacha.

Un momento después, Bernardica bajó lentamente sus brazos, escuchó un instante y volvióse con su papel en la mano.

—Y bien, veamos, ¿qué te ha contestado? le preguntaron sus compañeras.

—¡Ah! respondió la niña feliz; ha sonreído y luego me ha dicho: *Lo que tengo que comunicarte no hay necesidad alguna de escribirlo. Hazme únicamente el obsequio de venirme aquí durante unos quince días seguidos. Yo se lo he prometido, y ella me ha dicho: Yo también te prometo hacerte dichosa, no ciertamente en este mundo, sino en el otro.*

Entonces Bernardica fué á reunirse con sus compañeras: la santa Virgen la iba siguiendo con sus ojos, fijándolos un momento con ternura en la joven

Antonia, que era individua de la Congregación de Hijas de María.

—Ahora os está mirando, dijo Bernardica á Antonia, que quedó estupefacta.

—Pregúntale, dijeron las dos, si le disgustará que durante estos quince días vengamos también nosotras contigo á esta gruta.

Bernardica cumplió el encargo, y la santa Virgen, verdadera Madre de misericordia, le respondió: *Pueden venir contigo ellas y las que gusten.*

Y desapareció, y tras ella desvaneci6se igualmente el resplandor que había iluminado la gruta.

VIII

Los tres primeros días de la quincena milagrosa

Las dos compañeras de Bernardica llevaron á sus parientes y conocidos la nueva de todo lo que habían visto y oído. Estos, vivamente impresionados, empezaron á darles algún crédito y resolvieron acompañarlas á su vez en otra expedición. Bernardica les contó con su acostumbrada sencillez lo que le había dicho la Señora de la gruta, y cómo le había hecho prometer que iría cada día durante una quincena seguida.

Era cabalmente aquel día en Lourdes día de mercado. El rumor de las apariciones de la gruta de

Massabielle se esparció entre la multitud, y desde el día siguiente la gran noticia conmovió, no solamente la población de Lourdes, sino toda su comarca, el llano y la montaña. «Si la aparición es real, decían aquellas buenas gentes, sin duda es María Santísima quien se aparece á Bernardica.»

El viernes, 19, á la madrugada llegó otra vez Bernardica á su querida gruta, acompañada de su padre, madre y de un centenar de personas que la aguardaban ya de antemano en aquel sitio. La multitud de concurrentes fué creciendo sucesivamente. El día 20 eran cuatrocientos ó quinientos; el domingo, 21, algunos miles. Llenaban todos los alrededores de la gruta, y cubrían por completo el terreno comunal al otro lado del arroyo.

La madre de Bernardica tuvo la dicha de ver con sus propios ojos el éxtasis de su hija al presentársele la aparición: vió, como todos los demás, su tierna fisonomía, tan modesta y vulgar en su estado natural, iluminarse de repente y como transfigurarse. Su frente estaba radiante. Todos sus rasgos parecían animarse y adquirir no sé qué de celestial y divino; su boca entreabierta expresaba la admiración, la felicidad y la aspiración al cielo; sus ojuelos fijos y brillantes revelaban la dicha de una contemplación delici6sima, reflejando el gozo inefable de su corazón.

Cuantos han visto á Bernardica en estos momentos de éxtasis, aseguran que nada hay parecido á aquello sobre la tierra, y que la impresión que les

Antonia, que era individua de la Congregación de Hijas de María.

—Ahora os está mirando, dijo Bernardica á Antonia, que quedó estupefacta.

—Pregúntale, dijeron las dos, si le disgustará que durante estos quince días vengamos también nosotras contigo á esta gruta.

Bernardica cumplió el encargo, y la santa Virgen, verdadera Madre de misericordia, le respondió: *Pueden venir contigo ellas y las que gusten.*

Y desapareció, y tras ella desvaneci6se igualmente el resplandor que había iluminado la gruta.

VIII

Los tres primeros días de la quincena milagrosa

Las dos compañeras de Bernardica llevaron á sus parientes y conocidos la nueva de todo lo que habían visto y oído. Estos, vivamente impresionados, empezaron á darles algún crédito y resolvieron acompañarlas á su vez en otra expedición. Bernardica les contó con su acostumbrada sencillez lo que le había dicho la Señora de la gruta, y cómo le había hecho prometer que iría cada día durante una quincena seguida.

Era cabalmente aquel día en Lourdes día de mercado. El rumor de las apariciones de la gruta de

Massabielle se esparció entre la multitud, y desde el día siguiente la gran noticia conmovió, no solamente la población de Lourdes, sino toda su comarca, el llano y la montaña. «Si la aparición es real, decían aquellas buenas gentes, sin duda es María Santísima quien se aparece á Bernardica.»

El viernes, 19, á la madrugada llegó otra vez Bernardica á su querida gruta, acompañada de su padre, madre y de un centenar de personas que la aguardaban ya de antemano en aquel sitio. La multitud de concurrentes fué creciendo sucesivamente. El día 20 eran cuatrocientos ó quinientos; el domingo, 21, algunos miles. Llenaban todos los alrededores de la gruta, y cubrían por completo el terreno comunal al otro lado del arroyo.

La madre de Bernardica tuvo la dicha de ver con sus propios ojos el éxtasis de su hija al presentársele la aparición: vió, como todos los demás, su tierna fisonomía, tan modesta y vulgar en su estado natural, iluminarse de repente y como transfigurarse. Su frente estaba radiante. Todos sus rasgos parecían animarse y adquirir no sé qué de celestial y divino; su boca entreabierta expresaba la admiración, la felicidad y la aspiración al cielo; sus ojuelos fijos y brillantes revelaban la dicha de una contemplación deliciosa, reflejando el gozo inefable de su corazón.

Cuantos han visto á Bernardica en estos momentos de éxtasis, aseguran que nada hay parecido á aquello sobre la tierra, y que la impresión que les

causó les dura aún después de muchos años, viva como el primer día.

En cuanto á la dichosa niña, la *vidente*, como desde entonces empezaron á llamarla, conservaba, en medio de esta admiración de que era objeto, todo su candor y nativa ingenuidad. Vestidita siempre con su ordinario traje negro, envuelta la cabeza y espaldas en su capuchita de lana blanca, adelantóse también esta vez tranquilamente con un cirio en la mano; arrodillóse delante de la gruta, tomó su rosario y empezó á rezar como de costumbre. Todo respiraba en ella inocencia, verdad y ausencia de pretensiones. La celestial aparición se presentó al momento que la niña privilegiada hubo terminado su rosario.

La multitud continuaba callada y respetuosa; al pasar Bernardica todos la abrían paso con veneración, como si el soplo invisible de la gracia pasase por encima de aquella piadosa concurrencia.

El domingo, 21, la Santísima Virgen mostróse como de costumbre á su amiga, siempre con su mismo traje blanco y luminoso, su ceñidor azul, su rosario blanco y dorado. Sonrió como otras veces á Bernardica, y la saludó con un gracioso movimiento de la cabeza y de la mano.

Hubo un momento en que la aparición pareció hacerse hacia atrás, y como hundirse en el interior de la roca. Para no perderla de vista, la pobre niña fué acercándose sobre sus rodillas hacia el fondo de la gruta y observando que la fisonomía de la Señora se

había puesto de repente triste y compungida: «¿Qué tenéis? se atrevió á preguntar, ¿qué debo hacer?» *Rogar por los pecadores*, respondió la Madre de misericordia. Y los circunstantes vieron dos gruesas lágrimas rodar por las mejillas de Bernardica, cuyos ojos permanecían desmesuradamente abiertos y clavados en María. Pronto, empero, resplandeció otra vez el júbilo en el rostro de la muchacha, pues la Virgen á su vez había también recobrado su alegre aspecto de costumbre. Después de lo cual todo otra vez desapareció.

IX

Contrariedades y persecuciones que se le suscitaron á la pobre Bernardica

Las obras de Dios son siempre contrariadas por la malignidad del demonio y por las pasiones é ignorancia de los hombres. Las maravillas que para gloria de Dios y salud de las almas estaban realizándose y debían multiplicarse en la gruta de Lourdes, fueron desde luego atacadas y desnaturalizadas.

Unos gritaron: ¡Superstición! ¡ilusiones! ¡bobería! «La muchacha está loca, desían: que se le encierre.» Otros empezaron á hablar de trampa y superchería. «Es un petardo, todo acabará por sacarles dinero á los bausanes. La niña está representando una farsa

indigna. Preciso es que tome cartas en el asunto la justicia.» Otros, finalmente, más templados ó algo más enterados de los hechos, viendo que no se podía sospechar de la ingenuidad, ni de la honradez de la muchacha, «eso serán, decían, meros fenómenos naturales que son del dominio de la fisiología. La ciencia sabe perfectamente los varios fenómenos que ofrecen la catalepsia, el histérico y la alucinación. Que un buen médico examine de cerca las cosas, y de fijo las pretendidas visiones desaparecerán como la nieve al ardor del sol.»

La población de Lourdes estaba literalmente fuera de sí. El comisario de policía, ya que al parecer un buen comisario de policía no está obligado á creer en milagros, creyó haber hallado excelente ocasión de acreditar su celo. La tarde, pues, del mismo domingo, después de Vísperas, uno de sus agentes, viendo á la multitud que asediaba á Bernardica con sus preguntas, quiso detenerla «en nombre de la ley,» á pesar de la justa indignación de todos. «Seguidme á casa del comisario de policía,» dijo á la muchacha.

El milano fué esta vez cogido por la paloma. De todo se valió el astuto comisario: buen modo, caricias paternales, burlas, amenazas, promesas, todo lo probó para desorientar á la pobrecita lugareña. Como esta decía la verdad, no le bastaba más que seguir afirmándose en ella, y esta misma verdad, cándida y sencillamente expuesta, traía mohino y desconcertado al comisario. Resistía tenazmente á ella el buen señor,

pero de cualquier lado que se volviese se la encontraba firme, luminosa, incontestable. Bernardica continuaba tranquila é inmóvil; la Virgen María protegía evidentemente á su devota hija. «¡Qué firmeza en todo lo que expone!» decía al comisario un testigo del interrogatorio. «¡Qué acento de verdad! Indudablemente ella cree haber visto algo. Es incapaz de mentir.»

Una hora larga duró el examen. El comisario estaba furioso; por añadidura la multitud empezaba á indignarse y á ponerse en actitud amenazadora. El padre de Bernardica presentóse á reclamar á su hija, pero fué materialmente amenazado por el empleado, que le prometió prohibir formalmente á Bernardica sus visitas á la gruta. «La perdono por esta vez, dijo en alta voz el celoso funcionario, pero en caso de reincidencia irá sin remedio á la cárcel. Sabéis que el procurador imperial no admite en estos asuntos temporización alguna.» Y despedidos con un gesto brutal, padre é hija volvieron á su casa con gran satisfacción de la multitud.

En cuanto á la honradez de Bernardica y de sus padres, fué tentada aún por otros medios menos delicados: pero siempre con igual resultado. Se les ofreció plata y oro, se les hicieron seductoras promesas. Todo lo rehusaron, y no obstante... ¡sabe muy bien Dios cuán pobres eran!

Los médicos y muchos de los que á sí propios se llaman modestamente «los hombres de la ciencia,»

no quisieron ser menos. Desde el domingo, 21, uno de los principales médicos de Lourdes, el Dr. Dozous, quiso darse cuenta á sí mismo, por propia experiencia, de los fenómenos «catalépticos é histéricos» que según él, podían dar satisfactoria explicación de todo el caso. Presentóse, pues, muy de madrugada á la gruta, colocóse junto á Bernardica al llegar allí la niña, resuelto á examinarlo todo muy de cerca con sus propios ojos.

Quedó pasmado. Ninguno de los caracteres de las enfermedades hasta la sazón conocidas se manifestaba allí. Absorta en la contemplación de la Santísima Virgen, la niña conservaba perfecto conocimiento de todo lo que pasaba á su rededor; un cirio estaba á punto de apagarse, y ella extendía su mano luego para avivarlo; y cuando álguien con un bastón pretendía tocar el rosal silvestre, en el que tenía fijos sus ojos, ella hacía inmediatamente señal de que se abstudiesen de tocarlo, manifestando al mismo tiempo en su rostro la mayor ansiedad. «Aquí no hay la catalepsia con su rigidez, decía el médico, ni la alucinación con su inconsciencia; es un hecho extraordinario, de un orden totalmente desconocido á la medicina.

Tocóle el brazo á Bernardica, y hallóselo flexible. Tomóle el pulso: las pulsaciones eran tranquilas, regulares y perfectamente normales. Nigún síntoma de enfermedad. Decididamente «la ciencia» había perdido el pleito.

Sin embargo, continuaron las contradicciones y acabaron por verdaderas persecuciones. El comisario de policía se portó indignamente, llevando el asunto hasta el despacho del procurador imperial, hasta la prefectura de Tarbes. Dictóse contra la inocente niña una orden de comparecencia, por «medida administrativa» (es decir, por el derecho del más fuerte, que no permite discusión); Bernardica, declarada loca por parte del prefecto, estuvo á punto de ser arrancada á su padre y á su madre y encerrada en una casa de dementes. Sin la energía verdaderamente sacerdotal del venerable párroco de Lourdes, se habría consumado el crimen. «Esta niña es inocente, exclamó indignado cuando el procurador imperial y el alcalde de Lourdes fueron á denunciarle la decisión del prefecto; esa niña es inocente, y no habéis podido hallar pretexto alguno para perseguirla. Semejante medida sería la más odiosa de las persecuciones, tanto más odiosa cuanto que se trata de vejar á un pobre sér indefenso. El prefecto no puede por ningún título decretar la detención de Bernardica. Clérigo y cura de esta parroquia, me debo á todos y en particular á los débiles. Comprendo mi deber de pastor. Id, pues, á decir al prefecto que los gendarmes me han encontrado en casa de esta pobre familia, y que tendrán que pasar por encima de mi cuerpo antes que toquen un solo pelo de la cabeza de esta pobre niña. Haced averiguaciones, libres sois, mas si queréis vejar á personas inocentes,

sabed que antes de tocar á la última y á la menor de mis ovejas, tendréis que empezar por mí.» No se atrevieron á pasar adelante, y la inocente niña fué salvada por la Virgen Santísima primero, y después por el valor y la fe del abate Peyramale.

Este excelente sacerdote tenía más derecho que cualquier otro á tomar á su cuidado la causa de Bernardica, puesto que desde el principio de las apariciones había guardado la más prudente y completa reserva relativamente á los hechos de la gruta. Había exigido la misma actitud por parte de sus vicarios, dejando primero al tiempo y luego á su Obispo el cuidado de determinar de una manera definitiva el carácter verdadero de las misteriosas apariciones.

Tocante á Bernardica, mucho tuvo que sufrir hasta que la evidencia de la verdad y el inmenso poder de la inmaculada Virgen hubiesen triunfado de todos los obstáculos.

Un día, durante la aparición, el comisario de policía y el brigadier de los gendarmes llevaron su insolencia hasta el punto de querer meterse, por decirlo así, entre Bernardica y la Madre de Dios. Se colocaron delante de la niña arrebatada en éxtasis y trataron de perturbarla; pero su madrina, indignada, defendió enérgicamente la libertad de la niña, que no hacía mal alguno, y á quien nadie tenía derecho de mortificar.

Muchas veces fueron amenazados los padres de Bernardica, lo mismo que ella; pero nada pudo do-

blegar la tranquila firmeza de la pobre niña, antes bien animaba á su familia, diciéndoles repetidamente: «No harán todo lo que dicen, y Dios es más fuerte que ellos. No temais: haced como yo, que no tengo miedo. Si me meten en la cárcel, tendrán el trabajo de sacarme de allí.»

Estas contradicciones y persecuciones duraron muchos meses. Pero volvamos á la relación de las maravillosas apariciones.

X

Día quinto de la quincena

Al volver á su casa, después de la violenta escena del comisario de policía, el padre Soubirous prohibió á la pobre Bernardica volver en adelante á la gruta. La niña, de esforzado corazón, estaba sumisa. No sabía desobedecer, como no sabía mentir.

El lunes, 22 de Febrero, fué enviada temprano á la escuela, donde la esperaban otras penas. A más de la privación que se acababa de imponerle, privación que su amante corazón sentía profundamente, tuvo el disgusto de verse puesta en ridículo por algunas niñas de la escuela y, lo que es peor, por las Religiosas, que no creían en la realidad de las apariciones, permitiéndolo Dios así para probar á la privilegiada niña. No tenían tiempo aún para co-

nocer bien á Bernardica, y se creyeron en el deber de prohibirle ellas también que fuese á la gruta.

La pobre niña no sabía que hacer: no quería desobedecer á su padre ni á las Hermanas; y sin embargo creía obrar mal faltando á la promesa que había hecho á la misteriosa Señora, tan hermosa, tan buena, tan amada. Dios bondadoso se encargó de resolver la dificultad. En el momento en que Bernardica salía de la escuela para regresar á su casa, una fuerza extraña, irresistible, se apoderó de ella y la trasladó, como llevada por el viento, al pié de la gruta, donde se encontró sin saber cómo.

Toda la mañana hubo una multitud considerable esperando en vano á la pequeña *vidente*. Cuando esta llegó, á eso de las doce y media, había aún mucha gente.

Mas ¡ay! Los días se suceden, y no se parecen por más que Bernardica oraba, miraba, rezaba y volvía á rezar el Rosario, no se le aparecía nada. Pasóse así muy largo espacio. Desconsolada la niña se volvió llorando. Asediada por mil preguntas, respondía con dulzura, anegados en lágrimas los ojos: «Hoy no se me ha aparecido la Señora; nada he visto.» Muchos se burlaban de ella. «Los otros días, añadía Bernardica, la he visto como os veo á vosotros, y nos hablábamos ella y yo; pero hoy no está, no sé por qué.»

Regresó á su casa llorando y orando. «¿Habré cometido alguna falta?» se preguntaba. Mas su con-

ciencia de nada la acusaba: á pesar de su disgusto, estaba llena de esperanza.

—¿De dónde vienes? la preguntó su padre al verla entrar.

Bernardica refirió lo que le había pasado.

—¿Y dices que una fuerza te llevó á pesar tuyo?

—Sí, respondió ella.

«Es verdad, pensó, pues esta niña nunca ha mentido.»

Y después de reflexionar un momento, tomando su resolución, dijo á su hija:

—Pues bien, toda vez que es así, pues que te ha arrastrado una fuerza superior, no te prohibo que vayas á la gruta, y te dejo libre.

Este permiso inesperado llenó de júbilo á la pobre muchacha.

XI

Bernardica á los piés de la santísima Virgen

En la primera parte de la milagrosa quincena Bernardica no recibió orden alguna de la Virgen. Permanecía ordinariamente arrodillada á la entrada de la gruta mientras duraba su arrobamiento. Pasaba el tiempo de la aparición contemplando plácidamente á la gloriosa é inmaculada Virgen, Reina del Rosario; á Aquella que es la dulzura del cielo y de la tierra.

nocer bien á Bernardica, y se creyeron en el deber de prohibirle ellas también que fuese á la gruta.

La pobre niña no sabía que hacer: no quería desobedecer á su padre ni á las Hermanas; y sin embargo creía obrar mal faltando á la promesa que había hecho á la misteriosa Señora, tan hermosa, tan buena, tan amada. Dios bondadoso se encargó de resolver la dificultad. En el momento en que Bernardica salía de la escuela para regresar á su casa, una fuerza extraña, irresistible, se apoderó de ella y la trasladó, como llevada por el viento, al pié de la gruta, donde se encontró sin saber cómo.

Toda la mañana hubo una multitud considerable esperando en vano á la pequeña *vidente*. Cuando esta llegó, á eso de las doce y media, había aún mucha gente.

Mas ¡ay! Los días se suceden, y no se parecen por más que Bernardica oraba, miraba, rezaba y volvía á rezar el Rosario, no se le aparecía nada. Pasóse así muy largo espacio. Desconsolada la niña se volvió llorando. Asediada por mil preguntas, respondía con dulzura, anegados en lágrimas los ojos: «Hoy no se me ha aparecido la Señora; nada he visto.» Muchos se burlaban de ella. «Los otros días, añadía Bernardica, la he visto como os veo á vosotros, y nos hablábamos ella y yo; pero hoy no está, no sé por qué.»

Regresó á su casa llorando y orando. «¿Habré cometido alguna falta?» se preguntaba. Mas su con-

ciencia de nada la acusaba: á pesar de su disgusto, estaba llena de esperanza.

—¿De dónde vienes? la preguntó su padre al verla entrar.

Bernardica refirió lo que le había pasado.

—¿Y dices que una fuerza te llevó á pesar tuyo?

—Sí, respondió ella.

«Es verdad, pensó, pues esta niña nunca ha mentido.»

Y después de reflexionar un momento, tomando su resolución, dijo á su hija:

—Pues bien, toda vez que es así, pues que te ha arrastrado una fuerza superior, no te prohibo que vayas á la gruta, y te dejo libre.

Este permiso inesperado llenó de júbilo á la pobre muchacha.

XI

Bernardica á los piés de la santísima Virgen

En la primera parte de la milagrosa quincena Bernardica no recibió orden alguna de la Virgen. Permanecía ordinariamente arrodillada á la entrada de la gruta mientras duraba su arrobamiento. Pasaba el tiempo de la aparición contemplando plácidamente á la gloriosa é inmaculada Virgen, Reina del Rosario; á Aquella que es la dulzura del cielo y de la tierra.

Bernardica estaba allí tranquila y libre, con la vista fija en la abertura de la roca, rezando con el rosario un corto número de *Ave Marias*.

De repente una ligera sorpresa anunciaba la augusta visita; sus dos manos se levantaban un poco con un movimiento rápido y suave; parecía que todo en ella se enaltecía, la actitud y las maneras; su semblante, poniéndose blanco, aspiraba hacia lo que veía en lo alto.

La multitud se agitaba de rechazo. «¡Ahora!..... ¡La ve! ¡la ve!» Estas palabras circulaban entre la multitud atenta, y comunicaban la emoción. Apiñábase todos por un nuevo esfuerzo de la curiosidad, y era preciso proteger á la niña contra las oleadas de la muchedumbre. El silencio era más profundo, apoderábase de la reunión un recogimiento religioso, y hubiérase creído hallarse dentro de un santuario. Las miradas de todos devoraban á Bernardica.

La niña, arrebatada, hacía con gracia y dulzura inclinaciones con las que demostraba un profundo respeto. Su semblante se animaba lentamente con un sonrís sostenido, pero dichoso y sereno. Volvía á inclinarse, pareciendo contestar á misteriosos saludos que la encantaban; luego, fija siempre la vista, hacía sobre su pecho con el crucifijo de su rosario la señal de la cruz, llena de fe y de gracia; señal tan bella, tan noble, que decían los que á su alrededor estaban: «Sólo los Santos del cielo saben hacerlo así, delante de la gloria del Señor.»

En las manos de Bernardica el rosario tan pronto circulaba rápidamente como con lentitud, ó bien se quedaba parado; y ¡cosa maravillosa! mientras ella rezaba las *Ave Marias*, los circunstantes, que escudriñaban los menores movimientos de su rostro, notaban que sus labios permanecían inmóviles. Los más inmediatos á ella oían en el fondo de su garganta pequeños sonidos argentinos, apenas perceptibles.

En ciertos momentos parecía más arrimada á la visión, como si la escuchase. Muchas veces debió dirigir la palabra á la benigna Señora, sin que ningún oído lo percibiese. Un día dijo á una persona con claras muestras de sorpresa: «¡Cómo! ¿no me habéis oído? Pues hablaba bien alto.» Ni un ruido, ni un movimiento se notaba en su boca. A intervalos repetía la encantadora señal de la cruz.

Muchos días tenía en su mano izquierda un cirio encendido, y entonces con la derecha movía el rosario. Cuando no sostenía una vela, juntaba las manos, y con el dedo pulgar hacía rodar las cuentas del rosario sobre sus dedos cruzados.

Una mañana, un airecillo frío y vivo agitaba la llama de su vela y amenazaba apagarla. La niña extendió instintivamente la mano para protegerla: de repente el viento, invadiendo la roca, se arremolinó é inclinó la llama por el lado de la mano que Bernardica tenía abierta. La llama lamía sus dedos rodeándolos, y se la vió pasar por entre ellos un buen rato.

«¡Se quema! exclamaban con ansiedad los presentes; ¡pobre niña!..... ¡se quema!.....» No se notó sin embargo contracción alguna en su rostro, ni el más leve movimiento en su mano, y el fuego no dejó la menor huella.

Inmóvil y como dominada por una deliciosa atracción, estaba embelesante, y se la veía en un prolongado arrobamiento. Estaba hermosa, no con la frescura sonrosada y viva que nos encanta en el rostro de un niño, sino con una belleza superior y desconocida.

Sus mejillas eran en extremo pálidas, pero con cierto matiz suave como si estuviesen transparentes por la luz; un ligero color rosado le daba la blancura del alabastro. Los ojos fijos y muy abiertos se consumían en miradas brillantes, ávidas, embriagadas, sin que pestañease una vez siquiera. Aquellos dos ojos fascinados y dichosos parecían clavados por un rayo de luz. Véase alguna vez que sus labios se movían, pero débilmente, permaneciendo casi siempre cerrados sin esfuerzo. Un reflejo de gozo bañaba todo su rostro de un ligero sonris, suspendido al ir á producirse, pero infinitamente dulce, que revelaba un respeto y una admiración inmensa, mezclados de un inmenso amor, y que denotaba la presencia de un Sér muy grande y muy bueno.

De cuando en cuando caían de sus párpados, siempre inmóviles, lágrimas que rodaban como gotas de rocío, sin extenderse y sin mojar la cara, y permane-

cían largo tiempo brillantes sobre la blancura de las mejillas.

Continuando arrodillada, Bernardica parecía dirigirse á lo alto, y al ver el encanto de su apostura, habríase dicho que iba á elevarse.

Todo el mundo comprendía que era dichosa con una felicidad desconocida; y era que en aquel momento la tierra no era nada para su alma. No parecía de este mundo, y todos hablaban en voz baja, á fin de no estorbarla. «Ve, decían; sí, ella ve!»

La niña estaba absorta, todas las potencias de su sér pertenecían á la visión; nada de lo que pasaba en derredor suyo podía distraer un instante su atención. Y ese estado sobrehumano que la tenía orrobada, duraba á lo menos una hora.

La multitud, admirada del maravilloso espectáculo, del cual veía sólo la mitad, comprendía que la niña asistía á otras comunicaciones y que el cielo estaba cerca de ella. Hacíase violencia para guardar silencio y respeto. Bernardica parecía que no oía nada: su madre y sus tías la defendían de las oleadas de la muchedumbre.

En cuanto á los espectadores, se afanaban por descubrir lo invisible en el rostro de la niña Bernardica, en el cual ponían sus ojos como en un espejo para encontrar la imagen de lo que la hacía tan encantadora. Después, convencidos de que nada percibirían, miraban con envidia el fondo de la roca, que para ellos estaba vacía, fría y oscura.

Por fin, después de este prolongado éxtasis, empleado en dichas sonrisas y lágrimas, en coloquios misteriosos, imperceptibles para todos, bajo las infatigables miradas de una reunión estremecida por la presencia manifiesta de un sér sobrenatural, invisible y maravilloso, Bernardica, siempre arrodillada, se inclinaba muchas veces con gracia y nobleza, saludaba respetuosamente, dejando ver en la expresión de su rostro el dolor de la separación; volvía á saludar, luego exhalaba un profundo suspiro..... y parecía que todo lo perdía: se extinguía el reflejo celeste, veíase acabar su sonrisa, sus ojos ya no brillaban, asomaba á su semblante una vaga melancolía y una apariencia de cansancio y desaparecía su admirable palidez debajo de sus colores ordinarios.

La radiante Señora se había desvanecido, retrocediendo hacia el interior del nicho. Su magnífica luz resplandecía aún un instante después de ella, huía y se apagaba poco á poco, y cuando se extinguían estos últimos destellos, Bernardica volvía á ver la roca, su madre, sus tías y la multitud; había vuelto á la vida ordinaria.

Crecía el ruido, la gente se iba dispersando, se apiñaba al rededor de Bernardica; pero su madre y su tía, que la acompañaban, la defendían cuanto podían contra los curiosos importunos. La niña andaba, sostenida por ellas, siguiéndola un grupo considerable hacia su casa.

Sorprendida de ver á una pastorcita saludar con

tanta gracia y dignidad al concluirse el éxtasis, una señora le decía un día:

—Dime, Bernardica, ¿quién te ha enseñado á hacer tan graciosos saludos?

—Nadie, contestó ella muy admirada, no sé de qué modo he saludado; pero comprendo que debo hacerlo todo como lo hace la Visión, y ella me saluda así cuando quiere marcharse.

Hé aquí cómo ha podido representarse á Bernardica en su éxtasis con una exactitud á la que la imaginación no podría añadir un solo rasgo.

¿Qué veía la dichosa niña? Ella ha repetido mil veces que le era imposible explicarlo del todo. Sin embargo, hé aquí lo que la curiosidad más ardiente, más ingeniosa y más legítima ha podido obtener de la pequeña *vidente* por medio de largas y minuciosas preguntas.

XII

Bellezas celestiales de la visión

En medio de un resplandor siempre en aumento, en medio de una suave luz que doraba el nicho y la roca, se aparecía la misteriosa Señora, cuyos piés se posaban sobre el rosal silvestre.

Era admirablemente bella; de dulcísimo semblante, joven como de quince á veinte años, y de una gracia infinita; miradas arrebatadoras, sonrisas de sin par

benignidad, una ternura de madre; y en esta indecible benevolencia, en esta frescura de divina juventud, una grandeza, una majestad de la que la niña no sabía cómo dar una idea.

Cuando Bernardica había respondido en estos términos á las mil preguntas que le hacían detallar lo visto, añadía con penetrante acento: «¡Era tan bella!..... ¡hermosa..... más que todo!»

Un día se le preguntaba delante de distinguidas mujeres del mundo:

—¿Era hermosa como estas señoras?

—¡Oh! dijo la niña paseando sobre ellas una desdenosa mirada; ¡mucho más!

La Virgen llevaba un ropaje de extraordinaria blancura, que caía en graciosos pliegues desde el cuello, y cuyas mangas eran estrechas. Sólo un velo cubría su cabeza llegándole hasta la frente, la cual rodeaba, cayendo luego sobre las espaldas, blanco como copos de nieve, y que, envolviéndole apenas los brazos con sus ondulantes pliegues, bajaba por ambos lados hasta los pies. Ceñía su talle un cinturón azul, cuyos cabos, pasados uno dentro de otro, sin formar doble nudo, flotaban por delante, largos y sin ningún adorno, llegando hasta cerca de las rodillas. Los pies asomaban desnudos, y en cada uno llevaba una rosa abierta de color de oro. De uno de sus brazos pendía un largo rosario, cuyas cuentas eran blancas y brillantes, y cuya cadena y crucifijo relucían como el oro.

Todas estas bellezas aparecían en medio de una luz vivísima y maravillosamente dulce. Envolvía á la Virgen este esplendor de otro mundo como con un vestido de gloria, y brillaba sin centelleo alguno.

Bernardica fijaba embriagada su vista en la aureola resplandeciente y penetraba hasta la Señora, á quien contemplaba con entera libertad y á su sabor con fácil y clara mirada. Fijábala en los rasgos del rostro celestial y en los pliegues del vestido, y admiraba las finas y blancas manos. Nunca empero pudo ver los cabellos de la Virgen.

Mas cuando se le pedía que diese por medio de comparaciones una idea de aquellas cosas tan bellas, no sabía hacerlo.

—¿Cómo era la luz? ¿era como la de las estrellas? ¿como el resplandor de la luna? ¿como los rayos del sol abrasador del medio día?

—¡No! la aureola no se parecía á los resplandores de la tierra; era más hermosa, ¡mucho más hermosa!

—¿Y el vestido virginal? —Se han enseñado á Bernardica las más ricas telas blancas, los más delicados tejidos, sin que en ellos reconociese ni el color ni la clase del maravilloso ropaje; todo color era pálido, todo tejido grosero. Aquel era otra cosa más hermosa, siempre más hermosa.

Se le han enseñado todos los matices de color azul, y en ninguno ha encontrado el del cinturón de la admirable Señora, diciendo que el azul del cielo no es tan azul. Ha visto nácar, cristal y pedrería; pero las

cuentas del rosario eran más transparentes y más ricas. Y el oro de la cadena del crucifijo no se parecía al oro que admiran los hombres; era muy distinto y más precioso.

Nunca se aconstumbró la niña á aquellos celestiales resplandores. A la contemplación décimo-octava quedó tan fuertemente, tan deliciosamente sorprendida como la vez primera.

La Virgen se aparecía de pie y descansando sobre el rosal silvestre. Saludaba con la cabeza á la niña, se sonreía graciosamente, se inclinaba; después, con la cruz de su rosario extendido, se santiguaba con una nobleza, con una piedad indecibles; y entrelazando sus dedos hacía pasar una á una las cuentas. Nunca, mientras rezaba el Rosario, se movieron sus labios.

Casi siempre la Virgen tenía fijos sus ojos en los de Bernardica; de cuando en cuando los levantaba ésta para extasiarse en aquel cúmulo de dichosas miradas y sonrisas. La niña ha dicho que la Aparición parecía complacerse mucho en ver al pueblo religioso reunido en su presencia.

Tal se mostró la Inmaculada Virgen á los ojos atónitos de Bernardica en las diez y ocho veces que se dignó aparecerse en la gruta predestinada de Lourdes.

XIII

Aparición del martes 23 de Febrero.—Primer secreto y demanda de un santuario

Al aparecer así continuamente á la niña Bernardica, la Virgen Santísima se enseñoreaba cada vez con más fuerza de la bendita niña, la preparaba para su misión y disponía al pueblo con la multiplicada maravilla del tranquilo éxtasis á recibir á la pobre y obscura hija de Soubirous como la mensajera de su voluntad.

La Madre de Dios iba al fin á revelar por el misterio de aquella niña los designios misericordiosos que la hacían descender á la gruta; y los actos exteriores, exigidos de Bernardica para el cumplimiento de su misión, empezaron el martes 23 de Febrero, sexto día de la milagrosa quincena.

La Santísima Virgen, á quien no conocía aún Bernardica, le había ya hablado, es verdad, en las anteriores apariciones, y la niña también había hablado con ella; pero en esos misteriosos coloquios la Reina del cielo no había formulado todavía ninguna orden concreta: empezó á hacerlo el martes 23 de Febrero.

En medio de una compacta multitud de ocho á diez mil personas, Bernardica llegó á la gruta, como tenía de constumbre, al rayar el alba. Estaba arro-

cuentas del rosario eran más transparentes y más ricas. Y el oro de la cadena del crucifijo no se parecía al oro que admiran los hombres; era muy distinto y más precioso.

Nunca se aconstumbró la niña á aquellos celestiales resplandores. A la contemplación décimo-octava quedó tan fuertemente, tan deliciosamente sorprendida como la vez primera.

La Virgen se aparecía de pie y descansando sobre el rosal silvestre. Saludaba con la cabeza á la niña, se sonreía graciosamente, se inclinaba; después, con la cruz de su rosario extendido, se santiguaba con una nobleza, con una piedad indecibles; y entrelazando sus dedos hacía pasar una á una las cuentas. Nunca, mientras rezaba el Rosario, se movieron sus labios.

Casi siempre la Virgen tenía fijos sus ojos en los de Bernardica; de cuando en cuando los levantaba ésta para extasiarse en aquel cúmulo de dichosas miradas y sonrisas. La niña ha dicho que la Aparición parecía complacerse mucho en ver al pueblo religioso reunido en su presencia.

Tal se mostró la Inmaculada Virgen á los ojos atónitos de Bernardica en las diez y ocho veces que se dignó aparecerse en la gruta predestinada de Lourdes.

XIII

Aparición del martes 23 de Febrero.—Primer secreto y demanda de un santuario

Al aparecer así continuamente á la niña Bernardica, la Virgen Santísima se enseñoreaba cada vez con más fuerza de la bendita niña, la preparaba para su misión y disponía al pueblo con la multiplicada maravilla del tranquilo éxtasis á recibir á la pobre y obscura hija de Soubirous como la mensajera de su voluntad.

La Madre de Dios iba al fin á revelar por el misterio de aquella niña los designios misericordiosos que la hacían descender á la gruta; y los actos exteriores, exigidos de Bernardica para el cumplimiento de su misión, empezaron el martes 23 de Febrero, sexto día de la milagrosa quincena.

La Santísima Virgen, á quien no conocía aún Bernardica, le había ya hablado, es verdad, en las anteriores apariciones, y la niña también había hablado con ella; pero en esos misteriosos coloquios la Reina del cielo no había formulado todavía ninguna orden concreta: empezó á hacerlo el martes 23 de Febrero.

En medio de una compacta multitud de ocho á diez mil personas, Bernardica llegó á la gruta, como tenía de constumbre, al rayar el alba. Estaba arro-

dillada en su habitual sitio, fuera de la gruta, con la mano izquierda apoyada en una vela bendecida, teniendo en la otra el rosario.

De repente oye la querida voz de la Soberana del Paraíso, que la llama por su nombre:

— ¡Bernardica!

— Héme aquí, responde luego la niña.

— *Tengo que decirte, á ti sola, un secreto que concierne á ti únicamente*, le dice entonces la Madre de Dios. *¿Me prometes no revelarlo á nadie?*

— Os lo prometo.

El diálogo continuaba, y aunque la Santísima Virgen y la niña hablaban en alta voz, nadie las oía. «¿Cómo no lo habéis oído? decía al salir la niña de su éxtasis. Pues la Señora bien alto hablaba: ¡tiene una voz tan fina, tan dulce!»

La soberana Virgen le enseñó en seguida una oración, que le hacía repetir palabra por palabra con maternal complacencia. La niña la rezaba en todas las apariciones; pero no ha querido darla á conocer nunca á nadie.

— *Y ahora, hija mía*, añadió la Santísima Virgen, *vé á decir á los sacerdotes que aquí debe levantarse un santuario, y que á él debe venirse en procesión.*

Con estas palabras terminó la aparición de aquel día.

Dejando las rocas de Massabielle Bernardica se fué inmediatamente á casa del párroco de Lourdes, quien no le había hablado hasta entonces.

— ¿Eres tú, Bernardica? le dijo con gravedad casi severa, luego que la vió venir.

— Sí, señor Cura, yo soy, respondió con dulzura la humilde mensajera de la Virgen Santísima.

— Y bien, Bernardica, ¿qué me quieres? ¿que vienes á hacer aquí?

— Señor Cura, vengo de parte de *la Señora* que se me aparece en la gruta de Massabielle.

El Párroco hizo ademán de tratar la cosa muy ligeramente, y de no creer en ella. La niña repetía con candidez y gran confianza las palabras de la Aparición.

— ¿Y no sabes el nombre de esa Señora? replicó el digno Párroco.

— No, respondió Bernardica; no me ha dicho quién era.

— Los que te creen se imaginan que es la Virgen María; pero ten cuidado; únicamente tú dices que la ves; si pretendes falsamente verla en la gruta, tomas el camino para no verla en el cielo.

— Yo no sé si es la Virgen Santísima, señor Cura, responde la niña; pero veo la Visión como os veo á vos, y ella me habla tan ciertamente como vos me habláis. Y de parte suya vengo á deciros que quiere se le edifique un santuario en las Rocas de Massabielle, en que se me aparece.

Bastante conmovido, el buen Peyramale se hizo repetir las palabras mismas que había empleado la Señora de la gruta. «Después de haberme confiado

un secreto que me concierne, y que no puedo revelar (dijo la niña), la Señora añadió: *Y ahora vé á decir á los sacerdotes que debe levantarse aquí un santuario, y que á él debe venirse en procesión.*»

Después de un momento de reflexión, el Párroco replica: «Ya comprendes que no puede bastarme tu solo testimonio: di á esa Señora que conviene se dé á conocer. Si es la Virgen Santísima, que lo manifieste por algún milagro. ¿No dices que se te aparece encima de un rosal silvestre? Estamos en Febrero: dile de mi parte que si quiere un santuario, que haga florecer el rosal.» Y, dicho esto, la despidió.

Súpose luego en la población lo que acababa de pasar entre el Párroco y la niña. La curiosidad y la emoción eran generales; y muchos libre-pensadores de la comarca resolvieron presentarse en adelante en la gruta, á fin de asistir al entierro de la *superstición*.

XIV

Aparición del miércoles 24 de Febrero.—Secreto segundo y exhortación á la penitencia

Una persona distinguida de Lourdes, corazón recto, pero entonces poco creyente, refirió á Mr. Enrique Laserre cómo fué vencido aquel día por la evidencia de lo sobrenatural. No vió florecer el rosal, pero vió á Bernardica en éxtasis, el reflejo del cielo

sobre la figura de la humilde niña, y su buena fe se rindió. ¿Cómo no creer en la existencia del sol, cuando sin verlo se descubre la cumbre de las montañas doradas por sus rayos?

«Llegué á la gruta, decía, dispuesto á examinar y por toda conclusión á reirme grandemente, asistiendo á una comedia ó á alguna cosa grotesca. Pude colocarme en primera linea, á pesar de que la concurrencia era inmensa. Á la salida del sol llegó Bernardica, cerca de la cual estuve. Arrodillóse sin preocuparse de la multitud que la rodeaba, como si estuviese sola. Pronto su mirada pareció que recibía y reflejaba una luz desconocida. Delante de esta transfiguración de la niña todas mis negaciones preconcebidas se desvanecieron de repente, é hicieron lugar á un sentimiento extraordinario que á mi pesar se apoderó de mí. Tuve la certeza de que se hallaba allí un sér misterioso. Súbita y completamente transfigurada, Bernardica ya no era la misma. Su actitud, sus menores gestos tenían una nobleza sobrehumana: sonreía contemplando al sér invisible.

«No estaba yo menos conmovido que los demás espectadores. Como ellos, retenía mi aliento para procurar oír el coloquio que se había entablado entre la Visión y la niña.

«En un momento dado Bernardica se adelantó arrodillada desde el punto en que oraba, esto es, desde la orilla del torrente hasta el fondo de la gruta, cuya distancia era de unos quince metros. Mientras

subía aquella pendiente algo rápida, las personas que se hallaban al paso oyeron distintamente estas palabras: «¡Penitencia!..... ¡penitencia!..... ¡penitencia!!!.....»

El testigo, más que imparcial, que refería esta conmovedora escena, vió á Bernardica salir de su transporte y quedar como antes una pobre niña, casi andrajosa, que en nada se distinguía de las otras muchachas del pueblo. Era recaudador de hacienda en Lourdes, y el mismo que el domingo anterior había asistido al interrogatorio de Bernardica en casa del comisario de policía.

¿Qué había pasado durante la sexta aparición de la quincena? ¿Había la niña cumplido el encargo del Párroco? El rosal no había florecido.

Cuando al salir de la gruta Bernardica se presentó en la rectoría, Mr. Peyramale, siempre dueño de sí mismo, le preguntó:

—Y bien, ¿la has visto también hoy? ¿que te ha dicho?

—He visto la Visión, respondió la niña, y le he dicho: «El señor Cura os pide algunas pruebas: por ejemplo, hacer florecer el rosal que está bajo vuestros piés; pues que á los sacerdotes no les basta mi palabra, y no quieren creerme.» Entonces se ha sonreído, pero sin hablar. Después me ha dicho que rogase por los pecadores, me ha mandado que fuese hasta el fondo de la gruta, y por tres veces ha exclamado: ¡Penitencia!... ¡penitencia!... ¡penitencia!!!...

Yo he repetido estas palabras, arrastrándome arrodillada hasta el fondo de la gruta. Allí me ha revelado un secreto, que es personal mío, y ha desaparecido.

—¿Y qué has encontrado en el fondo de la gruta?

—He mirado, después de haber ella desaparecido (pues mientras está presente absorbe toda mi atención), y no he visto más que la roca, y por el suelo algunos tallos de hierba que estaban en medio del polvo.

«Esperemos,» pensó el Párroco.

Pero en esta relación de Bernardica faltan preciosos detalles de que no podemos privar á la piedad de nuestros lectores.

Mientras la niña estaba absorta en su arrobamiento, se la vió besar la tierra á intervalos, subiendo de rodillas la cuesta bastante rápida que tenía delante, hasta el fondo de la gruta, á la izquierda. La Virgen le había dicho: *Rogarás á Dios por los pecadores..... Besarás la tierra por la conversión de los pecadores.* Y le hacía seña de que avanzase arrodillada.

Bernardica, levantándose después de haber besado la tierra, buscaba la Aparición; la veía retroceder lentamente y la seguía, multiplicando sus besos de humilde penitencia. En este momento veía á la Virgen tan cerca, que le parecía que levantándose y alargando el brazo habría tocado sus piés.

Volviéndose hacia los concurrentes, les hacía con insistencia señas con las que parecía decir á la multitud que se inclinase, pero no la comprendieron.

Entonces puso un dedo sobre sus labios, y luego se dirigió rápida y resueltamente hacia el suelo con una autoridad y una energía notables. El gesto y la mirada decían á todos: «¡Vosotros también, besad la tierra!»

Muchas personas se inclinaron al instante, dominadas por la sobrenatural grandeza de aquella pobre niña, y creyendo obedecer á la Visión, besaron la tierra.

Bernardica bajó también de rodillas, besando siempre el suelo, y volvió á su contemplación delante del nicho.

Al salir de este espectáculo, que había de abatir el orgullo humano, eran varios los sentimientos de los concurrentes. Todos, empero, estaban profundamente pasmados; muchos se retiraban con la impresión religiosa que dejan los acontecimientos misteriosos, detrás de los cuales se siente que Dios se oculta; pensaban que en la gruta se preparaba un gran porvenir. La Virgen les hacía presentir sus misericordias.

Desde entonces fué recomendada á Bernardica la penitencia por los pecadores. Subía y bajaba una sola vez durante la aparición, y siempre en silencio; únicamente esta vez se la oyó pronunciar estas palabras: «¡Penitencia! ¡penitencia! ¡penitencia!»

Un día hizo varias de esas gloriosas ascensiones. Su semblante manifestaba siempre un constante sentimiento de dicha; pero un tinte de tristeza lo cubrió por momentos, y aunque continuaba el sonrís, era

melancólico, pero dichoso. A los ojos de Bernardica la Virgen se sonreía también y coronaba su penitencia con un brillante testimonio de gozo divino.

Recuérdase aún con admiración la ligereza con que la niña andaba de rodillas. «He creído muchas veces, escribe un testigo ocular, que manos invisibles la sostenían para subir y bajar tan precipitadamente.»

Se le preguntó el primer día:

—¿Por qué has andado de rodillas y besado la tierra?

—La Visión me lo ha mandado en penitencia por mí y por los demás.

—¿Por qué nos has hecho seña de que besásemos la tierra?

—Porque la Visión quería decir que vosotros debíais hacer también penitencia por los pecadores.

Más de un año después, dos eclesiásticos que la interrogaban con mucha sagacidad, le dijeron á propósito de esta penitencia: «Pero es bien extraño que la Virgen Santísima te haya ordenado todo esto! Son cosas extraordinarias y que no parecen razonables.» A lo cual la niña, bajando los ojos y con penetrante acento que los admiró, respondió: «¡Ah! para la conversión de los pecadores!.....»

El Corazón de María se manifestaba. ¡Los pecadores! Hé aquí á los que llama por la humillación y la oración de Bernardica. ¡Los pecadores! Hé aquí

á los que ella busca también por medio de los milagros que á centenares van á obrarse en la privilegiada gruta.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XV

Aparición del jueves 25 de Febrero.—Tercer secreto
y la fuente milagrosa

Era el octavo día de la quincena. Una multitud increíble, animada, conmovida, llenaba todas las cercanías. Cuando apareció Bernardica, todo el mundo se descubrió instintivamente, así los escépticos como los creyentes. La bondadosa, la misericordiosísima, la admirable Virgen María se dignó aquel día, como en los demás, ser fiel á la cita de la gruta. Tal vez en ningún santuario la Madre de Dios ha multiplicado así sus celestiales visitas.

Empezó Ella el coloquio de esta aparición, confiando á su querida Bernardica su tercer secreto:

—*Hija mía, le dice, quiero confiarle, solamente para tí, el último secreto; igualmente que los otros dos, no lo revelarás á nadie del mundo.*

Bernardica escuchaba con alegre corazón la inefable armonía de aquella voz tan dulce, tan maternal, tan tierna, que en otro tiempo encantaba en Nazareth los oídos y el Corazón del Niño Jesús.

—*Y ahora, le dijo la Virgen Santísima después de*

un momento de silencio, *anda á beber y lavarte los piés á la fuente, y come de la hierba que hay allí.*

Atónita Bernardica, mira á su alrededor. No había ni había habido nunca ninguna fuente en la gruta. Obstruía entonces el interior de la misma una masa arenisca y árida, mezclada con fragmentos de piedra, y llegaba hasta la actual bóveda á una altura de cerca de dos metros. Sin perder de vista á la Aparición, Bernardica iba á dirigirse hacia el torrente, cuando con la vista y con la mano le indicó la Virgen el punto á donde debía dirigirse. *No vayas allá, le dice, no te he dicho que bebieses en el torrente; anda á la fuente, que está aquí.* Y extendiendo la mano, señaló con el dedo á la niña el mismo rincón seco, por donde el día anterior la había hecho subir. Era el fondo de la gruta, á la izquierda del espectador.

Bernardica subió, y cuando estuvo cerca de la roca, buscó con la vista la fuente. No encontrándola, y queriendo obedecer, expresó con una mirada á la celestial Señora su embarazo. A una nueva seña la niña se inclinó, y escarbando la tierra con las manos, se puso á hacer en ella un hueco.

De repente se humedeció el fondo de aquella pequeña cavidad; y viniendo de profundidades desconocidas á través de las rocas y capas de tierra, apareció debajo de la mano de la hija de María un agua misteriosa, que pronto llenó el pequeño hueco que podía contener un vaso de agua. Mezclándose con la tierra era cenagosa, de modo que la pobre Ber-

nardica la acercó tres veces á sus labios y no se resolvió á beberla. La aparición radiante dominaba aquella extraña escena, y miraba atentamente á la niña, la cual venció al fin su repugnancia, bebió aquella agua turbia y se mojó con ella la cara.

Los concurrentes nada comprendían: «¡Oh! ved, exclamaron algunos, ved como se ensucia la pobre niña!» Otros decían: «Pierde la cabeza: esto no es muy conforme.» En aquel momento Bernardica con sus dedos mojados cogía y comía algunas briznas de hierba que allí había.

Pronto el agua del naciente manantial salvó los bordes del pequeño receptáculo hecho por la niña, y empezó á discurrir á manera de delgado hilo, humedeciendo apenas aquel día la arena. La cinta húmeda que trazaba en el suelo se prolongaba lenta é insensiblemente hacia el umbral.

Con su débil mano Bernardica acababa de abrir, sin saberlo, el manantial de las curaciones y de los milagros.

La bienaventurada Virgen recompensó con una sonrisa á su pequeña obrera, desapareciendo radiante, y la obediente, la fiel Bernardica regresó como de costumbre á su casa.

Maravillados los concurrentes, quisieron ver la fuente milagrosa y mojar en ella sus pañuelos. El día siguiente el manantial de la Virgen, creciendo á ojos vistos, discurría ya del grosor de un dedo. Al cabo de algunos días saltaba de tierra, pura y limpia, con

un caudal como el brazo de un niño; cesando entonces de crecer.

Después ha sido medida con matemática exactitud, dando desde las primeras semanas *ochenta y cinco litros por minuto; cinco mil cien litros por hora*, es decir, *ciento veintidos mil cuatrocientos litros por día*.

Y antes, debemos repetirlo, á vista y ciencia de todos los habitantes del país, aquella roca y aquellas arenas estaban áridas y secas. Los incrédulos de la comarca dijeron é imprimieron que la cosa era muy natural, que no había manantial; que Bernardica, la loca, la alucinada, había metido bonitamente la mano en un depósito de agua, proveniente *sin duda* de la destilación de la roca!

El agua milagrosa de Lourdes ha sido analizada por hábiles químicos: es un agua virgen, muy pura, un agua natural que carece de toda propiedad termal.

XVI

El viernes 26 de Febrero.—Primera curación milagrosa

Este día la Inmaculada Virgen no se apareció á su querida niña. Todo el mundo colmaba á Bernardica de homenajes de respeto que llegaban hasta la veneración; cuando pasaba, decían y ella podía oirlo: ¡Hé aquí la Santa!

nardica la acercó tres veces á sus labios y no se resolvió á beberla. La aparición radiante dominaba aquella extraña escena, y miraba atentamente á la niña, la cual venció al fin su repugnancia, bebió aquella agua turbia y se mojó con ella la cara.

Los concurrentes nada comprendían: «¡Oh! ved, exclamaron algunos, ved como se ensucia la pobre niña!» Otros decían: «Pierde la cabeza: esto no es muy conforme.» En aquel momento Bernardica con sus dedos mojados cogía y comía algunas briznas de hierba que allí había.

Pronto el agua del naciente manantial salvó los bordes del pequeño receptáculo hecho por la niña, y empezó á discurrir á manera de delgado hilo, humedeciendo apenas aquel día la arena. La cinta húmeda que trazaba en el suelo se prolongaba lenta é insensiblemente hacia el umbral.

Con su débil mano Bernardica acababa de abrir, sin saberlo, el manantial de las curaciones y de los milagros.

La bienabenturada Virgen recompensó con una sonrisa á su pequeña obrera, desapareciendo radiante, y la obediente, la fiel Bernardica regresó como de costumbre á su casa.

Maravillados los concurrentes, quisieron ver la fuente milagrosa y mojar en ella sus pañuelos. El día siguiente el manantial de la Virgen, creciendo á ojos vistos, discurría ya del grosor de un dedo. Al cabo de algunos días saltaba de tierra, pura y limpia, con

un caudal como el brazo de un niño; cesando entonces de crecer.

Después ha sido medida con matemática exactitud, dando desde las primeras semanas *ochenta y cinco litros por minuto; cinco mil cien litros por hora*, es decir, *ciento veintidos mil cuatrocientos litros por día*.

Y antes, debemos repetirlo, á vista y ciencia de todos los habitantes del país, aquella roca y aquellas arenas estaban áridas y secas. Los incrédulos de la comarca dijeron é imprimieron que la cosa era muy natural, que no había manantial; que Bernardica, la loca, la alucinada, había metido bonitamente la mano en un depósito de agua, proveniente *sin duda* de la destilación de la roca!

El agua milagrosa de Lourdes ha sido analizada por hábiles químicos: es un agua virgen, muy pura, un agua natural que carece de toda propiedad termal.

XVI

El viernes 26 de Febrero.—Primera curación milagrosa

Este día la Inmaculada Virgen no se apareció á su querida niña. Todo el mundo colmaba á Bernardica de homenajes de respeto que llegaban hasta la veneración; cuando pasaba, decían y ella podía oirlo: ¡Hé aquí la Santa!

María, madre de la humildad y dulzura, quiso sin duda prevenir á su hija contra el peligro de la vanagloria: la dejaba consumirse en deseos, en lágrimas y súplicas, y no quiso manifestarse. Humillada, desolada, Bernardica tuvo que volverse á su casa, llorando todo el camino.

En el lugar de la acostumbrada aparición, la multitud pudo ver el manantial, testimonio vivo del inmenso poder de la misteriosa Señora, el buen Párroco de Lourdes había pedido una señal; y en vez de la muy pequeña que había indicado, la Virgen santa acababa de darle una muy grande, y no sólo á él, sino también á todos, así á los malos como á los buenos. El rosal florido no hubiera sido más que un simple milagro, un milagro de recreo, muy pasajero: la fuente sobrenatural era, no sólo un milagro y muy grande, sino además un milagro permanente, un manantial inagotable de milagros. ¡Oh! ¡cómo la bondadosa Virgen lo entiende mejor que nosotros!

En dicho día 26 el agua milagrosa obró el primer prodigio: milagro de primer orden, justificado, proclamado desde luego por la ciencia, y después por la autoridad eclesiástica.

Había en Lourdes un pobre obrero, cantero, llamado Bourriette, quien veinte años antes había tenido el ojo horriblemente mutilado por la explosión de una mina. Había consentido en morir; á pesar de los inteligentes y asíduos cuidados del doctor Dozous, el mismo que había examinado á Bernardica en sus ex-

tasis, la vista del pobre cantero había disminuido de año en año, en términos que en la época á que nos referimos, su ojo derecho no distinguía á un hombre de un árbol. Conocido y estimado en toda la población, Bourriette era un hombre de fe, un digno cristiano. Era casado y padre de familia.

Había oído hablar de las cosas maravillosas que pasaban en la gruta, y particularmente de la fuente que empezaba á manar. «Anda á buscarme de esa agua, dijo á su hija. La Santísima Virgen, si es ella, no tiene más que querer para curarme.» Media hora después la hija traía un poco de aquella agua, turbia todavía. «Padre, le dijo, no tiene más sino que es un poco cenagosa.» «No importa,» contesta el bueno de Bourriette, poniéndose á orar. Con el agua frota su ojo perdido..... Da un fuerte grito, un grito de alegría y felicidad. Pónese á temblar, ¡tanta es su emoción! las negras nieblas que por espacio de veinte años le privaban de la vista habían desaparecido; no le quedaba más que una ligera nubecilla, semejante á la neblina de la mañana.

Continuó orando mientras lavaba sus ojos, y las nubecillas se iban disipando, y distinguía ya perfectamente los objetos. ¡Estaba curado!

—¡Estoy curado! exclama dirigiéndose el día siguiente al doctor Dozous en la plaza de Lourdes.

—¡Es imposible! le dijo el médico: tenéis una lesión orgánica que hace imposible vuestra curación. El tratamiento que os hago seguir tiene por objeto

calmar vuestros dolores, pero no puede devolveros la vista.

—No sois vos quien me ha curado, responde conmovido aún el cantero: es la Virgen de la gruta.

—Que Bernardica tiene éxtasis inexplicables, es cosa cierta, dijo el doctor levantando los hombros; lo he comprobado yo mismo y de cerca. Mas que el agua que sale de la gruta, no sé por qué causa desconocida, cure repentinamente los males incurables, esto no es posible.

Al decir esto, saca su agenda y escribe con lápiz algunas palabras.

—Tomad, dice á Bourriette, poniéndole la mano encima del ojo izquierdo; si podéis leer esto, os creeré.

Los transeúntes se agruparon en derredor suyo, y Bourriette leyó sin la menor vacilación: *«Bourriette padece una amaurosis incurable, y no curará jamás.»*

El doctor quedó petrificado, estupefacto. «No puedo negarlo, exclamó; es un milagro, un verdadero milagro, pese á mí y á mis colegas de la facultad. Esto me trastorna, pero el hecho es evidente, está fuera de todo lo que alcanza la pobre ciencia humana.»

La curación de Luis Bourriette, era tanto más maravillosa, cuanto que el milagro había dejado subsistentes las cicatrices y las lesiones profundas de la herida. El cantero, casi loco de alegría, refería los detalles á quien quería oírle.

Desde entonces el entusiasmo, la fe viva, las acciones de gracia ocuparon más y más á la multitud.

La evidencia del milagro se manifestaba más y más. Por la tarde los obreros canteros, á cuyo gremio pertenecía el feliz Bourriette, fueron en gran número á las Rocas de Massabielle, y construyeron á través de las escarpaduras un camino más cómodo para los peregrinos. Debajo del orificio de la milagrosa fuente, colocaron una canal de madera, y debajo de la misma hicieron una excavación y formaron un receptáculo de las dimensiones y forma de una cuna de niño.

El nombre de la Virgen Santísima andaba en todos los labios. Nadie lo sabía, y sin embargo todos aseguraban que era Ella, indudablemente Ella. Después de la puesta del sol y sin que hubiese mediado acuerdo alguno ni hubiese intervenido ningún eclesiástico, centenares de cirios iluminaron en breves momentos el improvisado santuario, y millares de voces entonaron con fervor y emoción indescriptibles las Letanias de la Virgen. La gruta permaneció iluminada toda la noche.

XVII

Apariciones de los últimos días de la quincena

La sagrada quincena tocaba casi á su término. La Santísima Virgen continuaba mostrándose cada mañana á su querida niña Bernardica, y la multitud,

que acudía de veinte á treinta leguas á la redonda, presenciaba siempre el mismo prodigio más y más conmovedor, más y más fecundo en gracias y enseñanzas: la transfiguración de la humilde niña y el pasmo de un pueblo inmenso.

Todo continuaba pasando con el mayor orden. Se bebía en la fuente, se cantaban cánticos, se oraba. Ninguna nueva particularidad señaló á estas últimas apariciones; únicamente la fuente milagrosa crecía visiblemente, como ya lo hemos dicho, y las curaciones repentinas, sobrenaturales, se multiplicaban con una evidencia tal, que el partido del libre-pensamiento estaba aterrado.

En cada una de las apariciones Bernardica renovaba los actos de penitencia y obediencia que ya tenemos referidos. En virtud de orden de la Virgen iba á beber á la fuente, y muchas veces se la vió hacerlo á repetidos sorbos.

En una de las ondulaciones que imprimían á la multitud los esfuerzos de los que pugnaban por verlo mejor, el rosal fué violentamente sacudido. Bernardica, vivamente alarmada, alargó la mano, y se dirigió á aquel lado. Sus ojos estaban bañados de lágrimas. «¿Quién ha movido el rosal? exclamó. ¡Oh! no lo toquéis!» Y miraba con viva inquietud la excavación. Habiendo quedado inmóvil el arbusto, se renóse el rostro de Bernardica, y reapareció en él la alegría. Causó general admiración el oír aquel grito en medio del éxtasis tan profundamente silencioso.

Aquel mismo día la persona que había tocado el rosal fué á encontrar á Bernardica, y le pidió perdón por el susto que le había causado. «¡Oh! me habéis causado mucha pena, le dijo la niña: cuando he visto el *espino* agitado, he temido que la Señora cayese, pues estaba encima del mismo, y con la mano me hacía seña de que no lo tocasen.»

Esta persona quedó admirada del sentimiento que entrañaban las palabras de Bernardica. No creía aún, y al instante puso toda su fe en la celestial Visión. La idea de haber faltado, aunque sin saberlo, al respeto debido á la Santísima Virgen, agitando las ramas en que posaba sus piés, le causó un vivo dolor dejándole profundos recuerdos; ama á Bernardica, y asiste con religiosa atención á todas las apariciones.

Desde la cuarta, Bernardica encendía al llegar un cirio bendecido, y lo sostenía con la mano izquierda, mientras estaba presente la Virgen. El primer día se lo prestó una señora de la población: pero luego sus tías le dieron sucesivamente sus velas de congregantas.

Un día, al final de su éxtasis, Bernardica se levantó, pálida y radiante todavía, se colgó del cuello de su tía más joven que la acompañaba, y dijo:

—¿Queréis darme vuestro cirio, y permitirme que lo deje en la gruta?

—Sí, sí, te lo doy; anda á ponerlo si quieres.

La niña se dirigió al fondo de la gruta, metió en

la tierra la extremidad del cirio, y apoyándolo en la roca, lo dejó encendido, y se volvió á su sitio acostumbrado.

Después de la aparición su tía le preguntó por el camino:

—¿Por qué me has pedido el cirio y lo has puesto allí?

—Quería dejarlo arder en la gruta al marcharme, y como era vuestro, no podía hacerlo sin vuestro permiso.

Conforme hemos dicho, algunas personas habían depositado cirios: homenaje notable, primicias de los millares de luces que ahora iluminan incesantemente la roca de la Aparición, para glorificar y dar gracias á la Madre de Dios.

La devoción de los cirios es tan antigua como la Iglesia. El cirio encendido es un hermoso símbolo: la cera blanca y virgen de que está formado significa la purísima humanidad que el Salvador tomó en el seno de María, y que, unida á la divinidad, es la luz del mundo. Como la cera del cirio, esta humanidad sagrada se consumía delante de Dios en adoración, en súplicas, en acciones de gracias, en penitencias y sacrificios de todo género. La luz del cirio, resplandeciente y ardiente, significa la divinidad del Hijo de María.

El cirio encendido representa igualmente el cristiano, que iluminado, abrasado con los ardores de la fe y del amor de Jesucristo, debe también consumir-

se delante de Dios bondadoso, como una víctima de penitencia y de amor.

El martes, 2 de Marzo, Bernardica fué de nuevo á ver al Párroco de Lourdes, y le recordó la petición que había hecho *la Señora*. « Quiere, repitió la niña, que se le edifique un santuario en la gruta, y que se vaya á él en procesión. »

Los hechos se habían cumplido: había mandado la fuente milagrosa; los milagros ciertos, reconocidos, habían venido á acreditar la veracidad de Bernardica y la realidad de las apariciones; así es que, á pesar de su prudencia, el digno Párroco se había convencido. Tenía, como todo el mundo, el sentimiento íntimo de que era la Virgen Santísima la que obraba todas estas maravillas.

—Te creo, dijo á Bernardica; pero lo que me pides en nombre de la Aparición no depende de mí, sino del señor Obispo, quien está ya enterado de lo que pasa. Voy á verle, y á participarle lo que me pides: á él únicamente toca obrar.

Mr. Peyramale pasó en efecto á Tarbes: expuso los hechos al venerable Sr. Laurence, quien resolvió excederse, si era posible, en prudencia, dejar madurar el fruto y contentarse por de pronto con echar las bases de una información judicial, en la que fuesen examinados con la más escrupulosa imparcialidad todos los hechos pasados, presentes y futuros, instruyéndose un juicio en debida forma. Al siguiente día, miércoles 3 de Marzo, era inmensa la afluencia

cia á la gruta, á pesar de los cordones de tropa y pelotones de gendarmes que la autoridad civil había escalonado por el camino de las Rocas de Massabielle, como si semejantes reuniones amenazasen degenerar en motín. Los temores, diremos mejor, las esperanzas de esos hombres cortos de vista salieron fallidas; no dejó de reinar todo el día en aquella muchedumbre el orden más perfecto.



XVIII

Maravillosa conclusión de la quincena.-- Resurrección del niño Justino

El último de los quince días, durante los cuales Bernardica *hacia á la Reina del cielo la gracia* de ir á la gruta, el día que había de cerrar esa serie de numerosas maravillas, era objeto de universales conjeturas. Aquellos que no habían asistido al espectáculo sobrehumano de Massabielle y los que lo habían ya visto, querían presenciar la escena final. Era jueves, día de mercado en Lourdes. Toda la madrugada, mucho tiempo antes del alba, el camino de la gruta estuvo concurrido; y al rayar el alba esperaban ya más de veinte mil personas, llegando continuamente otras muchas.

Jamás, antes ni después, ni aún quizás en aquellas grandes solemnidades que han llamado poderosamente la atención, ha visto Lourdes igual afluencia.

Alguaciles, gendarmes, soldados de la guarnición todos estaban allí «para prevenir el desorden.»

Un sentimiento común embargaba á aquella inmensa reunión: la idea vaga de un grande espectáculo. Parecía á todos que la quincena de las apariciones no podía terminar sino por un notable acontecimiento. Algunos esperaban un milagro obrado en Bernardica ó cumplido por ella.

Según su costumbre, Bernardica oyó misa antes de partir. En la cumbre de la roca la esperaba un gendarme, que andaba delante de ella con el sable desenvainado para abrir paso. Cerca de la gruta se habían colocado tablas para facilitarle el pasaje. Sin estas precauciones parecía imposible que hubiese atravesado las compactas masas de los espectadores.

Cuando la niña se arrodilló todo el pueblo por un movimiento unánime cayó de rodillas. Un silencio extraordinario reinaba en medio de aquella muchedumbre.

Pronto empezó el éxtasis, tranquilo, luminoso como siempre. La niña fué á beber á la fuente, cumplió la acostumbrada penitencia por los pecadores tocando la tierra con sus rodillas y sus labios. Pero nada nuevo distingue aún esta aparición del 4 de Marzo. Bernardica recibió, como en los días anteriores, la orden de ir á hablar á los sacerdotes y pedirles el santuario y las procesiones. Había rogado á la Aparición que le dijese su nombre; pero la radiante Señora no había contestado á esta pregunta.

cia á la gruta, á pesar de los cordones de tropa y pelotones de gendarmes que la autoridad civil había escalonado por el camino de las Rocas de Massabielle, como si semejantes reuniones amenazasen degenerar en motín. Los temores, diremos mejor, las esperanzas de esos hombres cortos de vista salieron fallidas; no dejó de reinar todo el día en aquella muchedumbre el orden más perfecto.



XVIII

Maravillosa conclusión de la quincena.-- Resurrección del niño Justino

El último de los quince días, durante los cuales Bernardica *hacia* á la Reina del cielo *la gracia* de ir á la gruta, el día que había de cerrar esa serie de numerosas maravillas, era objeto de universales conjeturas. Aquellos que no habían asistido al espectáculo sobrehumano de Massabielle y los que lo habían ya visto, querían presenciar la escena final. Era jueves, día de mercado en Lourdes. Toda la madrugada, mucho tiempo antes del alba, el camino de la gruta estuvo concurrido; y al rayar el alba esperaban ya más de veinte mil personas, llegando continuamente otras muchas.

Jamás, antes ni después, ni aún quizás en aquellas grandes solemnidades que han llamado poderosamente la atención, ha visto Lourdes igual afluencia.

Alguaciles, gendarmes, soldados de la guarnición todos estaban allí «para prevenir el desorden.»

Un sentimiento común embargaba á aquella inmensa reunión: la idea vaga de un grande espectáculo. Parecía á todos que la quincena de las apariciones no podía terminar sino por un notable acontecimiento. Algunos esperaban un milagro obrado en Bernardica ó cumplido por ella.

Según su costumbre, Bernardica oyó misa antes de partir. En la cumbre de la roca la esperaba un gendarme, que andaba delante de ella con el sable desenvainado para abrir paso. Cerca de la gruta se habían colocado tablas para facilitarle el pasaje. Sin estas precauciones parecía imposible que hubiese atravesado las compactas masas de los espectadores.

Cuando la niña se arrodilló todo el pueblo por un movimiento unánime cayó de rodillas. Un silencio extraordinario reinaba en medio de aquella muchedumbre.

Pronto empezó el éxtasis, tranquilo, luminoso como siempre. La niña fué á beber á la fuente, cumplió la acostumbrada penitencia por los pecadores tocando la tierra con sus rodillas y sus labios. Pero nada nuevo distingue aún esta aparición del 4 de Marzo. Bernardica recibió, como en los días anteriores, la orden de ir á hablar á los sacerdotes y pedirles el santuario y las procesiones. Había rogado á la Aparición que le dijese su nombre; pero la radiante Señora no había contestado á esta pregunta.

Después, por sus reverencias á la Visión, anunció Bernardica que la Virgen había desaparecido; recibió su último adiós, su postrera sonrisa; vió por vez última extinguirse el brillo de su aureola, suspiró... Todo había terminado.

Tomó la niña el brazo de su madre, y se retiró; pero aquel día tuvo una profunda tristeza, la de la separación: ¿volverá á ver aún á la celestial, á la dulcísima Virgen?

La multitud se dispersó lentamente. Todo el día la gruta fué objeto de una animada peregrinación. Á las cuatro de la tarde había aún quinientas ó seiscientas personas que examinaban, que oraban, que bebían en la fuente, y se llevaban de aquel lugar sagrado algún recuerdo.

Mas la Inmaculada Virgen no quería que aquel memorable día terminase sin una manifestación ruidosa de su bondad. Un gran milagro, un milagro *maternal* fué digna coronación de la quincena de los milagros.

Se estaba muriendo un niño de dos años en una pobre casa de Lourdes. Llamábase Justino, y su padre Juan Bouhohorts, era jornalero. Atacado desde su nacimiento de una fiebre lenta, el pobre niño no había podido andar nunca; moríase de consunción, á pesar de todos los esfuerzos de la medicina. Estaba en la agonía; su padre y su madre desesperados rodeaban la cuna, y mirábanlo morir. Una caritativa vecina preparaba ya la pequeña mortaja, y se

esforzaba en sostener el ánimo de la desdichada madre.

Habiase puesto ya vidriosa la vista del niño, y sus miembros estaban rígidos é inertes, y no se percibía ya su respiración.

—Está muerto, decía el padre.

—Si no es muerto, decía la vecina, va á morir. Id á llorar más lejos; yo lo envolveré al momento con este paño.

Pero la madre no lloraba. Habíase apoderado de ella una esperanza.

—No ha muerto, exclama, y la Virgen Santísima de la gruta me lo curará.

—El dolor la vuelve loca, dice tristemente el padre.

En cuanto á ella, toma el cuerpo ya inmóvil de su hijo, lo envuelve en su delantal, y á pesar de los esfuerzos de su marido y de la amiga, se marcha corriendo como una loca, rogando en alta voz. «Acudo á la Virgen,» dijo al salir.

Eran cerca de las cinco, y conforme hemos dicho, algunos centenares de personas se encontraban aún al rededor de la gruta y de la fuente. La pobre madre se arrodilló delante de la gruta, oró con todo su corazón; luego, arrastrándose de rodillas hasta el receptáculo, toma el cuerpo desnudo de su hijo muerto ó moribundo, y lo sumerge todo en el agua milagrosa. Hacia un frío extremado, y el agua estaba helada.

Resonaron á su alrededor un grito de espanto y murmullos de indignación. «Esa mujer está loca,

exclamaban por todas partes; va á matar á su hijo.» Quieren impedirlo, y ella permanece inmóvil teniendo á su hijo sumergido en el agua. «¡Dejadme, dejadme! responde con voz enérgica y suplicante á un tiempo. Quiero hacer cuanto de mí dependa; Dios y la Santísima Virgen harán lo demás.» El tierno niño estaba lívido, no se movía ni daba señal alguna de vida. «El niño está muerto, decían: dejémosla hacer, es una pobre madre traspasada de dolor.» Por espacio de un cuarto de hora la pretendida loca tuvo á su hijo en aquella agua glacial que lo habría muerto en menos de cinco minutos aunque hubiese gozado de perfecta salud. Nada pudieron con ella los gritos, las súplicas, ni las amenazas. El cuerpo del niño estaba helado, sin movimiento. Sin embargo, llepa de fe su madre, lo sacó del agua, lo envolvió en su delantal y se lo llevó á su casa, sin cesar de rogar á la Virgen.

«Tú ves bien que está muerto, decía el padre.

—No, respondía ella, no está muerto. La Virgen Santísima nos lo devolverá,» y puso el niño en la cuna. Un instante después se inclina hacia él: «Respira,» exclama. Precipitase el padre; su hijo, en efecto, respiraba. Tenía los ojos cerrados, pero no era aquello la muerte, ni era la agonía; sino un placentero, un profundo sueño. La Virgen decía entonces desde el cielo á esa madre cristiana lo que Jesús decía en otro tiempo á la humilde y fiel cananea: «Anda en paz; tu fe te ha salvado.»

Durante la noche continuó la respiración, fuerte y regular, bajo las escudriñadoras miradas de la madre, que por cierto no dormía. A la mañana siguiente Justino se despertó; su tez estaba fresca y viva, aunque la flaqueza no había desaparecido aún. Sus ojos llenos de vida sonreían á su dichosa madre. Pide de mamar, y se sacia abundantemente. No había podido andar nunca, y sin embargo quiere saltar de la cuna; pero su madre, atónita, no pudiendo creer en una curación tan completa y tan repentina, no se atrevía á ponerlo en el suelo. Así se pasó el día, mamando el niño con avidez y con frecuencia, como si quisiese recobrar el tiempo perdido. La noche se pasó perfectamente.

El día siguiente, 6 de Marzo, por la mañana, el padre y la madre salieron temprano para ir al trabajo. El pequeñuelo dormía tranquilamente en su cuna. Cuando entró su madre al cabo de algunas horas, estuvo á punto de desmayarse al ver á su hijito, hasta entonces paralizado, moribundo, por no decir muerto la antevíspera, que se había levantado solo, que andaba, corría, iba de mueble en mueble, alegre y lleno de vigor. Vióse obligada, para no caer, á apoyarse en la puerta. ¡Oh! ¡qué grito de amor y reconocimiento debió escaparse entonces de aquel maternal corazón y subir hasta el corazón de la Virgen Madre.

El tierno Justino fué á echarse gozoso en brazos de su madre, que le abrazó sollozando. «Anteayer

estaba ya curado, pues que quería levantarse y andar, y con una impía falta de fe se lo impedi.» Y cuando entró su marido le dijo: «Tú ves bien que no está muerto; la Virgen santa le ha salvado.»

La buena vecina que la antevíspera había preparado la mortaja de Justino no podía dar crédito á sus ojos. Le miraba y volvía á mirarle, creyendo soñar. «¡Es él, él en verdad! exclamaba. ¡Pobre Justino!» Arrodilláronse todos, y la madre juntó las manecitas de su hijo, á fin de que diese también gracias á la Madre de Dios.

Actualmente Justino es un muchacho de trece años, alto y robusto, sin que desde su curación haya recaído. «Es un buen mozo, me decía en el mes de Abril de 1870 el venerable Párroco de Lourdes; es un buen muchacho, algo atolondrado, pero de buen corazón y que ama mucho á la Virgen.»

Este milagro produjo en Lourdes y toda su comarca un efecto prodigioso. Tres médicos de fama certificaron su realidad. En su concepto tres circunstancias calificaban esta curación de milagro propiamente dicho, milagro de primer orden: primeramente la duración de la inmersión del niño moribundo en el agua helada; después su efecto inmediato y que no tiene relación alguna con las reacciones causadas por las lociones ordinarias de agua fría; y por último la facultad de andar manifestada desde que el niño hubo salido de la cuna.

«La madre, decía la relación de uno de los médi-

cos, ha tenido á su hijo durante más de un cuarto de hora en el agua de la fuente; y por consiguiente ha buscado la curación de su hijo en procedimientos absolutamente condenados por la experiencia y por la razón médica, habiéndola sin embargo obtenido inmediatamente. La curación del niño ha tenido lugar sin convalecencia y de una manera sobrenatural.»

Así es como la Santísima Virgen quiso coronar «su quincena.» Desde entonces quedó establecida la peregrinación, y un manantial de gracias, salido del Corazón de María más bien que de las grietas de la roca, manó fecundo y consolador para no agotarse jamás.

XIX

Ridículos esfuerzos de la policía para "ahogar el fanatismo y la superstición"

La policía y la administración rivalizaron en celo contra la obra de Dios, contra la Virgen Santísima y contra la nueva peregrinación que tantos prodigios acababan de inaugurar.

A la milagrosa curación de Luis Bourriette, á la más conmovedora aún del niño Justino, venían á unirse cada día, por decirlo así, un número considerable de otras curaciones repentinas y evidentemente so-

estaba ya curado, pues que quería levantarse y andar, y con una impía falta de fe se lo impedi.» Y cuando entró su marido le dijo: «Tú ves bien que no está muerto; la Virgen santa le ha salvado.»

La buena vecina que la antevíspera había preparado la mortaja de Justino no podía dar crédito á sus ojos. Le miraba y volvía á mirarle, creyendo soñar. «¡Es él, él en verdad! exclamaba. ¡Pobre Justino!» Arrodilláronse todos, y la madre juntó las manecitas de su hijo, á fin de que diese también gracias á la Madre de Dios.

Actualmente Justino es un muchacho de trece años, alto y robusto, sin que desde su curación haya recaído. «Es un buen mozo, me decía en el mes de Abril de 1870 el venerable Párroco de Lourdes; es un buen muchacho, algo atolondrado, pero de buen corazón y que ama mucho á la Virgen.»

Este milagro produjo en Lourdes y toda su comarca un efecto prodigioso. Tres médicos de fama certificaron su realidad. En su concepto tres circunstancias calificaban esta curación de milagro propiamente dicho, milagro de primer orden: primeramente la duración de la inmersión del niño moribundo en el agua helada; después su efecto inmediato y que no tiene relación alguna con las reacciones causadas por las lociones ordinarias de agua fría; y por último la facultad de andar manifestada desde que el niño hubo salido de la cuna.

«La madre, decía la relación de uno de los médi-

cos, ha tenido á su hijo durante más de un cuarto de hora en el agua de la fuente; y por consiguiente ha buscado la curación de su hijo en procedimientos absolutamente condenados por la experiencia y por la razón médica, habiéndola sin embargo obtenido inmediatamente. La curación del niño ha tenido lugar sin convalecencia y de una manera sobrenatural.»

Así es como la Santísima Virgen quiso coronar «su quincena.» Desde entonces quedó establecida la peregrinación, y un manantial de gracias, salido del Corazón de María más bien que de las grietas de la roca, manó fecundo y consolador para no agotarse jamás.

XIX

Ridículos esfuerzos de la policía para "ahogar el fanatismo y la superstición"

La policía y la administración rivalizaron en celo contra la obra de Dios, contra la Virgen Santísima y contra la nueva peregrinación que tantos prodigios acababan de inaugurar.

A la milagrosa curación de Luis Bourriette, á la más conmovedora aún del niño Justino, venían á unirse cada día, por decirlo así, un número considerable de otras curaciones repentinas y evidentemente so-

brenaturales. En Lourdes mismo el restaurador Blas Maumus había visto desaparecer instantáneamente y disolverse un enorme lobanillo que tenía en la articulación del puño. La viuda Crozat, hacía veinte años sorda como una tapia, había recobrado repentinamente el oído haciendo uso del agua milagrosa. Augusto Bordes, cojo desde mucho tiempo de resultas de un accidente, había visto enderezarse instantáneamente su pierna y recobrar su vigor y forma natural. Estas personas y otras muchas eran de la población y conocidas de todo el mundo, y cada uno podía tocar con el dedo la evidencia del milagro.

El diablo, la policía, la administración, no podían tolerar semejante orden de cosas. Dirigiéronse en primer lugar, y esto es muy sencillo, contra la inocente niña que la Virgen había elegido para dar origen á la peregrinación. Merced á la protección divina y gracias también al buen Párroco Peyramale, Bernardica había escapado á la tempestad. No era posible emprenderlas contra el poder invisible que obraba en la gruta y causaba «el escándalo.» Se resolvió, pues, dirigirse contra la misma gruta, contra la roca de Massabielle, contra la fuente; y no pudiendo coger al pájaro, se quiso á lo menos herir á la jaula. Para tan hermosa hazaña el diablo escogió al prefecto con su burocracia y su administración.¹

¹ El prefecto es en Francia lo que en España el gobernador civil de provincia. (N. d. l. T.)

El prefecto de Tarbes era entonces un hombre de honradas intenciones, cristiano práctico, pero cristiano de agua dulce; como los hay en todas las regiones gubernamentales. Estos hombres, sin negar en teoría el milagro, lo rechazan absolutamente en la práctica. Para ellos todo lo que semeja á lo sobrenatural es quimera ó superchería; su pequeño nivel religioso es la regla perfecta encima de la cual no puede haber más que fanatismo y superstición; para ellos un milagro, y en el siglo XIX, es un escándalo.

Con tales sentimientos piadosos, fortalecidos por las relaciones de la inteligente policía de que hemos hablado más arriba, el entendido prefecto quería á toda costa hacer cesar las afluencias populares, que consideraba como «un peligro para el orden,» como capaces «de turbar las conciencias» y de perjudicar «los verdaderos intereses de la Religión.»

Corroboró su prudencia con la eminente del ministro de Cultos entonces reinante, el ilustre y devoto Mr. Rouland, y alumbrado por esta luz superior, su luz obró con todas las apariencias de infalible. Decidió que los milagros de Lourdes no eran una realidad, y obró en consecuencia. ¡Pobres espíritus estos! Llenos de sí mismos, soberbios, combaten á Dios con una buena fe trastornadora, y cometen verdaderos crímenes con sus honradas intenciones de que está empedrado el infierno. Son todos de la raza de Pilatos.

El prefecto quiso emplear un remedio radio.comis

impedir que afluyese á la gruta la muchedumbre. Algunas semanas después de la quincena milagrosa, reunió todos los alcaldes del país, y en un sermón administrativo, lleno de fuerza y de unción, les hizo comprender que todo lo que en la gruta pasaba era ridículo, que esta superstición deshonoraba al país, que lo blanco era negro, y que de buen grado ó á la fuerza era necesario que todo esto acabase. En su consecuencia y desde las alturas de su infalible autoridad excomulgó á la gruta, ordenó á su comisario de policía, que quitase todos los objetos de piedad que la «superstición» había depositado en ella, y que persiguiese como alienados ó propagadores de falsas noticias á cuantos hablasen de milagros, apariciones, etc.

Esta orden nada detuvo. Indignó y contristó á la multitud de peregrinos, que continuó afluyendo piadosamente á las Rocas de Massabielle. El comisario de policía, á quien hemos visto ya ocupado en el asunto, se creyó en el deber de consumir el despojo de la gruta, pero en vista de la gran cantidad de objetos que debían quitarse, necesitaba una carreta ó una acémila. Acompañado de algunos guardias municipales, se dirigió á un maestro de posta. «No presto mis caballos para semejantes cosas, respondió éste enérgicamente. No quiero sonar para nada en lo que va á hacerse. Instruid diligencias contra mí, si os conviene: yo no presto mis caballos.»

El comisario fué sucesivamente á llamar á la puer-

ta de todas las posadas, de todos los alquiladores de carruajes: en todas partes obtuvo la misma negativa, la misma indignación no disimulada. Veíasele ir y venir por las calles, seguido de sus agentes, confuso y conteniendo su cólera. En vano ofrecía hasta treinta francos por una carrera de menos de un cuarto de legua. Una mujer codiciosa le alquiló al fin un caballo y carruaje, con gran indignación de todos los habitantes.

No paró aquí la cosa: una vez en la gruta, era preciso efectuar el despojo; pero la sacrilega operación tropezaba con las dificultades del terreno, y más aún con la actitud más y más amenazadora de la población entera que había acudido á las Rocas de Massabielle.

El ejecutor de las altas órdenes del prefecto empezó por la plata y las alhajas ofrecidas á la Virgen Santísima, y que el más resuelto bandido no se había atrevido á tocar hasta entonces. Después arrebató los ramilletes é hizo ademán de echarlos al torrente; pero le detuvo un significativo murmullo de la muchedumbre. Sus movimientos tenían algo de convulsivos; y á fin de apresurar la tarea llamó en su ayuda á un muchacho que allí se encontraba. «Toma, le dijo, presentándole un cuadro, lleva esto á la carrera.» El niño alargó maquinalmente las manos, pero un camarada le gritó en seguida: «¡Desgraciado! ¿qué vas hacer? Dios te castigará.» El muchacho retrocedió, y ninguna insistencia del comisario

pudo hacerlo mover. Los pobres guardias municipales desempeñaban su oficio con una repugnancia que no podían disimular.

Cuando estuvo despojada la gruta, el comisario quiso aún quitar una balaustrada de madera que se había colocado á la entrada de la gruta por un sentimiento de religioso respeto. Necesitaba un hacha, y fué á pedirla á la carpintería del molino. Todos los obreros uno tras otro se negaron. Un poco más lejos, un obrero que trabajaba solo, no se atrevió á resistir y dejó que le tomase el hacha. El comisario tuvo que ejecutar por sí mismo el trabajo, pues nadie quiso ayudarle. Cuando resonaron los primeros golpes del hacha, la indignación popular llegó á su colmo. Estaba cerca de allí el torrente, y sólo un minuto faltó para que no sucediese una desgracia. Comprendiólo así el culpable y se detuvo. Pálido, todo aturdido se dirigió á la multitud, y con voz alterada por el miedo, quizás también por el remordimiento, dijo que no hacía más que obedecer, y pidió por decirlo así, perdón por los actos innobles que ejecutaba. Después, consumado ya todo, regresó á Lourdes con los despojos de la Santísima Virgen.

Aquella misma tarde la multitud, para protestar contra aquella impiedad, acudió en mayor número que nunca á la santa peregrinación, y en un instante quedó la gruta llena de flores é iluminada con mil velas.

El día siguiente, por una coincidencia que á nadie

pasó desapercibida, y que consoló á los buenos é hizo reflexionar á los malos, la mujer que no se avergonzó de prestar al comisario el caballo y la carreta, se cayó de un desvan y se rompió una costilla, y al obrero que no se atrevió á negar el hacha, le aplastó los piés la caída de una viga.

Las ridículas é inútiles medidas de la policía no hicieron más que acrecentar el ardor de la gente que cada día iba á orar á la gruta. Durante el mes de Mayo fueron allí á celebrar el mes de María muchas personas piadosas; pero con gran descrédito de la policía no ocurrió el menor desorden, ni el más leve delito.

Entonces la administración prefectoral tomó un partido violento y que creyó decisivo. El 8 de Junio, en virtud de un decreto que invocaba el interés de la Religión y de la salud pública, amenazada por el uso libre é imprudente del agua que se afectaba creer mineralizada en alto grado, la policía quitó de nuevo en medio de la general indignación todos los objetos depositados en la gruta y la cerró con tablas de madera. Se privó el acercarse á ella y prohibióse formalmente el sacar agua. En lo alto de la roca, donde ahora está el ábside de la capilla, se fijó un poste con estas palabras: *Se prohíbe entrar en esta propiedad.*

Los municipales y los gendarmes daban la guardia, y sin embargo se burlaba la prohibición, descendiendo furtivamente á riesgo de ser sorprendidos. A menudo se reunían varias personas, y quedando una de ellas de centinela encima de la roca vigilan-

do la llegada de los empleados, las demás oraban en la gruta. Instruyéronse una porción de diligencias criminales, y tuvieron que comparecer ante el juez de paz pobres mujeres y obreros, por haber quebrantado la prohibición.

Estas medidas vejatorias encendieron en el pueblo una ardiente irritación, corriendo rumores amenazadores. Con todo, los más exasperados supieron contenerse sin apelar á la menor violencia. Debe contarse entre los sucesos memorables de aquel tiempo la calma con que la población obrera de Lourdes atravesó aquel período de absurda persecución. Debióse, después de la Virgen Santísima, á algunos hombres de influencia con los obreros, que supieron mantenerlos dentro de la legalidad y la paciencia; pero el honor corresponde principalmente al digno Parroco de la población, cuya enérgica palabra ejerció en su pueblo el más saludable imperio.

Cuando los peregrinos querían orar con libertad delante de la gruta bendita, tanto más amada, cuanto que la disputaba á su fe una oposición injusta y arbitraria, iban á la otra orilla, á arrodillarse sobre el césped de los prados ó sobre la arena que había quedado en seco en el cauce mismo del torrente. Como el nicho de la aparición dominaba las tablas que cerreban la entrada, dirigían desde lejos sus miradas á la excavación santificada por la Santísima Virgen, y se retiraban con el consuelo de haber podido dirigir allí sus oraciones.

Pronto el número de personas sorprendidas fué muy considerable, y en las listas de la policía figuraron nombres de extranjeros muy embarazosos. Los autores de estos procedimientos comprendieron que incurrían en ridículo y se hacían odiosos con su severidad, por otra parte impotente; por lo cual depusieron su rigor y dejaron hacer.

La prefectura dirigió también sus tiros contra el agua de la gruta. Durante la lucha entre los hombres, la Virgen no dejó de continuar sus curaciones. Aquella fuente, proclamada siempre y con mayor fuerza de voz como milagrosa, favorecía «la superstición,» y era preciso destruir tal creencia.

No pudiendo negar la realidad de las curaciones repentinas é imposibles según los recursos conocidos de la medicina, se pretendió que la fuente era una riqueza mineral, superior á la de todas las aguas de los Pirineos. Por una débil complacencia un oscuro químico del país le encontró, en efecto, propiedades curativas muy poderosas; y se publicó que Lourdes poseía una fuente termal sin igual. Poco crédito mereció la noticia y por corto tiempo; recurriéndose más adelante á otros químicos para averiguar la verdad, quienes estuvieron contestes en afirmar que el líquido que se les presentaba no contenía sustancia alguna mineral. Mr. Filhol, profesor de química en la facultad de Tolosa, después de haber analizado el agua de Massabielle por todos los medios conocidos, declaró en 7 de Agosto, en un

brillante informe, que era simplemente agua ordinaria, potable, pero sin la menor propiedad terapéutica.

Contra el infierno y contra los hombres, la causa de las apariciones fue difundida tan sólo por ella misma y por la creencia pacífica del pueblo. El clero nada hizo contra ella; más tampoco la sostuvo: obró como incrédulo en un principio. Los Curas que pudieron estar bien enterados, viendo el carácter de santidad que presentaban las visiones, entraron en una respetuosa duda; un poco más adelante prestaron dichosamente la adhesión de su alma. Un gran número empero continuaron vacilando largo tiempo.

Mas por una prudencia inexplicable actualmente para los testigos de este entusiasmo popular, que arrastraba hasta á los mismos impíos, y gracias á una disposición de la Providencia que no quiso tuviese apariencias de acción humana una obra de la Virgen Inmaculada, no se presentó jamás un solo clérigo entre la muchedumbre en todo el tiempo que duraron las apariciones.

La peregrinación de Lourdes fué pues, obra exclusiva de la Virgen; ella sola lo hizo todo. La policía fué vencida, vencidos fueron la administración y el prefecto. Una orden formal, emanada de la autoridad soberana, restituyó á la piedad de los peregrinos el libre acceso á la gruta bendita; y desde entonces no ha venido á perturbar su paz y dulzura ninguna tentativa de los humanos poderes.

Inhabilitado ya para el país el malhadado prefecto, fué nombrado para la primera prefectura vacante, y por una notable terquedad de la Providencia, fué expulsado por Nuestra Señora de Lourdes, para caer bajo la dependencia de Nuestra Señora de la Saleta: de Tarbes pasó á Grenoble. Incorregibles como son todos los católico-liberales, gubernamentales y semi-racionalistas, decía con frescura que si hubiese sido prefecto de Grenoble en 1846, hubiera puesto orden á la aparición y «á las supersticiones» de la Saleta. Algunos años después murió allí de un ataque de apoplejía, ¡Dios se haya apiadado de su alma!

El procurador imperial de Lourdes, igualmente inhabilitado, fué trasladado, lo mismo que el ilustre comisario, el cual según dicen, ha llegado á ser uno de los sabuesos más distinguidos de la alta policía.

XX

Aparición del 25 de Marzo.—“Yo soy la Inmaculada Concepción”

Pasada la quincena, la joven Bernardica iba todos los días á la gruta. Rezaba allí el Rosario, como los demás peregrinos; sus ojos permanecían largo tiempo fijos en el fondo de la peña; pero la dulce Visión no aparecía, y sus transfiguraciones habían cesado.

brillante informe, que era simplemente agua ordinaria, potable, pero sin la menor propiedad terapéutica.

Contra el infierno y contra los hombres, la causa de las apariciones fue difundida tan sólo por ella misma y por la creencia pacífica del pueblo. El clero nada hizo contra ella; más tampoco la sostuvo: obró como incrédulo en un principio. Los Curas que pudieron estar bien enterados, viendo el carácter de santidad que presentaban las visiones, entraron en una respetuosa duda; un poco más adelante prestaron dichosamente la adhesión de su alma. Un gran número empero continuaron vacilando largo tiempo.

Mas por una prudencia inexplicable actualmente para los testigos de este entusiasmo popular, que arrastraba hasta á los mismos impíos, y gracias á una disposición de la Providencia que no quiso tuviese apariencias de acción humana una obra de la Virgen Inmaculada, no se presentó jamás un solo clérigo entre la muchedumbre en todo el tiempo que duraron las apariciones.

La peregrinación de Lourdes fué pues, obra exclusiva de la Virgen; ella sola lo hizo todo. La policía fué vencida, vencidos fueron la administración y el prefecto. Una orden formal, emanada de la autoridad soberana, restituyó á la piedad de los peregrinos el libre acceso á la gruta bendita; y desde entonces no ha venido á perturbar su paz y dulzura ninguna tentativa de los humanos poderes.

Inhabilitado ya para el país el malhadado prefecto, fué nombrado para la primera prefectura vacante, y por una notable terquedad de la Providencia, fué expulsado por Nuestra Señora de Lourdes, para caer bajo la dependencia de Nuestra Señora de la Saleta: de Tarbes pasó á Grenoble. Incorregibles como son todos los católico-liberales, gubernamentales y semi-racionalistas, decía con frescura que si hubiese sido prefecto de Grenoble en 1846, hubiera puesto orden á la aparición y «á las supersticiones» de la Saleta. Algunos años después murió allí de un ataque de apoplejía, ¡Dios se haya apiadado de su alma!

El procurador imperial de Lourdes, igualmente inhabilitado, fué trasladado, lo mismo que el ilustre comisario, el cual según dicen, ha llegado á ser uno de los sabuesos más distinguidos de la alta policía.

XX

Aparición del 25 de Marzo.—“Yo soy la Inmaculada Concepción”

Pasada la quincena, la joven Bernardica iba todos los días á la gruta. Rezaba allí el Rosario, como los demás peregrinos; sus ojos permanecían largo tiempo fijos en el fondo de la peña; pero la dulce Visión no aparecía, y sus transfiguraciones habían cesado.

El plazo de las promesas había espirado. Con todo, el pueblo esperaba siempre volver á ver el maravilloso éxtasis, y cada vez que la joven se dirigía á Massabielle, se precipitaba á su paso. Creía ir con ella al encuentro de la Virgen. Bernardica no esperaba ya volver á verla. La voz que advertía á su alma, cuando María había de aparecer durante los quince días, estaba muda desde entonces.

El 25 de marzo, festividad de la Anunciación, Bernardica se siente fuertemente *empujada* hacia la gruta; obedece dichosa al interior impulso, y se traslada á Massabielle. La solemnidad del día, la esperanza incierta, pero general, de que aparecería la Visión, atrajo una concurrencia extraordinaria. Sorprendióse Bernardica al hallarla. Púsose en oración, con el rosario en la mano, y pronto un súbito estremecimiento y la alteración de su rostro anunciaron que se aparecía la Virgen.

Fué aquel un gran día en la historia de las apariciones.

Bernardica había pedido muchas veces á la misteriosa Señora que le revelase su nombre, y no había obtenido más que sonrisas. En este momento de éxtasis, recordando que el señor Párroco le había recomendado especialmente que se lo pidiese cuando volviese á verla, dijo: «¡Oh Señora mía! ¿queréis tener la bondad de decirme quién sois, y cuál es vuestro nombre?»

Pareció que la Visión resplandecía más; sonriendo

siempre, sonrió con más benignidad, y esta fué su única respuesta.—«Señora mía, replicó la niña, ¿queréis decirme quién sois?» Los mudos labios de la celeste Aparición brillaron con un prolongado y divino sonris.

«Oh Señora mía, os suplico me digais vuestro nombre; debéis manifestarme quién sois.» Desde el centro de la aureola el virginal rostro envía á la querida niña una nueva sonrisa, la más arrebatadora sin duda..... Después la Señora aparta su vista de Bernardica, separa sus manos, hace deslizar en su brazo el rosario que tenía en sus dedos unidos á la altura de la cintura, levanta á un tiempo sus manos y su cabeza radiante; en tanto que sus manos se juntan delante del pecho, su cabeza se afirma, y más radiante que nunca, dirigida la vista á la gloria del cielo, dice: «Yo soy la Inmaculada Concepción.»

Sin otra mirada á la niña, ni otra sonrisa, ni el adios acostumbrado, desapareció en la misma actitud, dejando en el alma de Bernardica esta imagen y este nombre.

Bernardica extremadamente gozosa, tenía prisa por ir á revelar al señor Párroco el nombre, por fin conocido de la Señora. Mas ella no comprendía del todo estas palabras: *Inmaculada Concepción*; en aquel momento, en el resplandor de la aparición, las había oído por la vez primera. Y estas palabras ignoradas no le descubrían quién era la Señora. Tenía miedo

de olvidarlas, y las repetía en todo el camino: «Yo soy la Inmaculada Concepción.»

Comprendiólo el Párroco; el pueblo cristiano lo comprendió; no se había engañado. Era ella, la Virgen María, la Madre de Dios.

Esta aparición, divulgándose con nueva magnificencia y dulzura, cuando nada la hacía esperar y al parecer se habían concluido las celestes apariciones, parecía el coronamiento de la obra de MARIA en la gruta. Ella aclara el misterio por tanto tiempo velado de sus quince primeras visitas. La Señora había hecho presentir su nombre, y el pueblo, á la narración de la atónita niña, decía: ¡MARIA!—pero quería oírse de sus labios. Dignóse descender una vez más y decirlo: «Yo soy la Inmaculada Concepción.»

En parte alguna del mundo y en ninguna de sus apariciones se había llamado con este nombre. MARIA por su propia boca da á la gruta de Lourdes una gloria única, la de ser el solo santuario, señalado por el cielo, de la Inmaculada Concepción. Ella revela el pensamiento divino sobre la naciente peregrinación. La Inmaculada Concepción es su objeto y será su riqueza.

En esta palabra tienen los peregrinos toda su oración: ella encierra el secreto de sus esperanzas. En las maravillas de Lourdes prepara Dios una nueva glorificación á la Concepción Inmaculada. En honor de la Inmaculada Concepción y por virtud de la Inmaculada Concepción brotarán de la fuente las curacio-

nes; y en la gracia de la Inmaculada Concepción hallarán los pecadores las alegrías de la misericordia. Los cirios encendidos debajo del peñasco, honrarán con sus luces la pureza sin mancha de MARIA; los pueblos vendrán á celebrar la Inmaculada Concepción con sus magníficas é innumerables procesiones, y las piedras todas de la buscada capilla alabarán á la Inmaculada Concepción.

Bernardica conservó vivo el recuerdo de la Virgen glorificándose delante de Ella por su Inmaculada Concepción. Es este quizás el recuerdo que más vivo ha conservado en su memoria. Hásele pedido muchas veces que reprodujese aquella augusta escena.

La joven se recogía y decía: «Hizo así.....» Y sus manos, su cabeza, su mirada imitaban los movimientos de la Virgen. En el simple hecho de levantar las manos y de juntarlas extendidas sobre el pecho, había tanta dignidad y tanta gracia; era tan grave y dulce su rostro; y su mirada, dirigiéndose al cielo, tomaba tal expresión, que al verla se experimentaba una admiración involuntaria y un religioso respeto. Á menudo ha arrancado lágrimas; tan bien representa el arrebatador momento de la Aparición. Cierta día conmovió tanto á un hombre de mundo, que exclamó: «Para mí esto basta. Creo. Esta niña ha visto; jamás podía inventar lo que hace. Lo que ha visto no es de este mundo.»

XXI

Aparición del lunes de Pascua, 5 de Abril.
—El milagro del cirio encendido

Diez días después, el 5 de Abril, lunes de Pascua, Bernardica, rodeada de una multitud de personas que oraban, fué favorecida con otra aparición de la Virgen Inmaculada. Esta vez hubo un espectáculo que admiró más que todas las maravillas anteriores y acabó de demostrar el carácter divino de las visiones.

La joven, arrodillada, tenía en una mano un cirio encendido, que apoyaba en el suelo. Absorbida por la contemplación de la Reina del cielo, juntó sus manos, y sin parar atención en lo que hacía, las levantó un poco y las dejó caer suavemente sobre el extremo del cirio encendido. Entonces la llama empezó á pasar por entre sus dedos ligeramente entre abiertos y á elevarse por encima de ellos, oscilando de un lado para otro según el leve soplo del viento.

Alarmáronse los que estaban á su lado, exclamando: «¡Se quema!... ¡se quema!...» La niña se sonreía, siempre inmóvil, siempre serena. «Dejemos hacer, dicen unos á otras personas que querían tomar el cirio; evidentemente no siente el fuego. Véamos lo que será.»

Un médico observaba á la joven. Atónito sacó su reloj. La llama continuó ardiendo, y las manos si-

guieron más de un cuarto de hora sin el menor movimiento. Cuantos podían ver á Bernardica notaron como subía la llama por entre sus dedos entrelazados, y exclamaban atónitos: «¡Milagro! ¡milagro!» Nunca había presenciado aquella gruta semejante asombro. Por fin se separaron las manos de la niña, el doctor las examinó, y estaban ilesas y blancas.

Después del éxtasis, cuando Bernardica volvió á la vida ordinaria, uno de los espectadores aproximó á la mano de aquella la llama de la vela aún encendida.—«¡Oh! ved que me quemais,» exclamó la niña, volviéndose bruscamente.

Un prodigio tan manifiesto y conmovedor dejó una impresión profunda. Era la aparición décimaséptima, y la décimaquinta de aquellas en que la Virgen había llamado á la multitud como testigo de un misterio profundamente secreto, al par que admirablemente descubierto. Aquel día había al rededor de Bernardica más de nueve mil personas.

El divino espectáculo concluyó para la muchedumbre el día 5 de Abril. Por la vez última delante de ella la Reina de la gloria hace brillar el reflejo de su esplendor sobre el angelical rostro de la niña transfigurada, mostrando el poderío de su belleza en el éxtasis de esa alma elevada por un irresistible arrobamiento. Quiso aquel día tributarse á sí misma un triunfante testimonio.

Vino otra vez para poner á su obra el sello divi-

no, y asegurar la fe y la gloria de su nombre por el sello inimitable del milagro:

¡Espectáculo admirable y bello! la niña contempla á la Señora, ora y sonríe; presenta sus tiernas manos á la llama, y ésta las toca, las acaricia y no las quema. Ese cirio bendecido, que se consume como una oración, respeta á la joven, mientras está con la *Inmaculada Concepción*. Vese por más de un cuarto de hora cómo el fuego lame sus manecitas y la niña sonríe.

Así es como la multitud vió á Bernardica en la última aparición pública; y tal es el divino, el último recuerdo que de su presencia deja la blanca Señora del rosál, la Virgen de la gruta, de la fuente de los milagros, del rosario, de la luz, de las rosas, de las sonrisas, la *Inmaculada Concepción*.

Bernardica pudo verla una vez más, pero casi sola y mucho tiempo después para ser fortalecida y consolada.

XXII

Curación milagrosa del joven Enrique Busquet

Los milagros se multiplicaban bajo la acción del agua de la gruta, como las flores bajo la acción del rocío de la primavera. Ya se perdía por decirlo así, la cuenta de ellos. Hé aquí, entre cien otros, uno cu-

ya autenticidad ha sido proclamada por los médicos, al mismo tiempo que por la autoridad eclesiástica.

Existía entonces en Nay, en los Bajos Pirineos, un joven de quince años, llamado Enrique Busquet, cuya salud estaba perdida y su sangre profundamente viciada á consecuencia de una fiebre tifoidea que padeciera dos años antes. En la parte derecha del cuello se le había formado un enorme absceso, de carácter escrofuloso maligno, que insensiblemente había invadido la parte alta del pecho y la inferior del carrillo. Al cabo de cuatro meses y de resultas de una operación que se creyó necesaria, una llaga horrible, grande, que daba una abundante supuración, se extendía por toda la parte enferma. Además, en derredor de la úlcera habíanse formado dos nuevas hinchazones de las glándulas.

Habían sido inútiles todos los tratamientos empleados: las aguas de Cauterets habían producido antes mal que bien, y el estado del pobre enfermo empeoraba de día en día.

Enrique era muy piadoso. Oyó hablar de las maravillas de Lourdes y del manantial milagroso. No pudiendo ir allí, pidió á una buena vecina que iba á hacer la peregrinación, que le trajese un poco de aquella agua. Estaba convencido de que la Santísima Virgen lo curaría; presentimiento habitual en aquellos á quienes se dispone á visitar la gracia de un milagro.

El 28 de Abril por la tarde se le trajo la tan de-

seada agua. Arrodillóse en unión de sus padres, hermanos y hermanas, todos cristianos fieles, sencillos, confiados. Enrique se inclinó para proceder más cómodamente á las lociones. El doctor había recomendado mucho que el agua fría no tocase nunca su llaga, de lo contrario se seguirían, según decía, infaliblemente complicaciones muy graves. Mas para el piadoso joven la bondadosa Virgen era antes que el médico, y el agua de la gruta no era «agua fría.»

Quitóse, pues, los vendajes é hilas que encubrían su úlcera y tumores, y con un lienzo empapado en la milagrosa agua, bañó sus horribles llagas. «Es imposible, pensaba, que la Santísima Virgen no me cure.» Y allí mismo se durmió tranquilamente.

A la mañana siguiente, al despertarse, estaba curado, completamente curado. Nada de llaga, nada de tumores, nada de sufrimientos: como recuerdo, la bondadosa Virgen le había dejado la cicatriz de su extensa úlcera; pero esta cicatriz era completa y blanca, tan sólida como si la mano del tiempo la hubiese lentamente formado. La curación había sido radical, súbita y sin convalecencia.

Más aún, el temperamento del joven Enrique, hasta entonces escrofuloso y substancialmente alterado, volvía al mismo tiempo á su estado normal. En efecto, desde aquel día Enrique Busquet quedó completamente curado; creció lleno de vigor y de salud. «Actualmente, dice un testigo ocular, es un guapo y robusto joven de veintiocho años de edad, que ejer-

ce como su padre el oficio de yesero, cantando todo el día, no canciones obscenas ó picarescas, sino honestas y alegres canzonetas, ó bien cánticos en honor de su inmaculada Bienhechora.»

La relación de los médicos ha atestiguado sin rodeos el carácter sobrenatural de esta curación. «Colocamos este hecho, se dice en ella, entre aquellos que tienen plenamente y de una manera evidente el carácter sobrenatural.»

El médico que hasta entonces había asistido al joven privilegiado de MARIA, declara con no menor franqueza que «esta súbita curación era maravillosa y divina.»

XXIII

Décimaoctava y última aparición de la Santísima Virgen á Bernardica

Hemos dicho que Bernardica pudo ver otra vez á la Virgen y recibir un supremo consuelo de Aquella que la había hecho sufrir para la nueva obra de su amor. La pobre niña había en efecto sufrido persecuciones, como antes hemos dicho, y las había soportado con una gran constancia, dulzura y sencilla humildad.

Era la tarde del 16 de Julio, festividad de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Bernardica sentía el

misterioso atractivo que otras veces la había llamado á la gruta. Participó á su familia, y la más joven de sus tías se ofreció á acompañarla. Se avisó á otras dos personas de Lourdes, que habían manifestado vivos deseos de seguir un día á Bernardica confiando ver el éxtasis, y partieron juntas las cuatro.

La gruta estaba entonces cerrada de orden del prefecto; y Bernardica, menos que ningún otro, podía pisar aquel lugar prohibido. Bajaron todos por las praderas contiguas á la ribera opuesta del torrente. Frente de la gruta se arrodillaron á cierta distancia de un grupo de personas que oraban sin percibirse de los recién llegados, y rezaron *Ave Marias* con el rosario en la mano. Era al anoecer.

Las manos juntas de Bernardica se separan y caen repentinamente como por un movimiento de sorpresa. Sus compañeras suponen llegado el éxtasis. A los últimos resplandores del día ven ponerse pálido su rostro y brillar sus ojos. En aquel momento una mujer se acerca con una vela encendida y se arrodilla no lejos de Bernardica, sin dudar de la maravilla. La claridad se refleja en el rostro transfigurado de la niña. Por vez última la tía de Bernardica contempla á su sobrina con su radiante palidez, con la beatitud de su mirada, perdida en el seno de las bellezas y de la gloria de la Virgen María. Admiradas las dos compañeras, miran silenciosas; y la dichosa niña, olvidando á la tierra, se embriaga con las delicias que MARÍA le trae del Paraíso por la vez décimoctava.

Después casi de un cuarto de hora, el éxtasis cesa. Bernardica había recibido el último adiós

Habló de la visión con una profunda impresión de felicidad. A los primeros rayos que la anunciaron, todo lo perdió de vista, el torrente, la barrera; solamente veía á la Virgen y su blanco ropaje, y su velo, y su cinturón azul, y su aureola, y su dulce mirada, y sus sonrisas..... Nunca la Madre de Dios se había aparecido tan gloriosa. Su rostro semejaba al niño más bello y más radiante; la luz era más magnífica que nunca.

Esta aparición, casi solitaria, fué toda para la niña. Ha sido poco conocida, y no ha ejercido influencia alguna sobre las creencias del pueblo.

La pobre niña Bernardica había llenado su misión con una sencillez llena de valor, con un fervor más fuerte que todas las pruebas. Había sufrido, había combatido por la Señora de las rocas; debía sufrir, debía combatir aún más. La vuelta inesperada de la Santísima Virgen acreditó que estaba contenta de su niña; y en los inefables gozos de ese cuarto de hora del cielo, le dió la recompensa del pasado con la fuerza del porvenir.

XXIV

Bernardica desde las apariciones

La humilde y dichosa joven, que la Santísima Virgen había elegido para obrar por ella tan grandes cosas, permaneció después de las celestes visiones tal como antes era; la Virgen Santísima la conservó con toda su sencillez, modestia y candor. Nada extraordinario se notó después en ella, como no fuese aquella tranquila y dulce humildad, con la cual despreciaba, por decirlo así, la vanagloria y las incesantes curiosidades.

En la escuela jugaba, saltaba, se entretenía, paseaba como las demás niñas. Su inteligencia había continuado siendo no más que común, y se pasó largo tiempo antes que supiese leer y escribir. Era piadosa, edificante; pero nada la distinguía de las otras niñas piadosas. Hablaba poco, su lenguaje era bastante frío; todo su mérito se resumía en lo que había agradado á la Reina de los Angeles: la inocencia de una vida pobre y oscura, el candor del espíritu, la rectitud de su conciencia.

Bernardica hizo su primera Comunión en este mismo año 1858, el 3 de Junio, jueves de *Corpus*. Esperábase para este día algo extraordinario; pero nada ocurrió, nada sino que una buena jovencita hizo piadosamente su primera Comunión.

Por espacio de dos años más, concurrió á la escuela. Algunos meses después de su primera Comunión, fué admitida en la Congregación de la Virgen Santísima, en la que continuó edificando á todo el mundo, sin admirar á nadie. En 1860 las Hermanas de la Caridad de Nevers, que servían en el hospicio de Lourdes, dirigiendo al propio tiempo la escuela, le ofrecieron un abrigo tutelar, y desde aquel día permaneció bajo su techo. Era siempre la misma; su salud era delicada, fatigada por el asma, y puede añadirse por las continuas visitas de los peregrinos y curiosos.

Esta afluencia aumentaba de día en día. Fiel á la gracia de publicidad que había sido el carácter de los milagros de la santa gruta, Bernardica no se ocultaba á las miradas, á las preguntas, hasta á las indiscreciones de nadie. Espontáneamente no hablaba nunca de los favores sobrenaturales de que había sido objeto; preguntada, respondía lacónicamente, con mucha claridad, y, cosa admirable, sin dejar percibir la menor emoción. Era simplemente un testigo, sencillo y sincero, que decía lo que había visto, que repetía lo que había oído; ni más ni menos.

Cuando comprendía que las personas que la interrogaban habían tomado el partido de no creerla, evitaba toda contestación. «Hé aquí lo que he visto y lo que sé, decía sin pesar y casi con indiferencia: si no queréis creerlo, ¿qué haré?» Y se callaba.

En un principio, cuando se a amenazaba y se pro-

baba el hacerle decir que mentía, contestaba con una entereza impropia de su edad: «Haced lo que queráis; primero iré á la cárcel antes que decir que mis palabras no son verdaderas.»

Sin embargo, Dios bondadoso hacía brillar de una manera inexplicable la pura verdad de las palabras de Bernardica; Él le daba un poderío irresistible, y esta niña que naturalmente no tenía nada de lo que es necesario para convencer y conmover, conmovía y convencía casi siempre. Un magistrado protestante, sabio jurisconsulto, fué un día á visitar á Bernardica con un eclesiástico conocido suyo. Entrambos la interrogaron. El protestante escuchaba con profundo interés; poco á poco le dominó la emoción, y prorrumpió en llanto. «Señor Cura, le dijo al salir, se puede disputar, se puede tratar de explicar los prodigios de la gruta: en cuanto á mí, la fuerza de la convicción está en que esa niña me admira y me conmueve. Algo hay en esto.»

Ante las contradicciones sinceras, Bernardica hallaba siempre con extraña felicidad la respuesta necesaria. Enojábase un poco únicamente cuando se trataba de defender el honor de la verdad, y por consiguiente el honor de la Santísima Virgen. Un excelente cristiano, aparentando no creer que esta se hubiese expresado en patués de Bearne, decía á Bernardica: «Te engañas, hija mía, Dios y la Santísima Virgen no comprenden tu patués; no conocen este miserable lenguaje. — Si no lo supiesen, caballero,

respondió con blandura la niña, ¿cómo lo sabríamos nosotros? Y si ellos no lo comprendiesen, ¿quién nos haría capaces de comprenderlo?.....»

«¿Cómo la Virgen Santísima ha podido mandarte que comieses hierba? le dijo otra vez un *espíritu fuerte*. ¿Es que te tomaba, pues, como una béstia?—¿Pensais esto de vos cuando coméis ensalada?» replicó al punto la niña con una ligera sonrisa.

Lo hemos dicho ya, ni Bernardica ni sus pobres padres quisieron nunca aceptar nada de los innumerables visitantes que, sea por bondad de corazón, sea para tentarlos, les hicieron mil veces ofertas las más seductoras. Las negativas de la niña fueron siempre tan firmes, tan acentuadas, que muchos han creído que esta era una de las tres recomendaciones secretas dirigidas por la Virgen á su privilegiada niña.

Una señora, conociendo el rigor de su delicadeza y al mismo tiempo la miseria en que vivían sus padres, deslizó furtivamente un día dos piezas de oro en su bolsillo. Bernardica se apercibió, su mano retiró con viveza las dos monedas, y con un sentimiento de dignidad ofendida, le dijo:

—Señora, os doy gracias, pero no guardaré vuestro oro.

—Pero, hija mía, tus padres son pobres, replicó con ternura la señora; te lo doy con todo mi corazón. ¡Pobre niña! quizás no tengas siempre pan.

—¡Oh! señora, no siempre, pero necesito tan poco! La generosa señora tuvo que recoger su dinero.

Otro día, un buen sacerdote, muy conmovido, le ofrece una moneda de plata. Ella rehusa, él insiste, vuelve ella á rehusar.

—Tomad por favor; no será para vos, será para los pobres. Tendréis el placer de hacer limosna.

—Hacedla vos mismo á mi intención, señor Cura, contestó la niña; valdrá así más que si yo la hiciese.

Sin embargo, Bernardica crecía en edad. A medida que adelantaba en la vida, se sentía más y más disgustada del mundo y del ruido, y resolvió consagrarse á Dios en la vida religiosa. Después de haber sido la mensajera y el apóstol de la Virgen Inmaculada durante los primeros años de la peregrinación de Lourdes, después de haber hecho así un bien inmenso, incalculable, entró en Julio de 1866 en el noviciado de las Hermanas de la Caridad de Nevers, donde hizo sus votos el 30 de Octubre de 1867, bajo el nombre de sor María Bernarda. Tenía entonces poco más de veintitres años.

Era siempre la misma Bernardica, sencilla, humilde, afable, siempre sufrida, siempre digna de las miradas inmaculadas de la Santísima Virgen. «Su fisonomía,» dice una persona que ha tenido la dicha de verla muy recientemente, conserva el carácter y la gracia de la infancia. Tiene un encanto incomparable, un encanto que no es de este mundo; su sola vista eleva el alma, y al dejarla se va uno embalsamado por el perfume de la inocencia. Por otra par-

te, nada presenta de extraordinario, nada que llame la atención y haga adivinar los sublimes favores de que ha sido objeto. Dios la visita aún, no por brillantes apariciones, sino por la prueba sagrada del sufrimiento. Está á menudo enferma y tiene la dicha de sufrir mucho. Soporta sus dolores con dulce y casi regocijada paciencia. Muchas veces se ha creído verla morir: «No moriré todavía,» decía sonriendo.

Como en otro tiempo hacía en Lourdes, á menos que no se le pregunte, no habla nunca de los prodigios de que ha sido el instrumento. No busca más que el retiro, el silencio y recogimiento.

«Es siempre una encantadora niña, escribía por su parte una Religiosa de la Comunidad; es piadosa como un Ángel, cariñosa como un cordero, sencilla como la paloma. ¡Que Dios se digne conservárnosla! ¡Hace tanto bien el sólo verla!»

1 Años después de escrita esta obra, el 16 de Abril de 1879, la Hermana María Bernarda murió piadosamente en su convento de Nevers. Sus últimos momentos fueron de los más edificantes. Rogó á las Religiosas que la asistían rezasen el Rosario, siguiéndolas ella con gran fervor. Llegada la hora suprema, después de rezar el *Ave Maria*, fué á continuar en el cielo el homenaje que tributaba á la Virgen Inmaculada. El 23 del mismo mes se celebraron por su eterno descanso solemnes exequias en la Basílica de Lourdes, y el P. Sempé, superior de los misioneros de la Gruta, hizo con sencillez conmovedora el elogio de la Hermana María Bernarda.—(N. del E.)

XXV

Juicio episcopal é institución canónica de la peregrinación

Desde los primeros meses el venerable y reverendísimo Laurence, entonces obispo de Tarbes, avisado por el Cura de Lourdes, estaba vivamente preocupado por los acontecimientos extraordinarios de que la gruta de Massabielle había sido y continuaba siendo testigo. En 28 de Julio de 1858 había nombrado una Comisión compuesta de eclesiásticos doctos y prudentes, de médicos y de sabios tan respetados por su saber como por su carácter.

Mucho tiempo tardó el señor Laurence en dar á conocer su decisión. Quiso así la Providencia; quiso que la peregrinación de Lourdes se fundase por sí misma, sobrenaturalmente y sin el concurso de potestad alguna terrenal, ni aun de la más divina de todas, la de la Iglesia. Sola la Inmaculada Virgen había de ser el alma de esta incomparable maravilla, desde luego por sus misteriosas apariciones á la niña Bernardica, después por las incesantes y milagrosas efusiones de misericordia, cuyo renombre se extendía ya por toda la Francia.

El juicio del prudente y piadoso Obispo no contribuyó, pues, en nada al establecimiento y á la gloria de la peregrinación de Nuestra Señora de Lourdes. Cuando habló el Obispo, estaba ya fundada la peregrinación; brillaba con todo su esplendor, y el

decreto de la autoridad eclesiástica no hizo más que certificar, que confirmar lo que existía. Antes de darlo el señor Obispo quiso ver é interrogar por sí mismo á la niña Bernardica. En una solemne sesión de la Comisión investigadora, hízola comparecer á su presencia, y ella repitió por última vez su relato, respondiendo á todas las preguntas que dictaba á aquellos hombres la conciencia del gran acto que preparaban. Cuando, al referir la aparición del 25 de Marzo, Bernardica imitó la actitud y el gesto de la «Señora» en el momento en que decía: *Soy la Inmaculada Concepción*, vióse correr dos gruesas lágrimas por el rostro austero del anciano Obispo. Después de la sesión, dijo conmovido todavía: «¿Habéis observado á esa niña?» y no cuidó de disimular la profunda impresión que había experimentado.

Por fin, hecha plenamente luz, discutidas que fueron concienzudamente, las objeciones posibles, y completamente resueltas, habiendo la fe, la sana razón y la ciencia pronunciado su última palabra; el Obispo publicó el día 18 de Enero 1862, casi cuatro años después de la primera aparición, un decreto conteniendo el juicio sobre las apariciones de la gruta de Lourdes.

La parte dispositiva de este decreto estaba concebida en los siguientes términos:

«Después de haber conferenciado con nuestros venerables hermanos los Dignatarios, Canónigos y

Capítulo de nuestra iglesia Catedral, invocando el santo nombre de Dios;

«Fundándonos en las reglas sábiamente trazadas por Benedicto XIV para el discernimiento de las apariciones verdaderas ó falsas;

«Vista la relación favorable que nos ha sido presentada por la Comisión encargada de informar sobre la aparición en la gruta de Lourdes y los hechos que á ella se refieren;

«Visto el dictamen escrito de los doctores en medicina, á quienes hemos consultado acerca de las numerosas curaciones obtenidas á consecuencia del uso del agua de la gruta;

«Considerando primeramente que el hecho de la aparición, ora en la niña que la ha referido, ora en los efectos extraordinarios que ha producido, no puede explicarse sino por la intervención de una causa sobrenatural;

«Considerando en segundo lugar que esta causa no puede ser sino divina, puesto que, siendo los efectos producidos, los unos señales sensibles de la gracia (como la conversión de los pecadores) y los otros derogaciones de las leyes de la naturaleza (como las curaciones milagrosas), no pueden atribuirse más que al Autor de la gracia y al Dueño de la naturaleza;

«Considerando finalmente que nuestra convicción esta confirmada por la concurrencia inmensa y espontánea á la gruta de los peregrinos, concurrencia

que no ha cesado desde las primeras apariciones, y cuyo objeto es pedir favores ó rendir gracias por los recibidos;

«A fin de responder á la legítima impaciencia de nuestro venerable Capítulo, del clero, seglares de nuestra diócesis y de tantas almas piadosas que reclaman hace tiempo de la Autoridad eclesiástica una decisión que motivos de prudencia nos han hecho retardar;

«Queriendo también satisfacer los deseos de muchos de nuestros colegas en el episcopado y de un gran número de personajes distinguidos, extraños á la diócesis;

«Después de haber invocado las luces del Espíritu Santo y la asistencia de la Virgen Santísima;

«Hemos declarado y declaramos lo siguiente:

«*Fuzgamos que la Inmaculada MARIA, MADRE DE DIOS, ha realmente aparecido á Bernardica Soubirous en 11 de Febrero de 1858 y dias siguientes, en número de diez y ocho veces, en la gruta de Massabielle, cerca de la población de Lourdes: que esta aparición reviste todos los caracteres de la verdad, y que los fieles pueden con fundamento creerla cierta.*»

El señor Laurence añadía que sometía este juicio al supremo del Romano Pontífice; autorizaba en su diócesis el culto de Nuestra Señora de Lourdes; y proseguía: «Para conformarnos á la voluntad de la Santísima Virgen, muchas veces expresada al tiem-

po de la aparición, nos proponemos levantar un santuario en el sitio de la gruta, que ha pasado á ser propiedad de los Obispos de Tarbes.» Y á este efecto el piadoso Obispo hacía un llamamiento á la caridad de todos los fieles celosos de la gloria de la Inmaculada Concepción.

Algunos años después, el Soberano Pontifice, sin pronunciar un juicio propiamente dicho sobre las apariciones sagradas de la gruta, confirmaba indirectamente la sentencia del Obispo de Tarbes. En un Breve dirigido en 4 de Septiembre de 1869 al célebre historiador de *Nuestra Señora de Lourdes*, el Papa le felicitaba porque acababa de « probar y establecer la reciente aparición de la misericordiosísima Madre de Dios; y esto de tal manera que la misma lucha de la malicia de los hombre contra la misericordia divina sirve precisamente para hacer resaltar con más fuerza y viveza la *luminosa evidencia del hecho.* » Así, pues, de hoy más pueden grabarse en la roca de Massabielle bajo la augusta firma de Pio IX estas palabras que el Espíritu Santo ha dictado á su corazón: « La aparición de la Inmaculada Concepción en la gruta de Lourdes es un hecho de verdad evidente. »¹

¹ Posteriormente el mismo Papa dió á esto nueva fuerza disponiendo fuese coronada solemnemente la imagen de Nuestra Señora de Lourdes, como así se hizo el 3 de Julio de 1876, al mismo tiempo que se bendijo la nueva y suntuosa iglesia.

El llamamiento del venerable Obispo fué atendido. Se adoptó un magnífico plano de iglesia gótica, que debiendo costar dos millones, ofrecía inmensas dificultades. Mas el señor Laurence no consultó más que á su fe, y no quiso preocuparse sino de la gloria de la Virgen inmaculada. Empezaron los traba-

Para esta ceremonia, que fué imponente, se reunieron el Ilustrísimo Meglia, Nuncio apostólico, y más de ochenta preladados, cardenales, arzobispos, obispos, protonotarios apostólicos, etc., asistiendo los duques de Parma y muchos príncipes, nobles y otras personas distinguidas. Entre los fieles que acudieron á Lourdes, cuyo número no bajaba de cincuenta mil, los había procedentes de varias provincias y del extranjero y aun de América.

En la iglesia se veían á miles los estandartes y banderas de los santuarios dedicados á la Virgen, y en el exterior había profusión de mástiles, adornados de verdes guirnaldas y gallardetes de colores blanco y azul, y blanco y amarillo.

Entre los muchos donativos que en el citado día se ofrecieron á la devota Imagen de Lourdes, cuéntase una magnífica custodia, costosísimo regalo de un peregrino, que es una verdadera maravilla de esmalte, dorado y platería, en la que se ocuparon por espacio de más de cuatro años su autor y treinta y seis operarios.

El año siguiente, 1877, Nuestra Señora de Lourdes recibió una nueva prueba de predilección de parte del inmortal Pio IX: una Comisión italiana, compuesta de setenta personas, llevó á la Virgen Inmaculada de Lourdes la rosa de oro que el Papa acostumbra á bendecir el cuarto domingo de Cuaresma.—(N. del E.)

jos en el mes de Octubre de 1862, y cuatro años después, en Mayo de 1866; celebróse por vez primera la santa Misa en la cripta que había de tener el nuevo santuario.

Antes empero habíanse celebrado con otra solemnidad las glorias de Nuestra Señora de Lourdes, y realizádose el deseo de que la niña Bernardica había sido en otro tiempo la mensajera: *quiero que se venga aquí en procesión*. Tratábase de inaugurar y bendecir la estatua de Nuestra Señora de Lourdes en la gruta, en la excavación oval, en el sitio mismo en que la Inmaculada se había dignado aparecer tantas veces. En 4 de Abril de 1864, seis años después de las milagrosas apariciones, el señor Laurence, rodeado de un inmenso número de clérigos y de fieles, bendijo solemnemente la estatua de mármol que el talento y la fe de un artista de Lyon habían sabido hacer de hermoso parecido.

Esta estatua representa á la Virgen Santísima en el momento en que dijo á Bernardica el 25 de Marzo: «Soy la Inmaculada Concepción.» Está esculpida según las precisas indicaciones de Bernardica, y representa, con la menor imperfección posible, la verdad de las líneas y detalles. Mas ¡ay! ¿qué puede la mano del hombre cuando tiene que reproducir con elementos materiales las cosas celestiales y divinas? Cuando Bernardica vió esa buena estatua, dijo: «¡Ah! ¡es muy hermosa, pero..... no es Ella! la diferencia es como de la tierra al cielo.»

El día de la inauguración de la cripta, Bernardica tuvo la dicha de ver con sus propios ojos el triunfo de su inmaculada Bienhechora. Toda la población de Lourdes, toda la diócesis estaba de fiesta, y el recuerdo de aquel día vive aún en todos los corazones.

Los terrenos contiguos, comprados por el obispado, han sido destinados á las necesidades de la peregrinación. El suelo de la gruta ha sido nivelado, y el agua que mana en el fondo, á la izquierda, es recogida ahora en una pila de mármol blanco, desde donde se desliza por el torrente. La gruta permanece tal como estaba cuando las apariciones. La cripta y la iglesia están colocadas encima de las rocas de Massabielle, como una espléndida corona ofrecida á la Inmaculada Concepción. La torre se eleva trescientos piés sobre la gruta.

Las necesidades de la peregrinación han exigido la fundación de una casa especial de misioneros, que reciben las procesiones, acogen á los peregrinos, oyen las confesiones y distribuyen á los fieles la santa Eucaristía y la palabra de Dios.

XXVI

Milagros de Nuestra Señora de Lourdes

Obranse sin interrupción, por decirlo así, milagros de toda clase, ora en la gruta, ora lejos de ella, por el uso del agua de la Santísima Virgen, ó bien por la sola invocación de Nuestra Señora de Lourdes. «Son tantos, que ya no los contamos,» me decía hace poco el excelente Superior de los misioneros.

Cuando el señor Laurence pronunció su juicio, hizo publicar al mismo tiempo la relación de siete curaciones, todas del solo año 1858, y que habían sido reconocidas por *absolutamente milagrosas* por los médicos de la Comisión. Hemos ya referido tres: la curación repentina del ojo del pobre Luis Bourriette; la casi resurrección del niño Justino; la curación instantánea de las llagas y enfermedades incurables del joven Enrique Busquet. Hé aquí otras cuatro:

Blasita Soupenne, de Lourdes, tenía en los ojos una enfermedad inveterada, que resistía hacía tres años á los medicamentos y al uso de aguas termales. Se consideraba indispensable una operación quirúrgica. Blasita se lavó los ojos en la gruta, y al punto sus ojos quedaron completamente sanos.

Catalina Latapie-Chouat, de Loubajac (Altos Pirineos), tenía de resultas de una luxación el brazo derecho muy débil, y dos dedos inflexibles y cerra-

dos. Obedeciendo á una premiosa inspiración, sumergió su mano en el agua de la fuente. De repente se abren los dedos y quedan flexibles, y su brazo recobra el vigor.

La Viuda Magdalena Rizan, de Nay, á consecuencia de un violento ataque de cólera en 1834, se hallaba enteramente estropeada, cojeaba, padecía dolores en la mano derecha, sus miembros estaban siempre helados, no comía apenas, no digería, vomitaba habitualmente y caía en frecuentes desmayos. En 1858 se creyó que iba á morir. Púsose á arrojar sangre, sus hinchados miembros se contrajeron, y le era imposible hacer movimiento alguno en la cama.

Bebe agua de la gruta, y siente instantáneamente curada su mano; se baña las partes enfermas de su cuerpo, y el mal desaparece, sucesiva y repentinamente echado por el agua milagrosa. Levántase la enferma, come con buen apetito, y vuelve á vivir como las personas que gozan de la mejor salud.

La señorita María Moreau, de Tartas (Landes), estaba diez meses hacía atacada de mal de ojos, y ni el más hábil tratamiento, ni los baños de mar, detenían su progreso. Iba bien pronto é inevitablemente á quedar ciega. Su familia, teniendo noticia de la prodigiosa curación de la señora Rizan, empieza una novena á Nuestra Señora de Lourdes.

La primera noche la joven enferma se acuesta con compresas de agua de Lourdes en los ojos. Al día

siguiente, al despertarse, había recobrado enteramente la vista.

Durante los cuatro primeros años se hicieron constar y se registraron *ciento cuarenta y cuatro* milagros de primer orden, sin contar centenares, millares de otros, no menos reales, aunque no tan notables.

Para gloria de la Virgen inmaculada, para consuelo de la fe y piedad de los fieles, para animar á los pobres enfermos, á los impedidos, á todos los que sufren, para confusión de los incrédulos y de los médicos impíos ó tibios, referiremos algunos otros bellos prodigios de los que se han obrado desde entonces.¹

Ellos manifiestan con irresistible evidencia la verdad de la fe católica, y de una manera especial la le-

¹ Tomo estos detalles de los *Anales* de Nuestra Señora de Lourdes. Nada más auténtico que esas relaciones, debidas en su mayor parte á las mismas personas que han tenido la dicha de ser curadas por la Santísima Virgen, ó á testigos oculares, ó, finalmente, á los venerables misioneros que lo sabían por conductos los más autorizados.

En el hermoso libro de Mr. Enrique Lasserre el lector hallará la relación tan palpitante como concienzuda de otros milagros, que el autor, vuelvo á decir, ha querido averiguar por sí mismo hasta en los menores detalles, consagrando meses enteros á visitar las personas curadas, y recogiendo de su propia boca lo que él refiere con tanto encanto, con tanta fe. Asómense las lágrimas á los ojos cuando se leen tales maravillas.

gitimidad, la fecundidad divina del culto de la Virgen Santísima y de la devoción al misterio de la Concepción Inmaculada.

Sin embargo, hagamos una observación: por numerosos, por continuados que sean los milagros de Lourdes, no debe olvidarse que allí, como en los demás santuarios de María, el milagro es tal vez la excepción. Quien dice milagro, dice intervención *extraordinaria* de la Omnipotencia divina en las cosas humanas. Sería, pues, ridículo imaginarnos que basta beber agua de Lourdes, ó hacer una novena, ó ir en peregrinación á la gruta milagrosa, para quedar infaliblemente libres de una enfermedad, de una dolencia.

No basta tener una confianza muy grande y completa en la Inmaculada Concepción, sino que es necesario que esta confianza esté siempre subordinada á un profundo amor á la voluntad de Dios y á la más absoluta sumisión á las vías secretas por las cuales la Providencia las conduce. La Madre de misericordia acoge *siempre*, entiéndase bien, *siempre* oye nuestras súplicas; pero las atiende á su modo y no al nuestro; las escucha divinamente, concediéndonos lo mejor, lo más santificante para nosotros. ¡El sufrimiento es tan frecuentemente la gracia de las gracias y el más real de todos los bienes! Si la Virgen Santísima no considera oportuno el curar los males de nuestro cuerpo, siempre, no lo dudéis, obtiene y concede gracias de resignación, de fe viva, mil veces más útiles que todas las curaciones.

Dirijámonos, pues, á la Inmaculada Virgen de Lourdes con estos elevados sentimientos, los únicos dignos de corazones cristianos; y no porque no hayamos sido objeto de un milagro, como muchos otros, seamos tan necios que creamos inútil la novena, el uso confiado del agua de la gruta, la peregrinación larga y penosa, que no ha coronado una curación ardientemente pedida, con impaciencia esperada. Está fuera de duda que jamás se implora en vano á la Madre de Dios, y que nunca se recurre demasiado á su maternal corazón.

XXVII

Curación repentina de un protestante libre-pensador

Vamos á referir desde luego un milagro acompañado de cierta originalidad, y que nos ha sido contado por uno de los piadosos misioneros de Lourdes, que fué testigo ocular del mismo. Se obró en un libre-pensador protestante, quien tan distante estaba de pedirlo, que quedó, no solamente admirado, sino también mortificado.

Era un artista, Mr. Max M..., bastante conocido en uno de los principales establecimientos de aguas termales de los Pirineos. Allí dirigía con verdadero talento, durante el Verano, la orquesta de un casino-concierto. Hallábase desde algún tiempo muy afec-

tado, á causa de un lobanillo que veía crecer en su mano derecha, y cuyo progreso no podía detener la medicina ni la cirugía. En 1866 el lobanillo comprimido envano por una plancha de plomo, era casi del tamaño de un huevo, y privaba ya al pobre artista de cerrar la mano y manejar libremente el arco del violín.

Su mujer era católica; ¿hasta qué punto? Lo ignoro, pero no era protestante ni libre-pensadora. Hábiéndole ofrecido una amiga muy piadosa acompañarla á la gruta de Lourdes, Mr Max M... consintió en formar parte de la comitiva, que consideraba, por decirlo así, como una excursión curiosa, y no como una peregrinación.

Cuando llegaron á la gruta, no tuvo el buen gusto de descubrirse y tirar el cigarro. De pié, cubierta la cabeza, fumando en medio de todo un pueblo de peregrinos piadosamente arrodillados; contemplaba fría y desdeñosamente los detalles de la gruta.

Acercósele la amiga de su mujer, y le dijo: «Señor Max, conviene que la Santísima Virgen os cure. Venid conmigo, y bebed del agua milagrosa.» El artista se resistió, y volvió las espaldas, pero la piadosa dama insistía. «Hacedlo por mí: bebed de esta agua, está muy fresca y buena.»

«Al cabo, pensó el libre-pensador, si esta agua no me hace bien, tampoco me dañará,» y se acercó al manantial, riéndose un poco. La señora le presentó un vaso, que él se bebió de un sorbo..... El lampa-

rón había desaparecido. «¡Ah, Dios mío!» exclamó palideciendo, y acercándose á su mujer que estaba arrodillada.

—Querida mía, le dijo muy conmovido, ostoy curado.

—Déjame, le contestó ella algo enojada, no está bien que te mojes siempre de mis convicciones.

—No me mofo, mira, observa; ya no tengo el lobanillo.

La pobre mujer no podía aún dar crédito á sus ojos. La plancha de plomo flotaba encima de la mano, cuya piel, articulaciones y carne habían recobrado repentinamente su estado normal. En unión de su amiga se prosternó bañada en lágrimas.

En cuanto á él, pálido como un muerto, no sabía qué hacerse. Descubrióse instintivamente; había tirado el cigarro, y no pudo prescindir de exclamar, de repetir en alta voz: «Estoy curado, curado de veras. La Virgen me ha curado.» El Padre misionero, que se encontraba allí, le pidió que dejase como *ex-voto* para ponerlo en la gruta la plancha de plomo con las ataduras que comprimían el lobanillo desaparecido. Consintió en ello; y actualmente se ve aún en la gruta este humilde *ex-voto*.

Mr. Max M... se fué curado, mas no convertido. Esperamos que saque algún día las consecuencias lógicas de su curación tan evidentemente milagrosa, y que la Inmaculada Virgen de Lourdes lo librerá tarde ó temprano del enorme lobanillo de la herejía

que hasta ahora le ha impedido abrir los ojos á la celeste luz del Evangelio y de la Iglesia.

Los milagros no convierten siempre: testigos aquellos que obraba Nuestro Señor delante de los escribas y fariseos; pero cuando no convierten condenan sin remisión. Puede decirse de los milagros lo que de la Eucaristía se dice: *Vita bonis, mors malis*. «Para los buenos es la vida, la muerte para los malos.» Para creer, aún después de un milagro, es menester ser sincero y humilde.

XXVIII

Los ojos del niño Pedro Estournet

La señora Estournet, de Tarbes, tenía en 1864 un niño llamado Pedro, al cual criaba y vió atacado de mal de ojos. Creyendo que era uno de los males pasajeros á que están expuestos todos los niños, no le hacía caso. Un día que llevaba al niño en sus brazos, un médico, amigo de la familia, la detuvo para ver á Perico. «Tiene un poco de mal en los ojos,» dijo ella. «¡Oh! ¡tenéis un soberbio niño! ¿Pero ese mal de ojos? ¿qué es? dijo preocupado el doctor, levantando los párpados á la criaturita. ¡Desgraciada! ¡este niño va á volverse ciego!»

La pobre madre quedó fría. «¿Lo decís seriamente? ¿Es verdad?» Por toda respuesta el médico le

enseñó los ojos de Pedro: interiormente eran horrosos, eran una bola de carne enrojecida y bañada en una especie de pus. La señora Estournet se marchó desconsolada. De pronto un vivo pensamiento de fe vino á reanimarla: se acordó del agua de la gruta.

Con todo, enseñó su hijo á otro médico. «El mal es grave, muy grave, le dijo éste; motivo tenéis para temer que el niño quede ciego; quizás es demasiado tarde. ¿Por qué habéis esperado hasta ahora?» «¡Oh, Dios mío! no me lo figuraba» exclamó la pobre madre. Dióle una receta, y cada día era necesario echar sobre el mal una gota de un líquido muy activo, que había de consumir rápidamente la carne.

La señora Estournet estaba dotada de una rara resolución de carácter y de una fe muy viva. Tomó desde luego su partido. Diríjese á la Virgen Santísima, y le dice: «¡No hay remedio! Vos, oh María, curaréis á mi hijo con el agua de la gruta.» Y arrojó al fuego la receta del médico.

Examina nuevamente los ojos de su pobre hijo, y le parecieron más atacados que nunca. Fuera de sí, cae de rodillas delante de una imagen de la Virgen, repitiendo muchas veces en alta voz: «Curádmelol ¡ah! curádmelol!»

En seguida, toda trémula, echó algunas gotas de la milagrosa agua en los ojos de Perico: las pupilas apenas se mueven; una especie de desesperación se apodera de la madre, que exclama: «¡Oh! es imposible; no, no, no curará; yo no merezco un milagro.»

Algo más tarde, no pudiendo contener su impaciencia, levanta de la cuna á su hijo, lava otra vez sus ojos con agua de la gruta, y lo toma en sus brazos para observar si miraría. Hallábanse presentes su padrastro y una mujer de la casa. Llama á Pedro y lo acaricia para moverlo á mirar: el niño abre débilmente los párpados, y con los ojos entreabiertos vuelve lentamente la cabeza hacia el lado por donde se le ha llamado. «¡Oh! ¡estaré ciego!» dice la madre con dolorido acento. «No, no, ved, señora (dice la vecina), como os miral!» Turbada la madre no sabía notarlo; mas su confianza en María domina sus temores, y se resigna á esperar.

Tres días se pasaron en angustias y oraciones.

«¡Oh Nuestra Señora de Lourdes! ¡oh Virgen de la gruta, curad á mi hijo!» Tales eran á cada momento las palabras que salían de su corazón y de sus labios; las repitió millares de veces.

Cada día echaba á los ojos del niño gotas del agua de la gruta, sin aplicar remedio alguno. Al tercer día, acababa de enjugar los párpados del niño, mirándolos inquieta. Mas hé aquí que el hijo abre los ojos, los fija dulcemente en su madre, sonríe, vuelve á mirar; sus ojos eran claros y brillantes. «Estoy loca de alegría! decía al misionero á quien contó el hecho. Caí de rodillas delante de la Virgen; después, ¿qué hice? No lo sé, lo que sé es que me arrojé en brazos de la Virgen y la cubrí de besos. ¡Ah! ¡Ella me devolvía á mi hijo!»

Llegó el médico. La señora Estournet le presenta su niño, diciendo:

—Estoy contenta; lo creo curado. Pero examinadlo bien, ¿qué os parece?

—Está curado, dice el doctor después de un momento de atenta observación; se ha encontrado felizmente el remedio; ¿no es verdad?

—Pero decidme, ¿está bien curado? ¿me lo asegurais?

—Sí.

—Pues bien, doctor, no es vuestra receta quien lo ha curado. Debo confesároslo, la arrojé al fuego.

—¡Desgraciada!

—Cuando la escribais pensaba: No servirá; yo conozco un remedio mejor. ¿Sabéis, doctor, que es lo que ha curado á mi hijo? El agua de la gruta, y sólo ella.

No se ha referido qué respuesta dió el médico.

Hoy, en 1871, Pedro Estournet tiene siete ú ocho años, mucha vivacidad y dos magníficos ojos.

XXIX

Una joven moribunda, instantáneamente vuelta á la vida

En 1858, la señorita Broca, habitante en Bordes, cerca de Tarbes, estaba enferma veinte meses hacia á consecuencia de grandes disgustos de fami-

lia. Ya no se esperaba casi nada de la medicina. Su confesor le aconsejó que hiciese una novena á la Virgen de la gruta, á lo cual repuso la señorita Broca: «¿Qué me pedis, Padre mio? ¿Creéis vos en eso?» Recuerda todavía estas palabras, y ciertamente no se las había dictado la impiedad; pues toda su vida había sido muy piadosa, y amaba tiernamente á la Santísima Virgen. Mas las apariciones de Lourdes eran entonces muy cuestionadas, y creían poco en ellas los que la rodeaban.

Fué necesario un mandato para hacerla decidir. Su sirvienta fué á buscar agua del manantial de Massabielle, y la enferma bebió de ella durante nueve días. Al concluir la novena, se le llevó el santo Viático; y durante la misa ofrecida á su intención, se sintió repentinamente aliviada; por la tarde observó que el mal se había detenido, y al día siguiente dejó la cama. Su fe en Nuestra Señora de Lourdes tornose viva y profunda. Con todo, esto era sólo una pequeña muestra de las gracias que había de recibir más adelante. Tres meses duró la convalecencia, quedándole á la joven una fatiga habitual. En el fondo no estaba curada.

Había prometido á la Virgen ir á Lourdes á rendirle gracias. Desde entonces, en medio de las dolorosas preocupaciones que amargaban su existencia, el recuerdo de su promesa y el deseo de ver la gruta fueron su pensamiento dominante. Mas su constante debilidad y otros motivos contrariaron su pro-

Llegó el médico. La señora Estournet le presenta su niño, diciendo:

—Estoy contenta; lo creo curado. Pero examinadlo bien, ¿qué os parece?

—Está curado, dice el doctor después de un momento de atenta observación; se ha encontrado felizmente el remedio; ¿no es verdad?

—Pero decidme, ¿está bien curado? ¿me lo asegurais?

—Sí.

—Pues bien, doctor, no es vuestra receta quien lo ha curado. Debo confesároslo, la arrojé al fuego.

—¡Desgraciada!

—Cuando la escribais pensaba: No servirá; yo conozco un remedio mejor. ¿Sabéis, doctor, que es lo que ha curado á mi hijo? El agua de la gruta, y sólo ella.

No se ha referido qué respuesta dió el médico.

Hoy, en 1871, Pedro Estournet tiene siete ú ocho años, mucha vivacidad y dos magníficos ojos.

XXIX

Una joven moribunda, instantáneamente vuelta á la vida

En 1858, la señorita Broca, habitante en Bordes, cerca de Tarbes, estaba enferma veinte meses hacia á consecuencia de grandes disgustos de fami-

lia. Ya no se esperaba casi nada de la medicina. Su confesor le aconsejó que hiciese una novena á la Virgen de la gruta, á lo cual repuso la señorita Broca: «¿Qué me pedis, Padre mio? ¿Creéis vos en eso?» Recuerda todavía estas palabras, y ciertamente no se las había dictado la impiedad; pues toda su vida había sido muy piadosa, y amaba tiernamente á la Santísima Virgen. Mas las apariciones de Lourdes eran entonces muy cuestionadas, y creían poco en ellas los que la rodeaban.

Fué necesario un mandato para hacerla decidir. Su sirvienta fué á buscar agua del manantial de Massabielle, y la enferma bebió de ella durante nueve días. Al concluir la novena, se le llevó el santo Viático; y durante la misa ofrecida á su intención, se sintió repentinamente aliviada; por la tarde observó que el mal se había detenido, y al día siguiente dejó la cama. Su fe en Nuestra Señora de Lourdes tornose viva y profunda. Con todo, esto era sólo una pequeña muestra de las gracias que había de recibir más adelante. Tres meses duró la convalecencia, quedándole á la joven una fatiga habitual. En el fondo no estaba curada.

Había prometido á la Virgen ir á Lourdes á rendirle gracias. Desde entonces, en medio de las dolorosas preocupaciones que amargaban su existencia, el recuerdo de su promesa y el deseo de ver la gruta fueron su pensamiento dominante. Mas su constante debilidad y otros motivos contrariaron su pro-

yecto. En Octubre de 1862, una grave enfermedad vino á hacer imposible su ejecución.

En 1º de Enero de 1863 la señorita Broca estaba sepultada en la cama. El medico habló de tisis. Atormentábala un dolor sordo, que frecuentemente se convertía en agudo, en el pecho y riñones. Al mismo tiempo la calentura la devoraba, y durante un año la tuvo en frecuentes delirios. Su debilidad era extremada. La pobre enferma no había comido carne ni tomado caldo desde 1858; le era imposible comer, y se moría lentamente. Iba perdiendo uno á uno los sentidos, y exasperaba sus sufrimientos el no poder conciliar un instante el sueño. En el mes de Agosto se le administró la Extremaunción.

«No se murió, pero tampoco vivía,» dice la relación hecha al Obispo de Tarbes. Se le permitía estar levantada una hora cada día; pero puede decirse que la muerte había empezado en todos sus organos. Apenas oía, veía muy poco, casi no tenía voz, sofocábase andando lentamente tres pasos; parecía que su cuerpo quería doblarse, y su alimento consistía en un vaso de leche en dos días. Debilitábase también su cabeza, y se entorpeció su memoria de tal modo, que perdió el recuerdo de las oraciones que había rezado. De todas las ruinas que en ella se habían obrado, esta fué la más desconsoladora para su alma profundamente cristiana. La piedad era la única dulzura de su vida, ó por mejor decir, era su misma vida.

En medio de este cúmulo de dolores físicos y morales un recuerdo se presentaba á menudo á su imaginación, y la apesadumbraba vivamente. Era el remordimiento de no haber efectuado, cuando aún le era posible, la peregrinación á Lourdes, y el temor de que su enfermedad fuese un castigo del cielo. Atormentábala mucho este pensamiento, y poco á poco el propósito de cumplir á toda costa su promesa llenaba su alma, y se hizo como una necesidad. Pero ir á Lourdes era imposible; quererlo, una locura.

Temblaba al pensar en decirlo; su conciencia empero la hizo atreverse en el mes de Noviembre de 1864. Su confesor aplazó la peregrinación para la primavera; mas llegado en 1865 el momento, como el estado de la enferma era grave, no osó tomar sobre sí la responsabilidad de semejante resolución, y pidió consejo al vicario general de la diócesis. La fe de la señorita Broca y su heróica confianza en Nuestra Señora de Lourdes sobrepujaron á la prudencia. La contestación fué: «La confianza de la enferma suplirá las fuerzas que le faltan.»

Fijase el día; se empieza una novena y se continúa en medio de la calentura, de los dolores del pecho y de la cabeza, en medio de la más alarmente debilidad. Diez y siete días transcurrieron sin que la joven hubiese podido tragar más que una pequeña cantidad de agua, y aún con mucha pena. Temíase no verla volver viva de su peregrinación; ella misma estaba persuadida de que iba á Lourdes á morir.

« Antes de partir dió sus últimas disposiciones. Dijo su testamento, designó el lugar de su sepultura, confesóse como si fuese la última vez, recomendó á la caridad de su director una anciana y fiel sirvienta, y esperó al día siguiente, diciendo: « Moriré, pero será cumpliendo mi promesa á la Virgen Santísima; moriré dichosa. »

El 22 de Abril entraba un carruaje en el patio de la casa. Dos personas que habían de acompañar á la señorita Broca, la sostienen para bajar. Al llegar al último tramo de la escalera, se desmaya: se la reanima y coloca en el interior del carruaje sobre dos almohadones como una moribunda. El conductor, espantado, se arrepiente de haber venido, pues cree tener que llevar un cadáver. Durante el camino, la sirvienta y la amiga de la enferma sufrieron continuamente mortales ansias: la pobre enferma permaneció siempre como agonizando. Hacíanla aspirar éter, y se esmeraban en evitarle los vaivenes. El carruaje marchaba con extraordinaria lentitud, el conductor tuvo que detenerse tres veces; la infeliz, fatigada por los sacudimientos, se desmayaba.

Llegan por fin. Los caballos se aproximan todo lo posible á la roca. En aquella época no existía aún la larga pared que dirige á la gruta, y en el punto donde el camino tuerce y sigue el torrente, no había más que un sendero estrecho y difícil.

Colocóse á la enferma en una silla, ofreciéndose un obrero á llevarla en sus brazos; pero en su mo-

destia había ella pedido que no la tocasen hombres, por si llegase este caso. Levántaronla, pues, con la silla sus dos compañeras, y andando una de ellas hacia atrás, avanzan con pena y trémulas hacia la gruta. A los primeros movimientos la joven Broca había perdido el conocimiento.

Se pone la silla delante de la gruta, sin haber cesado el desmayo. La sirvienta corre á buscar los almohadones del carruaje, mientras que su ama, moribunda, recobra lentamente los sentidos, y la amiga ora y saca agua.

La joven, entorpecida todavía, había apenas recobrado sus sentidos, y su amiga le dijo: « Bebe. » Tomó un sorbo casi maquinalmente, y luego otro. Al tercero, súbitamente un dolor inconcebible, un sacudimiento sobrenatural parecía que trituraba todos sus miembros. Fué una cosa rápida y terrible, como si un rayo atravesase su cuerpo.

Levanta los ojos, y se apercibe de la blanca imagen. Había desaparecido todo dolor: un bienestar inmenso penetra su alma y cuerpo. La primera palabra de su atónito corazón fué: « ¡ Oh Maria! ¡ no lo merezco! ¡ Curada! ¡ Si, estoy curada! » exclama en su corazón, en tanto que la emoción penetraba en su alma. « ¡ Oh Maria! ¿ por qué? ¿ por qué? » Perdiase en el profundo sentimiento de su indignidad y en una dulzura desconocida. Al mismo tiempo una deslumbrante claridad iluminaba su alma y tal vez sus ojos (no supo decirlo). ¡ Momento del

cielo! duró apenas algunos segundos; pero en su vida ha experimentado otro semejante. Con todo, no había aún hablado.

De repente, sentada todavía, con voz sonora y trémula, fijos los ojos en la imagen de Nuestra Señora, dice: «*Regina caeli, lætare*»..... cuya oración le viene de pronto á la memoria. Al concluirla, se levanta: su amiga apenas respiraba, como si viese una resurrección. La señorita Broca cae de rodillas; hacía un año que no había podido doblarlas.

Permaneció por largo tiempo inmóvil. Todo su sér nadaba en una calma dulce y profunda; su alma estaba tranquila, sosegada, y parecía la paz perfecta. Pronto corrieron las lágrimas; su amiga, silenciosa y admirada, lloraba á su lado. Rezan entrambas la Corona de los siete dolores. La señorita Broca, que hacía un año que no había podido fijar sus ojos en un libro, lee los misterios.

Después se levanta, y su amiga ve enderezarse en toda su altura aquel cuerpo por tanto tiempo encorvado. La querida resucitada anda sin ninguna dificultad, con entera libertad de sus movimientos. Las tres van á sentarse, y la joven Broca come un huevo y pan. Era una multiplicación de prodigios.

En aquel momento el Párroco de Lourdes llegaba á la gruta. Se le refiere el suceso, y saca de su bolsillo un periódico para experimentar la vista de la señorita Broca, la cual lee con rapidez y sin la menor vacilación.

Entre tanto había llegado el momento de partir. Puede considerarse el fervor de las tres viajeras prosternadas pidiendo una nueva bendición, y la ternura de la última mirada de la joven Broca á la imagen de Aquella que acababa de volverla á la vida.

Anduvo con paso firme y sin apoyo por aquel sendero por donde una hora antes era llevada medio muerta. El cochero no la reconocía y no daba crédito á sus ojos. Sola sube al carruaje, siendo ya inútiles las almohadas y marchando con la velocidad que el conductor quiso. Durante el viaje, no experimentó incomodidad alguna. Llegada á su casa de Borderes, la señorita Broca atravesó el patio y subió ligeramente la escalera. Allí encuentra una amiga: «¡Buenos días!» le dice. A esta voz la amiga mira sorprendida. «¡Qué! exclama, ¿eres tú?—¡Ciertamente que sí!» Y las dos amigas se abrazaron con vivo transporte. Cuando la joven se hubo asegurado de que la señorita Broca estaba curada, exclamó: «¡No quería creer..... pero creo! ¡creo!»

El día siguiente, domingo de Cuasimodo, la joven Broca recibía la Comunión en la Misa primera y delante de la mitad de la parroquia. La vispera por la tarde empezó á esparcirse el ruido de la curación. Desde entonces fué objeto de conversación en todo el barrio, y la enferma, que ayer sucumbía á los dolores y á la debilidad, tuvo que darse todo el día en espectáculo. Su gabinete estaba siempre lleno, y hablaba sin cesar hasta la noche refiriendo lo que la Vir-

gén inmaculada acababa de hacer en la gruta. De su terrible enfermedad no le quedaba más que la palidez.

Desde el siguiente día volvió á sus naturales ocupaciones, interrumpidas hacía tres años, pronto recobró los colores, y algunos días después pudo dar á pié largos pasos.

Con todo, al cabo de dos semanas quiso Dios probar su fidelidad, quitándole repentinamente la facultad de leer. Mas su curación continuó completa y su salud se conservó habitualmente buena.

Grande fué la impresión producida en el país. La fe en Nuestra Señora de Lourdes ganó á los indiferentes y conquistó espíritus hostiles; acrecentóse la confianza, y se oró con más esperanza que nunca ante la milagrosa gruta. Un hombre de mundo se convirtió completamente: no frecuentaba los Sacramentos, y la curación de la joven Broca lo hizo fiel católico y lo preparó para la muerte más edificante.

Muchos médicos habían visto á la enferma durante sus prolongados sufrimientos. Todos opinaban que no podía curar. El de Borderes, descorazonado, había dejado de visitarla tiempo hacía, dando por razón que su arte nada tenía que hacer en una persona impotente para tomar un remedio cualquiera. Después del prodigio de la gruta, uno de ellos, hombre grave y distinguido, dijo: «Nada le es imposible á Dios; Él puede salvar cuando la ciencia humana ha agotado todos sus recursos.» Otro exclamó despechado: «Esa devota ha debido ponerse de acuerdo con los Curas.»

Desde su curación la señorita Broca va todos los años á la gruta el día 22 de Abril á celebrar piadosamente su bello aniversario. La acompaña la amiga que en 1865 compartió con ella las angustias y los gozos de la primera peregrinación.

Por un sentimiento fácil de comprender, se negó á dar publicidad á los preciosos detalles que acaban de leerse; y no se decidió á ello sino en consideración á la mayor gloria de la Santísima Virgen Maria Inmaculada, que se había dignado obrar en Ella y para Ella tan grandes cosas.

XXX

Curación repentina de un anciano gendarme

Juan María Fosses, natural de Trebons (Altos Pirineos), gendarme retirado y hoy día posadero en Arzacq (Bajos Pirineos), se vió repentinamente libre de un mal incurable, el día 11 de Noviembre de 1867, en la gruta de Lourdes.

En el primer día de Agosto de 1867 Fosses, convaleciente de una larga enfermedad, estaba sentado delante del portal de su casa, respirando el aire fresco de la tarde. De repente siente subírsele á la cara un gran calor, después de un sudor frío, envarándose en seguida su cuello. Pronto un fuerte dolor atacó con furia su cabeza. Desde aquel momento el pobre

gén inmaculada acababa de hacer en la gruta. De su terrible enfermedad no le quedaba más que la palidez.

Desde el siguiente día volvió á sus naturales ocupaciones, interrumpidas hacía tres años, pronto recobró los colores, y algunos días después pudo dar á pié largos pasos.

Con todo, al cabo de dos semanas quiso Dios probar su fidelidad, quitándole repentinamente la facultad de leer. Mas su curación continuó completa y su salud se conservó habitualmente buena.

Grande fué la impresión producida en el país. La fe en Nuestra Señora de Lourdes ganó á los indiferentes y conquistó espíritus hostiles; acrecentóse la confianza, y se oró con más esperanza que nunca ante la milagrosa gruta. Un hombre de mundo se convirtió completamente: no frecuentaba los Sacramentos, y la curación de la joven Broca lo hizo fiel católico y lo preparó para la muerte más edificante.

Muchos médicos habían visto á la enferma durante sus prolongados sufrimientos. Todos opinaban que no podía curar. El de Borderes, descorazonado, había dejado de visitarla tiempo hacía, dando por razón que su arte nada tenía que hacer en una persona impotente para tomar un remedio cualquiera. Después del prodigio de la gruta, uno de ellos, hombre grave y distinguido, dijo: «Nada le es imposible á Dios; Él puede salvar cuando la ciencia humana ha agotado todos sus recursos.» Otro exclamó despechado: «Esa devota ha debido ponerse de acuerdo con los Curas.»

Desde su curación la señorita Broca va todos los años á la gruta el día 22 de Abril á celebrar piadosamente su bello aniversario. La acompaña la amiga que en 1865 compartió con ella las angustias y los gozos de la primera peregrinación.

Por un sentimiento fácil de comprender, se negó á dar publicidad á los preciosos detalles que acaban de leerse; y no se decidió á ello sino en consideración á la mayor gloria de la Santísima Virgen Maria Inmaculada, que se había dignado obrar en Ella y para Ella tan grandes cosas.

XXX

Curación repentina de un anciano gendarme

Juan María Fosses, natural de Trebons (Altos Pirineos), gendarme retirado y hoy día posadero en Arzacq (Bajos Pirineos), se vió repentinamente libre de un mal incurable, el día 11 de Noviembre de 1867, en la gruta de Lourdes.

En el primer día de Agosto de 1867 Fosses, convaleciente de una larga enfermedad, estaba sentado delante del portal de su casa, respirando el aire fresco de la tarde. De repente siente subírsele á la cara un gran calor, después de un sudor frío, envarándose en seguida su cuello. Pronto un fuerte dolor atacó con furia su cabeza. Desde aquel momento el pobre

hombre no tuvo punto de reposo. Las noches sobre todo eran terribles; durante una porción de horas, siempre las mismas, el suplicio se le hacía intolerable, extraño. Parecía que el interior de su cabeza estaba atravesado en todas direcciones, mientras que era roída y como rastrillada en la superficie.

El médico hizo tentativas para combatir aquel horrible mal, pero sin resultado alguno. Para colmo de desgracia, el pobre enfermo era presa de ideas sombrías, y fatigosas; domináronle la inquietud y la impaciencia, y cayó en una exasperación permanente. Antes simpático, bueno, amable, dueño de su humor, Fosses se lamentaba de hallarse casi siempre, á pesar suyo, irritado é intratable. La impotencia para dominarse le hacía aún más desdichado.

Aceptaba toda clase de remedios. Pero los medicamentos se multiplicaban, transcurrían las semanas, y nunca, nunca experimentaba el menor alivio.

En el mes de Octubre casi nada comía. Devorado por su incesante dolor, privado del sueño, empeoraba visiblemente, y se encontraba en un decaimiento horroroso.

Creyendo morir pronto, hizo venir á su hijo, y á su hija, á la sazón ausentes, para abrazarlos por última vez. Algunos días después, habiendo tenido que volver la hija, le dijo llorando el enfermo: «Á Dios, pobre hija mía, á Dios; ya no te veré más.»

Desalentado, irritado, Fosses no quería probar ya ningún remedio. El médico insistía inútilmente. «Sois

bueno y diligente, le dijo con energía el enfermo, pero ninguno de vuestros remedios me ha aliviado; me matan, es inútil que dispongais otros.»

En este intermedio llega á la posada un buhonero. Fosses estaba junto al hogar, silencioso y abatido. Cuéntale su triste historia y su desconfianza. «Pues bien, dice el viajero, yo estaba como vos; como vos enfermo, desesperado como vos. Consulté á muchos médicos, practiqué remedios por espacio de tres años; todo envano. Y sin embargo estoy curado. Pero no son los hombres quienes me han curado, nada debo á los hombres. Tenía en el cuello una llaga antigua y horrible de la que fluía una abundante supuración. Sufría cruelmente: mi estado y mi escasez de recursos me obligaban á viajar, sabe Dios con qué penalidades. Estuve en las aguas de Caunterets, de Bagnères de Bigorre, de Bagnères de Luchon; gasté mucho dinero: dinero y correrías inútiles.

«Se me había hablado de Nuestra Señora de Buglose y sus milagros. No esperando ya nada de los hombres ni de las aguas minerales, quería recurrir á la Virgen Santísima. Intentaba hacer en Barages un postrer ensayo de las aguas, cuando se me dió noticia de la peregrinación de Lourdes. Lo que oí me infundió una grande confianza, y decidíme á permanecer tres días en dicha población. Redóblase mi confianza al ver la muchedumbre que acudía á la gruta. Las aguas de Barages me habían dejado una llaga horrosa. Fuíme á la gruta, oré, bebí, me lavé. Al instante

pude quitar el vendaje que cubría mi mal; la carne se había repuesto, había cesado la supuración y desaparecido el dolor. Repetí la operación al siguiente día y apenas quedaba un resto de llaga. Estaba curado: Imaginaos mi dicha. Pasé no obstante á Buglose, y allí se secó enteramente mi llaga.

«Ved, añadió, descubriendo su cuello del todo sano; ¿hay algún mal? Pues bien, aquí, aquí tenía una horrible llaga. . . . Tened confianza en Nuestra Señora de Lourdes; yo os lo puedo decir, yo. Id á la gruta, id.»

Fué este un mensaje del cielo. Fosses era un fiel cristiano, y toda su vida había amado é invocado á la Virgen. Cuando el viajero hubo hablado, cuando le hizo palpar el milagro, el enfermo creyó, con una inmensa confianza que lo llenó de gozo, que Nuestra Señora de Lourdes lo curaría.

Resolvióse hacer una peregrinación á la gruta. Pero ¿cuándo partiría y cómo llegaría? ¡Sentíase tan débil! ¡Eran tan crueles los sufrimientos! ¿Podría su cabeza soportar los vaivenes del carruaje? Estos temores disminuían su gozo y hacían vacilar un poco su esperanza.

La Santísima Virgen le envió otro mensaje.

Mr. Dussau, dueño de una casa de pupilos en Arzacq, le refiere por casualidad una peregrinación que había hecho á Lourdes. «Yo sé, dice, lo que puede y lo que hace la Virgen Santísima en la gruta de Lourdes. Hallábame en la población para descansar

algunos días entre mis parientes. Viendo que los forasteros iban á la gruta, fui también. En aquellos días sufría una indisposición, no grave, es verdad, pero que me molestaba mucho. Ante la fe de los peregrinos que bebían y se lavaban en la fuente, el corazón me dijo que les imitase; confieso que pedía mi curación sin grande fervor. Mas bebí y me lavé, y al instante mismo desapareció mi malestar. Fué esto súbitamente, como si me quitase un vestido, y lo dejase allí. Mi querido Fosses, soy vuestro amigo, creedme, los médicos no os curarán; dirigios á la Virgen, id á Lourdes.»

Esta vez fué acordada la peregrinación, y á pesar del recrudescimiento de sus sufrimientos y de su prostración, el pobre Fosses se puso en camino con su mujer, el día 10 de Noviembre de 1867.

El viaje fué horrible. Sin energía y sin fuerzas, el enfermo, encorvado en el fondo del carruaje, dejaba caer sobre el pecho su cabeza, que no podía sostener y que bamboleaba á cada movimiento de la carrera. Todo su sér se hallaba en el más profundo abatimiento; ni tenía fuerza para articular una sílaba.

Llegado á Lourdes, descansó algunos instantes, y sostenido por su mujer, se encaminó penosamente á la gruta. Viéndole andar tan pálido y tan quebrantado, decían: «Este desgraciado no llegará á la gruta, ó por lo menos no volverá.»

Fosses abanzaba con cierto respeto: «¡Tan cerca,

tan cerca del lugar en que ha aparecido la Santísima Virgen!» decía para sí muy conmovido.

Su vista descubre al fin la gruta, y repara en la estatua de la Virgen. Ve, oye la fuente milagrosa, se detiene, mira, queda inmóvil. Algo solemne pasa en su alma.

Mucho tiempo después, cuando refería su historia, los recuerdos de aquel momento le hacían palpitar aún. «Fui presa, decía, de una emoción indecible. Estaba allí, sentado, gozoso, temblando. Sentía un gran respeto, más que en un palacio, más que en una iglesia. Al mismo tiempo tenía cierto temor, pero muy dulce: estaba como desvanecido. Mas, añadía con voz alterada, no sé darlo á comprender; si fuese alguna cosa natural, podría explicarla; tendría palabras; aquello no puedo decirlo.»

Dobló sus rodillas delante de la Virgen, pero no podía orar; en su emoción no encontraba palabras. Todo oraba en él, sin que lo advirtiese.

La fatiga le obligó á levantarse, y lavó en la fuente su cuello y cabeza enfermos. Muy pronto experimentó un notable alivio. Probó otra vez á orar. El recuerdo de la aparición llenaba su corazón. «¡Aquí la Virgen Santísima! pensaba; ¡oh! ¡dichoso el que la ha visto! ¡Yo curaré! lo conozco. Mas no obstante, ¡estoy tan enfermo! ¡y además, soy tan indigno!» Y se humillaba y oraba con todo corazón.

Para hacerse menos indigno de los favores de María, fué á confesarse. «Páreceme que tengo más fuer-

za, decía á su mujer regresando á Lourdes. ¡Oh! creo muy bien que la Santísima Virgen me curará.» —«¡Bah! respondió su mujer, es que tienes esta idea.» Ella tenía poca esperanza.

A la mañana siguiente, á las cinco y media, Fosses oía Misa en la cripta, y recibía la sagrada Comunión. Después, bajando á la gruta, se arrodilló y oró un buen espacio, no tanto como su corazón hubiera querido, sino á medida de su debilidad. Bebió en la fuente con entera confianza en la bondad de María. «Si se me hubiese dicho, aseguraba él, que había veneno, hubiera bebido sin temor: tanto confiaba en la Virgen Santísima.»

Entra en uno de los gabinetes de baños, y se dispone á meterse en la pila. Su mujer lo presenciaba temblando. Era el 11 de Noviembre; el sol asomaba apenas por la cumbre de las colinas; una fuerte helada había endurecido los bordes del torrente; la brisa que soplabá en los contornos de la gruta causaba un frío extremado.

El antiguo gendarme se mete resueltamente en el baño: el frío le corta la respiración; sin embargo, se sumerge, el agua cubre su pecho, ciñe su cuello como un círculo de hierro aguzado; estaba helado; busca cómo respirar y calmar el temblor de sus miembros. Jadeante, no pudiendo articular una palabra, decía interiormente á la Virgen: «¡Oh! ¡Vos me curaréis!»

«Mujer, dice con voz entrecortada, ora, ayúdame

á orar.» Ante este valor, aquella se siente también penetrada de confianza. «¡Será curado!» pensaba; y sin embargo, como el pobre hombre cambiase el color: «¡Oh! levántate,» le dice. Mas Foses continuó en el agua helada para orar aún. Tiritaba; y tomando un lienzo para enjugarse, miro la pila. «Es menester, pensó el bravo gendarme, que acredite una vez más mi confianza en la Virgen Santísima;» y á pesar de su mujer se sumerge otra vez hasta el cuello en el terrible baño, rezando siempre.

Un instante después sale, y se enjuga; pero á despecho de toda su energía de soldado y de cristiano, no podía reprimir el temblor de sus miembros ni el rechinar de dientes. «Sufría horriblemente, decía, sí, horriblemente, y no obstante nunca he tenido un momento semejante de dicha. Apenas enjuto, sentí pasar en mi cuerpo un no sé qué de dulce y de fuerte, que inundaba mis miembros; no puedo decir lo que era, cierta cosa como un *licor de vida*. Sí, circulaba en mí la vida. Me curaba; estaba curado. Mi rostro temblaba, vinome una sonrisa involuntaria, natural, dulce; todo me parecía bello; miraba con éxtasis la roca: sonreí á mi pobre mujer; le decía: Pero..... ¡estoy curado!..... ¡estoy curado!.....

«Palpaba mi cabeza tan sensible, que un instante antes no podía tocar, y decía: «¡Querida mía, ya no siento dolor!» A raíz de la nuca tenía desde algunos días un grueso botón muy doloroso y alarmante; y había casi desaparecido. «Toca, decía á mi

«mujer; no hay casi nada, y no me duele.» Mi mujer, conmovida, temblorosa, me miraba, me ayudaba á vestirme, y no sabía qué decir. Yo sentía, sabía que estaba curado, bendecía á la Santísima Virgen; me apresuraba para ir á rendirle gracias á la gruta.»

Sale, en efecto, se arrodilla, y ora largo tiempo. Su mujer le da prisa; él se levanta, va á beber á la fuente, y ora todavía; su alma estaba inundada de gozo. «No podía irme, decía refiriendo el suceso; me marchaba y volvía. Una voz interior me decía: «Permanece aquí, permanece aquí,» y habría querido permanecer siempre, ser el guarda de la gruta. Mi mujer me arrastró al fin; pero aún me volví otra vez y me detuve tanto como pude.»

El dichoso Foses marchaba contento y vigoroso. Hacía muchos meses que sus piés no podían doblarse; para moverse tenía que levantarlos bruscamente y de lleno, y colocarlos del mismo modo. El menor tropiezo del talón le causaba un suplicio como de alfileres atravesados, que traspasaban la médula espinal y la cabeza. Después la flexibilidad de los piés era perfecta, y andaba con la ligereza de su juventud. Para probar lo completo de su curación, golpeaba fuertemente con el talón el suelo helado, sin sentir dolor alguno.

Su pecho, desembarazado, aspiraba con todos sus pulmones el aire glacial de la mañana. Hacía á propósito fuertes aspiraciones para ensayar el nuevo juego de sus órganos restaurados. Temía volver á

sentir los agudos dolores que el día anterior todavía le atormentaban cuando tenía necesidad de aspirar mayor cantidad de aire: antes era como una segur que traspasaba su cuerpo, y á menudo tenía que estar largas horas encorvado sobre sí mismo, con el resuello de la agonía. Después respiraba con plena libertad, y se hartaba de aire con placer.

De regreso á la población, repetía á su mujer: «¡Estoy curado..... ¡oh! pero completamente curado..... Tengo una fuerza toda nueva.»—«No te envanescas demasiado, y sé prudente,» repone ella. Habían llegado á una pequeña cuesta, cerca de Lourdes. «Y bien, dice el gendarme, para probarte que estoy bien curado, ¿quieres ver como corro?» Y ese enfermo, hace poco vacilante, lívido y flaco todavía, echa á correr con agilidad. Su mujer, más y más admirada, le grita: «¡Oh! ¡verdaderamente estás curado! Pero detente, no hagas locuras.» Había corrido unos treinta pasos.

Con un apetito desconocido nueve meses hacía, despachó un abundante almuerzo. La gente de la posada, maravillada, no podía dar crédito á sus ojos. Partió para Arzacq, loco de gozo.

Con él entró la alegría en su casa. Abrazó á su hijo, quien viendo andar lleno de fuerza á su pobre padre que la víspera había dejado desfallecido y sumido en crueles dolores, fué presa de un júbilo de niño y se puso á saltar diciendo: «¡Oh! ¡padre! ¡padre! ¡estais curado ¡estais curado!.....»

Pronto fué conocida en todo el barrio la maravillosa curación de Fosses. Los amigos y los curiosos llenaban su casa. A todos contaba lo que había pasado. «Ved, decía en cierto momento; me encuentro tan bien curado, que me considero capaz de efectuar aun los saltos de agilidad de mi juventud. Quiero probar de saltar un palo, teniendo con mi mano la extremidad del pié, como me habéis visto hacer en otro tiempo.» Y saltó en efecto con pasmosa ligereza.

Su salud general vino á ser excelente. Nada de convalecencia, y desde entonces ni un asomo de neuralgía: continuaron el apetito, el sueño, el bienestar. Desterró completamente el mal humor. «Había llegado á hacerme insoportable, decía; tenía horribles pesadillas; pero ya no soy aquel hombre; todo lo encuentro bueno, y me hallo amable y alegre como antes. Durante tres meses, sufrí horriblemente. El médico me había manifestado que se pasarían á lo menos tres años antes de recobrar la salud. Los remedios me han arruinado; ya los había dejado. En Lourdes, con un baño de algunos minutos, me curé *instantáneamente, radicalmente*, y hace nueve meses que mi curación es *perseverante*.»

En el mes de Junio de 1868, Juan María Fosses volvió á Lourdes: no era conocido. «Soy yo, decía riendo, yo que me curé en Noviembre del año último, en la pila de la gruta.» Un médico extranjero, después de haber interrogado á Fosses, decía en al-

ta voz en la gruta, que una curación semejante, instantánea, sin convalecencia, radical, no se explica sino por un milagro.

Desde el milagro de Juan María Fosses está todo lleno de Dios y de su santa Madre. El recuerdo de su beneficio permanece en su alma vivo y tierno. A cada instante da gracias á la Virgen. «Antes tenía arrebatos de genio, decía al Padre misionero de Lourdes á quien refirió todos los pormenores de esta historia; no paraba atención en ellos. Ahora una grande idea me detiene: La Santísima Virgen no estaría contenta!..... Esto me contiene, y si me domina una *prontitud*, le pido perdón.»

El bueno de Fosses no tiene más que un sueño en este mundo: el de tener un día una pequeña posición que le permita establecerse en Lourdes para poder todos los días bendecir y orar á su amadísima Madre en aquella gruta en que lo ha curado, y en que, entre tanto, él permanece por sus pensamientos y su corazón.

XXXI

Curación instantánea de una joven obrera, agonizante

En el mismo año 1867, Nuestra Señora de Lourdes había manifestado su misericordioso poder á la pequeña aldea de Maquens, situada en las inmedia-

ciones de Carcasona. Una joven obrera, llamada Francisca Pailliés, de veintiun años de edad, fué el objeto de este favor de la *Inmaculada Concepción*. Era buena hija, amable, laboriosa, de sólida piedad. A los catorce ó quince años alteróse su salud á causa del trabajo malsano de una fábrica de tejidos. Aguantó durante diez y seis meses, y á contar desde Navidad de 1866 tuvo que guardar cama, presa de atroces sufrimientos. El asiento de su mal era el corazón. Crisis dolorosas, terribles convulsiones la redujeron pronto al más lamentable estado. Pos espacio de cuatro meses no pudo tomar más que un poco de caldo.

En Abril su estado era del todo alarmante. Todo el mundo consideraba próxima su muerte. Solamente Francisca esperaba, poniendo esta confianza en su devoción á la Virgen Santísima: su constante oración la única que le permitía su debilidad, era la célebre invocación: *¡Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á Vos!* Estaba convencida de que la Virgen Inmaculada la favorecería. Al principiarse el mes de María, se hizo arreglar por uno de sus hermanos una especie de altarcito de la Virgen, en frente de su cama, con una pobre imagen de yeso y algunas flores. Francisca miraba á menudo la santa imagen, y se sentía entonces más animosa y confiada.

Tan débil estaba, que no podía moverse en la cama. En sus convulsiones, que eran cada vez más es-

ta voz en la gruta, que una curación semejante, instantánea, sin convalecencia, radical, no se explica sino por un milagro.

Desde el milagro de Juan María Fosses está todo lleno de Dios y de su santa Madre. El recuerdo de su beneficio permanece en su alma vivo y tierno. A cada instante da gracias á la Virgen. «Antes tenía arrebatos de genio, decía al Padre misionero de Lourdes á quien refirió todos los pormenores de esta historia; no paraba atención en ellos. Ahora una grande idea me detiene: La Santísima Virgen no estaría contenta!..... Esto me contiene, y si me domina una *prontitud*, le pido perdón.»

El bueno de Fosses no tiene más que un sueño en este mundo: el de tener un día una pequeña posición que le permita establecerse en Lourdes para poder todos los días bendecir y orar á su amadísima Madre en aquella gruta en que lo ha curado, y en que, entre tanto, él permanece por sus pensamientos y su corazón.

XXXI

Curación instantánea de una joven obrera, agonizante

En el mismo año 1867, Nuestra Señora de Lourdes había manifestado su misericordioso poder á la pequeña aldea de Maquens, situada en las inmedia-

ciones de Carcasona. Una joven obrera, llamada Francisca Pailliés, de veintiun años de edad, fué el objeto de este favor de la *Inmaculada Concepción*. Era buena hija, amable, laboriosa, de sólida piedad. A los catorce ó quince años alteróse su salud á causa del trabajo malsano de una fábrica de tejidos. Aguantó durante diez y seis meses, y á contar desde Navidad de 1866 tuvo que guardar cama, presa de atroces sufrimientos. El asiento de su mal era el corazón. Crisis dolorosas, terribles convulsiones la redujeron pronto al más lamentable estado. Pos espacio de cuatro meses no pudo tomar más que un poco de caldo.

En Abril su estado era del todo alarmante. Todo el mundo consideraba próxima su muerte. Solamente Francisca esperaba, poniendo esta confianza en su devoción á la Virgen Santísima: su constante oración la única que le permitía su debilidad, era la célebre invocación: *¡Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á Vos!* Estaba convencida de que la Virgen Inmaculada la favorecería. Al principiarse el mes de María, se hizo arreglar por uno de sus hermanos una especie de altarcito de la Virgen, en frente de su cama, con una pobre imagen de yeso y algunas flores. Francisca miraba á menudo la santa imagen, y se sentía entonces más animosa y confiada.

Tan débil estaba, que no podía moverse en la cama. En sus convulsiones, que eran cada vez más es-

pantosas, estaba como loca; una vez su hermano tuvo que emplear por espacio de tres horas toda su fuerza para que se estuviese en la cama. La muerte se aproximaba á pasos agigantados.

El 6 de Mayo una Hermana de la Caridad fué á verla, y para consolarla le refirió las apariciones de Lourdes y los milagros que obraba el agua de la gruta. «Ciertamente, decía después la buena Hermana, creía en Nuestra Señora de Lourdes; pero entonces no pensaba en la curación de aquella joven, tan próxima y cierta me parecía su muerte.» «Oh Hermana mía, dice Francisca con voz apagada, traedme pronto de esa agua, ella me curará.» Retiróse la Hermana pensando darle el último á Dios, y pidiendo para ella una santa muerte.

«¡Ah! ¡si yo tuviese de esa agua!» fué desde entonces el pensamiento fijo de la pobre moribunda. Al día siguiente, las crisis tomaron tal carácter que el excelente Cura de la aldea se apresuró á administrar á Francisca los últimos Sacramentos. Empezó una lenta y dolorosa agonía. A intervalos la pobre Francisca perdía el conocimiento y se la creía muerta. Pasáronse la noche entera y el día siguiente en estas alternativas de muertes momentáneas y de resurrecciones cada vez más frágiles. Toda la aldea, que el buen párroco había conducido á la piedad por la devoción á la Virgen y á la frecuente Comunión, rogaba por la infortunada joven. Esta, en los raros intervalos que le dejaban sus crisis, hacía esfuerzos pa-

ra decir y repetir: «¿La Hermana no envía el agua?... esta me curaría.»

Desde el principio de su agonía la pobre enferma no podía tomar nada. El médico, cediendo á repetidas instancias, fué el jueves, 9 de Mayo, por mera condescendencia, declarando que su visita sería completamente inútil. Intentó hacer tragar á la enferma algunas gotas de líquido, abriéndole el gástrico con una cuchara. Fué tan cruel el sufrimiento durante esta tentativa, que el médico volvió la cabeza no pudiendo soportar aquella escena. Todo fué inútil, y el doctor se retiró diciendo: «Bien lo sabía, está perdida sin esperanza.»

Dos amigas de Francisca, de paso para Carcasona, fueron á verla en su casa. «¡Oh decid á la Hermana, murmuró la moribunda, decid á la Hermana, que no me ha traído el agua de la gruta.... No volvais sin traerla.... ¡Oh! cuánto la espero!»

Al fin llegó. Por la noche, cuando le fué presentada una pequeña botella de agua milagrosa, recogió sus fuerzas aniquiladas por la agonía, y asíó convulsivamente la botella. La destapa, se encomienda á María; deslizanse por su boca algunas gotas de la agua maravillosa y fresca; hace un supremo esfuerzo para tragarlas; se esfuerza de nuevo.... La garganta se resiste. «No puedo....» murmura tristemente la agonizante. Los circunstantes se miran diciendo por lo bajo: «Sería necesario un milagro, y no habrá milagro.»

Francisca, no obstante, se obstina en conservar la botella en su mano. Por la noche, mientras se hacía el mes de María, fueron á decir al Párroco: «Apresuraos, Francisca se va; tal vez no tengais tiempo de rezarle las últimas oraciones.» Corrió; la crisis que parecía precursora de la muerte cesó luego, agravando el peligro de la moribunda. Sus hermanos, viniendo de la fábrica, la encontraron tan débil, que creyeron no llegar á tiempo para darle el último á Dios. Deshechos en llanto, no pudieron cenar.

La pobre joven era víctima de una inflamación insuportable. Manteniase firme en la esperanza. Toda la noche y el día siguiente tuvo la botella en la mano. De cuando en cuando la soltaba para dejarla entriar, y conociendo que no podría resistir la bebida, introducía aquella en su boca abrasada, para refrescarla por un momento. Sus labios, casi inmóviles, balbuceaban lentamente las sílabas favoritas: *¡Oh María, concebida sin pecado!*

Apercibiéndose una vez de que sus pobres padres lloraban, en medio de su agonía pudo decirles; «No lloréis. La Virgen Santísima me curará con esta agua.»

Su padre, hombre de fe, afligido por la enfermedad de su hija, pero sumiso á la voluntad de Dios, no fué á trabajar el viernes, á fin de recoger el último suspiro y la última mirada de su querida hija. Pasó el día corriendo del dormitorio de la moribunda á la iglesia. Desolado por los dolores insuportables de

Francisca, rezaba fervorosamente para obtener un alivio ó la terminación por una muerte pronta, que sin embargo había de desgarrar su corazón. Toda la aldea aguardaba á cada momento oír el toque á muerto; extrañábase la prolongación de la agonía, y se compadecía á la amada joven.

Hacia las dos horas de la tarde un profundo desfallecimiento hizo creer que se acercaban sus últimos momentos. Francisca balbuceaba:

«¡No puedo más!..... ¡Voy á morir!..... Quiero ver á mi hermano.» Este llega al instante. Sin proferir una palabra, estrecha llorando la mano de su hermana, y se vuelve con vivo dolor á la fábrica.

Las Hijas de María preparaban sus vestidos blancos para el entierro. La misma Francisca, algunos días antes, á pesar de sus malogradas esperanzas, había pedido á una de sus tías que fuese á buscar su traje de congreganta para que se lo pusiesen luego de muerta. El traje estaba preparado y Francisca lo había visto, y ella misma había indicado el puesto del armario en que su tía había de ponerlo para que su madre no lo viese.

A eso de las cuatro horas de la tarde, el Párroco le hacía su tercera visita de aquel día. Francisca, con voz balbuciente y la vista encendida por la calentura, le dijo:

—¡Oh señor Cura, ¡yo ardo!.... ¡ardo!.... ¡Ah! ¡si pudiese beber un poco de agua!.... Señor Párroco, ¡vos debéis curarme!....

—Pobre niña, yo no puedo; sólo Dios puede hacerlo! Tened confianza en María; ofrecedle vuestros dolores; orad. Yo voy á la iglesia á orar también por vos.

Francisca quiso orar; mas los que la asistían veían que se acercaba más y más á la muerte.

La hermana del Cura, que hacía tiempo no se movía del cuarto de la enferma, se retiró un momento. Detúvose á la puerta de una vecina hablando de Francisca, cuando de repente una voz conmovida y vibrante la llama. Era la madre de Francisca. Comprende que ha llegado el momento supremo, y se apresura para llegar á tiempo de recibir el último suspiro.

En el umbral la madre le dice temblando y con vivo y penetrante acento: «Francisca ha bebido, subid.» Llegaba apenas al cabo de la escalera, cuando sale un grito de alegría del lecho en que había dejado á la agonizante: «¡Curada, Margarita, estoy curada!» En efecto, ve á Francisca sentada en la cama, radiante, dichosa, brillando de alegría sus ojos, la cual repite con voz sonora: «¡Sí, curada! ¡bien curada! Ved, Margarita, ved, es esta agua, la Santísima Virgen! Corred á decir al señor Párroco que venga!»

Cuando un momento antes la hermana de éste había desaparecido, Francisca, exasperada por el dolor, había reunido el resto de su energía para decir á su madre: «¡oh! ¡no puedo más!... ¡Me abraso!... ¡Me abraso!... ¡Madre, es preciso que beba agua

fría! ¡Es preciso que beba!» Su madre la instaba para que probase algunas gotas de tisana. «No, quiero agua de la gruta. Ella ha de salvarme ó acabar conmigo... ¡Ah! la Virgen Santísima me curará.»

La madre llena de agua de la botella una cucharita y levanta á la moribunda. Francisca se refresca la boca con algunas gotas de esta agua; levanta la cabeza para ayudar á que penetrase en la garganta... Su cabeza cae un instante sobre el pecho. De repente, bajo la influencia de la Inmaculada Virgen aquel cuerpo agonizante se reanima, como por un golpe eléctrico, alza la cabeza, el rostro se encaja, la vista recobra su brillo, desaparece el abatimiento, la voz desfallecida poco há resuena gozosa y vibrante: «¡Estoy curada, madre mía; estoy curada! ¡dadme más agua, pues quiero beberla toda!» Y vació ella misma la botella en su boca. «Si, curada, bien curada, repetía, ya podría levantarme.» Desde las primeras gotas había experimentado que una inundación de fuerza y de bienestar corría por todos sus miembros.

Eran las cinco y algunos minutos del viernes, 10 de Mayo de 1867. Francisca bendecía á Dios, y su alma atendía sólo á dar gracias á la Santísima Virgen, que acababa de salvarla.

Llega el padre, mira á su hija, cae de rodillas, y cuando puede dominar su corazón: «¡Es un milagro, un gran milagro! exclama; demos gracias á la Virgen Santísima.» Y oró hasta que la hizo levantar la necesidad de abrazar á su hija resucitada.

El Párroco vino á añadir su admiración y oraciones á esta escena de alegría. «Yo he esperado, le dice Francisca, he creído, he orado, he bebido algunas gotas de agua, y estoy curada. Y si dijese que me duele ni la punta del dedo, mentiría.»

Entre tanto los dos hermanos nada sabían aún. El padre corrió á la fábrica. Al verle los pobres jóvenes palidieron, creyendo que su hermana había muerto. No podían pensar otra cosa, tal como la habían dejado. Pero, ¡qué alegría! ¡qué lágrimas! ¡qué gritos de gozo!

Acudían en tropel los vecinos, y pronto fué como una procesión la concurrencia á la bendita casa. Francisca decía á todos: «La Virgen Santísima me ha curado; hé aquí la botella que contenía el agua de la gruta de Lourdes.»

Cuando el número de visitantes era crecido, decía con una fuerza de voz que excitaba la admiración general: «Este milagro no se ha obrado para mi sola, sino también para vosotros. En cuanto á mí nunca podría amar bastante á la Virgen; es menester que vosotros la améis también. Todos, todos debemos amarla.»

A no resistirlo sus padres, Francisca se hubiera levantado de la cama, pues se sentía con fuerzas. Sin la menor dificultad tomó una gran taza de caldo. Durante la noche conversaba, reía con sus compañeras; después de un apacible sueño comió naranjas y algo de pastelería; al día siguiente pan y carne, sien-

do así que hacia tres meses que no había podido tragar nada sólido.

Su hermano, al volver antes del medio día, la encontró levantada y adornando un poco el altarcito del mes de María, que tanto la había ayudado á orar y sufrir.

Todo el sábado y todo el domingo fué un ir y venir á ver á la joven del milagro, la cual estaba gozosa, despejada y llena de vigor.

Hízose saber la curación al médico, quien no quería creerla. Cuando no le fué ya posible dudar, dijo á una persona que le refería los pormenores:

—Pero ¿qué es, pues, esa agua? En verdad hace milagros. Pero ¡bah! sobrevendrá una crisis á no tardar, y la joven y el milagro se irán juntos.

—Pues si la curación subsiste, le responde su madre, ¿creerás?

—¡Oh! entonces sí!

La curación permaneció, evidente, espléndida; vió el médico á Francisca, que dos ó tres días después fué á pié á darle gracias á Carcasona. Vió, examinó, tocó aquel cuerpo declarado por él irrevocablemente perdido. «Verdaderamente, le dijo, no tenéis el menor mal; estais perfectamente curada.»

Vió y dijo todo esto, y á ejemplo de tantos otros *sabios*, se declara vencido (en su palabra), mas no se atreve é confesar el milagro. Así son muchos; ante lo sobrenatural su pretendida ciencia retrocede espantada; y entonces, por huir de la evidencia que les

empuja, que les aplasta, se refugian en el absurdo; entonces dos y dos no hacen cuatro, lo blanco es negro, lo cierto es imprudentemente negado. Si; digámoslo muy alto, entre diez médicos colocados frente de un milagro que hiere la vista, hay nueve á quienes una insigne mala fe ó el miedo impide que rindan gloria á Dios.

He conocido uno, cristiano práctico; que ante un hecho evidentemente sobrenatural me decía:

—Como cristiano, digo que esto es un milagro; como médico, digo que es inaudito, inexplicable.

—Y como médico cristiano, le preguntaba yo ¿qué decís?

No me contestaba, tenía miedo á la facultad.

Dos meses después de la milagrosa curación de Francisca Pailliés, el digno Párroco de Maquens terminaba su relación oficial de este modo: «Desde el día de su admirable curación Francisca trabaja todos los días y goza de perfecta salud. De suerte que podemos certificar, y con nosotros toda la parroquia, que la curación de esta joven ha sido *repentina, radical y perseverante*.

A fuerza de economías sobre los jornales de su trabajo, la buena Francisca pudo al fin hacer su peregrinación á Lourdes en acción de gracias. En 29 de Abril de 1868, á la caída de la tarde, se prosternaba delante de la sagrada gruta, loca de contento y llorando de amor.

XXXII

Maravillosa curación de un muchacho de quince años,
mudo y paralítico

El sábado 18 de Julio de 1868, hacia las seis horas de la tarde, un conmovedor espectáculo excitaba en Lourdes la compasión pública. Dos extranjeros llevaban por las calles de Lourdes una silla de manos, y sentado en ella un muchacho de quince años que apoyaba sus brazos en el cuello de los dos hombres. Uno de estos era su padre. El joven se sostenía con trabajo, su cabeza tambaleaba, sus piernas pendían como muertas, balanceándose al movimiento de la marcha. ¿A donde iban? En Lourdes todo el mundo lo adivinaba: «Van á la gruta, decíase: ¡pobre niño! ¡pobre padre!»

Iban en efecto á esa gruta á donde corren los pobres desesperados; á donde los atrae la Virgen Santísima, porque quiere ejercer en ella el poder de su bondad.

El muchacho Juan Pucheou era oriundo de Gouze, cantón de Lagor, departamento de Orthez (Bajos Pirineos). Había sido siempre de carácter tranquilo, amable, recto. Hacía cerca de dos años que se menoscababa su salud. Experimentaba extraña é invencible repugnancia á los alimentos ordinarios; enflaquecía visiblemente, y su debilidad era muy grande.

empuja, que les aplasta, se refugian en el absurdo; entonces dos y dos no hacen cuatro, lo blanco es negro, lo cierto es imprudentemente negado. Si; digámoslo muy alto, entre diez médicos colocados frente de un milagro que hiere la vista, hay nueve á quienes una insigne mala fe ó el miedo impide que rindan gloria á Dios.

He conocido uno, cristiano práctico; que ante un hecho evidentemente sobrenatural me decía:

—Como cristiano, digo que esto es un milagro; como médico, digo que es inaudito, inexplicable.

—Y como médico cristiano, le preguntaba yo ¿qué decís?

No me contestaba, tenía miedo á la facultad.

Dos meses después de la milagrosa curación de Francisca Pailliés, el digno Párroco de Maquens terminaba su relación oficial de este modo: «Desde el día de su admirable curación Francisca trabaja todos los días y goza de perfecta salud. De suerte que podemos certificar, y con nosotros toda la parroquia, que la curación de esta joven ha sido *repentina, radical y perseverante*.

A fuerza de economías sobre los jornales de su trabajo, la buena Francisca pudo al fin hacer su peregrinación á Lourdes en acción de gracias. En 29 de Abril de 1868, á la caída de la tarde, se prosternaba delante de la sagrada gruta, loca de contento y llorando de amor.

XXXII

Maravillosa curación de un muchacho de quince años,
mudo y paralítico

El sábado 18 de Julio de 1868, hacia las seis horas de la tarde, un conmovedor espectáculo excitaba en Lourdes la compasión pública. Dos extranjeros llevaban por las calles de Lourdes una silla de manos, y sentado en ella un muchacho de quince años que apoyaba sus brazos en el cuello de los dos hombres. Uno de estos era su padre. El joven se sostenía con trabajo, su cabeza tambaleaba, sus piernas pendían como muertas, balanceándose al movimiento de la marcha. ¿A donde iban? En Lourdes todo el mundo lo adivinaba: «Van á la gruta, decíase: ¡pobre niño! ¡pobre padre!»

Iban en efecto á esa gruta á donde corren los pobres desesperados; á donde los atrae la Virgen Santísima, porque quiere ejercer en ella el poder de su bondad.

El muchacho Juan Pucheou era oriundo de Gouze, cantón de Lagor, departamento de Orthez (Bajos Pirineos). Había sido siempre de carácter tranquilo, amable, recto. Hacía cerca de dos años que se menoscababa su salud. Experimentaba extraña é invencible repugnancia á los alimentos ordinarios; enflaquecía visiblemente, y su debilidad era muy grande.

El día de Pascua, 12 de Abril de 1868, antes de visperas, Juan estando de pié cayó de improviso, sin poder ya levantarse. Su madre le tomó en sus brazos y le puso en la cama. Desde entonces el pobre niño ha sido poco más que un cadáver. Sus piernas flacas se resistían á sostenerlo; su cabeza banboleaba sobre sus espaldas sin poder sostenerse; únicamente sus antebrazos habían conservado su movimiento; según expresión de su padre, todos sus miembros estaban «desligados.» Era necesario llevarlo como cuando era niño de teta. En tan triste estado era como un fardo, amado sin duda, pero bien pesado para sus padres, cuyo único recurso era el trabajo, y los cuales hubieron de constituirse prisioneros á su lado. De día no podía estar en la cama, y lo colocaban en un hatillo de paja, en el cual le era imposible sostenerse sobre su espinazo. Encorvábese por sí mismo, y tenían que sentarse á su lado para darle un apoyo.

Un día el rostro del enfermo tomó una expresión extraña. Su boca se abría en ademán de querer hablar, y de su garganta sólo salía el ruido de una respiración trabajosa. Su lengua se había arrollado en el fondo de la boca. ¡Pobre niño! ¡era ya paralítico, y se vuelve mudo!

Sus padres quedaron profundamente afligidos. Era su hijo primogénito, y había sido siempre con ellos extraordinariamente tierno y afectuoso. Esa buena gente no poseían tierras, ni casa, ni oficio; el padre no era más que un jornalero del campo, y su

mujer no aprendió sino los quehaceres domésticos. El muchacho, en edad de bastarse á sí mismo y de ayudar á su familia, había de ser asistido como un huésped; el porvenir se presentaba muy sombrío.

Sin embargo, no había perdido el conocimiento. Juan pudo ponerse en comunicación con sus padres por medio de signos y por las violentas respiraciones que hacía para llamar la atención. Mas su mudez, afligiendo su corazón, hacía más difíciles sus cuidados y aumentaba una carga ya pesada.

Agudos dolores en el vientre atormentaban á menudo al joven enfermo. Cuando eran muy fuertes, sentía como iban subiendo por su cuerpo hasta llegar á la cabeza. El sufrimiento de ésta le hacía olvidar todo lo demás, y entonces daba lástima el verlo. Su respiración ruidosa y fatigada, único llanto posible para él, destrozaba el corazón de sus padres. No sabiendo qué hacer para proporcionarse un alivio, dábase en la frente con los puños que le habían quedado libres. Si la crisis duraba mucho tiempo, ponía sus manos sobre el pecho con muestras de angustia, y señalaba su causa. Comprendíanlo luego, y se cumplían sus deseos. Quedaba por espacio de diez ó doce minutos inmóvil, cerrados los ojos, la boca entrea-bierta y resollando; después, vuelto en sí, señalaba su asiento de paja, en que lo colocaban de nuevo. Esto ocurría una ó dos veces al día.

Por la actitud del médico que lo visitaba, se habían persuadido los padres de que no comprendía nada

tocante á una enfermedad tan rara y grave, y que no abrigaba la menor esperanza de salvar al niño. La madre había preparado la ropa para el acontecimiento que todos creían cercano. Esta especie de agonía duró más de dos meses.

Hacia el fin de Junio, el muchacho llamaba á menudo por medio del ruido de su resuello, y hacía una gesticulación muy animada, que llamó la atención de sus padres. Hacia seña de un sitio lejano que no podían adivinar; luego meneaba sus brazos como si los tuviese rociados de agua, figuraba la acción de beber, juntaba sus manos como recogándose para orar, y con una viveza extraordinaria indicaba sus piernas; con sus gestos imitaba el andar y después agitaba sus labios para simular el habla. Durante esta pantomima manifestaba una alegría inexplicable. Sus padres, que interpretaban sus necesidades y pensamientos de cada día, estaban desorientados en vista de las manifestaciones impotentes de ideas para ellos impenetrables. Cuando después de haberle mirado con ojo atento le decían: «No comprendemos;» el muchacho se apesadumbraba y mostraba un profundo desaliento. El padre y la madre se preguntaban á menudo cuál podía ser el deseo de su querido enfermo.

Un día, después de la renovación de esta penosa escena, á uno de ellos se le ocurrió de repente el decirle: «¿Quisieras tal vez visitar á Nuestra Señora de Lourdes?» Una alegría inmensa inundó todo el sér

de aquel joven. Al fin había sido comprendido, al fin triunfaba. Agitó un buen rato la cabeza, sonrióse, exhaló su dicha en ruidosas respiraciones. «¿Qué quieres ir á hacer á Lourdes?» Y respondía por señas: «Lavarme, beber, orar.—¿Por qué?» Con gestos respondía: «Podría andar, podría hablar..... Si no voy, no me curaré.» Es fuerza decir que el nombre de Nuestra Señora de Lourdes es popular en estas religiosas comarcas, y que antes de su enfermedad el muchacho había oído hablar de las curaciones que obra el agua en la gruta.

Después que hubo sido comprendido, el pobre Juan reiteró todos los días y muchas veces cada día su súplica de efectuar la peregrinación. Túvose la ocurrencia de preguntarle: «¿Quién te ha sugerido la idea de ir á Lourdes para curarte?» Sin vacilar el niño levantó un dedo hacia el cielo. «¿Es la Santísima Virgen quien te lo ha dicho?» Hizo una seña de asentimiento. Desde su enfermedad nadie le había hablado de Nuestra Señora de Lourdes. Era una inspiración del todo sobrenatural, tanto más notable, cuanto que aquel muchacho tenía poco desarrollada la inteligencia.

Prometiósele llevarlo á Lourdes, sin que hubiese de ello verdadera intención. La fe no dominaba todavía el alma de sus padres, pero el hijo instaba más y más de cada día; la súplica de su mirada era más tierna, y algunas veces sus gestos eran apremiantes y vivos hasta la impaciencia. Entonces su padre re-

flexionó sobre una esperanza, que consideraba como una puerilidad, y dijo para sí: «El muchacho ha sido siempre prudente; se ha conservado inocente: la Virgen Santísima le escuchará.» Y resolvió en su corazón el viaje á Lourdes, cuyo día indicó á su hijo. Grande fué su alegría, haciendo animadas demostraciones de confianza en su curación, y desde entonces diciendo por señas á cada momento: «¡Irémos..... y seré curado!.....»

Mas llegado el día convenido, dice el padre que le era imposible partir. El pobre muchacho, vivamente contrariado, se cayó de su poltrona al suelo, cuyo accidente se repitió constantemente desde entonces.

Por fin quedó fijado el viaje para el sábado 18 de Julio, y se alquiló una carreta. Juan se volvía loco de contento cuando supo que su peregrinación era cierta, y no pudo conciliar el sueño en toda la noche del viernes. A intervalos despertó á su padre con el ruido violento de su respiración, y á duras penas pudo retenerse en la cama hasta el amanecer. Cuando estuvo colocado con su pequeña poltrona en el carruaje, su júbilo llegó á su colmo.

Aproximábase la carreta á Lourdes, cuando no una verdadera voz, pero sí una respiración articulada, dice: «¡Padre, padre!.....» El padre mira á Juan y éste repite: «Padre voy á curarme.....» Y sacó su lengua fuera de los labios. Extremecióse el padre, se sintió lleno de esperanza, y dió gracias á Dios por

esta primera bendición. El hijo no tenía más movimiento que la vispera, ni su garganta producía sonido ninguno; pero articulaba su respiración, movía su lengua y parecía admirado. Desde aquel momento oró pronunciando las palabras y juntando con fervor las manos. De cuando en cuando se interrumpía para decir, siempre de la misma manera: «Padre, voy á curarme....., andaré, hablaré;» cada una de cuyas palabras acrecentaba la confianza del padre.

Llegan por fin á Lourdes. El pobre muchacho fatigado es llevado con su silla por su padre y el carretero, siendo muchas las personas que encontraron á este cortejo de dolor. Delante de la gruta y una vez colocada en tierra la silla, los dos hombres se arrojaron y los tres rezaron con fervor. El muchacho murmuraba el *Padre nuestro* y el *Ave María*. El corazón del pobre padre se dirigía á la misericordiosa Virgen. El enfermo es transportado á uno de los aposentillos que encierran la piscina del agua milagrosa. Desnúdanlo, y su padre lo toma en sus brazos, más inerte que un niño que acaba de nacer, dislocado y doblándose en todos sentidos. Lo sumerge en el agua, y lo sostiene. Ora el hijo, el padre ora lleno de ansiedad y de esperanza, y echa agua sobre la cabeza de Juan. Pocos minutos después se oye una palabra, clara, sonora: «¡Padre!» A esta voz, que no había oído dos meses hacía, queda inundado de felicidad el pobre padre, quien de pronto no puede hacer más que dar un grito de admiración: «¡Oh, Dios

mío!»—«Padre, dice la voz, podéis sacarme: ya estoy curado.»

El muchacho había sentido renacer la vida en sus piernas; se doblaban, se mantenían firmes en el fondo del baño; al mismo tiempo se fortalecía el resto del cuerpo; habla sin premeditarlo, por instinto; se eleva impelido por el agua y se pone en pié. De los ojos del padre saltan dos gruesas lágrimas, y caen en aquella agua que le devolvía sano su hijo. Juan se sienta al borde de la pila.

«Yo tenía el corazón *cerrado*, decía su padre; las lágrimas me impedían ver á mi hijo.» Lo toma de la mano, y el hijo por la vez primera después de tres meses está allí de pié, delante de él, sin apoyo de nadie, hablando y sonriendo. El muchacho se viste y calza él mismo; y en aquel momento el carretero, que había salido un poco antes, entra y exclama: «¡Dios mío! ¡oh! ¡esto es un milagro!»

Van todos á postrarse delante de la santa gruta, y pronto el joven, sin ser sostenido, sube por la peña y llega á la casa de los misioneros.

Cuando el misionero que ha recogido estos interesantes detalles dijo al padre: «Sois muy dichoso,» este no pudo contestar sino por un sonido inarticulado; su palabra y su mirada quedaron un momento embargados por las lágrimas. La emoción sofocaba á cada instante su voz mientras refería la enfermedad y la curación de su hijo. Lo que no podía expresar

era su reconocimiento hacia Aquella que lo salvaba del llanto y de la miseria.

El muchacho parecía que experimentaba la dulce sorpresa del despertar después de un fatigado sueño. Entró en la población á pié sin apoyo de brazo alguno. El movimiento de sus piernas, extremadamente delgadas, era lento y poco seguro. Al día siguiente á las cinco y media de la mañana anduvo el trayecto de la población á la gruta. Confesó y comulgó; estaba contento y gozoso.

Al ver que un obrero llevaba al misionero una limosna para la construcción de la capilla, el padre de Juan miraba con santa envidia las monedas de oro que brillaban sobre la mesa: «¡Ah! dijo, ¡qué dichosos son los que pueden dar! Yo también quisiera dar para la bondadosa Virgen Santísima..... pero, ¡pobre jornalero, nada tengo!»

Como en la víspera, Juan volvió á Lourdes sin apoyarse en nadie. Los peregrinos subieron al carruaje, y á las once de la noche llegaban á la puerta de su casa. Mientras que al oír el ruido de la carreta la madre, que esperaba ansiosa, encendía una luz é iba á recibir á los viajeros, Juan bajaba casi sin ayuda de nadie. Su madre lo encuentra, y á su presencia se para. «¡Madre, estoy curado!» dice Juan. La pobre mujer sintióse desfallecer y creyó caerse. Pasada esta peligrosa emoción, miraba silenciosa, sin poder dar crédito á sus ojos. Era, sin embargo, su

hijo; pero que salía de los brazos de otra madre, la Santísima Virgen.

El ruido de la carreta y la voz de la madre, cuyas primeras palabras fueron de felicidad, hizo que muchos vecinos se levantasen y fuesen á tomar parte en aquella alegría. No podían figurarse que el muchacho que andaba, hablaba, reía á su vista, fuese el mismo que en la vispera había partido paralítico, mudo, amenazado de una cercana muerte. Al cabo de pocos días toda la comarca sabía la curación del muchacho de Gouze, y bendecía á Nuestra Señora de Lourdes.

Cerca de dos meses después el joven Juan volvió á la gruta. Había ya andado buenos trechos, y empezaba á dedicarse al trabajo. Su alegría, su buena salud, su dicha, encantaban á su padre.

Juan ama mucho á la Virgen Santísima y se goza en hacerle oración. A veces deja la comida y desaparece; búscalo su padre, y lo encuentra con sorpresa en un rincón arrodillado y orando. La poderosa y dulce mano que ha curado su cuerpo, ha impreso su sello en esta alma inocente.

No hay, pues, que admirarse de ver estos milagrosos favores, otorgados casi exclusivamente á los pequeños del mundo, á los niños, á los pobres: este es el orden equitativo de la divina Providencia. Los ricos tienen los médicos y boticarios; pueden pasearse en Cauterets, Bareges, Luchon, Aguas Buenas, en todos los baños de mar: los pobres y los pequeños

sólo tienen á Dios, la Santísima Virgen y los milagros. En cuanto á las madres y á las jóvenes, se concibe por qué la Virgen María se complace en tratarlas como privilegiadas, aun cuando sean ricas.

XXXIII

Curación de una madre de familia, atacada de un cáncer en la lengua

El día 3 de Noviembre de 1869 había delante de la gruta de las apariciones un grupo de peregrinos que pedían con fervor á la Inmaculada Virgen la curación de una joven madre de familia, cuya situación era casi desesperada y cuya pérdida hubiera sido la muerte de toda una familia. Dos clérigos habían querido asociarse á esta piadosa peregrinación, y oraban con fervor, arrodillados en medio de sus amigos.

La existencia de María Lassabe, de Montfaucon (Altos Pirineos), estaba en efecto amenazada por un cáncer muy alarmante. Era todavía joven, hija única, muy querida de todos los suyos y madre de un hermoso niño.

De repente la señora Lassabe había experimentado en el fondo de la garganta la sensación de la película de un grano de trigo, cuya punzante espina se hubiese clavado en la carne. Su dolor aumentaba por momentos, y no podía ya comer con regularidad.

hijo; pero que salía de los brazos de otra madre, la Santísima Virgen.

El ruido de la carreta y la voz de la madre, cuyas primeras palabras fueron de felicidad, hizo que muchos vecinos se levantasen y fuesen á tomar parte en aquella alegría. No podían figurarse que el muchacho que andaba, hablaba, reía á su vista, fuese el mismo que en la vispera había partido paralizado, mudo, amenazado de una cercana muerte. Al cabo de pocos días toda la comarca sabía la curación del muchacho de Gouze, y bendecía á Nuestra Señora de Lourdes.

Cerca de dos meses después el joven Juan volvió á la gruta. Había ya andado buenos trechos, y empezaba á dedicarse al trabajo. Su alegría, su buena salud, su dicha, encantaban á su padre.

Juan ama mucho á la Virgen Santísima y se goza en hacerle oración. A veces deja la comida y desaparece; búscalo su padre, y lo encuentra con sorpresa en un rincón arrodillado y orando. La poderosa y dulce mano que ha curado su cuerpo, ha impreso su sello en esta alma inocente.

No hay, pues, que admirarse de ver estos milagrosos favores, otorgados casi exclusivamente á los pequeños del mundo, á los niños, á los pobres: este es el orden equitativo de la divina Providencia. Los ricos tienen los médicos y boticarios; pueden pasearse en Cauterets, Bareges, Luchon, Aguas Buenas, en todos los baños de mar: los pobres y los pequeños

sólo tienen á Dios, la Santísima Virgen y los milagros. En cuanto á las madres y á las jóvenes, se concibe por qué la Virgen María se complace en tratarlas como privilegiadas, aun cuando sean ricas.

XXXIII

Curación de una madre de familia, atacada de un cáncer en la lengua

El día 3 de Noviembre de 1869 había delante de la gruta de las apariciones un grupo de peregrinos que pedían con fervor á la Inmaculada Virgen la curación de una joven madre de familia, cuya situación era casi desesperada y cuya pérdida hubiera sido la muerte de toda una familia. Dos clérigos habían querido asociarse á esta piadosa peregrinación, y oraban con fervor, arrodillados en medio de sus amigos.

La existencia de María Lassabe, de Montfaucon (Altos Pirineos), estaba en efecto amenazada por un cáncer muy alarmante. Era todavía joven, hija única, muy querida de todos los suyos y madre de un hermoso niño.

De repente la señora Lassabe había experimentado en el fondo de la garganta la sensación de la película de un grano de trigo, cuya punzante espina se hubiese clavado en la carne. Su dolor aumentaba por momentos, y no podía ya comer con regularidad.

Hinchósele la lengua, se le volvió dolorosa y dura, particularmente de un lado, y tomó aquel temible color que revela el cáncer. No podía menearla sin gran pena; casi no podía hablar, y experimentaba gran dificultad para comer: el 3 de Noviembre había pasado diez y siete días sin haber podido tragar nada sólido; su vida se sostenía con sopa, papilla y otros alimentos de esta clase. Nada se omitió para combatir al mal. Viéronla médicos que ordenaron los remedios aconsejados para tales casos; mas á despecho de los medicamentos el mal se agravaba.

Era tan abultada la lengua y tan apremiante la necesidad de aplicar á todas sus partes los linimientos, que tuvieron que quitársele los dientes para que estuviese más libre.

Acompañada la señora Lassabe de su médico, fué á consultar á los de Tarbes. Los unos hablaron de cauterizar la lengua, si llegase á abrirse; otros indicaron otros medios; mas todos estuvieron unánimes en reconocer la gravedad del mal. No pudieron disimular del todo su impresión, y la pobre enferma comprendió muy bien que temían por su vida.

Al salir de estas visitas, la señora Lassabe estuvo en casa de una de sus amigas, y habló de su mal con toda la emoción que le habían comunicado las palabras harto transparentes de los médicos. «Y bien, dijo aquella señora tomando de una cómoda un frasco; puesto que estais aquí, tened confianza en Nuestra Señora de Lourdes y bebed de esta agua, que

viene de la gruta.» Estaba expresamente recomendado á la enferma que no bebiese nada frío, tomó con ánimo el agua, y muy pronto se encontró aliviada. Mas esto no era sino un pequeño aliento que le daba la Virgen Santísima, porque dos días después una recrudescencia del mal renovó todas las inquietudes.

Empezóse á reconocer que los medios humanos serían impotentes; y la idea de ir á Lourdes á buscar una curación poco menos que desesperada, había ya ocupado vagamente el alma de María Lassabe y la del Párroco de Montfaucon. El haberse agravado la enfermedad hizo que se resolviese el proyecto, fijándose la peregrinación para el día 3 de Noviembre. La víspera el Párroco preguntaba á uno de los médicos:

—¿Puede esta enfermedad curarse repentinamente?

—Nó, le respondió.

—Y si la enferma se cura mañana de improviso, ¿qué diréis?

—¡Ah! diré que la curación no proviene de nuestros remedios.

Aquel día, 2 de Noviembre, la enferma se encontró peor que los demás días. Habíase aumentado su sufrimiento; apenas podía tomar algunos líquidos: tuvo el antojo de comer un grano de uva, y no pudo tragarlo.

El miércoles, al momento de la partida, nada se había cambiado: los mismos dolores, la misma debi-

lidad en extremo penosa. La señora Lassabe tuvo que guardar silencio todo el camino; se evitaba el hacerla hablar para ahorrarle el dolor que cada palabra le costaba. Cuando profería una palabra, apenas se dejaba oír su debilitada voz.

Los dos clérigos que iban á ayudarla en sus oraciones, celebraron la misa en la cripta á las diez y media. Durante el santo sacrificio, María sufría horriblemente, más que nunca: pareciale que le arrancaban la lengua. Llena de fe y energía, recibió no obstante la sagrada Comunión, pero con dificultad suma. Todos los esfuerzos de su voluntad no pudieron hacer menear la lengua, y no puede decir cuándo tragó la santa Hostia.

Desde el principio de su mal sus piernas estaban habitualmente doloridas; pero en aquel momento apenas podían llevarla, y bajó á la gruta con extraordinario trabajo.

Allí oró largo tiempo con una confianza ilimitada. Antes había dicho: «Me curaré; lo creo así.» A pesar de la recrudescencia de sus dolores, no obstante el carácter fatal de su enfermedad, conservaba firme su esperanza.

Después de haber orado, se levantó para beber un vaso del agua milagrosa; en lo cual hubo de emplear largo tiempo, pues no podía tragar á la vez más que un pequeño sorbo, y aún con un verdadero suplicio. Se arrodilla; sus compañeros oran á dos coros y en alta voz, pero ella en silencio. Empeza-

ron las Letanias de la Virgen, á las cuales se unió de corazón en la imposibilidad de hacer otra cosa. Hacia la mitad, un frío repentino recorre todos sus miembros, siente que su lengua se desata y adelgaza, conoce que va á poder hablar. Lo ensaya..... y suavemente responde: «¡Rogad por nosotros! ¡Rogad por nosotros!» Su lengua estaba ágil. Conmovida, incierta, no osaba proferir un sonido. Mas concluidas las invocaciones, una voz clara y firme articula libremente estas palabras: «Dadme otro vaso de agua; quiero beber más.» ¡Era la voz de María Lassabe! Sus compañeros miran atónitos; preséntanle un vaso, y lo bebe de un sorbo sin la menor dificultad.

La primera sorpresa se convirtió en una inmensa alegría. Todo dolor había desaparecido; no le dolían la lengua, la cabeza, las piernas, ni otra parte del cuerpo.

Todos estaban en ayunas, y era tarde. La señora Lassabe sentía una necesidad desaconstumbrada de alimento. Se ponen las provisiones sobre la hierba, y se presentan á la querida enferma los alimentos líquidos preparados para ella. No los quiere; toma un pedazo de pan, y lo come; toma carne, la mastica, la traga sin el menor sufrimiento, y mastica con preferencia por el lado más dolorido de su lengua. Acuérdate de que hacía diez y siete días que su estómago no había recibido un solo alimento sólido, y que en el día anterior le había sido imposible tragar un grano de uva.

En este intervalo los dos clérigos vuelven á la gruta, yendo en pos de ellos el padre.

—¡Y bien! dice el Párroco.

—¡Está curada! responde el padre.

—¿Es posible? Os chanceais; no debiérais hacer estas bromas.

—Señor Párroco, mi hija está curada, ha comido; venid á verla.

El bueno del Párroco se adelanta, no acabando de creer todavía. La joven lo recibe alegre y sonriendo; habla, refiere con emoción el momento de su curación, y su valiente desayuno. «¡Está curada! exclama el Cura derramando lágrimas de gozo; ¡está curada!»

La señora Lassabe va á arrodillarse delante de la gruta para dar gracias á la Santísima Virgen. Un momento después todos oían su voz sonora y vibrante. ¡Cosa inexplicable! Hablaba así, aunque su lengua continuaba gruesa, pareciendo aún dura y como cicatrizada, y no se comprendía, como teniéndola así, su articulación era tan fácil y limpia.

Empezaron de nuevo las oraciones en alta voz, prolongándose en la gruta, y más aún en la cripta. María Lassabe las presidía, y á su voz, que se percibía claramente, respondían los demás. Animados por lo que acababa de suceder, los dichosos peregrinos no se cansaban de bendecir á la Virgen, y acabada una oración pedían otra: la capilla los retenía como por fuerza. Por fin, partió la caravana: la señora Lassabe al marchar dejó por *ex-voto* sus aretes.

Volvieron los peregrinos á la gruta, primero en Noviembre y después en Diciembre. No experimentó la señora Lassabe el menor asomo de su horrible mal, ni alteración alguna en su salud: acabáronse los sufrimientos, la pesadez é inchazón de la lengua, las señales de descomposición. Por otra parte, desde que rezó las Letanias en la gruta, quedó libre del todo de un violento dolor de cabeza que, durante la enfermedad, no le había dejado un momento de reposo. Los colores de su rostro y toda su apostura atestiguaban una salud robusta, un temperamento puro y vigoroso.

XXXIV

Curación repentina de una joven pensionista amenazada de perder la vista

El domingo 28 de Noviembre de 1869, las religiosas de San José, establecidas en la calle de la Estrella, en Tolosa, fueron testigos afortunados de la repentina curación de una de sus alumnas, después de hecha una novena á Nuestra Señora de Lourdes.

Hacía cerca de un año que la joven J. E. estaba amenazada de perder la vista, y á mediados del mes de Enero se vió obligada á interrumpir el curso de sus estudios. Tratada sucesivamente por dos hábiles oculistas de Tolosa, no había experimentado mejoría; los dos hombres del arte habían declarado que

no había que esperar la curación. El primero había asegurado que quedaría ciega; el segundo afirmaba que habiendo las úlceras producido una especie de quemadura que había devorado una parte esencial del ojo, no era posible reparar este mal: lo más que podía esperarse era contener sus progresos.

En el mes de Octubre, al empezarse las clases, la pobre niña había solicitado y obtenido de sus padres la satisfacción de volver á ocupar su puesto, en unión de su hermana mayor, en el colegio; mas todo su trabajo consistía en escuchar las lecciones y escribir á tientas algunas cosas que le era imposible leer. Desalentada por la ineficacia de los remedios, al cabo de dos meses abandonó toda clase de medicación, y el mal empeoraba cada día.

El sábado 20 de Noviembre llegó triste con su hermana al colegio: había confesado á sus padres que ya no veía, y el desconsuelo de la familia había llegado á su colmo. Las dos hermanas lloraban, y con ellas sus compañeras, conmoviéndose también las maestras. Acordaron hacer una novena á Nuestra Señora de Lourdes, la que se empezó aquel mismo día, y á cada ejercicio el fervor de la infantil reunión parecía redoblar, rogando á Aquella que nunca fué invocada en vano.

Terminó la novena el domingo, día 28. La niña enferma, su hermana, muchas alumnas y todas las religiosas recibieron la sagrada Comunión, con el propósito de hacer al cielo una santa violencia. Des-

pués del santo Sacrificio, una de las religiosas se fué al lado de la pobre niña para bañarle los ojos con agua de Lourdes, y la encontró apoyada en una mesa, llorando y temblando todos sus miembros. «Ya veo, exclama la niña; después de la Comunión he visto que hacía un hermoso día, y he tenido miedo; después este día ha continuado.» Su emoción se convirtió en lágrimas y en un temblor general.

Un grito de alegría estalla en toda la casa: su hermana, las profesoras, las compañeras lloraban abrazándola y felicitándola. El venerable Pastor de la parroquia, que había compartido el dolor de su pequeña feligresa, acudió presuroso á tomar parte en la general alegría, y para hacer constar por sí mismo la verdad del hecho, pues la enferma de la víspera leyó en su presencia libros elegidos á propósito, cuyos caracteres eran muy diminutos.

Desde aquel día la dichosa niña sigue sus clases en medio de sus compañeras admiradas, y estudia las lecciones teniendo el libro á una distancia regular de la vista y sin fatigarse. En acción de gracias á la Inmaculada Virgen María, salud de los enfermos, se empezó una novena.



XXXV

Curación de un guarda-barrera, referida por él mismo

Guillermo Jaffard, guarda-barrera de la estación de Lespouey-Aslades, en el ferrocarril del Mediodía, en los Altos Pirineos, tuvo la dicha de ser curado milagrosamente por la Virgen de Lourdes en 23 de Abril de 1869. Hé aquí cómo él mismo ha contado al misionero de Lourdes lo que le pasó. Lo copiamos textualmente:

«He sido siempre robusto, pero largos trabajos á la intemperie me ocasionaron, hace más de siete meses, dolores que pronto me impidieron la acción. El médico decía que era un reumatismo crónico. Guardé cama, incapaz de menearme, tres meses enteros. Cuando quería mover una pierna, llamaba á mi mujer ó á uno de mis hijos menores, el cual subía á la cama. Mis sufrimientos eran atroces. Al fin pude levantarme y andar con auxilio de muletas, mas con gran pena; me arrastraba haciendo deslizar mis piés por el suelo.

«Mi posición era cruel. No contábamos para vivir más que con nuestro trabajo: mi mujer gana diez francos al mes en la barrera; y tenemos tres hijos todos pequeños. Un día pedían pan, y no le había.... ¡En este apuro me he visto! He echado más mala sangre por ellos que por mis dolores. La caridad ha

venido en mi auxilio. El señor Cura me daba caldo, y de cuando en cuando algunas monedas de cuarenta sueldos, que siempre venían á propósito; el castillo me ha surtido de leña en Invierno, y el jefe de estación, de pan por largo tiempo: sin lo cual, ¿qué hubiera sido de nosotros? ¡Ah! ¡he sufrido mucho!...

«Salí un poco á los tres meses. Un jefe de cantón, que lee los *Anales*, me hablaba de Nuestra Señora de Lourdes, de un gendarme curado bañándose en el agua de la gruta; mi barbero me contó que su hermana había dejado su mal de ojos en la fuente. Mis compañeros de la línea me decían: «Jaffard, hay un Sér Supremo; sois desgraciado; es menester orar é ir á Lourdes. Si no tenéis confianza, no vayais; pero Dios «todo lo puede; tened confianza y marchad con ella.»

«Sin embargo, no pensaba en Dios, ni oraba. Mas cuando el mal se nos viene encima, entonces pensamos en Él. Todo esto me hacía reflexionar; tenía esperanza, me puse á rogar á Dios, é hicimos que nuestros hijos orasen. «Esto no es posible, pensaba; tú «no curarás, tú estás condenado á la desgracia.» Pero asaltábame luego un buen pensamiento, y me decía: «Sabemos que hay un Sér Supremo; tengamos «confianza.» Resolví partir; cierta cosa me decía: Serás curado.

«Dos ó tres días antes no hacía más que rezar el *ave Maria*. Por fin, partí; y en Lourdes inspiraba lástima á todo el mundo. Se me había dado algún dinero, y uncarruaje me condujo á la gruta.

«Oré. Pensaba: «La niña que vió á la Virgen es «muy dichosa; no tendré yo esta suerte; yo no valgo «bastante!» Quise meter mis pobres piés dentro del agua de la gruta. Un hombre me ayudó, pues no podía descalzarme, y me sostuvo para meterme en el baño. ¡Oh! ¡cómo rezaba entonces! creía dejar allí mis muletas. Experimenté un ligero alivio, casi nada, pero esto no me desalentó, y dije: «Bien, volveré.» Viéndome volver con mis muletas, mi mujer se entristeció.

«Habíame llevado una botella de agua de Lourdes. Antes de acostarnos, la pusimos en un barreño y mi mujer me bañó los piés. Oré, podéis creerlo. Concluido esto, probé el levantarme, y me sostuve; póngome á andar y ando fácilmente, exclamando: «Mujer ¡estoy curado!» Mi pobre mujer estaba mirándome atónita, diciendo al fin: «¡Ah! ¡Virgen Santísima! y hay quienes no quieren creer en Ella! ¡Oh! ¡cuán buena es!» Y se puso á llorar de contento.

«Entonces tan feliz era yo que le dije: «Es menester «que vaya á casa del vecino.— Mira que te caerás. «—No, andaré tan bien como tú.» Tomé mi linterna de servicio y partimos. Mi mujer me dijo: «¿Y quienes que dejemos á los niños?—La Virgen Santísima «los guardará.» Llegamos á casa del vecino, distante unos 200 metros, por un mal camino. Levantáronse, y ¡juzgad si quedarían sorprendidos! ¡sería preciso verlo! Son gente muy buena y religiosa, á todos hice beber un poco del agua que había traído. El día si-

guiente llegué sin necesidad de bastón á la estación de Lespouey, habiendo andado dos kilómetros. Al verme, la señora del jefe exclamó: «¡Es posible! ¡ved «á Jaffard cómo anda! ¡Oh! ¡es un gran milagro!» Todo el mundo quedó admirado. Yo iba por las cercanías de la línea. Mirábanme mis camaradas, no pudiendo persuadirse que fuese yo, y me decían: «Habéis hecho bien en ir á Lourdes, Jaffard; dígame lo «que se quiera, hay un Sér Supremo. La confianza «es todo. Vos la habéis tenido en la Virgen. Hé «aquí un milagro.»

«Había prometido venir á traer las muletas, y hoy he llegado.

«En toda la línea me felicitaron mis camaradas. En Lourdes cuando me vieron con las muletas en la mano, me dijeron: «Mirad á Jaffard que lleva sus «muletas á la gruta.» Nadie me dirigió una palabra mal sonante. La primera vez se me había dicho que haría mejor en irme al hospital de Valence-d' Agen, en mi país, y ni siquiera lo escuché. Partí desde la población llevando mis palos en la mano.

«Sufro todavía un poco, no estoy del todo bien, pero confío. Mis piés eran enormes, vedlos deshinchados. No podía doblar del todo el espinazo, estaba tieso como una estaca: de repente me metí en el baño, y después me doblé hasta el suelo. ¡Oh! la Virgen Santísima me pondrá en estado de ganarme la vida y alimentar á mis pobres hijos. Entre tanto oraré siempre, y no será necesario decir á mi mujer y á

mi, os lo fio, que cumplamos nuestros deberes de buenos cristianos. ¡Oh! me curaré enteramente, y vendré aquí todos los años.»

XXXVI

Curación instantánea de una joven aldeana tísica

Algunos días después de haber curado al guardabarrera, á quien acabamos de oír, la Virgen Santísima devolvía la vida á una joven aldeana de Julos (Altos Pirineos), llamada Magdalena Latapie. Parecía que esta joven piadosa y buena tenía todo lo necesario para atraer las miradas de la Inmaculada Virgen y alcanzar un milagro.

Hacia el fin del año 1866, Magdalena Latapie, que contaba entonces quince años de edad, estaba ya en tal estado de languidez y padecimiento, que se la creía perdida. Tenía una tisis pulmonar. Encorvada bajo el peso de sus dolores, pálida y decaída, pudo no obstante durante algunos meses ir penosamente hasta la iglesia, á la cual desde su casa se llega en dos minutos, empleando ella media hora en hacer este camino. Pronto fué necesario llevarla, y últimamente haciendo sus fuerzas traición á su celo por Dios y á su amor á la Santísima Virgen, debió guardar cama, de la que en concepto de sus padres, amigos y médicos, no podía salir más. Era esto á fines de Junio de 1867.

«Durante esta enfermedad, que se prolongó hasta Septiembre, escribía su confesor, le llevé todos los domingos la sagrada Comunión. Entonces más que nunca edificaba á los que, acompañando al Santísimo Sacramento, iban á orar al pié de su cama. «Quisiera morir, me decía alguna vez, pues que soy una carga para todo el mundo.»

Sin alimento, porque su pobre estómago nada podía soportar, permaneció cuatro meses entre la vida y la muerte. A instancia del padre de Magdalena, la visitó un médico extranjero, y de acuerdo con el de cabecera, dijo al salir hablando del mal: «Esta joven no vivirá más de cuatro días.» Al día siguiente Magdalena recibió los últimos Sacramentos. «¡Pobre niña! decía el padre de la moribunda; ¡pobre niña! ¡morir tan joven!» Mas Dios, que burla la ciencia de los hombres, tenía otros designios sobre aquella joven.

Magdalena creía también que iba á comparecer delante de Dios. Su confesión la había dejado en una paz profunda. La gracia llenó su alma del solo deseo de amar siempre á Jesucristo. Tenía diez y seis años, y el pensamiento del mundo la espantaba. Temiendo pecar al volver á la vida, pidió la muerte, y prometió á la Santísima Virgen hacerse Religiosa si no la alcanzaba.

En el mes de Mayo de 1868 se hizo conducir á la gruta de Lourdes; mas no consiguió alivio, y la pobre joven continuó arrastrando una «vida moribun-

da» con los padecimientos, sostenida únicamente por los consuelos de la piedad.

Hacia el principio del año 1869, un sueño misterioso vino á regocijar á su alma y á alentarla en su languidez. Una persona muy conocida le decía: «Vé á la gruta: serás curada.» El sonido de esta voz penetró todo su sér, y un sentimiento de alegría la hacía repetir, hasta durmiendo: «Seré curada.»

Se despertó, y con ella todos sus dolores; la opresión del pecho, la fatiga en la respiración, la debilidad de todos sus miembros. Pero la impresión de la promesa continuaba muy dulce y sensible. El recuerdo del sueño, y las palabras: «Anda á la gruta, serás curada,» le venían continuamente á la memoria y dejaban en su corazón una singular esperanza. Con todo, no era esto más que un sueño. Pero los sueños ¿no vienen alguna vez de Dios?

Algunos días después, la enferma pidió con temor á sus padres que le permitiesen hacer una peregrinación á Lourdes, y se lo prometieron vagamente para cuando se presentase ocasión oportuna. Mientras la esperaba, aumentábase su deseo y venía á ser una de esas necesidades impacientes, tan frecuentes en los desgraciados á quienes devora la tisis.

Magdalena tenía una amiga querida y devota, la maestra de la aldea, su antigua preceptora, á la cual debía sus hábitos de piedad. Quiso ser su compañera de peregrinación. Después de haberla aplazado

de jueves en jueves, por fin se fijó definitivamente para el 29 de Abril.

La pobre tísica fué colocada sobre una borrica, á quien seguía la maestra á pié, acompañada de otra amiga llamada Paulina. Magdalena estaba gozosa; la voz del sueño, cuyo eco resonaba aún en su corazón no la dejaba dudar de su curación. Mas luego la fatigó el tranquilo andar de su cabalgadura. El viaje duró á lo sumo hora y media. Llegada á Lourdes, estaban ya agotadas sus fuerzas, y era necesario atravesar las calles con gran lentitud. Bajó delante del portal de la población, y emprendió á pié el camino hasta la roca. Apoyada del brazo de su amiga, jadeante y con el pecho dolorido, empleó quizás una hora en recorrer una distancia de diez minutos. Su extremada fatiga no fué bastante para impedir en su alma una impresión de dicha y de esperanza, á la vista de los muros de la capilla.

La primera visita fué para la cripta. En un descanso de una hora, ocupado todo en la oración, Magdalena sintió vivamente el hastío del mundo con deseos de dejarlo, renovó su voto de la vida religiosa y pidió su curación, mas á condición de que fuese provechosa á la salvación de su alma.

Una circunstancia hizo que bajase sola el sendero de la gruta. A pesar de la lentitud de sus pasos, llegó fatigada y se arrodilló. Desde sus primeras miradas á la imagen de la Virgen, enterneciése en gran manera su corazón, y le arrancó abundantes lágrimas.

mas. Oró un buen espacio, y de nuevo se ofreció á María Inmaculada para tomar el velo. La necesidad de tomar algún alimento arrancó de la gruta á las tres compañeras, y sin haber aún bebido en la fuente, fueron á comer sobre un banco de piedra, en medio de la hierba.

Era cerca de medio día cuando volvieron á la roca. Magdalena oraba todavía, pero luego se dirigió al manantial. Mientras andaba aquellos pasos con dolor y encorvada por la debilidad y por la enfermedad del pecho, decía para sí y casi sin advertirlo: «¡Esto es ahora!»

Bebió dos vasos del agua milagrosa con cierta impresión tranquila. Su sér no experimentaba ya sacudidas ni emoción: únicamente se sintió de pronto descansada, admirándola este súbito bienestar. Sin embargo, nada dijo, y se arrodilló otra vez para continuar rezando con sus compañeras.

Serían las dos de la tarde, cuando la lluvia las echó de la gruta. La Maestra dijo á Magdalena: «Salid vos primero; yo os alcanzaré á los pocos pasos.» Obedeció la tísica, pero un instante después retrocede. «¡Estoy curada! ¡estoy curada!.....jando!... no me alcanzaréis.» La maestra, estorbada por el ruido de la lluvia y del viento, no entendía aquellas palabras; pero vió que Magdalena se sonreía, que retrocedía y andaba con suma ligereza. Aturdida, se preguntaba vagamente: «¿Veré yo un milagro?»

Magdalena subía, subía rápidamente; estaba como

atónita, y no podía fijar su pensamiento; no se reconocía á sí misma. No sentía dolor ni fatiga alguna, el pecho estaba dilatado, la respiración fácil, su bienestar era completo y profundo, rebosando el corazón de una alegría desconocida. Iba subiendo, y al fin experimentó como una gran sacudida en su alma, prorrumpiendo en llanto. «¡Oh Madre mía, Vos me habéis curado!» exclamó, y precipitando el andar, caminaba dando gracias á la Virgen Santísima.

Sus dos compañeras se habían quedado atrás. Al llegar á la cripta, vieron á su tísica arrodillada, y la dejaron para orar. Magdalena lloraba. La emoción de una felicidad repentina, inmensa, y el amor á la Virgen María penetraban su corazón. No podía articular una sola sílaba; mas su alma bendecía á Nuestra Señora de Lourdes y de nuevo se entregaba á su Madre celestial por el voto de religión que ella sin embargo consideraba como un favor. La afortunada Magdalena lloró largo rato.

La maestra se levantó al fin, y fué á decir á su amiga: «Envío á Paulina á que traiga la borrica. — ¡Oh! no, responde con presteza Magdalena, ya no la necesito; Paulina la montará.» La maestra hizo un gesto que quería decir: «¡Vamos, pues, niña loca!» Salen luego las tres. La maestra toma el brazo de la joven; bajan por el sendero, por el lado de la casa de los misioneros, y se sientan encima de la muralla que rodea el camino real. Al cabo de un rato, Magdalena dice conmovida: «Señorita, debo declarároslo: estoy

curada, bien curada. Ya no tengo mal; andaré hasta la aldea; ¡la Virgen Santísima me devuelve la vida!» Y se arroja en brazos de su amiga.

Después de los besos, de las lágrimas y risas de felicidad, se encaminaron rápidamente á Lourdes. La maestra estaba aturdida; la poco antes tísica, hacía cosas, algunas horas antes imposibles para ella; veía la curada, y aún dudaba. Sus compañeras obligaron á Magdalena á montar la borrica para atravesar la población; pero al poco rato se apeó y se puso á andar con ligereza. La maestra, persuadida como toda la aldea de que la muerte de la joven tísica estaba próxima, y familiarizada con esta idea, luchaba desde la salida de la capilla con la evidencia de la curación. La veía con sus propios ojos, la tocaba con sus manos, y no podía aún dar crédito á su amiga ni á sí propia; pero en vista de este espectáculo no pudo dudar más. «¡Oh! ¡Magdalena! exclamó; ¡Magdalena, verdaderamente la Virgen Santísima os ha curado!»

Magdalena llegó á pié hasta Julos. Al día siguiente se fué al campo, y por la vez primera en su vida se encorvó hacia la tierra para trabajar con sus padres. Hubo en la aldea una admiración y una alegría generales.

Desde entonces no sintió Magdalena la menor opresión ni sombra de dolor en el pecho.

Pocas semanas después de su curación, hacía en compañía de la maestra otra peregrinación en acción

de gracias, y toda gozosa bajaba una cuesta corriendo. «Magdalena tiene diez y ocho años, dice un misionero que la vió entonces. Es de estatura alta, y parece haber completado su desarrollo. El color natural de su cara indica una salud perfecta. Cuando niña, no pudo trabajar apenas; hoy desempeña, sin fatigarse, todos los quehaceres de una numerosa familia labradora. Su amiga la acompañó en siete ú ocho viajes que hizo, á pié y sin cansarse, á la roca de Massabielle. Creía no poder rendir jamás tantas gracias como ella quisiera á Nuestra Señora de Lourdes. ¡Y sin embargo, cuán recogida y fervorosa parecía su oración en la gruta, y cuánto parece amar esta dichosa joven á esa Señora que le ha dado la vida!»

Hé aquí la declaración del médico que ha seguida todas las fases de la enfermedad:

«El infrascrito declara que Magdalena Latapie, del término municipal de Julos, de diez y ocho años de edad, atacada de una fuerte anemia y de tisis de segundo grado, se hallaba cuatro años hacia en un estado tal de postración, que los recursos del arte eran impotentes para contener el mal, conforme lo han declarado muchos médicos de acuerdo conmigo.

«Sin saber la causa, la he visto repentinamente curada; y afirmo que esta curación excita en el más alto grado mi admiración, igualmente que la de todo el distrito. ®

«Adé, 19 de Mayo de 1869. — C. Larré.»

Francamente, motivos había para admirarse.

XXXVII

Notables curaciones de niños, obradas recientemente por el agua milagrosa de Lourdes.

Digámoslo desde luego; parece que la dulce y maternal Virgen de la gruta tiene una predilección especial á los niños; á una niña, la pobre Bernardica, quiso aparecerse en las rocas de Massabielle, y á los niños, vivas imágenes de su Infante Jesús, dispensa con preferencia sus milagrosos favores. De este modo llena entonces un doble objeto, curando el corazón de la madre con el mismo poder con que cura el cuerpo del hijo.

Hé aquí agrupados como un pequeño ramillete de capullos de rosas, cinco hermosos milagros evidentes, esplendentes, que con amor depositamos en la santa gruta á los piés de aquella que se ha dignado obrarlos.

El primero de estos milagros ocurrió en el mes de Junio de 1869 en Clermont-Lodeve, diócesis de Montpellier, en un muchacho de seis años, llamado Enrique Michel.

Este pobre niño había sido atacado de una calentura perniciosa que desde los primeros momentos puso su vida en peligro. Habían pasado los dos primeros accesos, y los médicos esperaban con ansiedad el tercero, que se presentó terrible. Enrique entró en un abatimiento que parecía ya la inmovilidad de

la muerte. Su figura era cadavérica. El abuelo de Enrique había muerto de igual calentura en la postración que siguió á la tercera lesión.

El médico había dicho ya á la hermana mayor: «Es perdido;» y á la Religiosa que cuidaba al enfermo acababa de decir confidencialmente: «Id á encontrar á su madre, preparadla, y del mejor modo que podais anunciadle que su hijo tiene los instantes contados.»

La pobre madre, atónita, se había retirado á su aposento, donde oraba hacía tres horas, esperando que la Hermana viniese á traerle la fatal noticia. De repente siéntese inspirada de hacer un voto á Nuestra Señora de Lourdes y promete hacer una peregrinación con su hijo, si la Virgen Inmaculada se digna salvarlo. Levantóse en seguida diciendo á su hijo: «Ahora ¡cúmplase la voluntad de Dios! voy á dar á Enrique agua de Lourdes. Es la primera cosa que bebió al nacer; será la última antes de su muerte.» Aquel mismo día había desaparecido todo peligro.

Tres meses después esta piadosa señora, cumpliendo su voto, refería delante de la gruta lo que la Santísima Virgen había hecho por su querido hijo; y el mismo Enrique estaba allí, fresco, vigoroso, gozoso, oyendo su historia. «Mamá, dijo, he rezado tres veces la oración á la Virgen Santísima. ¿Qué debo hacer ahora?» Su madre lo introdujo en la gruta, en la que la familia rezó el Rosario con un fervor fácil de concebir.

En Tolosa quiso la Virgen coger la segunda rosa de nuestro ramillete; y hé aquí como un piadoso hijo de San Francisco, el P. María Antonio, trasladó el hecho al director de los *Anales de Lourdes*:

«Mientras yo predicaba el Jubileo en una de las grandes parroquias de Tolosa, se me presentó una joven madre de familia, hablándome con viva emoción de Nuestra Señora de Lourdes, y diciéndome que quería confesarse para ofrecerle una Comunión en honra suya y pagarle una deuda de reconocimiento. Refirióme la interesante historia que acompaño. Será muy útil su publicación para bien de las almas, porque en ella se verá cuánto atiende Nuestra Señora de Lourdes á la pureza de conciencia, y que una Confesión y una Comunión bien hechas son los medios por excelencia para alcanzar sus favores.

«Hé aquí el hecho al pié de la letra:

«Los cónyuges Montcassin, habitantes en Tolosa, tienen un niño llamado Luis, nacido en 25 de Julio de 1867, y enfermo desde su nacimiento. Esta enfermedad que, según los médicos, provenía de una gran debilidad de los riñones, lo había postrado de tal modo, que no podía valerse. Aunque tenía ya cerca de tres años de edad, no sólo no podía sostenerse derecho, pero ni poner los piés en tierra sin prorrumpir en gritos de dolor.

«Después de muchos cuidados, los médicos habían renunciado á curarlo; sin embargo, por consejo de uno de ellos, su madre lo llevó á las aguas de Bigo-

re. En ellas, lejos de mejorarse, se agravó su enfermedad, y el médico inspector de las aguas, dió todavía menos esperanzas de su curación que los médicos de Tolosa.

«La madre desolada convierte entonces todos sus pensamientos y esperanzas hacia Nuestra Señora de Lourdes; pero, á fuer de buena cristiana, no quería pedir á la Santísima Virgen un favor sin merecerlo en lo posible, purificando su alma de todo pecado para hacer una fervorosa Comunión en honor de María. Mas, hallándose ausente su confesor, se vió obligada á dejarlo para el regreso.

«Parte para Lourdes con su hermana y el niño; allí oye misa con la mayor devoción, hace arder un cirio en la gruta durante la misa, y deja otro para luego después: mete dos veces á su hijo en el baño, una antes y otra después de la misa. No se obtuvo la curación; mas hubo de maravillarla, y con ella á todos los peregrinos que se hallaban al rededor de la pila, la circunstancia de que el enfermo sumergido distintas veces en el agua hasta la cabeza, no quedaba mojado, ni experimentaba sensación alguna estando el agua muy fría, y su cuerpo muy delicado.

«Atónita, pero sin tratar de explicar este misterio, la madre hizo su provisión de agua de la gruta y regresó á Bigorre.

«Al siguiente día, por la mañana, hizo beber de aquella agua al muchacho; frotóle con ella los riñones, y fué á confesarse. Recibió la absolución, y no

obstante su impaciencia por ver el milagro que esperaba después de la Comunión que había prometido, creyó mejor aguardar al día siguiente. Por la noche y á la mañana siguiente, hizo beber otra vez agua al niño, y le frotó los riñones; después llena de confianza en la Virgen Santísima, se fué á hacer su Comunión con todo el fervor posible. Era el domingo 26 de Septiembre. Inundóla de consuelo aquella Comunión, y volvió al lado de su querido hijo con la certeza de que sería curado.

«Apenas llegó al portal de su casa oyó que su hijo gritaba detrás de ella, y andaba sólo con paso firme y apresurado, y poniéndosele delante, extendía sus bracitos, y clamaba gozoso: «¡ Venid, mamá, venid! Viendo el milagro la mujer que cuidaba al niño durante la ausencia de su madre, y de cuyos brazos se había escapado, cayó de rodillas y se puso á gritar y llorar. La madre lloraba aún más, postrada también, y levantaba los ojos y manos hacia á María. «¡ Oh Nuestra Señora de Lourdes! ¡ oh Nuestra Señora de Lourdes! ¡ cuán grande sois! ¡ cuán buena!» Y el niño saltaba de gozo y repetía: «¡ Mamá, yo quiero besar á la Santísima Virgen!» Y desde entonces no cesa de repetir estas palabras cuando su madre le habla de la Virgen, ó cuando ve alguna imagen. Para él todas son la Virgen Santísima, y siempre quiere besarlas.

«Su enfermedad ha desaparecido completamente; su curación ha sido instantánea, radical; se encuen-

tra perfectamente, y anda mejor que cualquiera. Yo mismo le he visto andar, y he admirado su agilidad y su gracia.

«La feliz madre escribió al instante la buena noticia á su marido; llevó su hijo al altar de la Virgen del Carmen; y se le escapó de las manos para ir á encontrar á María, á quien quería abrazar; púsole al cuello, al pié del altar, la medalla de Nuestra Señora de Lourdes, que el niño no cesaba de besar con amor. Hizo la promesa de llevarlo á Lourdes tan pronto como pudiese, en acción de gracias, y de hacer allí una fervorosa Comunión, sabiendo por experiencia cuán agradable es á María Inmaculada.

«Hé aquí los hechos escritos tales como los refirió la madre, y cuya autenticidad garantizo.

Nuestra tercera rosa es la más hermosa de las cinco. Es la del centro de nuestro ramillete de milagros. Representa una buena y amable niña de catorce á quince años de edad, hermana de un alumno del colegio de Padres jesuitas de Amiens, el cual refiere del modo siguiente, cómo Nuestra Señora de Lourdes favoreció á su hermanita el día 15 de Julio de 1870:

«Mi hermana se llama María. Habiéndose caído de lo alto de un mueble á la edad de cuatro años, se hizo un ligero daño en una pierna. Pero empeorando luego el mal, á pesar de los remedios y de los tormentos que le hicieron sufrir continuamente, fué condenada por la docta facultad á cojear toda su vida.

«Once años habían transcurrido. Hace tres sema-

nas que estando en el colegio de Lambersart (cerca de Lille), empezó á sentir dolores más y más agudos; por lo que mis padres fueron á buscarla. Consultóse de nuevo á muchos médicos, y al cabo de ocho días de remedios, empezó á formarse un absceso. Era lo peor que podía sobrevenirle, y se empezó ya á desesperar. Habiendo mi madre oído hablar de la eficacia del agua de Lourdes, hizo traer una botella de aquel líquido milagroso que brota de los pies de la Virgen de bondad.

«Aquí copio textualmente la carta que me escribió mi buena madre:

«Ayer, viernes (15 de Julio), empezamos nuestra novena, que consistía en tres rosarios, letanias é invocaciones á Nuestra Señora de Lourdes. Un rosario por la mañana, y fricciones en la pierna. A las dos otro rosario, y nueva fricción..... ¡Oh milagro! veo estirarse la pierna de tu hermana, el dolor desaparece, Mariquita hace movimientos. Menéa en todos sentidos su pierna, y quiere bajar de la cama. Viendo su insistencia, la dejé ir, y anduvo sin dolor; su pierna estaba flexible. Iba, venía, corría por su cuarto. Nosotros todos llorábamos, y puedes comprender con qué sentimiento dábamos gracias á Dios y á la Virgen Santísima, tan bondadosa para nosotros. Yo no podía dar crédito á mis ojos, ¿pues quién mejor que yo podía conocer la magnitud del milagro que Dios obró á favor nuestro?»

«Tal vez algunas personas pedirán los nombres

de los testigos. Yo les suplico crean que no faltan testigos: hay más de diez médicos, algunos de los cuales han adquirido gran nombradía, y dos colegios, en uno de los que mi hermana estuvo por espacio de cuatro años. ¿No es más de lo que se necesita para justificar que mi pobre hermanita era coja é incurable?

«Y ahora, ¿qué puedo hacer, oh Virgen Inmaculada, sino rendiros gracias con todo mi corazón, alma y fuerzas, á Vos que todo lo alcanzais de vuestro divino Hijo, y cuya bondad iguala á su poder? Sí, os lo juro, bondadosa Virgen; mientras viva, tendré á orgullo llamarme hijo y servidor vuestro del todo adicto.»

La curación de la niña coja ha sido, como tantas otras, repentina, sin transición, y no ha dejado huella alguna de una enfermedad que á ciencia y vista de todo el mundo duraba once años hacía.

La Virgen Santísima ha encontrado medio de coger nuestra cuarta flor en un jardín protestante. El lunes 4 de Julio de este mismo año, 1870, ha curado sobrenaturalmente y sin convalecencia, en Mornac, parroquia mixta de la diócesis de la Rochela, á un pobre niño de dos meses que estaba atacado de *mijo*.

La boca, labios y garganta del pobre niño estaban cubiertos de innumerables granitos purulentos, que amenazaban con una rápida gangrena. Era una horrible llaga que exhalaba un fétido olor.

Sin tardanza fué trasladado el niño á casa de un médico. Este no se hallaba en casa, y su mujer manifestó que la enfermedad le parecía grave, y que á ella habían sucumbido, á pesar de los cuidados empleados y de los mejores remedios, dos ó tres niños de la vecina comarca.

¡Qué dolor para los pobres padres! de regreso á su casa no saben qué hacer para aliviar al menos á su hijo, ya que no tienen esperanza de salvarlo.

En su tribulación, la tía del enfermo lo toma en sus brazos, y lo lleva á algunas casas pidiendo recursos. Entra en la de una señora católica, y en ella cinco ó seis personas son testigos del triste estado del pobre niño.

«De repente, escribía esa buena señora, pienso en Nuestra Señora de Lourdes; mas ¿cómo hablar de ella á una protestante? «— ¿Queréis, le dije, que haga tomar al niño una agua que tengo, y que le «refrescará?»— «Sí sí, exclamó; lo quiero y en seguida, si os parece bien.» Dile una cucharadita que saboreó, después otra, y luego abre los ojos, verificándose en él un cambio visible.

«La tía se va á su casa, llevándose una porción de aquella agua, con la cual le humedece de cuando en cuando los labios. ¡Prodigio admirable! el mal desaparece á ojos vistos; el niño empieza á tomar el alimento ordinario, que había desechado hacía algunos días. A la mañana siguiente estaba curado, tan bien curado, que su boquita, enteramente sana y colora-

da, no presentaba señal alguna de la horrorosa llaga de la víspera.

«Loca de contento y admirada, la protestante paseaba por todas partes al niño resucitado, enseñándolo á quien quería verlo, y diciendo á quien quería oírlo, que sólo el agua que le había dado lo había curado, pues que no se había valido de ninguna otra cosa, ni el médico fué á visitarlo.

«Esperemos, añade la católica bienhechora, que la Santísima Virgen completará su obra, y que tarde ó temprano conducirá al pobre niño á la verdadera fe, curando su alma como ha curado su cuerpo.»

Quinto capullo de rosa, igualmente del año 1870, año tan fecundo en prodigios de gracias y de misericordia, como en manifestaciones terribles de la justicia divina contra los reyes y los pueblos.

Es otra tía, pero esta vez una tía muy católica y piadosa, la que va á darnos cuenta de un doble milagro obrado en su sobrino por medio del agua mil veces bendita de la gruta de Lourdes.

«Este querido niño, escribía al Superior de los misioneros de la peregrinación, cuenta la edad de diez años. Atacado á la vez de un derrame seroso en el cerebro y de una albuminería aguda, estaba reducido á tal extremo, que el sábado, 11 de Junio, los dos médicos que lo visitaban habían declarada formalmente que todo había acabado para él, y que á menos de un milagro no era posible su curación.

«El domingo, 12 de Junio, por la mañana, después de haber hecho en Viático su primera Comunión y recibido los últimos Sacramentos, mientras su padre, su madre y yo aguardábamos su último suspiro, sentíme interiormente inspirada para invocar á Nuestra Señora de Lourdes, á la cual dirigí en mi corazón esta corta y sencilla súplica: «Oh María, concebida sin pecado, Nuestra Señora de Lourdes, puesto que se necesita un milagro, ¿no podéis Vos hacerlo? «Curad á ese niño, yo os lo pido.» Después, tomando un frasquito del agua milagrosa que una de mis parientas me había dado, hice tragar algunas gotas á nuestro niño moribundo; hícele con ella fricciones por tres veces distintas en su rostro terriblemente hinchado; cada vez disminuía la hinchazón, y pronto desapareció del todo. Declaróse desde entonces una extraordinaria mejora, y pasó tranquila la noche. El lunes por la mañana con gran sorpresa de los médicos, que no podían dar crédito á sus ojos ni oídos, el niño pedía de comer, y comía en efecto sin experimentar la menor indisposición.

«Con todo, la curación no era completa; en el curso de la enfermedad, el niño había perdido la vista, en términos de no poder distinguir el día de la noche. Animada por los milagros que habíamos ya alcanzado, y bien convencida de que Nuestra Señora de Lourdes no querría dejar incompleta su obra, continué las fricciones del agua milagrosa en los ojos del cieguecito, y el martes por la mañana, al despertarse,

exclamó gozoso: «Veo como veía antes de estar enfermo.»

«Hoy día está completamente restablecido.»

Si después de esto las madres y los hijos no aman á la *Inmaculada Concepción*, no sé en verdad qué más debería hacer la bondadosa Virgen de Lourdes para ganar sus corazones.

XXXVIII

Un obrero de sesenta años, súbitamente curado de úlceras y varices declaradas incurables

El reverendo Coux, vicario de Saint-Alain, en Lavaur (diócesis de Albi), dirigía al Padre Superior de los misioneros de Lourdes la siguiente relación que se recomienda muy especialmente á los libre-pensadores.

«Lavaur, 20 de Septiembre de 1871.

«Mi reverendo Padre:

«Lo sobrenatural rebosa por todos lados en nuestro siglo ciego: hélo aquí justificado por la ciencia médica. ®

«Francisco Macary, carpintero de Lavaur, de edad de sesenta años, hacía unos treinta que padecía en las piernas enormes y crueles varices. El mal se

«El domingo, 12 de Junio, por la mañana, después de haber hecho en Viático su primera Comunión y recibido los últimos Sacramentos, mientras su padre, su madre y yo aguardábamos su último suspiro, sentíme interiormente inspirada para invocar á Nuestra Señora de Lourdes, á la cual dirigí en mi corazón esta corta y sencilla súplica: «Oh María, concebida sin pecado, Nuestra Señora de Lourdes, puesto que se necesita un milagro, ¿no podéis Vos hacerlo? «Curad á ese niño, yo os lo pido.» Después, tomando un frasquito del agua milagrosa que una de mis parientas me había dado, hice tragar algunas gotas á nuestro niño moribundo; hícele con ella fricciones por tres veces distintas en su rostro terriblemente hinchado; cada vez disminuía la hinchazón, y pronto desapareció del todo. Declaróse desde entonces una extraordinaria mejora, y pasó tranquila la noche. El lunes por la mañana con gran sorpresa de los médicos, que no podían dar crédito á sus ojos ni oídos, el niño pedía de comer, y comía en efecto sin experimentar la menor indisposición.

«Con todo, la curación no era completa; en el curso de la enfermedad, el niño había perdido la vista, en términos de no poder distinguir el día de la noche. Animada por los milagros que habíamos ya alcanzado, y bien convencida de que Nuestra Señora de Lourdes no querría dejar incompleta su obra, continué las fricciones del agua milagrosa en los ojos del ciegucecito, y el martes por la mañana, al despertarse,

exclamó gozoso: «Veo como veía antes de estar enfermo.»

«Hoy día está completamente restablecido.»

Si después de esto las madres y los hijos no aman á la *Inmaculada Concepción*, no sé en verdad qué más debería hacer la bondadosa Virgen de Lourdes para ganar sus corazones.

XXXVIII

Un obrero de sesenta años, súbitamente curado de úlceras y varices declaradas incurables

El reverendo Coux, vicario de Saint-Alain, en Lavaur (diócesis de Albi), dirigía al Padre Superior de los misioneros de Lourdes la siguiente relación que se recomienda muy especialmente á los libre-pensadores.

«Lavaur, 20 de Septiembre de 1871.

«Mi reverendo Padre:

«Lo sobrenatural rebosa por todos lados en nuestro siglo ciego: hélo aquí justificado por la ciencia médica. ®

«Francisco Macary, carpintero de Lavaur, de edad de sesenta años, hacía unos treinta que padecía en las piernas enormes y crueles varices. El mal se

complicaba frecuentemente con grandes y profundas llagas. Tenía reguardadas con unas polainas de piel de perro las piernas envueltas en muchas tiras. Obligado Francisco á un descanso absoluto, ha recibido, según él mismo nos ha dicho, á causa de sus frecuentes y largas huelgas, más de mil francos de la sociedad de San Luis, á la cual pertenece.

« Ha consultado á todos los médicos de Lavaur, algunos de Tolosa, entre ellos el doctor Laviguerie; todos le han respondido: *Vuestro mal es incurable.*

« Su alma no estaba menos enferma. El pobre Macary había abandonado toda práctica religiosa; no asistía á otras misas que á las prescritas por la sociedad de socorros mútuos; y durante las largas noches de insomnio causadas por atroces dolores, mientras que su piadosa mujer lloraba y oraba, Macary furioso blasfemaba.

« En Julio último, postrado en su poltrona, deseaba la muerte. Había oído hablar de Nuestra Señora de Lourdes y del libro de Mr. Enrique Lasserre, cuya lectura le sugirió una idea. Leyólo en dos días, conmoviéndose á menudo hasta asomarle las lágrimas.

« Su mujer tuvo felices presentimientos; y él mismo sintió que su ulcerado corazón se abría á la esperanza.

« Por la tarde del 16 de Julio se apoderó de él una agitación extraordinaria; no pudiendo permanecer

en su silla, dijo: « Mujer es menester salir.—Pero es una imprudencia.—No importa, salgamos; no puedo soportar más. »

« Sale apoyado del brazo de su mujer, sin saber á donde iba. En vez de ir á los paseos, á pocos pasos de su morada entra en la de una de sus hermanas, cerca de la iglesia de Saint-Alain.

« Hallándome de vicario en dicha parroquia, entré también en la misma casa.—«Mañana, dije á las personas que allí se hallaban, voy á Nuestra Señora de Lourdes, y me encargaré con gusto de vuestras comisiones.—¿Vais á Lourdes? exclama Macary. Pues bien, os suplico digais á la Virgen que en Lavaur hay un pobre diablo de obrero que tiene sus piernas enfermas, *podridas*, y que no puede resistir á los padecimientos. ¡Qué me cure, ó me maté!—Confesad que me hacéis un encargo muy particular: ¡pedir á la Santísima Virgen que os mate! No se dignará escucharme. »

« Entonces Macary en tono formal me pidió le hiciese el obsequio de rogar por él y de traerle un poco de agua de la gruta. Se lo prometí; y tres días después, en 19 de Julio, le remití un frasquito de la milagrosa agua.

« Escuchad ahora á Francisco Macary.

« Cuando tuve en mis manos aquella agua bendita, me apresuré á entrar en mi aposento. Me arrodillé, é hice á la Virgen una súplica corta, pero fervorosa. Quitéme mis polainas y vendajes; echando

«agua á la palma de la mano, lavé mis pobres piernas; bebí el agua que quedaba en el frasco, metíme en cama y me dormí.

«A cosa de media noche me desperté; ya no sentí dolor alguno en mis piernas; tocábalas con ambas manos; las varices habían desaparecido.

«Mi mujer se hallaba en un aposento contiguo que tenía comunicación por una puerta.—Mujer «le dije, estoy curado.—Te vuelves loco; vamos, «duerme.....

«Se apoderó de mí un sueño como no lo había «tenido desde mucho tiempo. El día siguiente, al «despertarme, me apresuré á reconocer mis piernas: «varices, úlceras, todo había desaparecido. La piel «estaba más lisa que la de mis manos, como lo veis «ahora.»

«Dos días después Macary me decía: «Ahora, soy «vuestro; la Virgen ha curado mis piernas; á Vos «debo la curación de mi alma.»

«El 18 de Septiembre, día de la procesión de Castres, habéis visto, mi reverendo Padre, á Francisco Macary en la gruta, llevando en *ex-voto* sus polainas, actualmente pendientes en la gruta. El os enseñó sus piernas perfectamente sanas. Habeislo visto llorar en la gruta y en la sagrada Mesa, á la que se acercaba por cuarta vez desde su curación. La parroquia le ha visto acompañando al Santísimo Sacramento, contento y orgulloso de llevar el palio.

«Hé aquí ahora el testimonio que dan del milagro

tres médicos respetables. Es notable en particular la irresistible demostración del sabio doctor Bernet. En cuanto á nosotros, nos asociamos al bueno de Francisco Macary y á toda la población de Lavaur y sus cercanías, para tributar gracias á la *Inmaculada Concepción* de Lourdes, que se ha dignado dar al mundo esta nueva prueba de su poder y de su bondad. ¡Ojalá que abriese ella los ojos á los ciegos y tocase los corazones endurecidos!—«J. Coux, *presbítero, Vicario de Saint-Alain, en Lavaur (Tarn).*»

El abajo firmado declara: que desde hace treinta años, el Sr. Francisco Macary, carpintero, estaba atacado de varices en las piernas. Estas varices, que eran del grueso de un dedo y mezcladas con cordones anulados y supurentos muy desarrollados, habían necesitado hasta ahora una compresión metódica, ejercida por medio ya de un vendaje arrollado, ya de una polaina de piel de perro. A pesar de estas precauciones aparecían frecuentemente ulceraciones en ambas piernas, y exigían cada vez un reposo absoluto y un tratamiento muy largo. Hoy lo he visitado, y no obstante de tener libres de todo aparato sus miembros inferiores, no he podido percibir sino algunos vestigios de sus enormes varices.

Este caso de curación espontánea me parece tanto más sorprendente, cuanto que los anales de la ciencia no mencionan hecho alguno de esta naturaleza.

Lavaur, 16 de Agosto de 1871.—SEGUR, *doctor en Medicina de la Sociedad de Seguros mútuos de San Luis.*

Visto para legalización de la firma del doctor Segur,
Lavaur, 3 de Septiembre de 1871.—*El Alcalde, ET. DE VOISIN.*

Visto para legalización de la firma de Mr. Esteban De Voisin-Laverniere, alcalde de Lavaur,

En Lavaur, 5 de Septiembre de 1871.—*El Subprefecto, CELLIERES.*

El que suscribe certifica: que desde hace unos treinta años, el señor Macary, carpintero de Lavaur, estaba atacado de varices en las piernas con enormes nudosidades, que con frecuencia se complicaban con grandes úlceras, á pesar de la constante compresión ejercida por polainas ó vendajes; cuyos accidentes han desaparecido de repente, sin quedar hoy más que una nudosidad notablemente disminuida en la parte interna y superior de la pierna derecha.

Lavaur, 25 de Agosto de 1871.—*ROSSIGNOL, doctor en Medicina.*

Visto para legalización de la firma anterior,

Lavaur, 3 de Septiembre de 1871.—*El Alcalde, ET. DE VOISIN.*

Visto para legalización de la firma de Mr. Esteban de Voisin-Laverniere, alcalde de Lavaur,

Lavaur, 5 de Septiembre de 1871.—*El Subprefecto, CELLIERES.*

Francisco Macary, de sesenta años de edad, carpintero de Lavaur, miembro de la sociedad de San Luis, nos consultó hace cerca de veinte años, con motivo de unas varices que

ocupaban la cavidad del jarrete y la parte interna de la rodilla y pierna izquierda.—Notábase entonces hacia el tercio inferior de este miembro una úlcera varicosa con bordes callosos, é inchazón considerable y dolorosa de los tejidos.—Existían además fuera y dentro de la parte superior de la pantorrilla dos grandes y antiguas cicatrices que nada tenían de común con la afección que nos ocupa, y que eran el resultado de una quemadura sufrida por el enfermo veinte años antes. Tenía dilatadas gran número de venas, y en tales términos que en nuestro concepto los medios quirúrgicos que se empleaban contra esta enfermedad eran formalmente contraindicados.

Nos pareció, pues, que Macary estaba condenado á una enfermedad perpétua, y sólo aconsejamos los paliativos que por lo demás habían ya aconsejado muchos de nuestros profesores.

Diez y ocho años más tarde, esto es, hace dos años, Macary volvió á consultarnos.—El mal estado de su pierna había empeorado.—Le confirmamos nuestro primer pronóstico, y le declaramos que era urgente, para que la úlcera llegase á cicatrizar, el someterse como único medio á un descanso absoluto y prolongado en la cama, y al sistema de curas metódicas.

Hoy, 15 de Agosto de 1871, Macary se nos presenta por tercera vez.—La úlcera está perfectamente cicatrizada. Ningún aparato comprime la pierna, y sin embargo no existe rastro de hinchazón.—Pero lo que sobre todo nos admira es que las varices han desaparecido completamente; que en su lugar se perciben al tacto pequeños cordones, duros, vacíos de sangre y que corren al tocarlos. La vena safena tiene su dirección y su volumen normal.—El más atento examen no descubre señal alguna de operación quirúrgica.

Según relación de Macary, efectuóse en una noche y por la

sola influencia de la aplicación de compresas embebidas en agua de la fuente de Lourdes.

Concluimos afirmando que, hecha abstracción del relato de Macary, la ciencia es impotente para explicar este hecho, pues los autores no citan ninguna observación semejante ó análoga. — Todos están acordes en que las varices abandonadas á sí mismas son incurables; que no se curan con paliativos y menos espontáneamente; que van agravándose continuamente, y por fin, que no puede esperarse una curación radical, haciendo correr graves peligros al enfermo, sino por medio de operaciones quirúrgicas. — Así aunque el hecho afirmado por Macary no estuviese probado por testimonios auténticos tomados sin su intervención, no dejaría de ser para nosotros un hecho de los más extraordinarios, ó por mejor decir, sobrenatural.

En fe de lo cual firmamos la presente relación.

Lavaur, 15 de Agosto de 1871. — D. BERNET, *doctor en medicina de la facultad de Paris.*

Visto para legalización de la firma que antecede,

Lavaur, 3 de Septiembre de 1871. — *El Alcalde, ET. DE VOISIN.*

Visto para legalización de la firma de Mr. Esteban De Voisin-Laverniere, alcalde de Lavaur, que precede,

Lavaur, 4 de Septiembre de 1871. — *El Subprefecto, CELLERES.*

XXXIX

El seminarista de Liége

El miércoles Santo, 13 de Abril de 1870, un joven y piadoso seminarista de la diócesis de Liége, en Bélgica, fué curado instantáneamente, la primera vez que hizo uso del agua de Lourdes, de una enfermedad de consunción que lo conducía rápidamente á la tumba. Era subdiácono, y se llamaba Enrique José Grenier. Hé aquí como él mismo refiere al Superior de los misioneros de la santa gruta su enfermedad y su milagrosa curación:

«Después de una enfermedad de consunción de cerca de tres meses, fuí curado repentinamente la primera vez que hice uso del agua de Lourdes, el miércoles Santo, 13 de Abril, á las ocho y media de la tarde.

«Desde primeros de Enero padecía una tos que descuidé por espacio de un mes. Acosábame á menudo un hambre canina, un vértigo estomacal; y la respiración era muy penosa. A principios de Febrero comprendí la necesidad que tenía de cuidarme. El médico, no viendo de pronto más que un catarro, extrañó encontrarme tan débil. Combatí los desórdenes del estómago, pero mi tos degeneró en una inflamación del pecho, y tuve una fiebre catarral que fué necesario cortar por medio de una completa abs-

tinencia bastante larga. Curada la calentura, pude comer; puesto que ya no padecía, créime curado, y desde entonces probé emprender de nuevo mis estudios; pero estaba cansado y no pude continuar: hambre canina, vértigos, debilidades, dolores de cabeza, digestiones difíciles, todo había reaparecido: las opresiones eran casi continuas.

«Arrastré en el Seminario, hasta el 13 de Marzo, una vida de cada día más penosa. Regresé entonces á mi casa, á la aldea de Hermalle, á dos leguas de Liége, para rehacerme por medio del descanso y un método fortificante. Durante unas tres semanas se sostuvo el apetito, sin que recobrase las fuerzas. Después de más de quince días de un régimen tónico, el médico me encontró aún más débil que á mi regreso.

«Desde el 3 de Abril desapareció aquel apetito ficticio: pronto sentí que se me iba la vida con mis fuerzas. En 10 de Abril abandoné las drogas del doctor, que me inspiraban una extrema repugnancia, y cediendo á las instancias de mis desesperados padres, consentí en recurrir al agua de Lourdes.

«Resolvimos empezar una novena el miércoles Santo, 13 de Abril, por la tarde. Confieso que me decidí con pena á recurrir á este medio: nunca había pedido mi curación á Dios, y mi resolución era dejarle obrar como quisiese. En el referido día 13 de Abril me encontraba bajo todos conceptos más débil y decaído que nunca. Me hice violencia para confesarme, y te-

nía la intención de comulgar en Viático el día siguiente. El Cura Párroco me decía, entre siete y ocho horas de la tarde, que yo era «un pájaro para el gato;» la persuasión general era que, después de haber ido acabándome por algún tiempo, pasaría dulcemente á la eternidad. A las ocho y cuarto la familia estaba reunida para empezar la novena. ¡Oh Virgen Inmaculada! dije yo interiormente, creo que si Vos lo queréis podéis curarme: si lo hacéis iré en peregrinación á Montaignu (distante catorce leguas de mi lugar).

«Concluidas las oraciones, tomé algunas gotas de agua de Lourdes en una cucharita de tomar café. Desde luego, sin crisis ni dolor, sentí un perfecto bienestar; en vez de la laxitud mortal de un momento antes, experimentaba un frescor, una agilidad nueva, cuya necesidad sentía al propio tiempo; mas no acababa de creer aún: dejó á mis padres orando, bajo lentamente la escalera, y me siento enteramente cambiado, bajando con facilidad. Vuelvo á subir, corro como un rayo, y me hecho en brazos de mi familia atónita y como anonadada. Cojo el libro de Mr. Lasserre, y respirando á mi gusto, leí en alta voz durante un buen rato y recé el Rosario con voz clara y sonora, yo que el día antes había intentado en vano el rezar la mitad del *Ave María*. Después corrí á dar la feliz noticia al Cura Párroco, y volví á comer, escribir, orar, etc. Hacia las once y media me dormí con un sueño tranquilo, profundo y perfecto, y vinieron á despertarme á las diez de la mañana.

Muchos años hacía que no había podido descansar de este modo.

«Era el jueves Santo. Fuí á la iglesia, canté en ayunas en los divinos oficios sin la menor fatiga, y observé la abstinencia de los tres últimos días de Cuaresma. Mis únicos momentos desocupados los dedicaba al rezo del breviario, que había tenido que dejar hacía mucho tiempo. Toda debilidad había desaparecido repentinamente el primer día de la novena y á la primera gota de agua.

«La curación subsiste inmejorablemente. Desde el 13 de Abril he hecho una porción de jornadas, que en tiempo de plena salud me habrían puesto enfermo; en 9 de Abril emprendí á pié la peregrinación á Montaignu, y al regreso, después de haber andado veintiocho leguas, estaba fresco y apto como á la salida.

«Gloria á Dios! ¡Gloria también á la Inmaculada Concepción, que remueve así al mundo para cambiarlo, para convertirlo!»

XL

Curación instantánea y radical de una joven aldeana,
que se moría de convulsiones

A consecuencia de un accidente en apariencia insignificante, una joven de Trebons (Altos Pirineos), llamada María Rousse, fué atacada de una enferme-

dad cerebral que pronto puso sus días en peligro. María tenía cerca de veinte años. Era amable y piadosa; toda su familia era profundamente cristiana; su padre en particular tenía una fe capaz de trasladar las montañas.

Desde que tuvo que acostarse, la pobre María era presa de terribles convulsiones que duraban hasta que había agotado sus fuerzas. Así transcurrieron algunas semanas; la familia no estaba aún del todo inquieta: creíase que era una de aquellas enfermedades de nervios muy dolorosas, pero que no amenazan la vida, que se van como han venido, y que no dejan huella en el organismo. Pronto se desvaneció esta seguridad. El mal adquirió un carácter orgánico muy grave. María no tomaba casi alimento, su debilidad era excesiva, y su cerebro era el asiento de un dolor permanente y agudo.

Veíanla dos médicos, que estaban acordes acerca de la naturaleza del mal y su tratamiento. Mas los remedios no producían más que alivios momentáneos é insignificantes. La vida se iba extinguiendo, y se temía que la pobre joven sucumbiese en una de las crisis que le torcían los miembros. La pobre niña mostraba una resignación grande.

Los sacerdotes de la parroquia la habían ya visitado muchas veces, y viendo inminente el peligro, se le administró el santo Viático y la Extremaunción. Toda la aldea se interesaba por la joven enferma, que se hacía amar por su excelente carácter y la edifica-

Muchos años hacía que no había podido descansar de este modo.

«Era el jueves Santo. Fuí á la iglesia, canté en ayunas en los divinos oficios sin la menor fatiga, y observé la abstinencia de los tres últimos días de Cuaresma. Mis únicos momentos desocupados los dedicaba al rezo del breviario, que había tenido que dejar hacía mucho tiempo. Toda debilidad había desaparecido repentinamente el primer día de la novena y á la primera gota de agua.

«La curación subsiste inmejorablemente. Desde el 13 de Abril he hecho una porción de jornadas, que en tiempo de plena salud me habrían puesto enfermo; en 9 de Abril emprendí á pié la peregrinación á Montaignu, y al regreso, después de haber andado veintiocho leguas, estaba fresco y apto como á la salida.

«Gloria á Dios! ¡Gloria también á la Inmaculada Concepción, que remueve así al mundo para cambiarlo, para convertirlo!»

XL

Curación instantánea y radical de una joven aldeana,
que se moría de convulsiones

A consecuencia de un accidente en apariencia insignificante, una joven de Trebons (Altos Pirineos), llamada María Rousse, fué atacada de una enferme-

dad cerebral que pronto puso sus días en peligro. María tenía cerca de veinte años. Era amable y piadosa; toda su familia era profundamente cristiana; su padre en particular tenía una fe capaz de trasladar las montañas.

Desde que tuvo que acostarse, la pobre María era presa de terribles convulsiones que duraban hasta que había agotado sus fuerzas. Así transcurrieron algunas semanas; la familia no estaba aún del todo inquieta: creíase que era una de aquellas enfermedades de nervios muy dolorosas, pero que no amenazan la vida, que se van como han venido, y que no dejan huella en el organismo. Pronto se desvaneció esta seguridad. El mal adquirió un carácter orgánico muy grave. María no tomaba casi alimento, su debilidad era excesiva, y su cerebro era el asiento de un dolor permanente y agudo.

Veíanla dos médicos, que estaban acordes acerca de la naturaleza del mal y su tratamiento. Mas los remedios no producían más que alivios momentáneos é insignificantes. La vida se iba extinguiendo, y se temía que la pobre joven sucumbiese en una de las crisis que le torcían los miembros. La pobre niña mostraba una resignación grande.

Los sacerdotes de la parroquia la habían ya visitado muchas veces, y viendo inminente el peligro, se le administró el santo Viático y la Extremaunción. Toda la aldea se interesaba por la joven enferma, que se hacía amar por su excelente carácter y la edifica-

ción de toda su vida, acrecentando el sentimiento sus veinte años. Se esperaba el estertor de la agonía, y ni uno de cuantos la habían visto conservaba la menor esperanza.

Su padre estaba sumamente afligido; cada vez que salía del aposento de su hija derramaba lágrimas más amargas. Casi sin esperanza fué una mañana á Bagneres á consultar á uno de los médicos que habían visitado á la enferma, y trajo un nuevo remedio. «¿De qué servirá?» se preguntaba durante el camino. Cuando nada no han podido los remedios hasta aquí, ¿qué hará éste ahora que la muchacha apenas vive?» Y lloraba.

De repente un pensamiento de fe viva se apodera de su corazón: «Iré á Lourdes: allí está el remedio. ¡Tan sólo Dios me dé tiempo para llegar allí!»

Desde aquel momento estuvo orando todo el día. Vuelve á su casa y dice á su hija: «Traigo otro remedio; pero escucha, María; ¿quisieras agua de la gruta? Quiero ir á buscarla. — ¡Oh! sí,» murmuró la pobre moribunda con voz apagada, pero que tenía el acento de la confianza.

El padre acababa de andar ocho kilómetros, y sin descansar emprende otra vez la marcha para recorrer dos veces diez y seis ó diez y siete, siendo rápido su andar. No reparaba en si subía una cuesta; no tenía más que un pensamiento, ¡el llegar á tiempo! Continuamente sus labios y su corazón invocaban á María. «Para comprender lo que fué su súplica cuan-

do se arrodilló delante de la gruta, es necesario haber visto humedecerse sus ojos, haber oído su voz, temblorosa todavía cuando habla de ello,» dice el misionero de Lourdes á quien se dirigió aquel buen hombre.

Después de sus súplicas á la Madre de Dios, en quien tenía una confianza sin límites, llenó una botella del agua milagrosa y emprendió otra vez su camino. Su corazón, desde los primeros pasos, se encontró más aliviado. La oración lo había consolado, y se sentía como arrastrado por la esperanza. Sin detenerse, sin reparar sus fuerzas, ni apercibirse de lo largo del camino, regresó á la aldea.

Su querida hija se hallaba en una postración profunda. Era casi incapaz de emoción. Este fué para el pobre padre un momento muy angustioso. Aguardaba un milagro: en su concepto ningún remedio humano podía devolverle su hija. Mas el remedio divino estaba allí. «Vamos, María, dijo con cariño, aquí tienes el agua; ten confianza en la Virgen de la gruta; yo le he suplicado mucho.» María hizo un esfuerzo para orar un poco. Su padre le hizo beber una cucharadita del agua milagrosa, y le aplicó en la frente una compresa..... Al mismo instante se reaniman todos sus miembros, se alegra su vista y se sonrió..... Los dolores habían desaparecido sin sacudimiento; había recobrado toda su vida. Siéntase en la cama, exclamando: «¡Estoy curada! — ¿Pero nada te duele? le dice su padre, ¿la cabeza? ¿los nervios? — ¡Nada,

absolutamente nada!»—Calcúlese la dicha del padre, la alegría de toda la familia.

Luego después María comió. Sucedió esto por la tarde, y al día siguiente se levantó de la cama. Quedábase alguna debilidad, pero nada de sus dolores, ni experimentaron sus miembros estremecimiento alguno. La enfermedad había desaparecido como si la hubiesen quitado con la mano.

Ocurrió esto en los primeros días de Octubre. Seis meses después no había reaparecido ningún síntoma de aquella enfermedad tan violenta y que iba á ser mortal; la joven aldeana ha gozado del más constante bienestar, y ha trabajado valiente y vigorosamente. No se acuerda de haber llegado á las puertas de la muerte, sino por la dicha de saber que la ha librado Nuestra Señora de Lourdes.

La Virgen Santísima ha recompensado así magníficamente la fe del padre. Por esto el venerable Cura de la parroquia ha dicho después más de una vez á María Rousse: «La Virgen de Lourdes te ha salvado, hija mía, pero no por causa tuya; tú no has entrado para nada, á lo que creo, porque no podías hacer gran cosa en tu estado. A tu padre lo debes, María, á su gran fe, á sus súplicas y lágrimas.»

XLI

Curación milagrosa de Pedro Hanquet,
maestro albañil de Liége

No obstante mi deseo de no cansar á mis lectores con repeticiones, no puedo prescindir de referir ahora otro milagro de la Virgen Inmaculada de Lourdes, obrado recientemente en Bélgica y que ha hecho mucho ruido en aquellas católicas provincias.

Hé aquí cómo Pedro Hanquet, albañil de Liége, narra su maravillosa curación:

«Con las manos levantadas al cielo, juro no decir más que la verdad.

«Mi enfermedad data de más de diez años; pero en Mayo de 1862 fué cuando me apercibí de que había perdido casi todas mis fuerzas. Contaba entonces la edad de cuarenta y un años. Me fué preciso renunciar á toda fatiga, y particularmente al movimiento de brazos. Muchas veces probé el volver á mi antiguo régimen de vida, pero no era posible. Arrastrando como pude, llegué al fin de dicho año, 1862. Había consultado á los médicos, pero debo confesar que con el previo propósito de no sujetarme á ningún tratamiento regular. Confiaba en que el Invierno me pondría bien, como anteriormente había ya sucedido.

«Por la Primavera de 1863, no experimentando mejoría alguna en mi estado, resolví seguir el consejo de

absolutamente nada!»—Calcúlese la dicha del padre, la alegría de toda la familia.

Luego después María comió. Sucedió esto por la tarde, y al día siguiente se levantó de la cama. Quedábase alguna debilidad, pero nada de sus dolores, ni experimentaron sus miembros estremecimiento alguno. La enfermedad había desaparecido como si la hubiesen quitado con la mano.

Ocurrió esto en los primeros días de Octubre. Seis meses después no había reaparecido ningún síntoma de aquella enfermedad tan violenta y que iba á ser mortal; la joven aldeana ha gozado del más constante bienestar, y ha trabajado valiente y vigorosamente. No se acuerda de haber llegado á las puertas de la muerte, sino por la dicha de saber que la ha librado Nuestra Señora de Lourdes.

La Virgen Santísima ha recompensado así magníficamente la fe del padre. Por esto el venerable Cura de la parroquia ha dicho después más de una vez á María Rousse: «La Virgen de Lourdes te ha salvado, hija mía, pero no por causa tuya; tú no has entrado para nada, á lo que creo, porque no podías hacer gran cosa en tu estado. A tu padre lo debes, María, á su gran fe, á sus súplicas y lágrimas.»

XLI

Curación milagrosa de Pedro Hanquet,
maestro albañil de Liége

No obstante mi deseo de no cansar á mis lectores con repeticiones, no puedo prescindir de referir ahora otro milagro de la Virgen Inmaculada de Lourdes, obrado recientemente en Bélgica y que ha hecho mucho ruido en aquellas católicas provincias.

Hé aquí cómo Pedro Hanquet, albañil de Liége, narra su maravillosa curación:

«Con las manos levantadas al cielo, juro no decir más que la verdad.

«Mi enfermedad data de más de diez años; pero en Mayo de 1862 fué cuando me apercibí de que había perdido casi todas mis fuerzas. Contaba entonces la edad de cuarenta y un años. Me fué preciso renunciar á toda fatiga, y particularmente al movimiento de brazos. Muchas veces probé el volver á mi antiguo régimen de vida, pero no era posible. Arrastrando como pude, llegué al fin de dicho año, 1862. Había consultado á los médicos, pero debo confesar que con el previo propósito de no sujetarme á ningún tratamiento regular. Confiaba en que el Invierno me pondría bien, como anteriormente había ya sucedido.

«Por la Primavera de 1863, no experimentando mejoría alguna en mi estado, resolví seguir el consejo de

Mr. Michotte, médico de nombradía. Encontró un reblandecimiento de la médula espinal, y me ordenó fricciones tres veces al día.

«A fines de Diciembre del mismo año recrudeció mi mal, y por vez primera recibí la sagrada Comunión en mi aposento. Había perdido enteramente el apetito. Un poco de harina cocida con leche una vez al día, fué mi único alimento durante algunas semanas.

«Desde el mes de Febrero hasta Julio de 1864, no tomé casi nada, excepto un poco de té ó café. Hasta entonces podía dejar la cama y estar me algún tiempo sentado; mas después del 6 de Julio me fué ya imposible. Pasé en mi lecho de dolor los tres años siguientes, sin poder volverme del lado derecho ni del izquierdo. Únicamente cuando el aire era muy frío, podía moverme un poco, pero esto era rara vez. Debo permitirme decir que lo que agravaba extraordinariamente mi triste estado era la cesación completa durante quince, veinte y hasta treinta y seis días, de una función del todo necesaria á la vida.

«Sin embargo, á beneficio de nuevas prescripciones del doctor Gilkinet, experimenté algún alivio y pude tomar algún alimento, concluyendo por hacer una ligera comida cada día. Esto me sustentaba suficientemente, sin darme fuerzas para abandonar la cama. La vida entonces me pareció soportable.

«En este intervalo el doctor Termonia vino también á visitarme con una solicitud que me admira

todavía. Hízome, entre otras, dos largas visitas, en virtud de las cuales no pudo dejar de decirme que estaba atacado de una porción de enfermedades. «Puedo afirmar que las tenéis de todas clases,» me dijo amigablemente. Y antes de partir dijo á mis padres, con todo el miramiento posible, que su presencia sería en adelante inútil.

«Al cabo de los tres primeros años que pasé en cama, antiguos tumores hemorroidales degeneraron en horribles abscesos, los cuales se sucedieron sin interrupción durante cinco ó seis meses, obligándome á estar de lado. A lo menos encontré el alivio de no tener que guardar día y noche la posición supina.

«Los abscesos en 1867 fueron reemplazados por una erisipela que se agravó de día en día y me causó terribles tormentos, especialmente por la noche. Esta nueva enfermedad hizo de mi cuerpo una hoguera. Aun en Invierno no podía aguantar sobre mi pecho más que una sábana. Mis piernas flacas y privadas de sangre tuvieron que ser calentadas constantemente con botellas de agua caliente durante seis años, hasta en medio del Verano.

«Durante los dos últimos años, mi espinazo estaba encorvado como un aro de tonel. No podían bajarme de la cama por más de cinco ó seis minutos, y únicamente cada diez, quince ó veinte días para removerla un poco y cambiar las ropas.

«Á contar desde el mes de Febrero de este año, 1869, el mal empeoraba de día en día y ganaba te-

rreno; mi pobre cuerpo sucumbía á la podredumbre. Ni de día ni de noche tenía un instante de reposo. Al fin comprendí que era preciso entregar mi alma á Dios, y tal fué desde entonces el término de mis deseos. Calculando las fuerzas que me quedaban, me persuadí de que en el mes de Diciembre tendrían fin mis penas. Mis padres estaban, á mi ver, en la misma persuasión. El cielo empero lo había decidido de otra manera.

«El día 15 de Octubre último, uno de mis hermanos me trajo para distraerme el libro recientemente publicado de Mr. Lassérre: *Nuestra Señora de Lourdes*. Aquel día acababa yo una novena, cuyo resultado me parecía más distante que nunca. Casi desesperaba, pues, de ser oído, cuando mi hermano, que nada sabía de la novena, me trajo aquel libro admirable.

«Púseme luego á leerlo, y me conmovió hasta las últimas fibras de mi sér. Cada vez que recorría algunas páginas, se anegaban en lágrimas mis ojos, tapándome entonces el rostro para ocultarlas, pero era imposible disimular mi emoción. Cuando llegué á las curaciones que refiere el libro, oí por tres veces una voz interior que decía: *¡Tú también serás curado!*

«Algunos días después mi hermano me preguntó si habría medio de procurarse agua de Lourdes.—Sin duda, le contesté.—En tal caso dijo, nosotros la tendremos,» y escribió en seguida al abate Peyramale, cura de Lourdes.

«Apenas hubo marchado la carta, me asaltó una duda: «¿Crees tú, me decía, que un trago de agua y una simple loción podrán curar tus males crónicos? ¿Cuentas con que la Virgen Santísima va obrar por tí un milagro? ¿Mas sería tal vez por tu familia? Pero ¿no puede pasar fácilmente sin tí?» Sin embargo, todos estos pensamientos desaparecieron en vista de la botella de agua de Lourdes, que nos llegó el 27 de Noviembre. Cuando la pusieron encima de mi cama, la besé. «Paréceme, decía, que me habla.»

«Hacia las sies de la tarde mi hermano me preguntó si quería las lociones aquel día. «Sí, le dije, pero más tarde, cuando todos se habrán retirado, excepto mi padre y tú.» Había perdido de nuevo la confianza y tenía miedo á las chanzas. Á las diez y media de la noche quedamos solos y tranquilos: mi hermano encendió entonces un cirio bendecido y rezó en alta voz las Letanías de la Virgen Inmaculada.

«Un poco antes yo había hecho secretamente en mi corazón un acto de completa resignación á la voluntad de Dios. «Virgen santa, había dicho, no puedo casi orar, mas dignaos pedir por mí á vuestro divino Hijo la gracia que más me convenga: ó morir, ó sufrir, ó curarme, con tal que sea á mayor gloria de Dios, de lo cual depende mi mayor bien. Venga ahora la operación.»

«Mi hermano destapa la botella y me llena un vaso,

que bebo de un sorbo. Toma un lienzo, y lo empapa en aquella milagrosa agua. «Empieza, le dije, por el «pescuezo, y frota el espinazo y todos los huesos hasta los piés.» Cuando llegó á las regiones del corazón, perdi la palabra y empecé á exhalar dolorosos gemidos. Resollaba como un agonizante. Mi buen hermano se apresuraba, y á cada miembro que tocaba repetía: «Nuestra Señora de Lourdes, rogad por «nosotros.» Mas en el fondo de su alma pensaba que había llegado mi última hora y que iba á tener en sus manos un cadáver.

«Apresuróse, pues, á arreglar las ropas y quiso taparme. Yo aparté la sábana, porque sufría atroces dolores. En aquel momento puse en el suelo la punta del pié, y luego, gimiendo siempre, puse el otro: en seguida, afianzándome con las manos en la cama, me levanté gritando más y más hasta que me hube enderezado del todo. En aquel solemne momento mi hermano me abandona un instante para tomar un frasco de agua de Colonia; pero con la cabeza le hice seña de que no la quería, cesando entonces mis gritos.

«Mi anciano padre, que al principio de la operación se había colocado en un rincón para rezar el Rosario, estaba delante de mí con mi hermano lleno de creciente asombro.

«De repente exclamé: «¿No veis como vuelvo á «la vida?—Sí, respondió mi hermano; hace muchos «años que no te había visto tan derecho.» Algunos

segundos después, corrí al medio del cuarto, me dirigí de nuevo á mi cama, púseme un paletó y volví á andar.

«Mi cuarto me parecía pequeño en demasía, y alargué mi paseo al vecino aposento. ¡Oh! Me acordaré siempre de los gritos de contento que salían de mi pecho: «Veis, decía, cuán poderosa es la Santísima Virgen; ya veis que es preciso amarla y venerarla; ya veis que los impíos son unos impostores;» y otras expresiones semejantes. Estaba loco de alegría!

«En vista de semejante milagro, dijo mi hermano, «no podemos permanecer aquí solos,» y se fué á buscar la demás familia.

«Se me olvidaba indicar el tiempo; empleáronse cerca de cinco minutos en las lociones. En cuanto á mi curación, que siguió inmediatamente, calculo que se efectuó en el espacio de un minuto y medio.

«Mi hermano volvió á entrar á eso de las once, acompañado de mis otros hermanos Enrique y Augusto y de mi sobrino Enrique. Mi cuarto se llenó luego de parientes y amigos.

«Uno de mis hermanos, reparando en un fusil de guardia nacional, me dijo: «Pedro, puesto que es «así, es menester que hagas el ejercicio;» y me hice manejar el arma en tres tiempos, cosa que ejecuté con facilidad y hasta con destreza.

«Permanecemos de pié hasta las tres de la madrugada. Dos veces nos postramos para dar gracias á

Dios y á la Inmaculada Virgen. Había yo bebido un vasito de licor y uno de vino, y además fumé una deliciosa pipa.

« Dormí muy poco, pues á las siete estaba ya en pié. Ocurrióseme entonces la idea de ir á hacer el duende en casa de mi cuñada y sus hijos. Para ello era necesario subir una escalera de diez y siete peldaños, lo cual hice con presteza. Bajé por otra escalera para ir á despertar á mi buen padre, anciano de cerca de ochenta años de edad. Sólo él, á lo que después supe por una parienta, estaba en la convicción de que me curaría milagrosamente, y hacía mucho tiempo que todos las días oraba para alcanzarme esta gracia. Mas al momento en que llamé á su puerta para despertarlo, creyó de pronto que había sido juguete de un sueño, pues se guardó de abrir, aun después de haberme preguntado mi nombre, porque no conoció mi voz. Realmente me había sido devuelta la vida.

« Ya la gente afluía para verme. El viejo paletó que me había puesto la vispera, era hacía tiempo la única pieza de mi ajuar; lo demás había sido dado á los pobres. Fué por tanto preciso que mis hermanos y mi sobrino me prestasen pantalones, zapatos, etc.

« Estuve de pié aquel día hasta las siete y media de la tarde, que por consejo de mis amigos fui á acostarme, no pudiendo dormir mucho. A las dos de la madrugada salté de la cama, porque el hambre me acosaba.

« Felizmente había allí cerca provisiones. Esperé, pues, que amaneciese, comiendo, leyendo, y sobre todo rezando á la Virgen Santísima.

« Por la mañana hice un buen desayuno, lo cual no impidió que antes de la noche hiciese otras tres comidas. La afluencia de gente á mi casa aumentaba más y más. Recibí entre otros á los doctores Termonia y Davreux. Retiréme á las ocho y dormí perfectamente.

« Todos mis males han desaparecido en un instante, como un sueño. Encorvadura, tisis, erisipela, inchazones y otros tormentos del cuerpo y del alma, todo ha desaparecido. Apenas me reconozco á mí mismo.

« El martes recibí á más gente que los dos días anteriores. Convenimos en familia ir todos á comulgar el día siguiente en acción de gracias. El miércoles, pues, nos hallabamos reunidos mis padres, algunos amigos y yo en la Iglesia de San Dionisio, donde tuve la dicha de recibir á mi Dios y de asistir por vez primera, después de mucho tiempo, á la celebración del Santo Sacrificio. Una hora después entrabamos en casa; arrojéme en brazos de mis queridos padres, y nos sentamos á la mesa llenos de alegría.

« Durante los primeros once días recibí según dicen, á más de quinientas personas, á quienes tuve que contarle todo con sus detalles.

« Quince días hace que estoy curado. Duermo siete ú ocho horas de un sueño, mi apetito es exce-

lente, y debería remontarme á veinte años atrás para hallar un bienestar semejante al de que ahora disfruto.

« Honraré y amaré más que nunca á María, la Reina de cielo y tierra. Hago esta relación para agradecerle y pagarle un ligero tributo de reconocimiento. ¡ Sea por siempre alabado su nombre !

« Liège, (Bélgica, calle Cheravoie, 17) 12 de Diciembre de 1869. — P. J. Hanquet. »

Siguen dos certificados muy explícitos de los doctores Termonia y Davreux, acreditando por una parte el estado crítico é incurable de Mr. Hanquet y por otra el carácter instantáneo, inaudito, absolutamente inexplicable, bajo el punto de vista del arte, de su curación completa y radical.

Repitámoslo al terminar estos relatos; los milagros se multiplican sin número en la sagrada gruta de la Inmaculada Concepción; y el agua milagrosa de Lourdes, remitida cada día á los cuatro lados de la Francia, y más lejos todavía, es frecuentemente la bendita mensajera de curaciones, de favores sobrenaturales, debidos á la muy santa, muy poderosa, muy misericordiosa é Inmaculada Virgen María.

XLII

¿Qué debemos deducir de todas estas maravillas bajo el punto de vista de la fe?

Ante este resplandeciente conjunto de milagros, acumulados, por decirlo así, unos sobre otros, y cuya evidencia se impone á la crítica más exigente, alegrémonos de ser hijos de la santa Iglesia católica, que Dios no cesa de visitar, y á la cual continúa dando el testimonio divino por excelencia, el testimonio de los milagros. En su origen el milagro era la gran prueba de la verdad de la fe; y aunque actualmente no sea ya necesario, no es menos útil á nuestra inteligencia, demostrando la experiencia con qué fuerza reanima y consuela nuestra fe.

Mas si la fe es divina y absolutamente cierta, seamos consecuentes con nosotros mismos, practiquémosla fielmente, enérgicamente, cueste lo que cueste, sin regatearla. Estamos dentro de la verdad, poseemos la verdadera luz y la verdadera vida; seamos cristianos, seamos fervorosos.

En segundo lugar, conforme lo hemos indicado ya más arriba, concluyamos de todas estas maravillas, no sólo la legitimidad, si que también la excelencia del culto á la Santísima Virgen. Vivimos en un tiempo de semiracionalismo en que muchos cristianos están llenos de preocupaciones respecto á la

piedad: no nos dejemos coger por ese semiprotestantismo, y como verdaderos hijos de la Iglesia católica, sirvamos, amemos, honremos con todas nuestras fuerzas á la Virgen Santísima, Madre de Dios y Reina de los escogidos. Con tal de que no la *adoremos* (pues sabido es que la adoración á Dios sólo es debida), estamos siempre por debajo de lo que le *debemos*: decidme, ¿qué cristiano amará, honrará á la bienaventurada Virgen tanto como la ha amado y honrado su divino Hijo Nuestro Señor?

En tercer lugar, saquemos de la contemplación de las maravillas de Lourdes una ardiente renovación del espíritu de fe y de fervorosa devoción al misterio de la Inmaculada Concepción, el cual es la perla preciosa de nuestro siglo y el escudo de la Iglesia en las luchas de los tiempos venideros.

En efecto, ¿qué es la gracia del misterio de la Inmaculada Concepción sino la gracia del triunfo total de la Santísima Virgen contra Satanás? Ella le aplasta la cabeza, y por esto nada puede contra Ella. Desde María, esta gracia de inocencia y de victoria, pasa á la Iglesia, á fin de que pueda triunfar completamente de la astuta serpiente que seis mil años hace seduce al mundo. Ayudada de la gracia de la Inmaculada Concepción, asistida de su Reina la Virgen María, concebida sin pecado, la Iglesia aplastará la cabeza de la serpiente y triunfará del Anticristo. Nosotros, fieles católicos, hijos de María, miembros vivientes de Jesús, armémonos de esta misma gra-

cia, marchemos guiados por esta luz, y siguiendo las huellas queridas de la Inmaculada, de la Virgen sin mancilla, llevemos una vida inocente y pura: fuertes con la fe, fieles á la Eucaristía, fervorosos en la oración.

El gran milagro de Lourdes, único en su género, es como el coronamiento celeste de la definición, dogmática del 8 de Diciembre de 1854, de la cual parece que es el eco, el divino reflejo. La Virgen Inmaculada y Pio IX, el misterio de la Inmaculada Concepción y el de la infalibilidad pontificia, no deben estar separados ni en nuestro espíritu ni en nuestro amor.

La consoladora evidencia de la fe católica, la excelencia del culto y del amor á la Virgen Santísima, la fidelidad á la soberana gracia del misterio de la Concepción: tales son, bajo el punto de vista de la fe, las tres primeras consecuencias que brotan, como tres rayos de luz, de las maravillas que la misericordia de Dios ha hecho aparecer en estos últimos años en la gruta de Lourdes.

XLIII

Lo que enseña á nuestra piedad la celeste Aparición de la gruta

Bajo el punto de vista de la piedad podemos y debemos sacar de la contemplación de Nuestra Señora de Lourdes consecuencias prácticas de la más alta importancia.

Cuantas veces se ha aparecido á la niña Bernardica, la Virgen Inmaculada se ha mostrado bajo una misma forma, con el mismo ropaje, rodeada de la misma luz; en una palabra, con el mismo conjunto de misteriosos detalles, que son para nosotros otras tantas enseñanzas mudas.

Desde luego se aparecía siempre envuelta en luz, la cual era tan pura, tan brillante, tan suave, que no se conoce otra semejante en la tierra.—Es el símbolo de la divina luz de la fe, en la cual nos sumerge, por decirlo así, el Bautismo, que alimenta la sagrada Eucaristía, y de la que un verdadero cristiano debe siempre estar penetrado y rodeado. La fe es la verdadera luz, «la luz de vida,» con que debemos brillar delante del mundo. Si, debemos hacer resplandecer la fe por la santidad de nuestra vida, y esto, fuerza es repetirlo, en todo y por todo. La fe es la atmósfera celeste del cristiano: no salgamos jamás de ella. La luz de la Aparición era tranquila y

profunda: tal es también la fe católica, en la cual hallamos el reposo de nuestras almas.

En sus milagrosas apariciones la Virgen de Lourdes era bella, tan bella, que la vista de Bernardica no pudo jamás encontrar nada que pudiese comparársele.—La Santísima Virgen, nuestra Madre, nos enseña con esto que hemos de trabajar por adquirir la verdadera belleza, á fin de que el cielo pueda contemplarnos con complacencia. La verdadera belleza no es la que cautiva los ojos de los hombres, como la verdadera riqueza no es la que encierran las arcas: la belleza verdadera es la del alma, es la que Dios ve, que encanta á Jesucristo, que atrae las miradas de su Madre y de los Ángeles. No depende de nosotros el ser bellos á los ojos de los hombres; pero de nosotros depende, uniéndonos muy íntimamente á Jesús por medio de la gracia, el participar de lo que es Él. Pues bien, Jesús es la belleza infinita; y la de la Virgen Santísima, de los Ángeles y de los Bienaventurados no es más que el reflejo de su divino esplendor. Cuanto más nos parecemos á Jesucristo, tanto más nos revestiremos de Él por la santidad, y tanto más seremos bellos con su belleza, la única que no se marchita. La hermosa Virgen de Lourdes es delante de nuestros ojos el perfecto modelo de aquella celestial belleza con la que quiere ver que resplandece el interior de todos sus hijos.

El ropaje de la Aparición era blanco, pero de un

blanco tan puro, tan delicado, tan resplandeciente, que jamás tela alguna ha podido imitar su brillo.

La purísima Virgen enseñaba á Bernardica, y á todos nosotros en su persona, de qué pureza perfecta y delicada ha de estar revestida delante de Dios nuestra alma bautizada. El pecado mancha nuestro blanco ropaje; el menor pecado venial, la menor imperfección voluntaria empaña su brillo. Evitemos, pues el pecado, y conservémonos puros, para parecernos á nuestra Madre del cielo. Sobre todo conservemos con escrupuloso cuidado, con rigurosa vigilancia, la pureza propiamente dicha, la santísima y hermosísima castidad. Casto en su cuerpo, casto en su corazón, casto en sus miradas, en sus palabras, en sus pensamientos, en todo su sér: tal debe ser el verdadero siervo de Jesús y de María.

Un largo velo blanco, tan puro, tan esplendente como el vestido, envolvía por completo á la Aparición, caía desde los hombros hasta los piés.—¿No era esto la imagen de lo que envuelve y conserva la inocencia: el pudor? El pudor es aquel conjunto de precauciones, de vigilancia, de mortificaciones, que envuelven, por decirlo así, y conservan la pureza. Si queremos permanecer castos, seamos modestos; y la modestia de Cristo sea, como dice San Pablo, el modelo y la regla de todas nuestras acciones.

El ropaje blanco de la Aparición de la gruta estaba ceñido á la cintura por medio de una cinta azul celeste. Bernardica decía que el mismo azul del cielo

no era ni tan azul, ni tan celeste.—Imagen de lo que debe ser el corazón de un fiel que quiere conservarse para el servicio de su Dios. Pues bien, la oración, el recogimiento interior y la unión con Jesús son los que ya en este mundo nos hacen celestes. «Si quieres, serás un cielo para Jesucristo,» decía en otro tiempo San Ambrosio. Y San Pablo había dicho en nombre de todos los fieles: «Nuestra vida está en los cielos.» Vivamos anticipadamente por las aspiraciones de nuestra alma allí donde somos llamados á vivir eternamente.

Además la cinta que recoge el vestido y lo levanta para poder andar libremente, es el símbolo de lo que hemos de ser respecto de la salvación eterna: siempre prontos á partir, desligados de la tierra, mortificados, sobrios, libres y ágiles en el camino de los Mandamientos de Dios.

La Virgen se aparecía con los piés desnudos, brillando sobre cada uno de ellos una rosa luminosa.—Los piés desnudos de María nos predicán la pobreza evangélica, esta bella y sublime virtud á la cual el Salvador ha prometido el reino de los cielos. «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.» ¿Y qué es el espíritu de pobreza sino el desapego sincero de todas las cosas de la tierra, la humildad de espíritu y de corazón, la sencillez que se adhiere únicamente á Dios, y que sin vacilar le sacrifica lo que no se aviene completamente con su santo amor?

Nada más edificante que esa humildad, que esa sencillez y pobreza de espíritu: como las rosas de la Aparición, difunden por todas partes el buen olor de Jesucristo, el divino perfume del Evangelio.

Finalmente, la Inmaculada Virgen tenía siempre las manos unidas para la oración, y llevaba, ora en sus sagradas manos, ora pendiente de su brazo, el hermoso rosario de que antes hemos hablado, según refiere Bernardica.—Con ello ha querido Nuestra Señora de Lourdes recordarnos «que es necesario orar siempre sin cansarnos nunca;» que la oración debe ser á nuestra alma lo que la respiración á nuestro cuerpo; y que la pureza, el fervor, la santidad se resumen en esta sola palabra: la oración.

La Aparición no rezaba el Rosario, pero nos lo presentaba, ya como un excelente modo de orar con fruto, de orar bien, ya porque el Rosario es la oración de los sencillos, de los pequeños y de los pobres. La bondadosa Virgen nos recomendaba así la fidelidad al Rosario. ¿Tenemos todos un rosario? ¿Lo llevamos habitualmente encima de nosotros? ¿Lo rezamos cada día? ¿Lo rezamos con devoción y recogimiento?

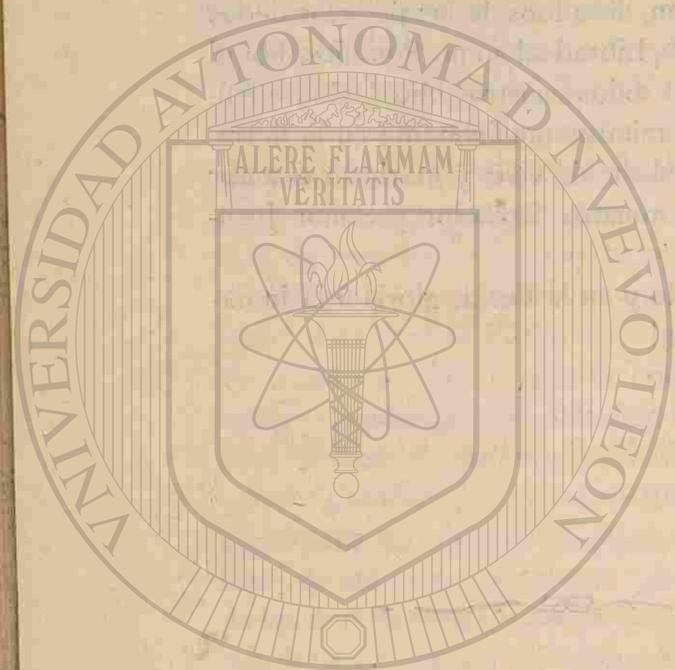
Tales son las mudas enseñanzas que nos da la *Inmaculada Concepción* de la gruta de Lourdes. No las olvidemos

María tenía ordinariamente fijos sus admirables ojos en Bernardica: esa mirada de la Reina de los cielos está dirigida á cada uno de nosotros; sí, María nos mira, como nos mira Jesús. . . . No debe hacerse

nunca cosa alguna que pueda contristar su maternal corazón.

¡Oh dulce Virgen, libradnos de los peligros de los tiempos actuales! ¡Librad al sumo Pontífice, librad á la Iglesia, librad á todos vuestros hijos! Concedednos que podamos imitaros tan fielmente en la tierra, que tengamos la dicha de vivir y morir en el amor de vuestro Hijo nuestro Salvador y Señor Jesucristo.

¡Gloria en el cielo y en la tierra, gloria á la Inmaculada Concepción!



LA SAGRADA COMUNION

POR

MONSEÑOR DE SEGUR

TRADUCCION DE D. LUIS MARIA DACHS

Con licencia eclesiástica

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA SAGRADA COMUNIÓN

Al publicar este opúsculo sobre la sagrada Comunión, no es mi objeto ilustrar y convencer á los incrédulos; propóngome únicamente fortalecer y confirmar más y más en sus sentimientos de devoción y confianza á los cristianos que la reciben ya con más ó menos frecuencia. Quisiera ensancharles el corazón, haciéndoles comprender mejor lo que es este Sacramento inefable; quisiera desvanecer cierto temor oculto que les oprime, haciéndoles palpar lo vano, lo fútil, lo infundado de las preocupaciones jansenistas, que todavía nos mantienen demasiado alejados de un Sacramento que es todo amor.

Quisiera secundar los esfuerzos de los buenos sacerdotes por resucitar el espíritu de piedad que animaba á otras generaciones, y renovar, si posible es, aquel fervor de los tiempos antiguos por medio del uso frecuente de la Comunión, al cual fueron deudores de su santificación los primitivos fieles.

Quisiera finalmente cooperar por mi parte á la grande obra de regeneración que preocupa á todos los hombres pensadores, obra que no se puede realizar sino con milagros de gracia. Nunca como aho-

ra hubo necesidad de santos, y sólo la Comunión hace santos.

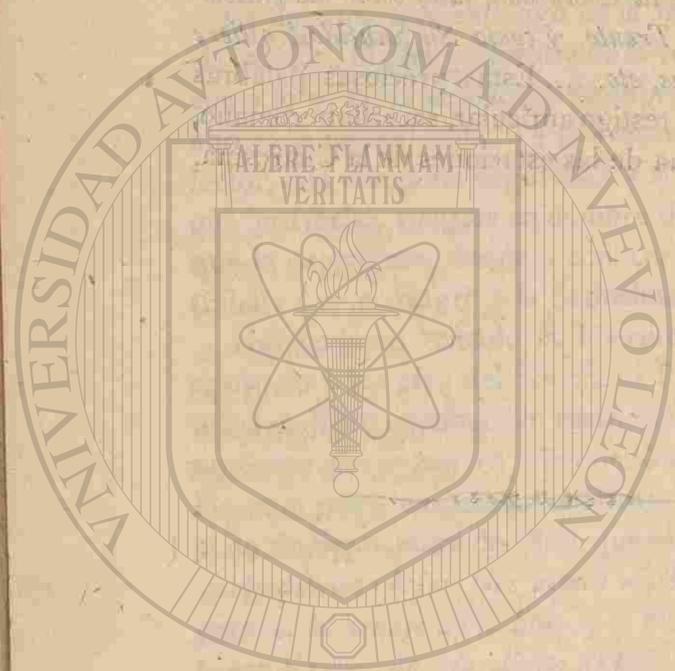
La doctrina que expongo es la misma de la Iglesia católica, Madre y Maestra de la verdadera piedad, como lo es de la verdadera fe: sobre el particular no abrigo la menor duda. Te la presento, pues, amado lector, con completa seguridad; y si sacas de ella algún provecho, ruégote en nombre de Nuestro Señor que la propagues, dando á conocer este mi humilde trabajo que consagro á la Santísima Madre de Dios.

Habiéndome tomado la libertad de poner este opúsculo á los piés del Soberano Pontífice, Su Santidad se dignó oprobear, sin restricción alguna, el pensamiento que lo inspiró y la doctrina en él expuesta. Hé aquí como empezaba el Breve apostólico, dado el 29 de Septiembre de 1860, que se dignó dirigirme:

Amadísimo hijo: Nos hemos recibido con el mayor gusto el homenaje de tu libro, y te felicitamos vivamente por el religioso celo, digno de toda alabanza, con que te esfuerzas en excitar á los fieles á un uso más frecuente de la Comunión eucarística.

Además (y séame permitido llamar sobre este hecho toda la atención de los lectores), al principio de la Cuaresma de 1861, el Padre Santo, al dar, según costumbre, en una sala del Vaticano, la misión y la bendición apostólica á los predicadores de las estaciones de Roma, les distribuyó con sus propias manos este tratadito, y añadió: *Mucho bien ha hecho ya este librito, venido de Francia; habria de darse á todos los*

niños al tiempo de hacer la primera Comunión; todos los párrocos deberian tenerlo, porque contiene las verdaderas reglas de la Comunión, tales como las entiende el Concilio de Trento, y como Su Santidad quiere que sean aplicadas, etc..... Estas preciosas palabras me las refirió un testigo auricular, sacerdote romano, predicador de una de las estaciones de la Cuaresma.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VERDADERA IDEA

DE LA

SAGRADA COMUNIÓN

Nuestro Señor Jesucristo está real y efectivamente presente en la divina Eucaristía. Es de fe, y así lo han creído los católicos de todos tiempos y lugares. Aunque oculto tras los accidentes de color, olor, sabor, peso y dimensiones, en la Hostia consagrada vemos el sacratísimo Cuerpo glorificado y celeste de nuestro Redentor, el cual reposa perpetuamente en nuestros altares para ser el centro del culto divino, y dar á nuestras almas en la Comunión la fuerza necesaria para perseverar unidas con Dios.

Propiamente hablando, la Comunión no tiene por objeto ponernos en relación con Jesucristo, pues le poseemos ya por la gracia; está ya en nosotros, como nos lo enseña á cada paso la sagrada Escritura.

Tampoco tiene por objeto la Comunión darnos la vida de la gracia, es decir, la vida espiritual que resulta de nuestra unión con Dios. No puede comulgar el que no vive ya esta vida, el que no esté unido ya á Jesucristo por medio de la gracia; en caso contrario la Comunión sería un horrendo sacrilegio. ®

¿Cuál es, pues, el verdadero objeto de la Comunión? *Alimentar* la unión santificante y vivificante de nuestra alma con Dios; *mantener y robustecer* en nosotros la vida espiritual é interior; impedir que desfallezcamos en el viaje y en el combate de la vida, perdiendo la santidad que Dios nos infunde por medio del Bautismo y de la Confirmación.

La gracia particular del sacramento de la Eucaristía es, por lo tanto, una gracia de *alimentación y perseverancia*. Así es que Nuestro Señor Jesucristo, al hablarnos de la Eucaristía, declara que nadie puede vivir la vida cristiana sino á condición de comulgar. «En verdad, en verdad os digo: que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.»¹

Quien quiera ser cristiano y permanecer unido con Dios, ha de participar de la Eucaristía. Lo mismo pasa con el alma que con el cuerpo. Para vivir es necesario comer; la comida no da la vida; la alimenta y le comunica aquella fuerza que constituye la salud. En esto el cuerpo es figura del alma. El alma tiene su vida, resultado de su unión con Dios por Jesucristo; esta unión se llama gracia, y para subsistir tiene necesidad de un alimento; este alimento es Jesús eucarístico, que ha dicho de sí mismo: «Yo soy pan de la vida. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es

¹ Joan. vi, 54.

bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí mora y Yo en él.»¹ Así como el cuerpo no puede conservar la vida sin comer, así tampoco el alma puede perseverar en la gracia sin comulgar. Las fuerzas y la salud del cuerpo dependen de los alimentos que toma; del mismo modo la santidad y el vigor del alma dependen de la Comunión.

La Comunión, entiéndase bien, no es una *recompensa* de la santidad adquirida, sino un *medio*, y nada más que medio, de conservar la gracia, de aumentarla y de llegar á la santidad. El alimento corporal tiene idéntico carácter. No comemos porque tenemos fuerzas, sino para conservarlas ó llegar á tenerlas.

Y de la misma manera que es de esencia de la nutrición física el ser un acto frecuente y habitual de la vida de nuestro cuerpo, así también es de esencia de la sagrada Comunión el ser un acto ordinario y habitual de la vida cristiana.

Tal es la verdadera idea que la Iglesia católica nos da de la divina Eucaristía. Así el concilio de Trento, invocando el testimonio de todos los siglos cristianos y de los Padres de la Iglesia, expresa formalmente el deseo de que *en la Misa los fieles comulgaran, no sólo espiritualmente, sino también sacramentalmente, á*

¹ Joan. vi, 48, 56, 57.

fin de que percibiesen más abundantes frutos del santo Sacrificio.¹

Y el Catecismo romano, compuesto por orden del concilio de Trento y publicado oficialmente por la Santa Sede, sancionado por numerosas Bulas apostólicas y recomendado por muchísimos concilios provinciales, añade estas graves palabras, cuya autoridad es perentoria: « Sepan los fieles que han de « recibir con frecuencia la sagrada Eucaristía. Pero « sobre si conviene más hacerlo cada mes, cada se- « mana, ó cada día, no se puede prescribir una re- « gla fija y uniforme para todos; sin embargo, hé aquí « la segurísima regla que daba San Agustín: *Vive « de manera que puedas comulgar cada día.* Por lo « tanto el párroco tiene estrecha obligación de exhor- « tar con frecuencia á los fieles á que, así como juz- « gan que es una necesidad dar cada día al cuerpo « el alimento necesario, así también no descuiden de « alimentar y robustecer cada día sus almas con este « Sacramento; pues es evidente que no necesita me- « nos el alma del manjar espiritual, que del natural « el cuerpo. Y será de gran provecho insistir á este « propósito en los grandes y divinos beneficios que

¹ Optaret quidem sacrosancta Synodus, ut in singulis Mis-
sis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed sacra-
mentali etiam. Eucharistiæ perceptione communicarent, quo
ad eos sanctissimi hujus sacrificii fructus uberior proveniret.
(*Conc. Trid., sess. 22, c. VI.*)

« reportamos de la Comunión sacramental; asimismo
« convendrá recordar que ya en otro tiempo había
« necesidad de reparar cada día las fuerzas del cuer-
« po con el maná, figura del Sacramento del altar:
« también será de la mayor importancia aducir las
« autoridades de los santos Padres, que recomiendan
« encarecidamente la frecuente recepción de este sa-
« cramento. Pues no fué solamente del Padre San
« Agustín aquella sentencia. *Quotidie peccas quotidie «
« sume; antes el que considerarare diligentemente, ve- «
« rá sin dificultad que fueron del mismo sentir todos «
« los Padres que escribieron de esta manera.»¹*

¹ Fideles sæpius iterandam Eucharistiæ communionem
existiment. Utrum autem singulis mensibus, vel hebdoma-
dis, vel diebus id magis expediat, certa omnibus, regula præ-
scribi non potest; verumtamen illa est sancti Augustini norma
certissima: *Sic vive, ut quotidie possis sumere.* Quare parochi
partes erunt fideles crebro adhortari ut, quemadmodum cor-
pori in singulos dies alimentum subministrare necessarium
putant, ita etiam quotidie hoc sacramento alendæ et nutrien-
dæ animæ curam non abjiciant: neque enim minus spirituali
cibo animam, quam naturali corpus, indigere perspicuum est.
Vehementer autem proderit hoc loco repetere maxima illa et
divina beneficia, quæ ex Eucharistiæ sacramentali commu-
nioni consequimur; illa etiam figura erit addenda, cum sin-
gulis diebus corporis vires manna reficere oportebat; itemque
sanctorum Patrum auctoritates, quæ frequentem hujus sa-
cramenti perceptionem magnopere commendant. Neque enim
unius sancti Patris Augustini ea fuit sententia: *Quotidie pec-*

Esta es la verdad, esta la voluntad de Dios, esta la regla que nos da por la palabra augusta é infalible de su Iglesia. Medítela, pues, cada cual; penétrese bien de ella, y reforme, si necesario es, sus opiniones particulares ante esta enseñanza exenta de error.

Una vez comprendido este principio fundamental, probemos de dar una solución clara á las dificultades que se alegan por muchos para privarse ó privar á los otros de los inefables beneficios que alcanza el que comulga con frecuencia.

Mas antes de entrar en materia establezcamos algunas distinciones importantes:

Comulgar tres ó cuatro veces á la semana, y con mayor motivo comulgar cada dia ó casi todos los días, es comulgar con frecuencia y con frecuencia absoluta.

Comulgar los domingos y días de fiesta no es comulgar con frecuencia, tratándose de los sacerdotes, de los religiosos y religiosas, de los seminaristas, y en general de los cristianos que hacen profesión de aspirar con fervor y celo á la perfección; pero es realmente comulgar con frecuencia respecto de los niños y de la gran masa de fieles que no pueden consagrar mucho tiempo á las prácticas de piedad.

cas, quotidie sume; sed, si quis diligenter attenderit, eundem omnium Patrum, qui de hac re scripserunt, sensum fuisse, facile comperiet. (Cut. Rom. de Euchar.)

Comulgar cada mes ó en las grandes festividades no es una Comunión frecuente para nadie, ni para los hijos del pueblo, ni para las gentes del campo, ni para los obreros. Esto no quiere decir que no sea una práctica excelente que debe recomendárseles encarecidamente cuando no se pueda alcanzar más; pero, de todos modos no es la Comunión frecuente.

Esto sentado, oigamos y discutamos.

I

Para comulgar á menudo es necesario ser más santo de lo que soy

Y para llegar á ser más santo de lo que eres, es necesario comulgar á menudo.

¿Quién de nosotros dos tiene razón? Evidentemente eres de los que consideran la sagrada Comunión no como un medio, sino como una recompensa; error profundo como decíamos poco há.

Es mucha verdad que, para comulgar frecuentemente, se necesita cierta santidad. Pero ¿qué santidad es esa? ¿Es acaso la perfección de los grandes Santos y de los Mártires? De ninguna manera; sería de desear sin duda; pero no es un requisito; la santidad exigida para la Comunión frecuente está á tu alcance y al de todos los verdaderos cristianos, como quiera que es simplemente el estado de gracia

con el firme propósito de evitar el pecado y servir á Dios con fidelidad.

¿Se puede pedir menos? ¿No conoces que Dios te ha de pedir indispensablemente esta disposición del corazón, cuando sin ella no es posible que seas un verdadero cristiano? Porque, dime, ¿qué es un cristiano que permanece en estado de pecado mortal y se complace en el mal? Más aún; ¿qué es un cristiano, un hijo de Dios que, *con deliberado propósito*, comete y ama el pecado venial?

Como observa Bourdaloue,¹ no debemos confundir nunca lo que es *de precepto* con lo que es meramente *de consejo*; confusión que embrolla, desde hace dos siglos, nuestra piedad y despuebla nuestros templos. Sólo una disposición hay que sea *de precepto* para comulgar digna y útilmente, á saber: el estado de gracia, acompañado del firme propósito de evitar *á lo menos* el pecado mortal y las ocasiones que nos hacen caer en él. Esta es la ley que rige á toda Comunión, ora sea frecuente ora no lo sea: ya se trate de la Comunión cotidiana del sacerdote, ya de la pascual del común de los fieles. «Sólo el pecado mortal, dice Santo Tomás, es un obstáculo absoluto para la sagrada Comunión,»² y Suárez dice

¹ Sermon sobre la Comunión frecuente.

² Ex necessitate quidem inquit edit hominem ab hujus Sacramenti receptione solum peccatum mortale. (III p., q. LXXX a. VII).

igualmente que «ningún Padre ha enseñado que para comulgar digna y provechosamente se *necesiten* condiciones de mayor perfección.»¹ Que estas disposiciones más perfectas se han de desear y muy desear, nadie lo pone en duda, la Iglesia las pide á todos los fieles, principalmente á los que comulgan á menudo. Pero al fin y al cabo estas mejores disposiciones son de conveniencia, de *consejo* y no de precepto riguroso, *ex quadam convenientia*, como dice Santo Tomás; y un buen director, aunque las recomiende con las mayores instancias, no las exige de una manera absoluta, por miedo de privar á las almas del único remedio que las preserva tal vez de caídas más graves. Innesario es añadir que cuanto más á menudo comulgamos, tanto más estamos obligados á tener una conciencia más delicada, á amar á Dios con un amor más puro y á hacerle una entrega más total y generosa de todos nuestros afectos y sentimientos, potencias y sentidos; de suerte que tratándose de la Comunión cotidiana, el consejo se confunde con el precepto.²

De todo lo cual resulta que, para comulgar con frecuencia y *dignamente*, Nuestro Señor sólo te pide en definitiva que seas un verdadero cristiano y que te halles sinceramente animado de *buena voluntad*.[®]

¹ Disput. LXIII, sect. 3.

² Véase el *Cielo abierto*, por el abate Favre, misionero de Saboya, donde se trata de esta materia con más extensión.

Esa buena voluntad, ¿la tienes? Responde en conciencia. Si no la tienes, estás obligado á adquirirla; de otra suerte violas las sagradas promesas que hiciste en el bautismo: y si la tienes ¿por qué no ir á comulgar, á fin de robustecerla y confirmarte más y más en ella? Tal es el argumento claro y sin réplica que en otro tiempo dirigía á los fieles de Constantinopla el grande Arzobispo y Doctor San Juan Crisóstomo: «O bien estais en gracia de Dios, les decia, ó no. Si estais en gracia, ¿por que no habéis de recibir la Comunión, que ha sido instituida para manteneros en ella? Si estais en pecado, ¿por que no habríais de ir á purificaros por medio de una buena confesión, acercaros en seguida á la sagrada Mesa, en donde recibiréis la fuerza necesaria para no volver á caer?»

II

No soy digno de acercarme á Dios

Si esta razón fuese valedera, no podríamos comulgar nunca, porque, como dice San Ambrosio, «el que no es digno de comulgar cada día, ¿lo será al cabo de un año?»¹

Dices que eres indigno de comulgar; pero ¿no sa-

¹ *De Sacramentis*, lib. V, cap. IV.

bes que, á medida que te vas alejando de Jesucristo, te haces indigno y más indigno de acercarte á Él?

Tus faltas crecen cuanto menos frecuentas los Sacramentos, porque te privas de aquel Pan de vida que el Concilio de Trento, con San Ignacio de Antioquía, propone á los fieles como antídoto contra el pecado y prenda segura de la inmortalidad.¹

Dejad, pues, á un lado esa falsa humildad, esa humildad de contrabando. Muy bien sabe la Iglesia que no eres digno de comulgar, y sin embargo te invita á hacerlo con frecuencia y con mucha frecuencia, si quieres llegar á ser un verdadero servidor de Dios. Tan bien sabe ella que no eres digno de comulgar, ni tú ni nadie, que obliga á todos sus hijos, á los sacerdotes y hasta á los mismos Obispos, á decir, no una vez sola, sino tres veces y del fondo del corazón, antes de comulgar: *Domine, non sum dignos ut intres sub tectum meum*: «Señor, no soy digno de que entres en mí.»

La Iglesia no te hace comulgar porque seas digno, sino porque tienes necesidad de comulgar para ser lo menos indigno posible de tu Santísimo y bondadosísimo Señor. Te exhorta á comulgar, no porque eres santo, sino para que puedas llegar á serlo; no porque eres fuerte, sino porque eres débil é imper-

¹ *Antidotum peccati, pharmacum immortalitatis.* (Epistolæ).—*Antidotum quo liberemur á culpis quotidianis, et á peccatis mortalibus præservemur.* (Sess. 13, cap. II).

fecto, inclinado al mal, fácil de seducir y pronto á pecar.

El *miedo* á Dios no es una virtud: la perfección de la piedad es el *amor*. Ahora bien; el verdadero amor, ó lo que es igual, «la perfecta caridad, echa fuera el temor,»¹ el temor servil. La caridad no conserva el temor, sino aquel respeto filial que se concilia admirablemente con la ternura y la confianza, y que podríamos llamar el *respeto del amor*. El temor servil, ó más bien cerval, de Dios es propio de esa piedad jansenista, tan falsa como peligrosa, que cierra y oprime el corazón, destruye el amor y la confianza, seca los más generosos sentimientos, y arroja á las almas al vacío y á la desesperación.

La verdadera humildad va siempre acompañada de la confianza. Un piadoso Doctor del siglo cuarto se pregunta: «¿Cuál es más humilde, el fiel que comulga con frecuencia, ó el que lo hace raras veces?» Y responde sin vacilar que es más humilde el que recibe más á menudo á Jesucristo, porque con esto da una prueba cierta y una señal indubitable de que conoce mejor su miseria y de que siente más la necesidad de remediarla.

Ánimo, pues, y confianza; vé á Jesús, puesto que te ama, indigno como eres de su amor; dirígete á Él con humildad, ternura y sencillez, y fija más tu con-

¹ Perfecta charitas foras mittit timorem, (I *Jorn.* IV, 18).

sideración en el amor que te tiene Dios que en tus propias miserias: que cuanto más comulgarás, más digno serás de comulgar.

III

Cuando se comulga á menudo, este acto tan grande y trascendental llega á hacerse por rutina, y no causa ya ninguna impresión.

Que no cause impresión á la imaginación y á los nervios, es posible; pero no sucede lo mismo con la voluntad. Dígolo por experiencia, pues mi ministerio me permite asistir cada día como testigo á las asombrosas y admirables transformaciones que la Comunión frecuente opera en los corazones bien dispuestos.

Cierto es que si en la Comunión no se van á buscar sino las dulzuras de una devoción sensible, acontecerá á veces que vayan disminuyendo, á medida que más se frecuente el Santísimo Sacramento..... Pero en la Comunión no hemos de ir á buscar una devoción sensible, lágrimas é impresiones: si Dios nos las da, demosle gracias por ello, á la manera que un niño da gracias á su madre por los dulces y golosinas que ésta le da después de la comida; pero así como los postres son poco nutritivos y no pasan de ser un accesorio de la comida, así también en la vida espiritual y devota, y en la Comunión, que es el

fecto, inclinado al mal, fácil de seducir y pronto á pecar.

El *miedo* á Dios no es una virtud: la perfección de la piedad es el *amor*. Ahora bien; el verdadero amor, ó lo que es igual, «la perfecta caridad, echa fuera el temor,»¹ el temor servil. La caridad no conserva el temor, sino aquel respeto filial que se concilia admirablemente con la ternura y la confianza, y que podríamos llamar el *respeto del amor*. El temor servil, ó más bien cerval, de Dios es propio de esa piedad jansenista, tan falsa como peligrosa, que cierra y oprime el corazón, destruye el amor y la confianza, seca los más generosos sentimientos, y arroja á las almas al vacío y á la desesperación.

La verdadera humildad va siempre acompañada de la confianza. Un piadoso Doctor del siglo cuarto se pregunta: «¿Cuál es más humilde, el fiel que comulga con frecuencia, ó el que lo hace raras veces?» Y responde sin vacilar que es más humilde el que recibe más á menudo á Jesucristo, porque con esto da una prueba cierta y una señal indubitable de que conoce mejor su miseria y de que siente más la necesidad de remediarla.

Ánimo, pues, y confianza; vé á Jesús, puesto que te ama, indigno como eres de su amor; dirígete á Él con humildad, ternura y sencillez, y fija más tu con-

¹ Perfecta charitas foras mittit timorem, (I *Jorn.* IV, 18).

sideración en el amor que te tiene Dios que en tus propias miserias: que cuanto más comulgarás, más digno serás de comulgar.

III

Cuando se comulga á menudo, este acto tan grande y trascendental llega á hacerse por rutina, y no causa ya ninguna impresión.

Que no cause impresión á la imaginación y á los nervios, es posible; pero no sucede lo mismo con la voluntad. Dígolo por experiencia, pues mi ministerio me permite asistir cada día como testigo á las asombrosas y admirables transformaciones que la Comunión frecuente opera en los corazones bien dispuestos.

Cierto es que si en la Comunión no se van á buscar sino las dulzuras de una devoción sensible, acontecerá á veces que vayan disminuyendo, á medida que más se frecuente el Santísimo Sacramento..... Pero en la Comunión no hemos de ir á buscar una devoción sensible, lágrimas é impresiones: si Dios nos las da, demosle gracias por ello, á la manera que un niño da gracias á su madre por los dulces y golosinas que ésta le da después de la comida; pero así como los postres son poco nutritivos y no pasan de ser un accesorio de la comida, así también en la vida espiritual y devota, y en la Comunión, que es el

grande acto de la misma, debemos poner la mira en lo sólido, debemos aspirar al acrecentamiento de las virtudes cristianas, de la humildad, de la mansedumbre, de la penitencia, de la propia abnegación y de la caridad, y no dar demasiada importancia á los consuelos sensibles, que en su último resultado son unos como dulces y golosinas espirituales.

«No os engañe el pensar que tendréis más devoción cuando comulgaréis con menos frecuencia, dice San Alfonso. No hay duda que come con más apetito el que come de tarde en tarde; pero en cambio está muy lejos de tener las fuerzas del que hace sus comidas á horas regulares. Si comulgais pocas veces, acaso os sintais más conmovidos, acaso vuestra devoción sea algo más sensible; pero no creais por eso que vais á sacar más provecho de la Comunión, porque á vuestra alma le faltarán fuerzas para evitar las faltas.»

No dés, pues, demasiada importancia á un fervor algo más sensible, pero pasajero; y emprende el camino de la piedad con miras más elevadas; proponte por objeto en tus Comuniones alcanzar el verdadero amor práctico de Jesús, y lo conseguirás siempre. Cuando comulgares para ser más fuerte en las tentaciones, para ser más casto, más dado á la oración, más animoso en los combates de cada día, puedes tener la seguridad de que sacarás gran provecho de tus Comuniones, y de que cuánto más frecuentes sean, tanto más efecto te producirán.

IV

Temo familiarizarme con las cosas sagradas

Este temor puede ser bueno, como puede dejar de serlo. Si por *familiaridad* entiendes negligencia y rutina, tu temor es justo.

La rutina es á la buena costumbre lo que el abuso al uso. Conviene usar de las cosas buenas, no abusar; pero tampoco conviene que el temor del abuso nos impida el uso. De otra suerte no se podría hacer nada, porque se puede abusar de todo. Guárdate, pues, cuidadosamente de la rutina en las cosas que son del servicio de Dios.

Mas si por familiaridad entiendes intimidad, unión habitual, tierno abandono y dulce confianza, harías muy mal en cerrar la entrada de tu corazón á un sentimiento tan digno de las consoladoras verdades de nuestra Religión.

Al aconsejarnos la Comunión frecuente, la Iglesia nos exhorta á la verdadera familiaridad con Nuestro Señor, que es nuestro amigo celestial, y cuyo amor se concilia maravillosamente con el respeto.

¿Quién ha profesado más profundo respeto á Dios que los Santos de todos los siglos? Y sin embargo, ¿no le han amado siempre con la más tierna é íntima familiaridad? Y sin remontarnos tan alto, de los cristianos que conocemos, ¿quienes son los que

respetan más de veras á Dios, y su ley, y sus Sacramentos, sino los que los frecuentan con más asiduidad?

No solamente no debes temer familiarizarte con Jesucristo, *habituarte* á frecuentar el divino Sacramento, sino que debes procurar con el mayor empeño adquirir y fomentar esta santa costumbre. Los buenos hábitos son tan de desear como peligrosos son los malos.

Puédese afirmar que nadie es verdadera y sólidamente cristiano, sino cuando el servicio de Dios ha llegado á ser para él un hábito, una segunda naturaleza; ahora bien, la sagrada Comunión es el centro del servicio de Dios. «Un día sin Misa y sin Comunión es para mí como un plato sin sal,» me decía una vez un excelente servidor de Dios protestante y convertido.

Acostúmbrate á comulgar, á comulgar bien, y para ello comulga con frecuencia. «No se hacen bien dice San Francisco de Sales, las cosas que no se hacen á menudo, y los mejores oficiales son los más prácticos en las cosas de su oficio.»

V

No me atrevo á comulgar sin confesarme, y no puedo confesarme á cada momento

Y ¿quién te pide esa perpetua confesión? La Iglesia que nos exhorta encarecidamente á comulgar á menudo, y hasta si posible es, á comulgar cada día; nunca nos ha impuesto la obligación de confesarnos cada vez que comulgamos.

No hemos de ser más católicos que el Papa; no hemos de crearnos obligaciones que, lejos de habernos sido impuestas, ni siquiera se nos aconsejan. Aún más, añadido que en el caso presente tu temor es opuesto al principio de la Iglesia. No hay más que un caso en que, según el Concilio de Trento, haya obligación de confesarse antes de comulgar; á saber: cuando se tiene conciencia de haber cometido un *peccado mortal*: *Sibi conscius peccati mortalis*.¹ Pero las almas cristianas que se acercan con frecuencia á los Sacramentos, pocas veces caen en pecado mortal.

Por lo que toca á aquellas faltas menos graves que se llaman veniales y que son inherentes á la flaqueza humana, la fe nos enseña expresamente que quedan *completamente* borradas con un acto de amor de Dios y de sincero arrepentimiento; y para facilitar-

¹ Conc. Trid., sess. 13, cap. VI.

nos todavía más esta purificación, la Iglesia en su solicitud maternal ha establecido, con el nombre de *Sacramentales*, medios muy sencillos con cuyo empleo quedan purificadas nuestras conciencias; tales son, entre otros, hacer la señal de la cruz con agua bendita, rezar el *Padre nuestro*, el *Confiteor* en la Misa, etc.

Y si después de esto titubeases aún en comulgar á causa de algunos pecados veniales que hubieses cometido desde la última confesión, oye al Concilio de Trento, la gran voz de la Iglesia católica, declarar que «la sagrada Comunión preserva del pecado mortal y borra las culpas veniales.»¹

Medita y comprende bien estas palabras del Concilio: no fué instituida la confesión para borrar tus faltas de cada día, sino la Comunión, esa Comunión á la que tienes tanto miedo. Las *culpas cotidianas*, con tal que te arrepientas sinceramente de ellas, con tal que las detestes, la Comunión las devorará directamente como el fuego devora la paja: el fuego no consume las piedras ni el hierro, pero sí devora y consume la paja. Ahora bien, las piedras y el hierro son los pecados mortales que sólo puede desmenuzar y reducir á polvo el rudo martillo de la confesión; la paja son esas faltas menos graves que por desgracia cometemos cada día, á pesar de nuestros buenos deseos.

¹ Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis et à peccatis mortalibus præservemur. (*Conc. Trid., sess, 13, c. II.*)

El jansenismo es el que introdujo entre nosotros este temor anticatólico que, bajo pretexto de mayor santidad, ensalza la confesión á expensas de la Comunión, nos fatiga con una carga abrumadora de escrúpulos, falsea nuestras conciencias, y contenernos *respetuosamente* alejados de la Eucaristía, foco vivo y fuente de toda santidad, hace las delicias del diablo.

Si Dios reina en tu corazón, comulga valerosamente, sin temor, antes bien con gozo, á pesar de tus cotidianas flaquezas. Si fuéses á encontrar muy á menudo á tu confesor, podrías tener acaso temor de cansarle; pero yendo á comulgar á menudo y aun cada día, no cansarás á Jesús, que tanto te ama: te lo aseguro.

VI

No se puede comulgar sin preparación, y no tengo tiempo para prepararme del modo debido

La cuestión no está en saber si se puede comulgar sin preparación; claro está que un acto tan sagrado no puede hacerse á la ligera é inconsideradamente. La falta de preparación lleva á la tibieza y hace, no sólo inútiles, sino hasta peligrosas, las más excelentes prácticas religiosas. Sí, no hay duda, debemos prepararnos, y prepararnos con el mayor cuidado y solicitud, para recibir la sagrada Eucaristía: más todavía, cuando nos hayamos preparado bien y muy

bien, debemos humillarnos á la presencia de Dios y pedirle encarecidamente que se digne suplir con su misericordia los defectos de nuestra preparación.

Pero ¿en qué consiste esta preparación? ¿Será necesario multiplicar las prácticas de piedad, ó hacer largas meditaciones? De ningún modo: muy bueno y laudable es todo esto, y hasta necesario para el que tiene tiempo; mas no todos le tienen. La Iglesia, que nos exhorta á todos, cualquiera que sea nuestra condición, á comulgar con frecuencia, es la primera en decirnos que ante todo debemos cumplir con las obligaciones de nuestro estado.

¿Qué debemos, pues, hacer para disponernos bien? Vivir cristianamente, es decir, orar atenta y devotamente, elevar con frecuencia nuestro pensamiento á Dios, mantenernos interiormente unidos á Él, vigilar nuestro génio á fin de evitar las faltas ligeras, dedicarnos valerosamente al cumplimiento de todos nuestros deberes para agradar á Dios, y ejercitarnos en la práctica de la humildad y de la mansedumbre. El género de vida que llevamos, esa es la verdadera preparación para la sagrada Comunión; así como la verdadera acción de gracias está en el buen empleo de las horas del día después que nos hemos alimentado con el Pan de los Ángeles.

¿Qué es lo que te impide obrar así? ¿Se necesita mucho tiempo para pensar en Nuestro Señor y para amarle? ¿Necesitas mucho tiempo para conservarte puro y bueno y para proponerte en todas tus accio-

nes un fin cristiano que las santifique? ¿Necesitarás mucho tiempo para consagrar todos tus pensamientos, afectos y deseos á la mayor gloria de Dios? No se necesita más tiempo para ser bueno que para ser malo, ni para vivir por Jesucristo que para vivir por el mundo.

«La Comunión frecuente, dice Cornelio Alápide, es la mejor preparación para la Comunión. La Comunión de hoy es una acción de gracias de la de ayer y la mejor preparación para la de mañana..... Con la Comunión sucede lo mismo que con la oración: cuanto más se ora, mejor se ora y más gusto se halla en orar.»

«Así, añade San Alfonso, aun cuando no hayas tenido tiempo para prepararte porque te lo haya impedido una obra buena ó una obligación de tu estado, no dejes por eso de comulgar. Basta con que procures evitar toda conversación inútil y toda ocupación no urgente.»

No es esto decir que deban omitirse las oraciones y los ejercicios de piedad que constituyen la preparación inmediata, así como la acción de gracias también inmediata para la recepción del augusto Sacramento. No, la preparación y la acción de gracias inmediata son del todo necesarias, como nos lo enseña el Papa Inocencio XI, y con él todos los Doctores de la Iglesia y todos los maestros de la vida espiritual. Sin ellas, bien pronto debilitaríase en nuestros corazones el sentimiento de respeto á la sagrada Eu-

caristía, y no tardaría en extinguirse, ó á lo menos en languidecer el espíritu de fe. Si podemos disponer de mucho tiempo, consagrémoslo á la Comunión; mas si tenemos poco, como sucede con frecuencia, contentémonos con lo necesario, y suplamos con nuestro fervor y devoción las horas que no hayamos podido dedicar á la preparación.

San Francisco de Sales completa los prudentes consejos que acabamos de consignar en estas páginas, trazando en su *Introducción* la línea de conducta que seria de desear que todos nosotros observásemos. «La vispera, dice, retírate tan temprano como te sea posible, á fin de que puedas recogerte y orar en paz. Por la mañana, al despertarte; saluda de antemano al divino Salvador que te está aguardando. Al ir á la Iglesia, ofrece tu Comunión á la Santísima Virgen, y recibe luego con el corazón lleno de amor á Aquél que se da por amor.»

Persuádate de que en esto como en muchas otras cosas querer es poder, y de que, como lo desees de veras, encontrarás siempre tiempo y lugar para prepararte y comulgar. ¡Cuántas personas de todas condiciones y edades he conocido que parecían estar materialmente imposibilitadas de comulgar con frecuencia, y que, sin embargo, encontraban, inspirándose en su fervor, medio de satisfacer los deseos de su piedad! He conocido un pobre niño que se veía rigurosamente maltratado por sus brutales é impíos padres, cuando estos sabían que había cumplido con

sus deberes religiosos: pues bien, este niño se las componía tan bien, que, desde su primera Comunión, no dejaba pasar, por decirlo así, un solo domingo sin recibir la sagrada Eucaristía. Levantábase antes del amanecer, salía secretamente, iba á la iglesia y comulgaba; luego daba gracias por el camino, y volvíase á casa sin que sus padres se hubiesen apercibido de su ausencia. Asimismo conozco en París á muchas madres de familia que van cada día, tanto en Invierno como en Verano, á misa primera, á fin de que, estando de vuelta temprano, no causen molestias con su ausencia ni á sus maridos ni á sus hijos.

Ten igual buena voluntad, inspírate en iguales sentimientos de fe y amor, y también tu encontrarás tiempo de recibir frecuente y santamente la divina Eucaristía: *Vade, et tu fac similiter.*

VII

Mas al comulgar mi corazón se queda frío é insensible; estoy distraído y no siento el menor fervor, la menor devoción

Quando por la milagrosa pesca conoció San Pedro la divina santidad y majestad de aquel que había entrado en su barca, se arrojó á los piés de Jesús, y le dijo: *Exi à me, Domine, quia homo peccator sum:* «Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pe-

caristía, y no tardaría en extinguirse, ó á lo menos en languidecer el espíritu de fe. Si podemos disponer de mucho tiempo, consagrémoslo á la Comunión; mas si tenemos poco, como sucede con frecuencia, contentémonos con lo necesario, y suplamos con nuestro fervor y devoción las horas que no hayamos podido dedicar á la preparación.

San Francisco de Sales completa los prudentes consejos que acabamos de consignar en estas páginas, trazando en su *Introducción* la línea de conducta que seria de desear que todos nosotros observásemos. «La vispera, dice, retírate tan temprano como te sea posible, á fin de que puedas recogerte y orar en paz. Por la mañana, al despertarte; saluda de antemano al divino Salvador que te está aguardando. Al ir á la Iglesia, ofrece tu Comunión á la Santísima Virgen, y recibe luego con el corazón lleno de amor á Aquél que se da por amor.»

Persuádate de que en esto como en muchas otras cosas querer es poder, y de que, como lo desees de veras, encontrarás siempre tiempo y lugar para prepararte y comulgar. ¡Cuántas personas de todas condiciones y edades he conocido que parecían estar materialmente imposibilitadas de comulgar con frecuencia, y que, sin embargo, encontraban, inspirándose en su fervor, medio de satisfacer los deseos de su piedad! He conocido un pobre niño que se veía rigurosamente maltratado por sus brutales é impíos padres, cuando estos sabían que había cumplido con

sus deberes religiosos: pues bien, este niño se las componía tan bien, que, desde su primera Comunión, no dejaba pasar, por decirlo así, un solo domingo sin recibir la sagrada Eucaristía. Levantábase antes del amanecer, salía secretamente, iba á la iglesia y comulgaba; luego daba gracias por el camino, y volvíase á casa sin que sus padres se hubiesen apercibido de su ausencia. Asimismo conozco en París á muchas madres de familia que van cada día, tanto en Invierno como en Verano, á misa primera, á fin de que, estando de vuelta temprano, no causen molestias con su ausencia ni á sus maridos ni á sus hijos.

Ten igual buena voluntad, inspírate en iguales sentimientos de fe y amor, y también tu encontrarás tiempo de recibir frecuente y santamente la divina Eucaristía: *Vade, et tu fac similiter.*

VII

Mas al comulgar mi corazón se queda frío é insensible; estoy distraído y no siento el menor fervor, la menor devoción

Quando por la milagrosa pesca conoció San Pedro la divina santidad y majestad de aquel que había entrado en su barca, se arrojó á los piés de Jesús, y le dijo: *Exi à me, Domine, quia homo peccator sum:* «Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pe-

cador.» Y el buen Maestro le contestó: *Noli timere*: «No temas.»¹

No temas tú tampoco: ¿no entregaste tu corazón á Dios? ¿no quieres servirle bien y fielmente? Pues no te pide más. Las distracciones deben humillarnos, no desanimarnos; está seguro de que la mayor parte de las veces no son voluntarias, y, por lo tanto, no nos privan del fruto de nuestras Comuniones. Si tienes buena voluntad, buena será también la Comunión.

¿Piensas que los Santos no experimentaron también esas tristezas, ese tedio, esa privación de todo consuelo sensible, esas importunas distracciones de que te quejas? San Vicente de Paul sufrió por espacio de dos años enteros tan gran sequedad de espíritu, que ni aun podía formular un acto de fe; y como el demonio se aprovechara de su situación angustiosa para turbar la paz de su alma con fuertes tentaciones, el Santo puso sobre su corazón, cosido en la sotana, el Credo que había escrito al efecto, y una vez por todas convino con Nuestro Señor que cuando pondría la mano sobre aquella fórmula se entendería que hacía los actos de fe y piedad que no le permitía el estado interior de su alma. Permaneciendo incontrastable en su fe, continuó sus ejercicios espirituales, sin dejar uno solo, celebrando cada día la Misa. Y pregunto ahora: ¿eran buenas sus Comuniones?

¹ Luc. V, 8.

Fenelón pasó los últimos años de su vida sufriendo penas iguales, y escribía á su piadoso amigo, el duque de Beauvilliers: «Experimento una sequedad de espíritu terrible, y la paz de que gozo es muy amarga.»

Estas son las pruebas con que el Señor purifica comunmente á todos sus verdaderos servidores; esta la vía ordinaria por donde lleva á sus escogidos á la cima de la perfección cristiana; y precisamente la Comunión frecuente es, según Santa Teresa, el mejor remedio para esas almas desoladas.

Por otra parte, muchas veces la sagrada Eucaristía obra en nuestra alma sin que lo echemos de ver, como observa San Lorenzo Justiniano; y el gran doctor San Buenaventura añade: «Aunque te sintieres tibio y sin devoción, no debes por eso dejar de acercarte á la sagrada Mesa; porque, cuanto más enfermo estuvieres, más necesidad tienes de médico.»¹ Un santo sacerdote, director de Seminario, me decía igualmente cierto día: «Temo menos la negligencia en la Comunión, que la negligencia de la Comunión; siempre la muerte es peor que la enfermedad.»

La Eucaristía es el foco del amor de Dios; luego cuanto más frío te sientas, tanto más cerca debes ponerte de ese fuego que despide ardores divinos.

Además, ¿no tendrías tú la culpa de esa sequedad que tantas inquietudes te causa? ¿Pones mucho cui-

¹ De Perfect. Relig., cap. XXI.

dado en evitar las faltas veniales? ¿Te guardas mucho de disgustar al Espíritu Santo? Ordinariamente las infidelidades de esta clase tienen por consecuencia inmediata, diré más, por castigo, una especie de tristeza, un abandono aparente, durante el cual el alma se ve privada de toda dulzura espiritual.

Otra observación, estas tus penas ¿no podrían provenir también de un encogimiento, de una mezquindad, por decirlo así, de sentimientos; de una piedad, en fin, demasiado personal? Cuando comulgues, y en general cuando ores, piensa más en los otros que en tí. La caridad te hará mucho bien. Tu corazón se ensanchará á medida que te ocupes de la salvación de tus hermanos, de la conversión de los pecadores y de los intereses de la fe. Al rogar por tus semejantes se te despertarán unos sentimientos y una atención que no tenías cuando pensabas exclusivamente en tí solo.

Por último, debes saber que ese tedio, ese hastío y disgusto por las cosas del alma son casi siempre una tentación. Viendo el maligno espíritu que no puede atacarte de frente, se venga hostigándote incessantemente para que el cansancio te obligue á abandonar la buena senda. Sé más astuto que él: él quiere desalentarte no dándote punto de reposo; mantente, pues, firme y tranquilo, que no se hará esperar mucho el tiempo de la paz y de los dulces consuelos.

VIII

¿Cómo he de atravesarme á comulgar con frecuencia, si siempre vuelvo á caer en las mismas faltas?

¿Y piensas que serás mejor cuando comulgues menos?

Si tomando el ordinario alimento tus fuerzas desfallecen, ¿qué será cuando no comas nunca, ó casi nunca? En lugar de ser débil, te morirás de hambre. Absteniéndote de comer el Pan de los fuertes, centuplicarás tu debilidad y tendrás que llorar, no ya ligeras faltas como ahora, sino caídas gravísimas, pecados mortales. «Cada día pecco, decía San Ambrosio, citado por Santo Tomás; cada día pecco, luego cada día necesito tomar la medicina: *Quotidie pecco, quotidie remedio indigeo.*»¹ Y en otro lugar: «Este Pan de cada día se toma como remedio de las flaquezas de cada día.»²

Esto es lo que la Santísima Virgen dijo un día á Santa Francisca Romana, muy afligida y turbada por los pocos progresos que observaba en sí á pesar de sus Comuniones. «Hija mía, díjole con ternura, las faltas que cometes no deben ser parte para que te absten-

¹ Sum. III, part., quæst. 80, art. 10.

² Iste panis quotidianus sumitur in remedium quotidianæ infirmitatis. (*S. Ambros., lib. IV, de Sacra. Catech. Rom.*)

gas de presentarte á la sagrada Mesa; muy al contrario, deben excitarte más y más á participar del convite celestial, porque en él encontrarás el remedio á todas tus miserias.»

Es verdad que la Comunión nos preserva de caer en el pecado mortal, pero también lo es que ni aun la cotidiana nos hace *impecables*. Mientras estamos en la tierra cometemos pecados, de manera que se puede decir muy bien que los mejores de entre nosotros no son, en último resultado, sino los menos malos. Sufrámonos, pues, á nosotros mismos, ya que Jesucristo nos sufre.

Así lo han hecho todos los Santos; así lo hacían los primitivos cristianos, los cuales, á pesar de que comulgaban cada día, eran sin embargo tan débiles como nosotros. Porque yerran grandemente los que se figuran que eran todos santos: los escritos de los Apóstoles y los documentos que nos quedan de los primeros siglos de la Iglesia prueban sobradamente lo contrario.

En efecto, San Pablo no escribe carta en que no eche en cara á muchos de ellos «sus divisiones, su inconstancia, su ingratitude y sus negligencias.» San Cipriano se queja amargamente de las debilidades y flaquezas de los cristianos de Cartago. San Agustín y otros escritores eclesiásticos hablan también de las miserias en que caían los fieles de sus días. Luego, no todos los primitivos cristianos eran santos, y sin embargo, repito que comulgaban cada día. El Pa-

pa San Anacleto, citado por Santo Tomás de Aquino, nos dice que esta regla venía directamente de los Apóstoles: *Si et Apostoli statuerunt*, y que tal era la doctrina de la Iglesia romana: *et sic sancta tenet Romana Ecclesia*.¹ Esta decretal forma parte de las Constituciones apostólicas, las cuales, según el común parecer de los teólogos de más nota, se remontan por lo menos al siglo II.

La Comunión cotidiana no les hacía, pues, impecables; pero sí les daba fuerzas para no caer en muchas faltas graves, infundía á muchos de ellos virtudes heroicas, y les hacía llegar á un incomparable grado de perfección y santidad.

Lo mismo nos sucederá á nosotros. Aunque no nos haga perfectos, la sagrada Comunión destruirá poco á poco nuestros defectos, y nos hará crecer insensiblemente en piedad y sabiduría del cielo.

No te admires de que semejante transformación no se haga en un día. ¿Cuántos años no se necesitan para que un niño llegue á ser hombre? ¿Vemos acaso cómo va creciendo? Y sin embargo, por un trabajo continuo é insensible, aunque no menos real por eso, trabajo al cual contribuye cuanto come y bebe, el niño crece cada día.

No te admires tampoco si vuelves á caer en las *mismas* faltas. La piedad y la Comunión perfeccionan nuestra naturaleza, no la destruyen; por con-

¹ *Const. apost.*, Summ., III part., q. 80, art. 10.

siguiente, aunque estemos sometidos á la acción santificante de Jesucristo, conservamos nuestra personalidad y el germen de nuestros defectos dominantes. Ese germen es el lado débil, el punto vulnerable, al cual el demonio dirige sus incesantes ataques; y de ahí proceden esas recaídas, harto frecuentes por desgracia, que fatigan y humillan á los cristianos, pero que no deben abatirlos y desalentarlos.

Si consultando la conciencia puedes decirte á tí mismo que no amas el pecado y que quieres servir fielmente á Jesucristo, no te turbe ni espante la consideración de las faltas en que caes cada día; pues la Comunión te purificará y librárá de las mismas, como has podido ver más arriba que enseña formalmente el sagrado Concilio de Trento.

Si los directores de almas no pueden, á pesar de sus deseos, aconsejar á todos los penitentes el uso frecuente de la Comunión, es porque desgraciadamente hay pocos cristianos sinceramente dispuestos á evitar hasta las menores faltas y á consagrar á Jesucristo todos los pensamientos de su alma y todos los afectos de su corazón. Por la misma razón Santo Tomás, que establece tan categóricamente en su *Suma* la tesis católica y tradicional de la excelencia de la Comunión cotidiana, dice: «que no *todos* los fieles indistintamente deben recibir cada día la sagrada Eucaristía.»

Reverencia y amor: tal es la conclusión práctica del Ángel de las escuelas; pero tiene cuidado de hacer

notar «que el amor y la confianza son preferibles al temor.»¹ No olvidemos nunca esta preciosa máxima, y obremos en conformidad con ella.

IX

Comulgando á menudo, temo escandalizar
á las personas que me conocen

¿Hablas de los cristianos á medias, es decir, de esa multitud de gente que no entiende pizca de las cosas de Dios, por más que observe algunas prácticas de religión? Sabes también como yo qué caso se debe hacer de sus críticas. Deja que digan cuanto quieran; las censuras de esa clase de gentes son casi un elogio.

¿Se trata, por el contrario, de personas piadosas? puedes estar seguro de que no las escandalizarás viviendo como corresponde á un cristiano que lo sea de veras. ¿Sabes que es lo que escandaliza en una persona que comulga á menudo? ¿Sus comuniones? No por cierto, sino su negligencia y flojedad en reprimir su mal génio, en conformar su vida ordinaria con las prácticas religiosas á que se dedica: lo que escandaliza son sus impacencias, sus murmuraciones, sus glotonerías, el regalo con que se trata, las exajeradas

¹ *Amor et spes preferuntur timori* (3ª, part., quæst. 80, art. 10).

precauciones, que toma por conservar su salud, y finalmente, esa multitud de defectos que pasan de imperfecciones, defectos que no pueden escapar á las miradas de una conciencia algo solícita de su santificación.

Si, lo que Dios no quiera, te reconocieses en este retrato, sería necesario que aplicases sin demora un remedio eficaz á este mal que es muy real. Convenría, no que dejases de comulgar, sino que te armas de mayor decisión para llevar una vida más santa y digna de nuestro Señor Jesucristo.

Ya sé que, hasta entre los buenos cristianos, hay personas tan poco ilustradas que se escandalizan de niñerías. Sin dejar de evitar lo que pueda darles un motivo más ó menos fundado de escándalo, no debes preocuparte demasiado de lo que dirán; pues por más que hagas no lograrás contentar á todo el mundo. Procura agradar á Dios; proponte un fin recto y honesto en todo lo que hicieses, acepta con humildad los diversos juicios y apreciaciones que tu conducta merezca á las personas honradas, y aprovéchalte de ellos si es posible, para enmendarte. Cuando tengas alguna duda, dirígete á un sacerdote ilustrado y práctico en las vías del Señor, consúltale con sinceridad, y sigue sus consejos.

Este era también el sentir del sabio y piadoso Fenelón, que tan alto proclamaba la utilidad y conveniencia de la Comunión frecuente. « Debemos acostumbrarnos, decía, á ver fieles que cometen pecados

veniales, á pesar de sus sinceros deseos de no cometer ninguno, y que no obstante, comulgan con fruto cada día. No deben causarnos tanta extrañeza y espanto las imperfecciones que Dios permite en ellos para hacerlos más humildes, que no veamos al mismo tiempo las faltas más graves y peligrosas de que les preserva este remedio cotidiano.

« ¿Por qué hemos de escandalizarnos al ver á buenos y virtuosos seculares que, para alcanzar más completa victoria sobre sus imperfecciones y resistir mejor á las tentaciones de un mundo corrompido y corruptor, se alimentan del Pan de los fuertes, de aquel Pan que, bajado del cielo, es fuente purísima de toda perfección y santidad?

« Despreciad los juicios de reformadores siempre dispuestos á escandalizarse de cualquier cosa y á criticarlo todo; seguid más bien los consejos de un director experimentado que os trace el verdadero camino *según el espíritu de la Iglesia.* »

Vigila, pues, cuidadosamente sobre tí mismo: guárdate tanto de los escrúpulos como del relajamiento; renueva cada día tus buenos propósitos y prescinde todo lo posible del *qué dirán.*

X

Comulgando á menudo disgustaría á mi familia

Pregunto ahora: ¿al comulgar lo haces por tu familia, ó bien lo haces por tí? Dado caso que á tu familia le disgustase el que comieses diariamente, ¿dejarías por eso de hacerlo?

No hay duda que son una cosa grande y santa la obediencia filial y los deberes de familia, pero siempre y cuando la familia no se meta si no en lo que le concierne. Sé muy bien que, hasta cierto punto, aun en lo que mira al servicio de Dios, estamos obligados á condescender con ciertas exigencias de los nuestros; pero á esta condescendencia hay un limite, siendo para todos un estricto deber el respetarlo. Justamente siendo los Sacramentos, más que otra cualquiera cosa, completamente independientes de la jurisdicción de la familia, lo mejor es dejar la resolución de este grave y delicado caso de conciencia al juicio de la Iglesia y de sus ministros.

La sagrada Comunión es el manantial de toda gracia, y la fuente de toda dulzura y bondad; resultando de aquí que, cuanto más á menudo comulgues, empleando todos los medios para hacerlo lo mejor posible, te irás perfeccionando de día en día; no será tu familia la última en apercibirse de ello, y como no será tampoco la última en sacar provecho de tu per-

feccionamiento, se guardará muy mucho de criarte ningún obstáculo. Sé prudente y firme; pues de este modo encontrarás ciertamente medios para frecuentar los Santos Sacramentos, sin necesidad de molestar á nadie.

Pero si desgraciadamente, á pesar de todos tus miramientos y precauciones, tuviese todavía algo que decir de tu piedad tu familia, no te detengas por eso; antes al contrario, adelanta con paso firme y seguro aparentando no observar nada absolutamente; y verás como por este medio consigues ver desvanecida muy pronto toda preocupación, ó que á lo menos se acostumbren á verte comulgar, de la misma manera que se habitúa uno á las cosas que le disgustan. ¿Sabes tú, por ventura, si Dios nuestro Señor quiere recompensar de este modo tu constancia, atrayendo á su amor á aquellos mismos que hoy procuran apartarte de Él, valiéndose para esto de cuantos medios están á su alcance?

Esto es lo que, en el momento mismo en que escribo estas líneas, le está pasando á un rico comerciante de París, hombre profundamente indiferente en materias de religión y sumamente opuesto á toda práctica de piedad. Habiendo este hombre enviudado hace ya algunos años, mandó á sus dos hijas á un excelente y magnífico colegio, en donde recibieron una educación sólida y profundamente cristiana. Apenas había cumplido los diez seis años su hija mayor, cuando tuvo á bien sacarla del colegio para en-

X

Comulgando á menudo disgustaría á mi familia

Pregunto ahora: ¿al comulgar lo haces por tu familia, ó bien lo haces por tí? Dado caso que á tu familia le disgustase el que comieses diariamente, ¿dejarías por eso de hacerlo?

No hay duda que son una cosa grande y santa la obediencia filial y los deberes de familia, pero siempre y cuando la familia no se meta si no en lo que le concierne. Sé muy bien que, hasta cierto punto, aun en lo que mira al servicio de Dios, estamos obligados á condescender con ciertas exigencias de los nuestros; pero á esta condescendencia hay un limite, siendo para todos un estricto deber el respetarlo. Justamente siendo los Sacramentos, más que otra cualquiera cosa, completamente independientes de la jurisdicción de la familia, lo mejor es dejar la resolución de este grave y delicado caso de conciencia al juicio de la Iglesia y de sus ministros.

La sagrada Comunión es el manantial de toda gracia, y la fuente de toda dulzura y bondad; resultando de aquí que, cuanto más á menudo comulgues, empleando todos los medios para hacerlo lo mejor posible, te irás perfeccionando de día en día; no será tu familia la última en apercibirse de ello, y como no será tampoco la última en sacar provecho de tu per-

feccionamiento, se guardará muy mucho de criarte ningún obstáculo. Sé prudente y firme; pues de este modo encontrarás ciertamente medios para frecuentar los Santos Sacramentos, sin necesidad de molestar á nadie.

Pero si desgraciadamente, á pesar de todos tus miramientos y precauciones, tuviese todavía algo que decir de tu piedad tu familia, no te detengas por eso; antes al contrario, adelanta con paso firme y seguro aparentando no observar nada absolutamente; y verás como por este medio consigues ver desvanecida muy pronto toda preocupación, ó que á lo menos se acostumbren á verte comulgar, de la misma manera que se habitúa uno á las cosas que le disgustan. ¿Sabes tú, por ventura, si Dios nuestro Señor quiere recompensar de este modo tu constancia, atrayendo á su amor á aquellos mismos que hoy procuran apartarte de Él, valiéndose para esto de cuantos medios están á su alcance?

Esto es lo que, en el momento mismo en que escribo estas líneas, le está pasando á un rico comerciante de París, hombre profundamente indiferente en materias de religión y sumamente opuesto á toda práctica de piedad. Habiendo este hombre enviudado hace ya algunos años, mandó á sus dos hijas á un excelente y magnífico colegio, en donde recibieron una educación sólida y profundamente cristiana. Apenas había cumplido los diez seis años su hija mayor, cuando tuvo á bien sacarla del colegio para en-

cargarla del gobierno de la casa. Esta joven tan firme como piadosa, no interrumpió ni por un momento las prácticas cristianas, por más que se vió obligada, para no irritar á su padre, á ocultarlas cuidadosamente. Este, sin embargo, la sorprendió una mañana al volver de Misa en compañía de su camarera, y como no se hubiese desayunado todavía, sospechando algo, preguntósele: «¿Has comulgado?—Sí, papá, contestóle sin vacilar un instante la joven, y al mismo tiempo he rogado mucho por V.—¿Y comulgas á menudo? añadió el padre con tono áspero y severo.—Sí, papá, á menudo, muy á menudo tengo esta dicha: esto es lo que me da fuerza y valor para llenar cumplidamente todos mis deberes, y en particular para conducirme con V. como debo.» Hubo un momento de silencio, y el padre inclinó la cabeza. Cuando la levantó, sus ojos estaban arrasados en lágrimas, y abrazando tiernamente á su hija, no menos conmovida que él, exclamó con la voz entrecortada por los sollozos: «¡Hija de mi alma! ¡cuán dichoso soy en tener una hija como tú!»

Á partir de este día ha habido una transformación completa en las ideas y en toda la manera de ser de dicho comerciante, y por más que desgraciadamente falte todavía algo para su completa conversión, todo indica que está á punto de efectuarse. ¡Cuántas familias se convertirían á Dios, si tuviesen por dicha en su seno una alma tan enérgica y fiel en la práctica del amor de Jesucristo y tan constante en recibir con frecuencia la sagrada Comunión!

XI

Conozco muchas personas piadosas que comulgan muy rara vez

En cambio conozco yo muy pocas; pudiendo además afirmar que muy pocas son las personas que comulgando á menudo no sean verdaderamente piadosas en toda la acepción de la palabra.

Por lo visto estás en un grande error teniendo por personas piadosas las que sólo son religiosas. Ante todo es necesario que no confundas la religiosidad con la piedad. Basta observar al pié de la letra los mandamientos de Dios y de la Iglesia, oír Misa todos los domingos y demás fiestas de guardar, comulgar en las más señaladas, guardar el debido respeto á la Religión y vivir honradamente, para ser una persona religiosa; pero de esto á ser verdaderamente piadosa va una diferencia inmensa; pues para que se pueda decir de una persona que es piadosa, es necesario que vaya más allá, que viva más identificada con el amor de Jesucristo.

El cristiano que una vez ha entrado en las prácticas de la verdadera piedad, no se ciñe exclusivamente al cumplimiento de los preceptos; sino que emplea todas sus fuerzas para poner en práctica todos y cada uno de los consejos que nos da el Evangelio, tales como el desprendimiento de sí mismo, el reco

gimimiento interior, el celo por la salvación de las almas, en una palabra, todo aquel hermoso conjunto de virtudes que constituyen ó forman la santidad cristiana; obrando más bien por amor que por deber, y tomando la preciosa costumbre de considerar el servicio de Dios, no como un yugo pesado, sino como un deber tierno y filial.

Dime tú ahora: ¿conoces por ventura á muchas personas que, estando animadas de esta verdadera piedad, se acercan pocas veces á recibir la sagrada Comunión? Esta sería la primera vez que habría efectos sin causa, puesto que la Iglesia católica nos enseña que el acto esencial de la piedad es la sagrada Comunión.

La experiencia nos demuestra que tan imposible es el que una persona sea piadosa no comulgando muy á menudo, como el que tenga una salud robusta faltándole un buen sistema de alimentación.

XII

Mis deseos serían comulgar á menudo; pero mi confesor no me lo permite

¿Qué motivos tendrá tu confesor para no permitirte que comulgues á menudo? De seguro que si conociese que tienes las debidas disposiciones para reportar las inmensas ventajas que produce la Co-

munion frecuente, no sólo te lo permitiría, sino que te incitaría á ello. Y yo pregunto: ¿le has suplicado tú alguna vez seriamente que te otorgue este precioso favor? Casi puedo afirmar desde ahora que no. Dice el Evangelio: «Llamad, y se os abrirá: pedid, y recibiréis.» Así, pues, creeme: manifiesta tu buen deseo al director espiritual, removiendo para eso los obstáculos, modificando las costumbres, y esmerándote más y más en el cumplimiento de las prácticas piadosas, sin lo cual no obtendrías quizás una respuesta favorable; y te convencerás fácilmente de que si no comulgabas más á menudo, no tenía la culpa el confesor, sino que la tenías tú solo. Ahora me dirás: «Pero si yo hago todo lo que buenamente puedo; vivo del mejor modo que sé, y todavía se me niega.» Si es realmente así, y dado caso de que no te engañes á tí mismo, haciéndote la ilusión de que eres bueno, entonces sí que compadezco al confesor, no sólo porque falta á sus deberes, sino también por la inmensa responsabilidad que pesa sobre él á los ojos de Dios, siendo la causa de tu desaliento para continuar por la verdadera senda de la piedad.

Todos los santos sacerdotes que están animados del verdadero espíritu de la Iglesia son partidarios de que se comulgue con frecuencia; siendo por esta misma razón fieles servidores del Evangelio, puesto que, con un celo infatigable, conducen las pobres almas á Jesús, inspirándolas una completa confianza, é incitándolas á que se acercuen, cuanto antes les

sea posible, al banquete eucarístico, cumpliendo así el mandato del divino Maestro: *Compelle intrare, ut impleatur domus mea*: «Compéleles á entrar, para que así se llene mi casa.» Y siguiendo esta máxima, no hacen más que aplicar ó poner en práctica una regla general formalmente ordenada por la misma Iglesia. Efectivamente, no tenemos nosotros libertad sobre este principio de la Comunión frecuente, antes bien tenemos reglas precisas que todos debemos seguir cuando se trata de la dirección de las almas, reglas que no podemos infringir sin faltar gravemente á nuestros deberes. La Iglesia las ha resumido en el célebre catecismo que con el título *Catechismus Romanus ad Parochos*, se publicó por disposición del sagrado Concilio Tridentino y por los especiales cuidados del Papa San Pio V; siendo su objeto el trazar á los sacerdotes el camino que deben seguir en la enseñanza de los fieles. Ahora bien: el Catecismo del sagrado Concilio de Trento declara, que *los cura párrocos están obligados en conciencia á exhortar á sus feligreses á que se acerquen á comulgar con frecuencia, y hasta diariamente, puesto que el alma, lo mismo que el cuerpo, tiene necesidad de alimentarse diariamente;*¹ y añade que esta es la doctrina de los santos Padres y la de los Concilios.

San Carlos Borromeo; el grande é incomparable arzobispo de Milán, al publicar este *Catecismo* en los

¹ Cat. Rom. ad Par., II, p., c. II.

diez y ocho obispados sometidos á su jurisdicción, sabiendo que habría sacerdotes que se opondrían á esta santa práctica, amonestó seriamente á los obispos á que castigasen con rigor, *severe puniendos*, á los párrocos que se atreviesen á enseñar otra cosa.

Ya antes de San Carlos, el Papa San León IX, revestido de la autoridad del Supremo pontificado, había expedido una bula *ad hoc* prescribiendo no menos formalmente á los sacerdotes «que no negasen fácilmente á ningún cristiano la sagrada Comunión; y que esta negativa, añadía, no la diese nunca el sacerdote llevado de un movimiento de impaciencia, ó por capricho:» *Nali christianorum Communio facile denegatur, neque indignanter hoc fiat arbitrio sacerdotis.*

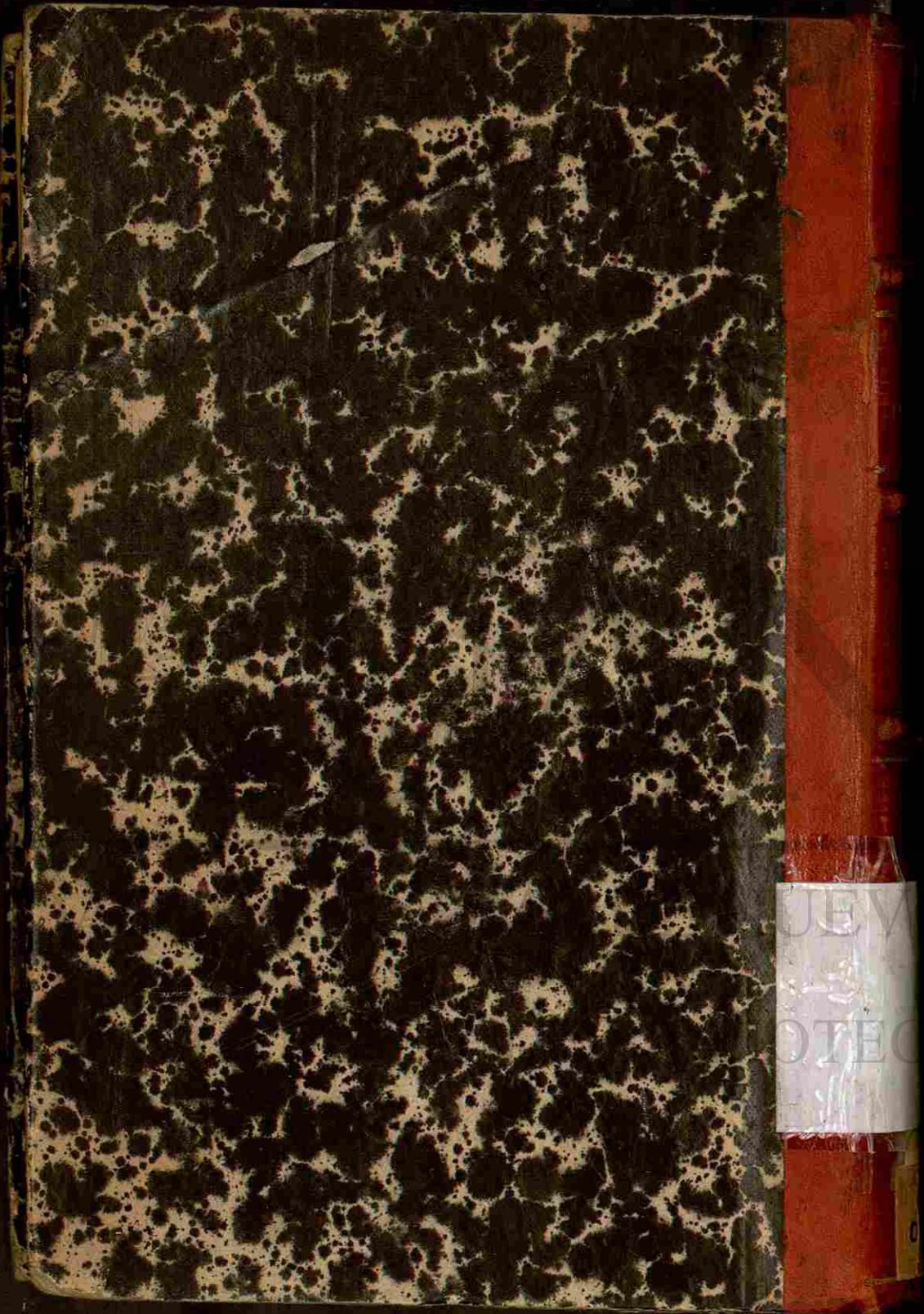
También el Papa Inocencio XI, de feliz recordación, insiste igualmente sobre el deber de los obispos y de los sacerdotes que hace referencia á comulgar frecuentemente. Habiendo venido en su conocimiento que en varias diócesis en que había la costumbre de recibir diariamente la sagrada Comunión se habían introducido diferentes abusos con motivo de esta excelente y santa práctica, al mismo tiempo que señalaba y condenaba el abuso, trabajó con ahinco para que se mantuviese incólume tan santa y laudable práctica, recordando á los pastores de las almas que *debían* dar infinitas gracias á Dios por haber concedido á sus diócesis tan saludable devoción, y que además tenían la más estricta obligación de conservarla, valiéndose al efecto de todos los medios que

les dictase una verdadera prudencia.¹ «El celo de los Pastores, añade el Soberano Pontífice, vigilará muy particularmente para que no se disuada á nadie de acercarse con frecuencia ó diariamente á recibir la sagrada Comunión, no obstante, sin embargo, esto á tomar las medidas que juzguen más oportunas y convenientes para que cada fiel comulgue con más ó menos frecuencia, según sea su grado de preparación para hacerlo dignamente.²

Y finalmente, el Papa Benedicto XIV, en un Breve especial que dirigió á los obispos de Italia, declara muy terminantemente que, tanto los obispos como los cura párrocos y confesores, en nada pueden emplear mejor su celo y sus afanes que en inculcar á los fieles aquel santo fervor de los primeros siglos del Cristianismo por frecuentar la sagrada Comunión. Los mismos obispos están obligados á observar estas reglas de la Iglesia y de la Santa Sede; por lo

1 *Episcopi autem, in quorum diocesis viget hujusmodi (quotidianæ Communionis) devotio erga sanctissimum Sacramentum; pro illa gratias Deo agant, eamque ipsi adhibito prudentia et judicii temperamento alere debent. (Decretum 12 februar. 1679.)*

2 *In hoc igitur Pastorum diligentia potissimum invigilavit, illudque omnino provideat, ut nemo à Sac. Convivio, seu frequenter, seu quotidie accesserit, repellatur; et nihilominus det operam, ut unusquisque digne pro devotionis et præparationis modo rarius aut crebrius Dominici corporis suavitatem degustet. (Decretum 12 februar. 1679.)*



BIBLIOTECA
MUSEO